INEZ CORBI
FLORES
DE OTROS
MUNDOS

# Flores de otros mundos

*Inez Corbi*

Traducción de Carmen Bas

# Personajes

Los personajes históricos se indican con *. En el epílogo se incluye más información sobre algunos de ellos.

## LOS JARDINES DE HELIGAN EN LA ACTUALIDAD

Lexi Davies (nombre verdadero: Emilia Alexandra Andrews)
Constance Andrews, su madre
Ben Pascoe, jardinero en Heligan
Theodora «Theo» Williams, jefa de Lexi
Caitriona «Cait» Murphy, compañera de piso de Lexi, camarera de la cafetería
Derek Yates, jardinero jefe
Eliza Morgan, ayudante
Orlando Hill, guía

Phyllis «Filly» Butterworth, tía abuela de Lexi

Anett Pascoe, madre de Ben
Richard Payne, abuelo de Ben

Rob Harper, exnovio de Lexi

## EN EL PASADO

*Heligan*
* Henry Hawkins Tremayne, señor de Heligan
* John Hearle, su hijo
* Caroline, mujer de este, hermana de Isabella Buller

Damaris, familiar de Henry Hawkins
Julian Harrington, administrador de la propiedad y marido de Damaris
Avery, su hijo
Lowenna, su hija
Florence «Florrie», su hija
Gordon Curfey, marido de esta
Alison «Allie», familiar de Henry Hawkins, hermana de Damaris
Tristan Harrington, hijo del primer matrimonio de Julian, marido de Allie
William Bickford, criado de Allie
La señora Fitzgibbons, *lady* inglesa viuda
* Edward Jenner, médico y descubridor de la vacuna contra la viruela

*La familia Buller*
* Sir Anthony Buller, abogado y miembro del Parlamento inglés
* Isabella, su mujer, hermana de Caroline Tremayne

*La familia Rashleigh*
* Charles Rashleigh, fundador de Charlestown
* Grace, su mujer, hermana de Henry Hawkins Tremayne
* Martha, su hija
Perys, su hijo

## INDIA Y NEPAL

* Nathaniel Wallich, botánico y médico danés, director del Jardín Botánico de Calcuta
* Sophia, su mujer
* Francis de Silva, colaborador de Wallich, cazador de plantas de la expedición
* Vishnu Prasad, hindú, dibujante jefe de la expedición
* Edward Gardner, residente británico en Katmandú
Ishani, amante de Avery Harrington

Naveen, su hijo con Avery
Vikram Kapoor, médico indio

El jardín dormía.

La maleza había crecido a lo largo de incontables estaciones, cada vez más densa y fuerte, formando un pesado manto de espinos que protegía como una piel el jardín del mundo exterior. Envueltas en un capullo de exuberante vegetación, había también muchas plantas exóticas, que no fueron liberadas con delicadeza hasta después de varias décadas, siguiendo los pasos de los que un día las trajeron desde muy lejos. Cada arbusto foráneo, cada árbol plantado allí mucho tiempo atrás, tenía detrás una aventura o una historia que contar.

Una historia de supervivencia.

# 1

# Lexi

*Jardines de Heligan, Cornualles, principios de mayo*

El petirrojo estaba posado sobre una palma y picoteaba con empeño los restos de una larva de insecto. Lexi sonrió. Estos pajarillos abundaban en Heligan como la arena en la playa, y ella jamás se cansaba de observarlos. A veces, incluso imaginaba que la acompañaba su propio petirrojo personal.

Se encontraba a la mitad del largo puente colgante que oscilaba levemente a gran altura sobre los viejos helechos arbóreos y contemplaba la Jungla, como llamaban al largo valle cubierto de plantas tropicales. A sus pies se extendía la florida alfombra vegetal y el canto polifónico de los pájaros inundaba el aire.

Como casi todos los días, había llegado temprano, antes de la apertura oficial, para tener el jardín solo para ella. Bueno, no del todo, naturalmente. Aparte de los demás empleados que aquella mañana estaban ya en el Jardín Productivo, trabajando en el estanque superior de la Jungla, había pequeños animales por todas partes: aves, ardillas, incluso un tejón pasó corriendo a toda prisa. Ahora, a principios de mayo, florecían los rododendros con su color rosa brillante, enmarcados por bambús, bananeros y palmeras gigantes que se alzaban hacia el cielo. Era un paisaje de ensueño, y Lexi no se cansaba de admirar aquel milagro de la naturaleza. Cada día descubría algo nuevo. Una pequeña bandada de renacuajos en uno de los cuatro estanques de la Jungla, una flor exótica que no había visto hasta entonces o una hoja de palmera que el día anterior no estaba abierta.

Los Jardines de Heligan tenían más de dos siglos de antigüedad y, desde entonces, se habían ido ampliando cada vez más. En la época victoriana Heligan había sido una de las propiedades más conocidas y

bellas de Cornualles, y contaba entonces con varios jardineros y empleados que cuidaban los magníficos jardines. Pero, al estallar la Primera Guerra Mundial, muchos de ellos tuvieron que partir a luchar en las trincheras y no regresaron nunca más, y entonces comenzó la decadencia. Poco después, los propietarios —la familia Tremayne— abandonaron la propiedad y Heligan cayó en el olvido.

Lexi trató de imaginar el aspecto que tendrían los jardines apenas treinta años antes, cuando fueron despertados de su sueño que, como el de la Bella Durmiente, había durado varias décadas. Entonces, un heredero de los Tremayne, junto con un amigo, descubrió el jardín asilvestrado bajo una densa capa de zarzas y maleza y enseguida emprendió, con la ayuda de numerosos voluntarios, la mastodóntica tarea de recuperar aquella joya de la jardinería. En aquella época surgió también el nuevo nombre: *The Lost Gardens of Heligan*, los Jardines Perdidos de Heligan. Qué nombre tan maravillosamente poético.

Lexi llevaba algo más de dos meses trabajando allí. Los primeros días como voluntaria, pero después con un contrato por obra y servicio. Y hacía pocas semanas que había recibido el mejor de los encargos: debía ocuparse de la organización de una gran exposición histórica, que se iba a inaugurar con motivo de la celebración del trigésimo aniversario de la reapertura de los jardines. Por eso, durante las últimas semanas, había trabajado mucho y había profundizado en la historia de Heligan y sus propietarios.

Miró el reloj. Ya eran casi las nueve y media. Tenía que reunirse inmediatamente con su jefa para revisar juntas los grandes paneles explicativos para la exposición que habían llegado el día anterior.

Lexi se apresuró a cruzar al otro lado del valle por el puente colgante, que se balanceaba bajo sus pies, y luego siguió a paso rápido el camino que llevaba a Steward's House. De la antigua residencia del administrador de la finca solo conocía, de momento, la cafetería de la planta baja, en la que a menudo tomaba café o algo de comer. Pero, desde hacía poco tiempo, había comenzado a tener una relación muy especial con esa casa. Por eso le gustaba que Theo la hubiese citado allí.

Theodora Williams, Theo, estaba ya delante del imponente edificio de piedra gris, fumando.

—¿Llego tarde? —preguntó Lexi cuando estuvo junto a la mujer negra que llevaba un moderno peinado de trencitas.

—No, yo he llegado demasiado pronto —respondió Theo con una sonrisa maliciosa. Aspiró una última calada y apagó el cigarrillo en la papelera—. Debería dejarlo, pero ya sabes lo que pasa con los buenos propósitos. —Tiró la colilla a la papelera—. ¿Vamos?

La cafetería no había abierto todavía. Dos empleados preparaban las servilletas y repartían azucareros y pequeñas jarritas de leche por las mesas. Lexi siguió a su jefa hasta el fondo de la cafetería, donde Theo empujó una puerta con un cartel de SOLO PERSONAL, y subieron por una escalera que llevaba al piso superior. Lexi no había estado nunca allí; hasta hacía poco ni siquiera sabía que en ese edificio existían despachos y salas de exposiciones.

Arriba había un pasillo con varias puertas. Theo abrió una de ellas y entraron en una habitación en cuyo centro había algunas mesas juntas sobre las que reposaban diez paquetes grandes y alargados. Los paneles.

—Tú tampoco los has visto todavía, ¿no? —preguntó Lexi.

Theo sacudió la cabeza.

—No, solo los diseños. —Los habían seleccionado entre las dos unos días antes—. He pensado que sería mejor verlos juntas.

Estaba previsto que la exposición, que mostraría la historia de los jardines, se inaugurara a principios del próximo año. Se dividía en tres fases históricas: la construcción de los jardines a finales del siglo XVIII, la época de los recolectores de plantas en el siglo XIX y los años en torno a la Primera Guerra Mundial. Lexi ya casi había terminado los preparativos para la primera fase. Hacía tiempo que había encargado, de acuerdo con Theo, la impresión de varios paneles de gran tamaño que ilustraban una parte del pasado de Heligan.

—Ábrelos —le pidió Theo—. Al fin y al cabo, tú eres la responsable.

Lexi retiró la cinta adhesiva que cerraba el primer paquete, introdujo la mano y agarró un borde. Theo la ayudó sujetando el envoltorio. El panel era un poco difícil de manejar, aunque no pesaba

demasiado. Lexi consiguió extraerlo sin problema y lo apoyó contra la pared.

Una sonrisa iluminó su rostro cuando reconoció la imagen ampliada de un hombre de mediana edad con una chaqueta oscura y una peluca blanca.

—Te presento —dijo dirigiéndose a Theo en un tono fingidamente formal— a Henry Hawkins Tremayne, fundador de los Jardines de Heligan.

—Encantada, señor Tremayne —respondió Theo con una leve inclinación de cabeza. Examinó el retrato, que miraba al observador con solemnidad—. Parece agradable. Serio, pero agradable.

—Era agradable —dijo Lexi—. Y mucho. Al menos hasta donde yo he podido averiguar. Todos los que han escrito sobre Henry destacan su bondad y generosidad.

En las últimas semanas había averiguado tantas cosas sobre Henry Tremayne que casi creía conocerlo personalmente e incluso se refería a él por su nombre.

Poco a poco abrió también los demás embalajes y extrajo el resto de paneles con imágenes de gran tamaño. Un plan del paisajista Thomas Gray, que inició la reconstrucción del jardín en 1785. Un collage de facturas extendidas entre los años 1780 y 1790. La portada ampliada del diario de viaje de Henry, así como algunos breves fragmentos del mismo.

—He pensado —dijo Lexi mientras desplazaba un panel— que primero podemos presentar la información oficial sobre Henry y el jardín y luego, quizás en otra sala, los demás contenidos. Ya sabes. El corazón en el árbol y todo eso.

Theo quería mostrar no solo el contexto histórico del jardín y de sus fundadores, sino también algo muy especial: las historias detrás de la Historia, como ella decía. Una exposición que hiciera el pasado más cercano, más vivo. Quería mostrar, de la forma más amena posible, los detalles menos conocidos de las personas que habían vivido en la Mansión Heligan, sus relaciones, inquietudes y aventuras.

Theo asintió.

—Creo que eso estaría muy bien. A la mayoría de la gente le gustan

los chismes románticos.

«Chismes románticos». Lexi no lo habría expresado de un modo tan prosaico, pero era cierto: lo que había averiguado en sus investigaciones estaba lleno de drama y romance.

La historia de Damaris, la joven pariente de Henry Tremayne que en 1785 realizó con él un *grand tour* de varias semanas por los jardines más impresionantes de Inglaterra, antes de que él emprendiera la renovación de su propio jardín. La del náufrago Julian Harrington, que más tarde trabajó como guardabosques de Henry. Y la historia de amor entre Damaris y Julian.

Lexi desembaló el último de los diez paneles: la imagen ampliada de un nombre casi ilegible que alguien había grabado, junto a un corazón torcido, en la corteza de un haya centenaria en Georgian Ride. Lexi estaba plenamente convencida de que las letras prácticamente ilegibles significaban «Julian». Y también estaba segura de que había sido Damaris quien había grabado ese nombre, hacía más de dos siglos.

Apoyó también este panel contra la pared y retrocedió unos pasos para poder contemplarlo mejor.

Theo asintió satisfecha.

—Está muy bien.

La brillante luz de la mañana que entraba por las dos ventanas iluminaba la pared pintada de blanco. Bajo la capa de pintura podía apreciarse la estructura del muro antiguo.

—Y he averiguado algo más —dijo Lexi.

—¿Qué?

—El edificio donde estamos… era antes la casa del administrador de la propiedad.

—Sí. De él y su familia. Debió de construirse a finales del siglo XVIII o comienzos del XIX. Naturalmente, después ha sido reformado y ampliado, se le han añadido más habitaciones y dependencias. —Theo la miró—. Venga, dime, sabes algo más, ¿verdad?

—Bueno, sí. Y vas a alucinar. —Lexi apenas podía contenerse—. Al principio solo quería averiguar algo más sobre Avery Harrington. Ya sabes, el hijo de Julian y Damaris que abandonó el país.

Unos días antes había descubierto, por casualidad, una carta de Damaris a su cuñada Grace en la que hablaba de un «duelo fatal» entre Avery y Perys, los hijos de ambas mujeres. Pero Lexi no había logrado averiguar nada sobre el desenlace ni si había muerto Perys en él. Pero debió de suceder algo grave. De lo contrario, Avery no habría huido al extranjero.

—Por desgracia no sé nada más sobre él —prosiguió Lexi—, pero he rebuscado un poco en los registros de bautismos antiguos. Y mira lo que he encontrado: Damaris y Julian tuvieron otros dos hijos después de Avery. Dos niñas, Lowenna y Florence, bautizadas en 1791 y 1795. —Buscó en su móvil la foto del apunte del registro y se la mostró a Theo, que la miró sin decir nada.

—Y he descubierto algo más. —Lexi amplió la foto con dos dedos y señaló una nota que no aparecía todavía en la inscripción del bautizo de Avery: «Profesión del padre».

La cara que puso Theo al estudiar la anotación a mano era digna de verse.

—¿Julian Harrington era el administrador de Heligan?

—Ajá.

—Es increíble. ¡De verdad! —Lexi no había visto nunca a su jefa tan entusiasmada—. Eso significa que muy probablemente Damaris y Julian Harrington vivieron con su familia justo aquí, en Steward's House.

Lexi asintió feliz. Se alegraba de que Theo valorara tanto su hallazgo, aunque trató de disimular su triunfo.

Vaciló un instante, luego se lanzó:

—Puede que sea una idea muy tonta, pero he pensado… ¿crees que podría trasladarme aquí? Así podría trabajar en el sitio donde vivieron Damaris y Julian. Solo si es posible, por supuesto.

Sorprendida, Theo enarcó sus cejas perfectamente perfiladas.

—No es una idea nada tonta —dijo muy despacio, luego asintió—. Sí, es incluso una idea francamente buena. Ya habíamos pensado en trasladar una parte de los ordenadores de la recepción. Y, como ves, aquí hay también enchufes y todo lo necesario para trabajar. Aunque tendrías el archivo algo más lejos. —Torció el gesto en una media

sonrisa—. Solo hay un pequeño problema.

Estaba claro. Lexi dejó de hacerse ilusiones. Habría sido demasiado bonito para ser verdad. Probablemente allí no hubiera una buena conexión a internet. O el edificio tendría humedades.

—¿Cuál? —preguntó preparada para lo peor.

—¿Te dan miedo los murciélagos?

—¿Los murciélagos? —Lexi sonrió aliviada. Le daban miedo muchas cosas, pero eso no—. ¿Hay murciélagos en el edificio?

Theo asintió.

—Y bastantes. Ven, te los mostraré.

—Y bien, ¿estás nerviosa? —Cait, que desde hacía poco compartía piso con Lexi en Mevagissey, puso sobre la cocina una cacerola grande con agua para hervir la pasta y encendió la placa eléctrica. Cait trabajaba en la cafetería de Heligan, y ella y Lexi se habían entendido muy bien desde el principio.

Lexi guardó la compra en la nevera y cerró la puerta.

—¿Por qué iba a estar nerviosa?

—Porque mañana vas de excursión con un tío que está muy bueno, por eso.

—No vamos de excursión, es una salida estrictamente profesional. —Lo del «tío bueno» prefirió ignorarlo.

Cait levantó ambas manos y esbozó una amplia sonrisa.

—Claro. Estrictamente profesional. Pues solo recuerdo a una mujer que me haya dicho que Ben Pascoe es su tipo.

—¿He dicho yo eso? —preguntó Lexi con marcada calma, aunque notó que de pronto se le aceleraba el corazón.

Ben era también un compañero de trabajo de Heligan. Dentro del equipo de mantenimiento de los jardines era el responsable de los asuntos externos. Se había ofrecido a llevar a Lexi al archivo Kresen Kernow, a treinta millas de distancia. Así él aprovecharía para visitar a su familia, que vivía en la zona. Le gustaba Ben, mucho incluso, y tenía la impresión de que él también se sentía atraído por ella. Pero era demasiado pronto para iniciar una relación nueva. Sobre todo, después de lo que le había hecho Rob, su exnovio.

—Oh, sí, claro que lo has dicho. —Cait empezó a revisar el correo

que había dejado en un pequeño montón junto a la cocina—. Aquí hay algo para ti. —Le tendió un sobre fino a Lexi—. Sellado en Londres. De tu vida anterior.

Su vida anterior. No quería recordarla. Tras su huida de Londres a causa de Rob, había encontrado aquí, en Cornualles, un trabajo nuevo que la hacía feliz. Ahora él no era más que una lejana pesadilla que se desvanece al despertar.

Cogió el sobre. Su nueva dirección estaba escrita en una etiqueta pegada sobre otra dirección. No había remitente. ¿Sería de sus padres? No, no podía ser, seguían viviendo en las Maldivas, ocupados en su escuela de buceo.

Abrió el sobre con una sensación desagradable. Dentro había una única hoja. En ella solo había tres palabras escritas a mano en letras grandes:

«¡Ya te tengo!».

Lexi notó cómo se le paraba el corazón. Incluso sin firma reconoció esa letra que casi parecía impresa: la carta era de Rob.

Cielos. Oh, no. ¡No, no, no, no, no! La había encontrado. ¡Estaba allí!

Sintió cómo se estrechaban las paredes, cómo su corazón se aceleraba después del parón.

—Eh, Lexi, ¿qué ocurre? ¡Estás más blanca que la pared! —Cait estaba ya a su lado—. ¿Malas noticias? ¿Puedo? —Le quitó la carta de las manos—. «¡Ya te tengo!». ¿Qué broma macabra es esta? Dime, ¿es de tu ex?

Lexi hizo un esfuerzo por asentir, mientras en su cabeza se repetía en bucle una única idea: tenía que marcharse de allí. Tenía que volver a huir, a ser posible muy lejos, y buscarse un alojamiento nuevo, otro trabajo.

Se había creído a salvo de ese tipo trastornado. Había borrado muy bien sus huellas y les había hecho creer a él y a casi todos sus contactos que estaba con sus padres en las Maldivas. Pero, en realidad, se había refugiado en aquel rincón del suroeste de Inglaterra y había adoptado, de forma extraoficial, otro nombre. Lexi Davies, su segundo nombre y el apellido de soltera de su madre. Pero eso no lo sabía

ninguno de sus nuevos amigos y compañeros de trabajo. Solo sabían que Lexi tenía a sus espaldas una historia de amor desdichada y que había roto con su novio.

Revivió una escena en su mente.

*—¿Dónde estabas? —preguntó Rob—. ¿Por qué llegas tan tarde?*

*No lo vio hasta que surgió de las sombras, bajo el haz de luz de la farola frente a su casa. ¿Cuánto tiempo llevaba allí esperándola? No habían quedado, ¿qué hacia allí a esas horas de una tarde de octubre?*

*—Trabajando —respondió a la primera parte de su pregunta. Estaba muy cansada, había tenido un día agotador. Solo quería tirarse en el sofá y relajarse—. Hola, cariño, yo también me alegro de verte.*

*—¿Hasta tan tarde? Son más de las nueve.*

*¿Qué se pensaba? Le entraron ganas de discutir.*

*—¿Es que ahora debo darte explicaciones de todo lo que hago?*

*—Por supuesto, claro que debes hacerlo —respondió él—. Me perteneces. Tengo que saber con quién andas por ahí.*

*—No he estado andando por ahí. He ido a tomar algo con unos compañeros del trabajo.*

*Los ojos de él se entornaron.*

*—¿Con quién?*

*—¿Es que ahora vas a controlarme?*

*—Has estado en el Soho. En el Mouse and Sheep.*

*—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso me has seguido?*

*—Lo sé. —Se acercó un paso más—. Y ahora quiero saber con quién estabas.*

*Necesitó un buen rato y varios intentos para que finalmente él se convenciera de que, en efecto, había estado con unos colegas en un bar después del trabajo. Luego se mostró muy arrepentido y le prometió no volver a desconfiar de ella. Había sido el amor lo que le había hecho reaccionar de aquel modo tan excesivo.*

*Ella le creyó. Aunque siguió preguntándose cómo había sabido dónde había estado.*

*Unos días después descubrió, con la ayuda de internet, una aplicación de*

*rastreo en su móvil.*

—Está claro que no conoce tu nueva dirección —observó Cait con el sobre en la mano—. De lo contrario, no te habrían reenviado la carta.

El corazón de Lexi se fue calmando poco a poco. Al ver a Cait tan tranquila, ella también pudo pensar con más claridad.

Hacía poco había solicitado online el reenvío de su correo. Recordaba haber leído detenidamente las condiciones sobre la protección de datos, en las que se decía que Royal Mail no proporcionaría su nueva dirección a nadie sin su autorización previa. Y Rob no la tenía.

Pero entonces una nueva idea la alertó y, rápidamente, le arrebató a Cait el sobre de las manos: ¿y si Rob le había enviado un micrófono oculto o un dispositivo de rastreo o cualquier otro aparato que le permitiera conocer su ubicación?

No, no había nada. Y el papel también estaba limpio. Solo pretendía asustarla.

No obstante; ¿había vencido ya la orden de alejamiento? ¿Habían pasado ya los tres meses? Le había resultado muy difícil conseguir esa orden y ahora ya ni siquiera contaba con esa pequeña protección. ¿Significaba eso que a partir de ahora iba a recibir más cartas suyas?

Cogió aire con fuerza. Luego lo fue soltando muy despacio y empezó a contar hacia atrás, tal como le había aconsejado Ben cuando la ayudó a superar un ataque de pánico. «No permitas que el miedo te domine».

Lo tenía todo bajo control. Rob quería meterle miedo, pero no podía saber dónde estaba. No la encontraría nunca. Podía estar en cualquier parte del mundo. No, no iba a permitir que ese canalla siguiera controlando su vida.

Se dirigió al cuarto de baño, donde rompió el papel en trocitos pequeños y los arrojó al váter. Allí es donde tenían que estar. En el desagüe.

Cuando el agua se los llevó se sintió mucho mejor.

# 2

# Lexi

*Mevagissey, Cornualles, principios de mayo*

Estaba un poco nerviosa, debía reconocerlo. Naturalmente, solo se debía a que ese día iba a hacer por fin una visita al gran Archivo de Cornualles en Redruth y no al hecho de que Ben fuera a llevarla hasta allí. Lo pensó un poco. Bueno, quizá también era por eso.

No, seguro que también era por eso.

Comprobó por enésima vez si había metido en su pequeña mochila todo lo que necesitaba: el ordenador portátil, un cuaderno de notas, lápices, su teléfono móvil y algo de comida. Cait se había marchado ya, tenía que coger temprano el autobús. Como la cafetería abría a las nueve y media tenía que estar en Heligan antes de las nueve.

Lexi bajó a la calle minutos antes de la hora acordada. Así Ben no tendría que buscar un sitio para aparcar, algo que no era fácil en las callecitas de Mevagissey. Las casas de uno y dos pisos del pequeño pueblo se agrupaban como nidos variopintos alrededor de la bahía alargada y estrecha. En el puerto interior se mecían en el agua un par de barcas de pesca y las olas golpeaban suavemente el muelle. El grito de las gaviotas y un ligero olor a pescado y crustáceos llenaban el ambiente.

Todo había salido bien. En cuanto tuvo claro que seguiría trabajando en Heligan, supo que tenía que buscar un alojamiento asequible, ya que la pensión de Millicent y Edwin Woods, donde se había hospedado hasta entonces, le resultaba demasiado cara. Fue una suerte conocer a Cait en ese momento, y que justo estuviera buscando a alguien para compartir piso. Desde entonces, se habían convertido en buenas amigas.

No llevaba ni cinco minutos esperando cuando oyó un rugido

apagado que se acercaba. Levantó la mirada. No, solo era un motorista.

Un motorista vestido con una cazadora de cuero negra que detuvo la moto junto a la acera, delante de ella, y se quitó el casco. Lexi se quedó boquiabierta al descubrir debajo la cabeza de Ben. Este se pasó la mano por el pelo, corto y oscuro, dejándolo de punta.

—Buenos días —dijo—. ¿Preparada para una pequeña excursión?

—Oh —se limitó a responder Lexi—. Pensaba que vendrías en coche…

—No tengo coche. Solo tengo a esta amiga. —Dio unos toques suaves en el depósito de la Yamaha con la mano enguantada—. ¿No te había mencionado que voy en moto a todas partes?

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento, se me habrá olvidado. —Se bajó de la moto—. Espero que no suponga ningún problema.

—No, en absoluto —dijo ella—. Es que estoy… sorprendida. Nunca he montado en un chisme así.

—No importa. Solo tienes que sentarte detrás de mí y agarrarte. Te prometo que conduciré con cuidado.

Lexi asintió en silencio, sin estar convencida del todo, y por un breve instante estuvo a punto de renunciar al viaje. Pero enseguida descartó la idea.

—¿Seguro que no te importa llevarme?

—Quieres ir a Kresen Kernow, ¿no?

—Como sea.

—Pues entonces… En Cornualles resulta condenadamente difícil llegar a cualquier sitio en transporte público. Claro que no me importa llevarte, de lo contrario no me habría ofrecido.

Ben abrió una de las dos maletas laterales de la parte posterior de la moto, sacó un casco y se lo entregó a Lexi.

Ella lo cogió, dudó un segundo y luego se atrevió a preguntar:

—¿Crees que podríamos parar un momento en el cementerio de Saint Ewe? No está muy lejos y nos pilla de camino.

—¿Quieres visitar la tumba de Henry Tremayne?

—Sí, me encantaría. Sé tanto sobre él que me da vergüenza no

haber estado todavía en el lugar donde está enterrado.

—Todo bien.

«Todo bien», la expresión universal utilizada para todo en Cornualles, hizo sonreír a Lexi. Ben la ayudó a guardar la mochila en la maleta de la moto que había quedado vacía y la cerró con llave. Lexi se puso el casco.

—¿Está bien?

Él asintió.

—Solo tienes que ajustarte la correa. ¿Ves...? Así.

Le explicó brevemente cómo debía comportarse como pasajera, luego se subió a la moto y la miró lleno de expectación.

—Sube.

Algo titubeante, Lexi se sentó detrás de él en la Yamaha. Ben esperó a que estuviera bien acomodada, luego se puso el casco y bajó la visera.

—¿Todo bien? —preguntó.

Ella asintió y levantó el pulgar.

—Todo bien.

—Agárrate fuerte a mí.

Lexi le pasó los brazos por la cintura y Ben arrancó la moto.

Condujo muy prudente, probablemente para que ella se habituara a la sensación de ir sobre una moto. A pesar de todo, Lexi estaba tan tensa como en una montaña rusa. Se sintió aliviada cuando, tras apenas cinco minutos de recorrido por estrechas carreteras secundarias, llegaron a Saint Ewe y Ben detuvo su moto en un pequeño aparcamiento junto a la iglesia.

Saint Ewe era un pueblo tan pequeño que solo estaba compuesto por una calle principal con algunas casas, un pub y la iglesia. Lexi se sintió como si hubiera viajado en el tiempo.

Cuando subía las escaleras de la iglesia vio un arbusto grande con flores rosas, algunas ya marchitas.

—Camelias Saint Ewe —dijo Ben—. Empiezan a florecer ya en diciembre.

—¿La planta se llama como el pueblo?

Él asintió.

—Se cultivaban muy cerca de aquí, en las tierras de Caerhays Castle.

Lexi se acercó. Las hojas oscuras y brillantes y las flores de color rosa rodeaban una cruz celta de granito. Tres lados del zócalo de piedra mostraban algunos nombres. Caídos de la Primera Guerra Mundial.

Se agachó y recogió una flor que yacía intacta sobre la hierba, luego siguió avanzando.

Varias palmeras flanqueaban el portal medieval y le conferían un cierto aire exótico a la plaza. Detrás de la iglesia se extendían los campos y un extenso cementerio parcialmente vallado y repleto de viejas lápidas cubiertas de líquenes.

Lexi se detuvo de nuevo.

—Resulta extraño pensar que Henry está enterrado aquí en algún sitio.

Ben asintió.

—Pero no en el cementerio, sino en la cripta de la iglesia. La he visto alguna vez. Vamos, entremos.

Abrió la puerta y pulsó un interruptor de luz. Al instante se iluminó todo el espacio. Era una iglesia sencilla con una bóveda de cañón. La única decoración consistía en el altar con su intrincada celosía de estilo gótico.

Lexi guardó un momento de respetuoso silencio. Aquella había sido la iglesia de los Tremayne, quienes durante décadas se habían encargado de mantener aquella casa de Dios. Suyas eran las vidrieras de colores con motivos cristianos y heráldicos. Allí habían sido bautizados y se habían casado generaciones enteras de la familia. Allí, probablemente, habían contraído matrimonio Damaris y Julian, y allí habían bautizado a Avery y a sus otros dos hijos.

—¿Lexi? —Ben se había detenido en el centro de la nave lateral sur —. Mira, aquí está.

Lexi se acercó y él le señaló una gran losa de pizarra empotrada en el suelo que tenía un tirador y sobre la que reposaban los extremos de dos bancos de madera de la iglesia. La losa mostraba el escudo de los Tremayne: tres brazos derechos doblados a la altura del codo que

partían de un mismo punto central. El mismo motivo que aparecía en las vidrieras y en el cuadro con forma de rombo situado sobre la entrada.

Por allí se accedía a la cripta familiar de los Tremayne, que estaba cerrada. Lexi tuvo de pronto una sensación extraña.

—Me pregunto por qué eligieron precisamente esos tres brazos tan curiosos para su escudo —comentó Ben.

—Hace referencia a un juego de palabras en francés con el apellido —le aclaró Lexi.

Él sacudió la cabeza.

—El nombre Tremayne es córnico, no francés. Significa algo así como «ciudad de piedra».

—Lo sé. Pero en el siglo XVIII le buscaron una posible conexión con el francés. Y así se llegó al homófono de *trois mains*, «tres manos». De ahí ese curioso escudo.

Lexi dejó el casco de la moto en uno de los bancos de la iglesia y se agachó muy despacio. Se le hizo un nudo en la garganta. A pesar de que Henry Hawkins Tremayne llevaba casi dos siglos muerto, nunca había estado tan cerca de él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ben.

Ella se limpió una lágrima a toda prisa y asintió.

—Me he puesto un poco sentimental. —Repasó con el dedo los tres brazos del escudo del suelo.

—Hola, Henry —dijo en voz baja.

Luego depositó sobre la losa de pizarra la flor de camelia que había recogido en el exterior.

# 3

# Lexi

*De camino a Redruth, Cornualles, principios de mayo*

La continuación del viaje no le pareció tan intimidante como el comienzo. Poco a poco se fue habituando a la sensación de ir sentada sobre una moto. Ben conducía con seguridad y no excesivamente deprisa, así que, tras unos pocos minutos de tensión, Lexi se fue relajando.

Al cabo de un rato Ben aceleró algo más, pero a ella no le importó. Al contrario. Empezó a disfrutar del viaje: el rugido del motor que vibraba bajo su cuerpo, el viento en contra que le revolvía los mechones de pelo que asomaban bajo el casco, el paisaje que se deslizaba a derecha e izquierda.

Tal como Ben le había indicado, Lexi se adaptó a sus movimientos, apretándose aún más contra su cuerpo e inclinándose ligeramente con él en las curvas. Cuando se detuvieron en un semáforo, las manos, que llevaba cruzadas por delante de la cintura de Ben, se le escurrieron un poco hacia abajo y enseguida las subió algo cortada.

No tardaron en llegar a Truro, centro administrativo y única gran ciudad de Cornualles, donde después de pasar varias rotondas siguieron en dirección oeste. Atravesaron algunos barrios nuevos y un polígono industrial. El último tramo hasta Redruth resultó menos espectacular: una autopista de dos carriles que cruzaba casi en línea recta un paisaje más bien monótono.

Cuando después de una hora entraron en Redruth, Lexi se había acostumbrado tanto a la moto que le habría gustado poder continuar el viaje. Ben condujo a través de la ciudad, hasta que se detuvo en un pequeño aparcamiento delante de Kresen Kernow. Sacó la pata lateral, giró la rueda delantera hacia un lado y apagó el motor.

Lexi se bajó con piernas ligeramente temblorosas.

Ben también desmontó.

—¿Qué? ¿Sigues viva?

—Pues claro. —Lexi sonrió—. ¿Cuánto te pago por la gasolina? —le preguntó mientras él abría la maleta lateral.

Ben sacudió la cabeza.

—Nada, yo habría venido en cualquier caso. Y, además, hace poco me diste la mitad de tu pizza.

—De eso hace ya mucho tiempo.

Él le entregó la mochila.

—Ni una semana.

—¿Me dejas invitarte al menos a un café?

—Cuando quieras. —Señaló la fachada del Archivo de Cornualles—. Si quieres, luego, cuando acabes. Ahí dentro dan un café realmente bueno.

—¿Has estado ya aquí alguna vez?

—Así es. Sentía curiosidad y quise indagar un poco en mi propio árbol genealógico.

—¿Sobre ese antepasado tuyo que trabajó también en Heligan? —Ben se lo había contado en cierta ocasión: el abuelo de su abuelo había sido jardinero en Heligan en tiempos de la Primera Guerra Mundial.

Él le cogió el casco de la mano y lo guardó en la maleta.

—Sobre ese también. Y sobre algunos más. Pero he averiguado menos de lo que esperaba. —Volvió a subirse a su moto—. ¿Cuándo te recojo?

—¿Cuánto tiempo vas a estar con tu familia?

Él se encogió de hombros.

—Hasta después de comer, supongo.

—Perfecto. Creo que para entonces ya habré terminado.

Lexi lo siguió con la mirada hasta que salió del aparcamiento, luego se puso la mochila a la espalda y se dirigió al Archivo de Cornualles.

El nuevo centro de archivos ocupaba el edificio de una antigua

cervecería. La fachada de piedra mostraba el frente de varios tejados a dos aguas seguidos. Allí se guardaba la mayor colección del mundo sobre Cornualles: documentos, libros, mapas y demás objetos relacionados con ochocientos cincuenta años de historia. Las nuevas estructuras de cristal y madera sobre los viejos muros, creaban una mezcla interesante de antigüedad y modernidad.

Lexi sacó de la mochila su portátil, el cuaderno de notas, el móvil, su cartera y dos lápices y guardó el resto de sus cosas en una de las taquillas que había en la entrada. Luego fue a recoger los documentos que había reservado.

El día anterior había solicitado online algunos documentos antiguos en los que esperaba encontrar nuevos datos sobre la historia de Heligan y sus habitantes: información sobre las familias Tremayne, Harrington, Rashleigh y Buller.

El empleado del archivo asintió satisfecho cuando Lexi le mostró los dos lápices que había traído, ya que los bolígrafos estaban prohibidos en aquella sección, y fue a buscar cuatro cajas bajas de cartón en la estantería del fondo.

—Ha pedido usted una buena cantidad de material —dijo empujando sobre el mostrador las cajas, dos de color gris oscuro y una gris claro—. Le daré primero estas cajas, el resto se lo entregaré cuando me las devuelva.

Lexi le dio las gracias, cogió las cuatro cajas y se dirigió con ellas al sitio que le habían asignado en la primera planta para que pudiera trabajar sin ser molestada.

La pequeña sala tenía una bóveda de cañón de piedra y un gran ventanal que daba a una terraza pavimentada y con mucha vegetación. Dejó sus tesoros en la gran mesa que ocupaba el centro de la habitación, abrió su portátil y buscó la copia escaneada de la carta que había motivado su visita a Kresen Kernow. Una carta del 12 de abril de 1815 dirigida a la hermana de Henry Tremayne, Grace Rashleigh, firmada por Damaris.

> Queridísima Grace: no puedo expresar lo mucho que lamento lo sucedido. A pesar de que Avery es mi hijo y siempre le querré, lo que ha hecho es imperdonable. No obstante, confío en que este funesto duelo no afecte a nuestra

estrecha amistad y en que sigas manteniendo el afecto que siempre has sentido hacia mí y mi familia. Con todo mi cariño y esperando tu perdón, tu amiga, Damaris Harrington.

Seguía una breve posdata, de la que se ocuparía más tarde; primero tenía que investigar acerca de aquel duelo fatal. Ya había intentado descubrir algo en Heligan, sin lograrlo, por desgracia. Confiaba en que aquí tendría más éxito.

Tomó la primera de las cuatro cajas, en la que ponía: FAMILIA RASHLEIGH DUPORTH MANOR, SAINT AUSTELL. Empezaría por ella.

Respiró hondo y levantó la tapa con cautela.

Descubrió una copia del documento de la última voluntad del cuñado de Henry, Charles Rashleigh, fallecido en 1823. Echó una ojeada al texto, redactado con un estilo antiguo, en busca de alguna información útil. No, no había mucha. Tan solo una larga lista de los distintos bienes que Charles había dejado a su mujer, Grace, y a sus hijos. Por lo demás, copias de documentos, contratos de arrendamiento, actas testamentarias y cosas por el estilo.

Un fajo de cartas manuscritas le pareció más prometedor. Sintió una alegría silenciosa cuando, al hojearlas, reconoció en algunas de ellas la letra de Henry Tremayne. Apenas se habían transcrito y mecanografiado unos pocos documentos, pero Lexi no tuvo ningún problema al leer aquellas cartas antiguas. Conocía ya la letra de Henry como si fuera la de un viejo amigo.

Algunas cartas eran de amigos y conocidos de los Rashleigh, otras de las hijas de Grace. Entre ellas había una de su hija mayor, Martha Rashleigh, que contaba que se había enamorado y que tenía la esperanza de que su amado se le declarara pronto.

Lexi sonrió. El amor era algo maravilloso en todas las épocas.

Pero no halló nada sobre un duelo o algo relacionado con él.

Volvió a guardar todo el material con cuidado en la caja y cerró la tapa. Luego cogió la siguiente caja, en la que ponía: FAMILIA TREMAYNE DE HELIGAN, SAINT EWE. Una pequeña nota escrita a mano en la tapa de la caja decía: «Material sin catalogar». Lexi había solicitado mucho material de este tipo.

Abrió la tapa con cuidado y miró dentro de la caja. La mayoría de

los documentos eran también originales amarillentos, algunos de ellos metidos en fundas de plástico. Los cogió con delicadeza para no dañarlos. Al igual que en la caja de los Rashleigh, había papeles personales y correspondencia, además de algunas carpetas finas con facturas y algunos dibujos, entre ellos una acuarela sin enmarcar de los Jardines de Heligan, mirando en dirección al mar, y un pequeño boceto a lápiz de la Mansión Heligan firmado por «J. C. Tremayne, de memoria». No, aquellas cosas no estaban clasificadas. Muy probablemente J. C. fuera John Claude Tremayne, bisnieto de Henry y último propietario de Heligan antes de que la Primera Guerra Mundial iniciara la decadencia de los jardines. Muy interesante, aunque por desgracia poco útil para su investigación en curso.

Estaba permitido hacer fotos con el móvil, así que fotografió la mayor parte del material, luego lo recogió todo y se centró en la siguiente caja. FAMILIA HARRINGTON DE HELIGAN, SAINT EWE.

Levantó la tapa con los dedos algo temblorosos.

Lo primero que cayó en sus manos fue otro dibujo, y se quedó sin respiración. Mostraba Steward's House con un pequeño jardín delante y estaba firmado por «D. Harrington». ¡Estaba segura de que lo había pintado Damaris! Damaris, cuya biografía había estudiado con tanto detalle.

Había algo especialmente íntimo en ese hallazgo del pasado. Damaris había tenido ese papel en sus manos, había dibujado sobre él con un lápiz. Lexi cerró los ojos un momento e imaginó cómo sería alargar el brazo a través del tiempo y coger la mano de Damaris. La sensación fue tan vívida que, por un instante, creyó tocar realmente sus dedos.

Volvió a abrir los ojos. Seguía sentada en la sala de la bóveda de piedra y la cristalera, frente a las cajas con documentos antiguos sobre la mesa. Y todavía no había encontrado nada relacionado con un duelo entre Avery y Perys. Poco a poco, la decepción se apoderó de ella.

Entonces cayó en sus manos otro documento. Una especie de contrato de aprendizaje para un muchacho de ocho años.

William Bickford, huérfano y limpiachimeneas de Plymouth, aprendiz con el matrimonio Harrington de Heligan, vivirá y trabajará con ellos, a partir de la fecha de este contrato, hasta que el mencionado aprendiz alcance la mayoría de edad de veintiún años. Recibirá alimento, alojamiento y una formación.

Lexi levantó la cabeza. ¿Matrimonio Harrington? ¿Se trataba de Damaris y Julian? Era posible, el contrato estaba fechado en el año 1809. Aunque también podría tratarse de su hijo Avery y su posible esposa. En ese momento Avery debería de tener veintitrés años, era posible que ya estuviera casado.

Siguió buscando y encontró una carta que comenzaba con un «Queridísima Maris», fechada en junio de 1785.

¿Maris? ¡Seguro que se refería a Damaris!

El papel estaba ajado, como si hubiera sido desdoblado muchas veces para leer la carta. La letra era infantil, se veían algunas manchas de tinta y el lenguaje también era propio de un niño.

Queridísima Maris: tengo un amigo nuevo. Te acuerdas del señor Harrington, ¿verdad? Ahora puedo llamarle Julian, y él me llama Allie. Nos vemos de vez en cuando. Y entonces él me lleva a dar una vuelta empujando mi silla con ruedas. No es tan antipático como pensé al principio. Incluso le he hecho reír alguna vez. Hemos estado junto al mar. Y le he mostrado la gruta donde crecen las piñas. Los dos esperamos que haya alguna madura cuando regreséis. Tu hermana que te quiere, Allie.

A Lexi la invadió la alegría por su descubrimiento. ¡Ahí había varias maravillosas informaciones juntas!

Así que no solo existía Damaris, sino también una hermana supuestamente más joven, llamada Allie. Una hermana que por lo visto usaba una especie de silla de ruedas. Lexi recordó vagamente haber visto una factura de una «silla con ruedas» entre los documentos recogidos en el archivo de Heligan. Y, tal como hablaba de Julian Harrington la pequeña escritora, esta incipiente amistad tuvo que haberse desarrollado antes del romance entre Damaris y Julian. ¡Qué maravilla! Las piezas del puzle iban encajando poco a poco.

Lexi hizo varias fotos de la carta llevada por una auténtica fiebre investigadora. Podría incluirlas perfectamente en la primera fase de la

exposición, aunque fuera como una simple copia en papel.

Miró su reloj. ¿Ya eran casi las doce? Se le había pasado el tiempo volando. Si quería revisar las siguientes cajas antes de que llegara Ben tendría que darse prisa.

Sacó otro documento de la caja y se sumergió de nuevo en los escritos del pasado.

# 4

# Allie

*Mansión Heligan, abril de 1815*

Allie sacó las almohadillas de sus axilas y apoyó las dos muletas en el banco pintado de blanco que había junto a la rosaleda. De niña había sufrido una larga enfermedad de los huesos y ahora todavía necesitaba las muletas para recorrer las distancias más largas.

El sol aún estaba bajo, pero una suave brisa de primavera soplaba ya sobre Heligan cuando se sentó junto a Isabella Buller. Isabella era pariente de la familia, su hermana Caroline era la esposa de John Hearle, hijo de Henry Tremayne.

Unos herrerillos aprovechaban los tallos secos de las malvarrosas para construir sus nidos. Era muy temprano, pero las dos mujeres ya habían desayunado. Desde el sitio donde se encontraban junto a la rosaleda podían ver cómo algunos sirvientes montaban ante la mansión una mesa larga y, en la extensión de césped, los portillos para el juego del mallo. Ese día iba a celebrarse una pequeña fiesta en el jardín en honor de los Buller, que en breve abandonarían Inglaterra.

—El jardín está espléndido —dijo Isabella, y se sujetó tras la oreja un mechón rubio que se le había soltado del moño—. Ahora es famoso incluso fuera de Cornualles, según dicen.

Isabella tenía razón. Desde que Henry Hawkins Tremayne decidiera, apenas treinta años antes, transformar su propiedad en un jardín moderno, Heligan había experimentado un proceso de continua mejora y embellecimiento. En el clima suave y húmedo de Cornualles los árboles que rodeaban la propiedad habían crecido hasta formar un cinturón que protegía la casa de los fuertes vientos del oeste. Una hilera de arbustos siempre verdes bordeaban la superficie en forma de herradura al norte de la casa. Los jardines, el huerto de melones y los

macizos de flores estaban espléndidos, y en el huerto frutal los cerezos estaban en plena floración. Pero lo que más le gustaba a Allie era la parte que se extendía por debajo de la casa, las verdes praderas y, detrás, el Bosque Viejo con sus múltiples caminos de herradura, cuyo suelo en ese momento estaba cubierto de miles de vistosas campanillas azules.

—¿Cuándo partiréis? —preguntó Allie.

Isabella giró el mango de su sombrilla, todavía sin abrir.

—Por la tarde. Tendríamos que estar en Lostwithiel al anochecer.

Isabella y Anthony Buller habían pasado la noche en Heligan, mientras que sus seis hijos habían seguido hasta una posada en las proximidades de Plymouth con un sirviente, la niñera y la mayor parte del equipaje. Sus padres se reunirían allí con ellos esa tarde. A la mañana siguiente tenían previsto continuar el viaje juntos hasta Plymouth y embarcar en un barco que los llevaría hasta la India, donde Anthony Buller había aceptado una plaza de juez.

—He de admitir, querida prima, que todo esto me parece verdaderamente admirable —dijo Allie—. Viajar con toda la familia a la India sin saber lo que le espera a una allí.

Isabella se echó a reír. Una risa algo forzada, según le pareció a Allie.

—Bueno, al menos así tengo a mis hijos conmigo. No deberé preocuparme de lo que hacen, y no estaré sola en un país desconocido.

Allie lanzó un callado suspiro.

—A veces me gustaría poder viajar yo también a un país lejano, pero no es posible, por desgracia. Prométeme que me escribirás, ¿sí? Siempre que puedas.

Isabella sonrió.

—Por supuesto. No puedo creer lo rápido que está sucediendo todo. Mañana ya estaremos en el barco, y quién sabe cuándo volveré a ver Inglaterra.

Allie cerró los ojos, dejó que el cálido sol de primavera le acariciara el rostro e imaginó cómo sería viajar hasta tan lejos. Una parte de ella envidiaba a Isabella por las aventuras que tenía por delante. Aventuras que ella no podría vivir jamás.

—Mira —dijo Isabella, y Allie volvió a abrir los ojos—. ¿No son aquellos tu hermana y su esposo? —Isabella señaló con la cabeza hacia un lado, donde a unos pasos de distancia una pareja se despedía cariñosamente.

—¿Damaris y Julian? Sí, son ellos.

—Parecen ser muy felices juntos.

Allie asintió pensativa. Su hermana mayor llevaba ya mucho tiempo casada con el hombre al que amaba desde los diecisiete años.

—¿Es verdad lo que cuentan? —preguntó Isabella—. ¿Que fuiste tú quien los unió?

—En cierto modo. —Allie sonrió al observar que Julian las había visto y se dirigía hacia ellas—. Al menos no soy del todo inocente.

Él no tardó mucho en llegar hasta ellas.

—Buenos días, Allie, Isabella —las saludó con una inclinación de cabeza.

El hermoso rostro de Isabella Buller se sonrojó levemente.

—Señor Harrington.

—Julian —dijo él—. Si he entendido bien el parentesco que nos une, estamos emparentados por tres lados.

Isabella asintió muy despacio.

—Está bien, en ese caso… Julian.

Su respuesta sonó tan dubitativa que Allie tuvo que contener una risita. Sabía lo intimidante que podía resultar Julian a veces.

Hacía ya tiempo que era el administrador de Henry Tremayne. Al final de la cincuentena, seguía siendo un hombre atractivo a pesar de que algunos mechones grises cubrieran ya su cabellera castaña.

Se detuvo ante el banco.

—Y bien, Isabella, ¿estás muy nerviosa?

La joven asintió de nuevo.

—Sí, un poco. Considerando que nuestra familia estará dentro de pocos meses en la India. Creo que voy a echar mucho de menos todo esto. La lluvia inglesa, los jardines, la comida. Pero también estoy emocionada por el calor de la India y nuestra bonita casa, y por la posibilidad de conocer tantas cosas nuevas. —Isabella volvió a girar el mango de su sombrilla—. He de admitir que no me entusiasma tanto

la larga travesía en barco. Especialmente cuando pienso en todo lo que podría ocurrir: tempestades, enfermedades, un naufragio… —Al darse cuenta de lo que había dicho se tapó la boca con la mano y miró a Julian con los ojos muy abiertos—. Oh, cielos, le pido mil disculpas… Había olvidado que…

Julian había palidecido por un instante, luego hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Hace ya mucho tiempo de aquello.

Treinta y cuatro años, para ser exactos. Allie no olvidaría jamás esa fecha.

Todos en cien millas a la redonda conocían la historia del náufrago al que Allie y Damaris encontraron medio muerto en una bahía próxima. Julian era un antiguo colono inglés que, cuando regresaba de América junto con su familia, perdió a su mujer y sus dos hijas pequeñas en un naufragio ante la costa de Cornualles. Henry Tremayne lo acogió con generosidad y le dio casa y trabajo. En los años siguientes Julian llevó una vida apartada trabajando como guardabosques.

—Van a Madrás, ¿no es cierto? —preguntó Julian dirigiéndose a Isabella.

—Sí —dijo ella, sin duda agradecida por que él cambiara de tema—. Al menos al principio. Es posible que más tarde Anthony sea trasladado.

—¿Dónde está exactamente Madrás?

—En la costa oriental de la India, en el golfo de Bengala —respondió Allie en lugar de Isabella—. Hace casi dos siglos que la ciudad es una colonia de la Corona inglesa. Tendrías que saberlo, Julian.

Él la miró con un gesto de fingida desaprobación, tras el cual Allie apreció un profundo cariño.

—No has cambiado nada, Allie —dijo sacudiendo la cabeza—. Sigues siendo la pequeña descarada de antes. Si bien con unos años más.

—¿Ya era así antes?

—Oh, sí —respondió Julian—. Resulta difícil de creer, pero Allie ya

se comportaba así cuando era pequeña. Y eso que entonces iba en una silla de ruedas. —Parecía disfrutar al recordarlo—. ¿Has oído hablar de eso?

Isabella sacudió la cabeza.

—No, pero me gustaría.

—¿Ves aquel camino de allí? —Señaló el acceso que, con algunas curvas, llevaba desde la Mansión Heligan hasta el Bosque Viejo y que ahora era algo más ancho que en aquellos tiempos—. Allie ha tenido siempre ideas muy espontáneas. Entonces no podía andar y se desplazaba en una silla de ruedas, y un día se lanzó con ella por ese camino tan empinado. Hasta el Bosque Viejo. —Hizo una pausa muy elocuente—. Y allí se quedó atrapada en el barro —añadió disfrutando.

Isabella se echó a reír. Allie también se rio y, por un momento, volvió a sentirse la pequeña de once o doce años que casi treinta años antes había vivido aquella pequeña aventura.

—¿Y qué pasó entonces? —quiso saber Isabella, que ya había perdido la timidez ante Julian.

—Julian me sacó —dijo Allie sonriendo con sarcasmo—. Y me llevó de vuelta a casa.

—Y desde entonces no ha parado de sacarme de quicio —añadió él con un guiño al que Allie respondió con una amplia sonrisa.

A ambos les unía desde hacía muchos años una amistad muy especial. Después de que él la liberara de aquella situación en el Bosque Viejo, en las semanas siguientes ella había conseguido, con su terquedad infantil, que aquel ermitaño silencioso y adusto abandonara su actitud reservada. Por aquel entonces, su hermana Damaris estaba acompañando a Henry en su viaje de varias semanas por los jardines de Inglaterra, en busca de inspiración para la remodelación de Heligan. Damaris se encargaba de plasmar en dibujos todo lo que veían.

—Y cuando regresó Damaris —dijo Allie—, los dos se enamoraron. Y luego se casaron.

Julian asintió en señal de confirmación.

—No sin alguna complicación, pero fue más o menos así, sí.

—Verdaderamente, parece sacado de una novela —suspiró Isabella, encantada.

Julian sonrió. Alrededor de sus ojos de color gris azulado aparecieron pequeñas arruguitas.

—Eso mismo es lo que dice siempre mi hija pequeña, Florrie. Y asegura que algún día lo escribirá todo. Aunque yo dudo mucho que eso ocurra alguna vez. —Alzó la mirada—. Mirad quién viene.

Unos pájaros se posaron en el camino. Por él se acercaban tres personas. Allie reconoció a la hermana de Henry, Grace, a su hija Martha y —el corazón se le aceleró— la silueta familiar de su propio marido.

Isabella también los había visto.

—Y si tenemos en cuenta que la historia continúa…

—Es cierto —dijo Julian—. Por si no tuviera bastante con que esta pequeña impertinente sea mi cuñada, desde hace poco tiempo también es mi nuera.

El pequeño grupo llegó enseguida hasta ellos.

—Para mi maravillosa esposa —dijo Tristan con galantería, y le ofreció a Allie un bellísimo narciso con el centro amarillo rojizo que, evidentemente, había arrancado del jardín.

—Muchas gracias, mi valiente héroe —respondió Allie—. Estoy segura de que para conseguir esta flor has tenido que luchar contra un dragón.

Tristan sonrió y se volvió hacia Julian. Ahora, con treinta y ocho años, se parecía cada vez más a su padre a esa misma edad. Nada en él recordaba ya al tímido muchacho al que rescataron de las manos de un deshollinador.

—Papá, deberíamos ocuparnos cuanto antes de un asunto. — Empezaron a comentar un problema que tenían con un arrendatario de Heligan.

Allie no podía dejar de admirar lo mucho que se parecían esos dos hombres, a los que unía un destino muy especial. Durante el naufragio, Tristan, que en aquel momento tenía cuatro años de edad, también cayó al agua. Pero no se ahogó, sino que fue encontrado en una playa lejana y vivió los años siguientes, sin ser reconocido, en un

orfanato y más tarde con un deshollinador. Durante mucho tiempo Julian dio por sentado que toda su familia había muerto en el naufragio. Pero padre e hijo volvieron a reunirse después de que Allie leyera por casualidad un artículo de periódico en el que se hablaba de un niño náufrago.

Los hombres de despidieron; querían resolver el problema con el arrendatario ese mismo día. Apenas hubieron desaparecido, Grace se volvió hacia Allie.

—No te importa que te robe a Isabella, ¿verdad? Me gustaría saber tantas cosas sobre la India, y esta es mi última oportunidad. Te dejo a Martha para que te haga compañía.

—Naturalmente. Marchaos. —Allie observó cómo las dos mujeres se alejaban charlando y riendo.

Se puso de pie y agarró las muletas.

—¿Qué te parece, prima? —dijo dirigiéndose a Martha Rashleigh—. ¿Damos nosotras también un pequeño paseo?

—Con mucho gusto. —Martha le ofreció el brazo, y Allie se agarró a él, con las muletas en la otra mano.

Se conocían muy bien del salón literario que Allie organizaba todos los meses en su casa. Martha era sobrina de Henry y la única de las tres hermanas que no se había casado todavía. No era poco agraciada ni tenía mal carácter, a lo sumo algo seca.

Avanzaron unos minutos en silencio y admiraron el esplendor de las flores de colores, luego Martha se detuvo.

—¿Vendrá hoy Avery?

Allie levantó la vista y lanzó una mirada inquisitiva a la joven que iba a su lado. Se había sonrojado de forma ostensible. Algo poco habitual en Martha, que siempre se mostraba muy razonable y correcta y hasta entonces no había mostrado ningún interés por los hombres.

—Seguro que aparecerá en cualquier momento —dijo mientras seguía andando despacio.

Aunque era más probable que en ese momento su joven sobrino estuviera en una cama extraña y se pasara el día durmiendo. Pero eso prefirió no decirlo.

# 5

## Avery

*Posada en Truro, Cornualles, abril de 1815*

El ruido sacó a Avery bruscamente de su sueño. Unos golpes repetidos e insistentes que resonaban en su cabeza como si fuera un pozo.

Abrió los ojos a duras penas… y los volvió a cerrar al instante. La brillante luz del sol inundaba la habitación y resplandecía en las blancas paredes. ¿Por qué diablos nadie había corrido las cortinas?

El ruido sonó de nuevo.

Avery fue comprendiendo poco a poco. Alguien estaba llamando. A la puerta. De su habitación en la posada.

—¡Lárgate! —murmuró, y se tapó la cara con la sábana. Le dolía la cabeza como si se hubiera pasado la noche bebiendo. Algo que probablemente fuera cierto.

—Señor, van a ser las diez —se oyó en voz baja al otro lado de la puerta—. Me pidió que lo despertara a esta hora.

¿Las diez? ¿Cómo se le había ocurrido la estúpida idea de que lo despertaran a esa hora?

Ah, sí, ya se acordaba.

Dio un fuerte suspiro. Cuando retiró la sábana, algo se movió a su lado y apareció una cabeza roja despeinada.

—Buenos días, encanto —masculló la joven belleza, y se desperezó soñolienta.

Oh, había olvidado por completo aquella compañía nocturna. Recordó vagamente que después de asistir al teatro había flirteado con una joven actriz y que luego había estado con ella en una mesa de juego. La noche había sido larga. Y había acabado bien.

¿Cómo se llamaba? Algo con C, descubrió en un rincón de su memoria. ¿Cecily? ¿Calista? En cualquier caso, se trataba de una de

las muchas actrices que incrementaban sus escasos ingresos compartiendo la cama con algún hombre.

—Buenos días, Cecily —dijo probando al azar.

—¿Cecily? —repitió ella molesta, enarcando las cejas—. ¡Me llamo Celia! —Luego se rio—. Podría sentirme ofendida, pero prefiero hacer otras cosas contigo. —Le pasó la mano por los rizos.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez más fuerte.

—Señor, ha pagado la habitación solo para una noche. Si desea quedarse más tiempo deberá pagar otra noche más.

—Un momento —gritó Avery. Maldiciendo, se liberó de la sábana, y solo entonces se dio cuenta de que no llevaba ni siquiera una camisa puesta. En el revoltijo de ropa desperdigada por el suelo pescó lo primero que encontró, unos pantalones, y se los puso.

Mientras se estaba abotonando volvieron a llamar a la puerta.

—¡Señor! ¡Señor Harrington!

—¡Sí, ya voy!

Avery abrió la puerta de la habitación, con la bragueta todavía sin cerrar del todo. Ante él estaba el dueño de la posada donde se había alojado el día anterior, que le miraba con los ojos entornados.

—Señor Harrington, ya se lo he dicho: ha pagado solo una noche. —El hombre trató de ver el interior de la habitación por encima del hombro de su huésped—. Me ha parecido oír una voz femenina. ¿Está usted solo? En caso de que no fuera así tendría que…

—Por supuesto que estoy solo. —Avery entornó la puerta hasta dejar solo una pequeña rendija abierta—. Enseguida acabo. ¿Sería usted tan amable de prepararme el desayuno y un café en condiciones? Ahora mismo bajo.

El posadero le miró con desconfianza.

—¿Y seguro que no hay ninguna otra persona con usted ahí dentro?

—No, no hay nadie. Y le estaría muy agradecido si pudiera ocuparse ahora de mi desayuno. —Avery cerró la puerta. Por suerte habían cesado ya los golpes dentro de su cabeza.

Celia soltó una risita.

—Le has mentido al pobre hombre. En realidad, no estás solo. —Levantó los brazos—. ¿Vuelves a la cama? Estoy completamente loca

por tus rizos oscuros. ¿De quién proceden? ¿Acaso tu padre era un pirata extranjero? ¿O un príncipe de Oriente?

Avery se rio.

—No, eso seguro que no.

Abrió su bolsa de dinero y le lanzó media guinea, que ella atrapó en el aire con gran habilidad. Luego recogió su camisa del suelo y se la puso por la cabeza.

—Vístete —dijo mientras se remetía la camisa por los pantalones—. Y date prisa.

Celia se estiró sobre la cama.

—¿Tienes que irte ya? Pensaba que podríamos divertirnos un poquito más. —Apartó la sábana y se mostró en todo su desnudo esplendor.

—La tentación es grande —admitió él—. Pero, por desgracia, debo estar en casa lo antes posible.

Ella frunció los labios.

—¿Quién te espera allí? ¿Tu esposa?

Él se rio.

—No, preciosa, no estoy casado. Debo ir a Heligan porque el dueño da una fiesta a la que debo asistir.

—¿Y si no vas?

—Sería muy descortés por mi parte. —Y podría suponer que Julian, su padre, le cerrara definitivamente el grifo del dinero.

—¿Entonces no estarás esta noche, cuando haga mi gran actuación?

—Lamentablemente no, encanto. Pero estoy seguro de que serás la más aplaudida de la velada.

Ella se rio y le lanzó un cojín.

—¡No te burles de mí!

Avery agarró el cojín al vuelo e hizo una leve reverencia.

—¡Jamás!

Ella se sentó en el borde de la cama.

—¿Cuándo regresarás?

—¿A Truro? —Encogió los hombros y se puso el chaleco—. Lo antes posible.

Ella esbozó una sonrisa maliciosa.

—Y entonces pasaremos una semana entera en la cama.

—Así será, encanto.

Cuando se tenía un buen caballo, como el de Avery, que dominaba el galope sin temor a las millas, se podía hacer el trayecto en dos horas. Poco después del mediodía estaba ya de vuelta en Heligan.

Se cruzó con sus padres justo cuando salía de los establos.

—Llegas tarde —dijo Julian en vez de saludar.

—Yo también me alegro mucho de verte, papá —respondió Avery, que consiguió contenerse y no poner los ojos en blanco. Quería a sus padres, pero no siempre resultaba fácil ser su hijo. Él no era como su hermano mayor, Tristan, al que todo parecía lloverle del cielo.

—Buenos días, mamá. —Le dio a su madre un beso en la mejilla.

Damaris Harrington era una Tremayne y prima del tío Henry, el señor de Heligan. Con los años había engordado algo, pero seguía siendo una mujer hermosa cuyo brillante pelo castaño apenas mostraba algunos mechones grises.

Enseguida se separaron. Avery se dejó llevar y deambuló por diversas zonas del jardín. En la pradera de césped que se extendía delante de la casa vio un pequeño grupo de hombres y mujeres que se habían reunido para jugar al mallo. Le invitaron a participar en el juego, pero declinó cortésmente la invitación. Prefería jugar por dinero que por placer, y le parecía una estupidez golpear una bola de madera para hacerla pasar por un pequeño arco.

—Aquí está mi sobrino perdido —dijo de pronto una voz conocida. Allie se plantó ante él con ambos brazos apoyados en sus inseparables muletas.

—¡Tía Allie! —Avery tuvo que inclinarse hacia delante para darle un beso en la mejilla, ya que tenía la altura de una niña de doce años —. ¿Estás bien?

—Perfectamente, ya me conoces. Por cierto, Martha Rashleigh ha preguntado por ti. —Le lanzó una mirada escrutadora—. ¿Hay algo que debería saber?

Avery sacudió la cabeza.

—No, nada.

Por mucho que la apreciara, la tía Allie no tenía por qué enterarse de que Martha le había prestado dinero.

Martha y él se conocían casi de toda la vida, ya que los Rashleigh vivían a pocas millas de distancia, en Saint Austell, y comían casi todos los domingos en Heligan. Martha era una solterona, una mujer que probablemente seguiría soltera hasta el final de sus días. Cuando Avery se dio cuenta de que él no le era indiferente, no dejó escapar la ocasión y la cortejó un poco. Bueno, tal vez algo más que un poco.

Fue transcurriendo el día. Avery participó aquí en una conversación sobre los caballos y su cría, y allí en otra sobre los mejores vinos de Francia; admiró el esplendor primaveral del jardín y probó el bufet. La tarde estaba ya avanzada cuando por fin tuvo la oportunidad de hablar a solas con Martha.

Ella se sonrojó tanto al verle que su rostro siempre pálido adquirió un brillo rosado. Era una mujer hermosa; con más de treinta años cumplidos ya no podía referirse a ella como una joven.

—Avery —dijo sonriendo—. Me alegro de verte.

—Martha, aquí estás por fin. Te he buscado por todas partes. Me has traído suerte, queridísima prima.

Era complicado saber qué parentesco los unía. Le bastaba con saber que ella era hija de la hermana de Henry Tremayne, Grace. ¿Era por ello prima en segundo grado? ¿O más bien en tercero?

Introdujo la mano en su bolsillo y sacó una bolsa con monedas de oro.

—Y por eso ahora puedo pagar mis deudas. Diez guineas, ¿no es cierto? Como acabo de decirte, querida prima, me has traído suerte: anoche cuadrupliqué una apuesta.

La sonrisa de Martha desapareció a la velocidad en que se apaga una vela.

—¿Te has jugado el dinero que te presté? Pensé que lo necesitabas para pagar a un acreedor.

—¡Bah, olvida esa vieja historia! He ganado, como ya ves. Y ahora voy a saldar mi deuda contigo.

Abrió la bolsa de dinero y empezó a contar las diez guineas de oro.

Martha le observó en silencio unos instantes, luego alzó una mano y le agarró la suya.

—No, Avery. Quiero que te quedes el dinero.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—En consideración a mí.

—No sé qué decir. Esto es… más que generoso. —Dejó caer las monedas en la bolsa de nuevo y volvió a guardarla.

De pronto Martha empezó a respirar más de prisa; Avery pudo ver cómo le latía una vena del cuello.

—¿Querías verme solo para devolverme el dinero?

Él vaciló un instante. Sin duda era mejor seguir conservando su simpatía; nunca se sabía qué podía ocurrir en el futuro.

—No, querida —murmuró, dirigiéndole una profunda mirada—. No solo por eso.

Miró alrededor por si alguien podía verlos, luego la condujo detrás de un árbol y la besó, algo que ya había hecho en alguna otra ocasión.

Martha se estremeció brevemente, luego respondió al beso con una pasión que nadie esperaría tras esa seca fachada. Envalentonado, él deslizó la mano por su hombro y su escote y empezó a acariciarle el pecho.

Martha tembló, pero no se apartó.

—¿Qué… estás haciendo? —susurró jadeante.

—Te deseo —respondió él con voz apagada.

Y la deseaba realmente. Sintió una tensión casi dolorosa en sus partes bajas. Se apretó aún más contra ella.

—¿Lo sientes? —murmuró, y la volvió a besar—. ¿Sientes lo mucho que te deseo?

—Oh, Avery —jadeó ella entre dos besos—. Te quiero. ¡Y soy tan feliz!

Continuó besándole, luego lo apartó con suavidad y le agarró las manos.

—¿Cuándo quieres hablar con mi padre?

Él se quedó parado.

—¿De qué debería hablar con tu padre?

—Tonto —le reprendió—. Antes de que nos casemos tienes que pedirle mi mano a mi padre. —Acercó los dedos de él a su boca y le besó en la palma de la mano—. Sé que dicen que eres un jugador y un mujeriego, pero estoy segura de que cambiarás en cuanto encuentres a la mujer adecuada.

—¿Cómo? —Avery retiró la mano, su excitación desapareció de un soplo—. Me temo que ha habido un malentendido.

—¿Un malentendido? —repitió ella agobiada—. ¿Tú… tú no piensas pedir mi mano?

Maldita sea, ¿cómo podía escapar de aquella situación con un mínimo de decencia?

—No tengo intención de casarme —dijo lo más suavemente que pudo—. Ni contigo ni con nadie.

Ella le miró como si se hubiera hundido el mundo. Las lágrimas inundaron sus ojos marrones.

—Entonces ¿por qué me has besado? Pensé… —Se cubrió la cara con las manos—. Oh, cielos, ¿cómo he podido ser tan tonta?

Avery se sintió incómodo ante sus lágrimas.

—Solo ha sido un malentendido —trató de explicarle—. No soy el mejor hombre con el que una mujer se pueda casar, queridísima prima.

Ella se limitó a sacudir la cabeza.

En la pradera donde se jugaba al mallo se oyeron risas y aplausos. Alguien había logrado un golpe especialmente bueno. Avery vio que un pequeño grupo de jinetes que volvía de un paseo a caballo se dirigía hacia los establos. ¡Cómo le gustaría poder subirse a su caballo y salir de allí al galope!

Se volvió hacia su prima, que seguía mirándole desconcertada, pero no se le ocurrió nada que decirle.

Entonces vio a Anthony Buller, el cuñado de John Hearle, el hijo de Henry, que se servía en el bufet dispuesto delante de la casa. Mejor que nada.

—Discúlpame, Martha, pero allí está Anthony. Debo despedirme de él y de Isabella antes de que se marchen.

Se alejó de ella, que seguía confusa, y se dirigió hacia el bufet a

toda prisa.

—Anthony —exclamó mostrando un alivio sincero, más aún cuando la ocasión le había permitido escapar de Martha—. Me alegro de haber llegado a tiempo de verte. Temí que hubierais partido ya.

Anthony Buller era un hombre a mitad de la treintena, con la cara ancha y poco pelo, que parecía mayor de lo que era.

—Todavía no, pero casi. El carruaje está ya preparado. Partiremos en cuanto Isabella se haya despedido de todas sus amigas.

Avery lanzó una rápida mirada a sus espaldas. Martha había desaparecido. Se volvió de nuevo hacia Anthony.

—Entonces he tenido suerte al encontrarte. ¿Todavía tienes tiempo para contarme algo sobre la India? ¿Dónde vais a vivir? ¿Dónde vas a trabajar exactamente? Y lo más importante: ¿qué puedes decirme de las mujeres de allí?

# 6

# Allie

*Mansión Heligan, abril de 1815*

—Me gustaría haber salido a caballo con los demás —dijo Damaris a media voz a su hermana, mientras se abanicaba con disimulo—. Así no tendría que jugar a este juego estúpido.

—Vamos, Maris —replicó Allie—. Ese pequeño favor sí puedes hacérselo a Henry.

—Naturalmente. Haría casi cualquier cosa por él. —Damaris suspiró —. Solo siento cierta envidia. Julian y Tristan no tienen que estar toda la tarde con la pesada de la señora Fitzgibbons.

—Ay, vamos, Maris. A mí me parece muy divertida. ¿Has visto su sombrero?

Damaris asintió sonriendo.

—Parece una rueda de carro. Es un milagro que no se le caiga de la cabeza.

La viuda señora Fitzgibbons era una conocida de la familia Rashleigh y, con su sombrero sobredimensionado, parecía salida de otros tiempos. Últimamente era muy habitual verla en Heligan.

Era ya tarde, y por suerte el tiempo se había mantenido primaveral y soleado. Poco antes se había marchado ya el matrimonio Buller, que esa tarde viajaba hasta las proximidades de Plymouth, y todos se habían despedido de ellos agitando las manos hasta que el carruaje desapareció tras la primera curva. Después, mientras la mayoría de los caballeros salían a cabalgar por los extensos terrenos de Heligan, el resto de los invitados se reunió para jugar al mallo. El juego consistía en golpear una pequeña bola de madera con una maza para pasarla bajo una serie de arcos clavados en el suelo a lo largo de un recorrido sobre la hierba. No era especialmente agotador y, por ello, resultaba

muy adecuado para conversar.

A Allie, al igual que a Damaris, le resultaba sumamente aburrido. Henry, en cambio, lo adoraba.

Henry Hawkins Tremayne, el propietario de Heligan, tenía ahora setenta y cuatro años y se mantenía muy ágil a pesar de su edad. Había enviudado hacía tiempo. Su mujer, Harriet, había sufrido un ataque de apoplejía poco después del cambio de siglo que la había dejado postrada en cama hasta su muerte, diez años atrás. Ahora Henry andaba más despacio, a veces apoyado en un bastón, pero hasta hacía poco recorría sus propiedades con regularidad. De esto se ocupaba ahora cada vez más su hijo, John Hearle. Este había dejado de ser un muchacho vivaracho para convertirse en un adulto más alto incluso que Julian y Tristan. Estaba casado con Caroline, la hermana de Isabella Buller, y era padre de un pequeño.

Allie se apoyó en la maza de madera. Aunque el juego del mallo no le resultaba especialmente emocionante, no le desagradaba del todo. Era de los pocos juegos en los que podía participar a pesar de sus limitaciones físicas.

—Es su turno, señora Harrington —dijo la señora Fitzgibbons.

¿Otra vez? Allie levantó la mirada, pero la señora Fitzgibbons se refería a Damaris, que le dio un ligero golpe a la bola con gesto concienzudo. La bola rodó por el cuidado césped y se detuvo cerca del pequeño portillo.

Allie miró hacia atrás. Tulipanes violetas y narcisos blancos decoraban la fachada pintada de color claro de la Mansión Heligan. Divisó en los establos al pequeño grupo de jinetes que acababa de regresar de su paseo a caballo. Y, un poco más abajo, a Martha Rashleigh, que corría hacia ellos. Luego oyó la risa algo estridente de la señora Fitzgibbons y, con un suspiro, volvió la mirada de nuevo hacia el juego.

—¡Oh, no! —exclamó la corpulenta mujer—. No puede ser, señor Tremayne, ¿qué está haciendo?

Desconcertado, Henry levantó una mano mientras en la otra sostenía la maza de madera.

—No estoy haciendo nada, estimada señora Fitzgibbons.

—Claro que sí, señor Tremayne. ¡Me confunde con sus saltitos!

Allie no había notado que Henry diera saltitos. Miró de reojo a Damaris, que también había oído el breve diálogo y a duras penas lograba contener la risa. No se podía expresar de otra forma: la señora Fitzgibbons perseguía a Henry, y de forma descarada.

Henry retrocedió unos pasos y cedió el turno a la señora Fitzgibbons.

Allie observó cómo la anciana se dirigía hacia su bola a pasitos cortos y, sin vacilar, se situaba sobre ella con su falda amplia y algo pasada de moda, como si pensara que nadie la veía. Poco después, la bola reapareció al otro lado de su falda, desde donde rodó, como movida por una mano invisible, en dirección al pequeño arco. Estaba claro que la señora Fitzgibbons la había empujado con el pie para aproximarla un poco más a la meta. Entonces le dio un ligero golpe con su maza.

—¡He ganado! —gritó entusiasmada cuando la bola rodó por debajo del arco.

—¡Fantástico, señora Fitzgibbons! —Henry era todo elogios. Era evidente que no se había percatado de la pequeña trampa. O sencillamente era lo bastante correcto como para no afearle su conducta. Allie sonrió para sus adentros. El bueno de Henry.

—¡Harrington! —El grito venía de atrás.

Avery se detuvo y se giró. Maldita sea, era Perys, el hermano de Martha. Lo último que necesitaba en ese momento.

—Perys, amigo mío, ¿qué puedo hacer por ti?

—¡No me llames amigo, hace mucho que no somos amigos, maldito canalla!

Perys se dirigía hacia él con pasos largos mientras se quitaba los guantes de equitación. Era evidente que acababa de bajar del caballo.

—Oh, el señor oficial de la Marina está de mal humor —dijo Avery, pasando por alto los insultos de Perys—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en alta mar defendiendo a nuestra patria de los franchutes?

Perys ignoró su tono chistoso.

—Tengo unos días libres —dijo—. Mi barco zarpa dentro de una semana. Además, estás mal informado. De momento los franceses tienen bastante con sus propios asuntos, no se van a meter en una guerra contra nosotros. Napoleón ha escapado de su exilio en la isla de Elba y ha entrado en París con todo un ejército de partidarios que le apoyan.

Perys era unos años mayor que Avery. En su juventud habían sido inseparables y habían recorrido a menudo los campos y bosques de Heligan en compañía de John Hearle Tremayne. Pero su relación de amistad se había enfriado bastante desde que Perys ingresó en la Marina.

Se apartó el pelo de la cara.

—Acabo de ver a Martha y estaba descompuesta. Por tu culpa. ¡Así que vas a explicarme ahora mismo el motivo!

—No sé de qué me hablas.

—¿De verdad que no? Dice que le hiciste una promesa inequívoca. Y que luego te has retractado. ¿Es cierto eso?

Avery soltó una risita algo forzada. Ya había imaginado que se enfadaría.

—¿Cómo que una promesa? Solo he sido amable con ella.

—¿Amable? Creo que has sido algo más que amable. ¿Admites que la has besado?

Avery vaciló un instante. ¿Hasta dónde le iba llevar todo esto? Pero entonces decidió decir la verdad. Perys era un hombre, lo entendería.

—Sí, la he besado. Pero eso no es motivo suficiente para…

Perys no había terminado.

—¿Y admites también que la has acosado para que cumpliera tu voluntad?

¿Cómo?

—¿Ha dicho ella eso? ¡Yo no la he acosado! —Avery había elevado la voz y siguió hablando sin pensar mucho lo que decía—. Tu hermana estaba más que dispuesta a que yo la toqueteara. ¡Probablemente apreciara que por fin alguien mostrara interés por ella!

Un silbido, luego un dolor agudo en la mejilla. No un puñetazo, sino

una bofetada. Perys lo había abofeteado como a un niño malcriado.

¡Nadie se había atrevido nunca a tanto! Una furia ardiente, impetuosa, creció dentro de él con tal fuerza que incluso sintió un ligero vértigo. Le ardía la mejilla.

—¡Eres un canalla! —soltó casi sin poder articular una sola palabra —. ¡Exijo una satisfacción!

—¿Me retas a un duelo? —Perys soltó una risa sarcástica—. Como tú quieras. Por mi parte, aquí y ahora.

Permanecieron un momento uno frente al otro, en silencio, observándose mutuamente, luego Perys sacudió la cabeza con gesto despectivo.

—Eres un cobarde, Avery. Menos mal que no tenemos pistolas de duelo. Si no, no te habrías atrevido a retarme.

Aquello fue demasiado. Podría ser cualquier otra cosa, pero Avery no podía permitir que le llamaran cobarde.

—Yo sí dispongo de ellas —dijo con vehemencia.

—¿Es eso realmente cierto?

—Sí. Al menos sé dónde encontrarlas.

Avery miró a su alrededor. Y, como si lo hubiera llamado, vio muy cerca a William Bickford, el joven sirviente de la tía Allie, que estaba por allí sin hacer nada.

—¡Eh, Will! William, ven aquí.

El joven criado se acercó solícito.

—Will, necesito tu ayuda. Ya has estado más veces en la mansión, ¿verdad?

El joven lo miró como si le estuviera ofendiendo.

—Naturalmente, señor.

—¿Entonces sabes dónde está el cuarto de estudio del señor Tremayne?

La mirada de Will adquirió una leve inseguridad.

—¿El del señor? Sí, en… lo sé. —A veces tartamudeaba un poco cuando estaba nervioso.

—Entonces escúchame atentamente. —Avery se lo llevó a un lado y le explicó lo que quería.

Perys observó su conversación en silencio y con una sonrisa

burlona. Apenas hubo desaparecido William de su vista, Avery se arrepintió de su imprudencia. Trató de arreglarlo.

—¿Qué te parece? Te disculpas y olvidamos todo esto.

Perys lo miró con incredulidad.

—¿Que me disculpe cuando eres tú quien ha ofendido a mi hermana? ¡Jamás! —Levantó la comisura de los labios en un gesto despectivo—. Pero si tienes miedo…

—¡Yo no tengo miedo! —No iba a permitir que le dijera eso otra vez. Si Perys quería el duelo, iba a tenerlo.

—Como quieras. ¿Cuándo y dónde?

—Ahora mismo. En cuanto estén aquí las pistolas. —Avery señaló hacia su derecha—. En la pradera oriental.

El denso grupo de árboles que crecía entre la mansión y la pradera los protegería de miradas indeseadas.

Perys asintió.

—Está bien. Sin padrinos. Sin testigos.

Así no se enteraría nadie, y no se disgustarían. Al fin y al cabo, los duelos eran ilegales y estaban penados. Lo que en ningún caso evitaba que algunos hombres, pocos, se atrevieran a hacerlo.

Will no tardó mucho en regresar con un estuche plano de caoba pulida en las manos.

Avery cogió la caja.

—¿Has hablado con alguien?

Will sacudió la cabeza.

—No, señor.

Avery abrió el estuche. En el interior, forrado en terciopelo azul oscuro, reposaban dos pistolas de avancarga idénticas, con sus depósitos de pólvora, sus baquetas y algunas balas de plomo. Un set de pistolas de duelo; un regalo que había recibido Henry al cumplir setenta años, cuatro años antes. Hasta donde Avery sabía, no se habían utilizado nunca.

—Gracias, Will, lo has hecho muy bien. Puedes retirarte. —Le lanzó una moneda, que el sirviente recogió al vuelo con destreza.

—Bien —dijo Perys—. Acabemos de una vez con esta desagradable historia. Y tú, joven —se volvió hacia Will—, ni una palabra a nadie,

¿me oyes? De lo contrario podrías verte en una situación muy incómoda.

Will asintió y abrió los ojos como platos. Como si hasta ese momento no hubiera sido realmente consciente de lo que estaba ocurriendo.

El sol descendió tras los árboles del pequeño bosque y los rayos se filtraban por sus ramas. El lugar y el momento eran propicios. No solo porque allí no los vería nadie, sino también porque a ninguno de los dos le daba el sol en los ojos.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Avery.

Sentía que aquello no estaba bien, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Pensé que no preguntarías nada —dijo Perys—. Nos pondremos espalda contra espalda y avanzaremos veinte pasos cada uno. Luego nos giramos y disparamos. Cada uno cuando quiera.

Avery asintió. Dos veces veinte pasos. No era una gran distancia, pero sí suficiente para fallar. Después, se habría restituido el honor de una dama y todo habría terminado. Perys ni siquiera había insistido en que debía correr la sangre.

Cargaron las pistolas en un santiamén: un poco de pólvora en el cañón, después una de las balas fundidas a mano y un toque con la baqueta. Luego los duelistas se pusieron espalda contra espalda y echaron a andar en direcciones opuestas.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. —Contaron juntos y a media voz mientras se alejaban con pasos largos.

Avery notó que se le aceleraba el corazón, aunque seguro que se preocupaba sin motivo. Solo se trataba de reparar el honor de Martha. Perys no iba a disparar y, si lo hacía, seguro que fallaba a propósito. O a lo sumo le haría un rasguño, nada más. Perys era un buen tirador, mejor que Avery.

¿Y si le disparaba? ¿Y si lo hería de gravedad?

—Dieciocho. Diecinueve. Veinte.

Avery se detuvo y se giró, con la pistola en posición de tiro y el

corazón desbocado. A cuarenta pasos de distancia, Perys también se había detenido y se había girado, con la pistola en alto, igual que él.

Tensó la llave de chispa con el pulgar y el cañón de su pistola vibró levemente.

Todo en su interior le gritaba que se echara a un lado para ofrecer menos superficie de ataque a Perys, pero hizo un esfuerzo por no moverse. Perys era mejor tirador que él, siempre lo había sido. Avery recordaba las docenas de veces que habían practicado de niños junto con John Hearle y Tristan.

Y ahora estaban allí, uno frente al otro. En un duelo. En realidad, todo aquello era ridículo. Perys no iba a disparar. Y, si lo hacía, sería un tiro al aire.

¿O no?

Permanecieron en silencio, casi inmóviles, con las pistolas en alto, hasta que, de pronto, un faisán surgió de entre los arbustos con un fuerte aleteo.

Sonó un disparo.

¡Había apretado el gatillo! ¡Perys había disparado!

Sin pensárselo dos veces, Avery también disparó. Sintió el retroceso del arma por todo el brazo. En ese momento oyó cómo la bala de Perys impactaba en un tronco justo a su lado. Por un instante sintió un inmenso alivio. No estaba herido, Perys no le había dado.

Entonces dirigió su mirada hacia la linde del bosque y vio cómo Perys se desplomaba.

# 7

# Allie

*Mansión Heligan, abril de 1815*

«¿Cuánto iba a durar todavía aquel juego?», pensó Allie. Se esforzaba en disimular su impaciencia. Mientras que la mayoría de los demás jugadores ya se habían despedido, la señora Fitzgibbons seguía golpeando su bola de madera por todo el campo de juego.

El sol se estaba poniendo y empezaba a refrescar. A Allie le dolían las piernas. No estaba acostumbrada a pasar tanto tiempo de pie, y el juego la aburría. Henry se había retirado con Damaris a tomar unas copas de ponche en un banco junto al césped, y la señora Fitzgibbons, a falta de otra víctima, había convertido a Allie en el objetivo de su curiosidad.

—¿Así que usted y su hermana se han casado con unos hermanos, señora Harrington? —dijo mientras golpeaba su bola con la maza—. Es realmente asombroso.

—No, no son hermanos. —Allie suspiró de forma inaudible. A esas alturas ya debía saberlo aquella mujer—. Julian es el padre de mi marido, Tristan.

—Entiendo. —La señora Fitzgibbons asintió con tanta energía que Allie temió que se le cayera su sombrero sobredimensionado—. ¿Y está bien, su marido?

—Sí, gracias.

—¿Y no es admirable todo lo que soporta?

Allie sintió una rigidez en su interior. Golpeó la bola con más fuerza de lo previsto, de forma que rodó mucho más allá del pequeño portillo.

—Oh, qué lástima —dijo la señora Fitzgibbons—. Su bola ha ido fuera.

Allie la miró.

—¿A qué se refiere? ¿Qué «soporta» mi marido?

La mujer enderezó un poco su sombrero, incómoda. Era evidente que la pregunta de Allie le parecía delicada.

—Bueno, nada malo, señora Harrington —respondió titubeando—, pero al fin y al cabo se ha casado con una mujer que no está sana del todo y que… —Enmudeció.

—¿Y que qué? —insistió Allie.

—Que no… puede darle hijos. —La señora Fitzgibbons levantó la barbilla y la miró casi con obstinación—. ¿No cree que es algo admirable y que exige un gran sacrificio por parte de su marido?

—Mi marido no valora a su mujer por cosas como esa —replicó Allie con dureza. Estaba a punto de añadir algo cuando vio que William Bickford, su joven sirviente, se acercaba a ella corriendo por la pradera.

—Will —dijo con el tono más severo que pudo—. ¿Por qué corres de esa forma? ¿Acaso no te he enseñado a moverte a una velocidad adecuada?

—Naturalmente, señora. —Se detuvo ante ella jadeando—. Es… es solo que… —Intentaba hablar, pero le resultaba imposible.

—¿Qué ocurre? Coge aire y habla despacio, Will, así lo conseguirás.

Allie sabía que a veces se mostraba demasiado impaciente con él, a diferencia de Tristan, que rara vez perdía la calma. Tristan y ella habían comprado al niño seis años antes a un deshollinador a cuyo servicio se veía obligado a escalar a lo alto de las chimeneas para limpiarlas. William era un buen chico, trabajador y despierto, pero cuando estaba nervioso empezaba a tartamudear.

—El… el joven señor Ha… Harrington —logró soltar finalmente.

—¿Tristan? —dijo ella alarmada—. ¿Le ha ocurrido algo a mi marido?

Lo apartó un poco a un lado para alejarse de la señora Fitzgibbons, que ya se acercaba hacia ellos.

—No, señora, el… el… el otro. Su… su… su hermano.

—¿Avery?

—Sí, señora. Él… él… —Will volvió a coger aire con fuerza, luego

siguió hablando—. Y… y el joven señor Rashleigh. Ellos… ellos… quieren… ba… ba… batirse en duelo.

—¿Qué? —¿Lo había entendido bien?

William asintió. Con gran dificultad le contó que, por orden de Avery, había ido a buscar las pistolas de duelo de Henry y se las había llevado a Perys y Avery.

—El… el señor Rashleigh me dijo que… que no debía decir nada, pero… pero…

—Está bien, Will, lo has hecho muy bien.

—¿Un duelo? —oyó que decía la estridente voz de la señora Fitzgibbons, que ya estaba casi a su lado. Lo que faltaba—. ¡Qué emocionante! ¿Quiénes participan? ¿Y cuándo y dónde se va a celebrar?

Allie le lanzó una mirada de desaprobación, aunque la última pregunta al menos estaba justificada.

—Ahora —dijo Will—. En… en… en la pradera oriental.

—¿Ahora?

¿Por qué no se lo había preguntado antes? Allie miró a su alrededor. De primeras no pudo ver a Damaris, pero seguro que no estaba lejos.

—Will, busca a mi hermana y cuéntaselo, ¿me oyes? ¡A nadie más, solo a Damaris! ¿Y dile que vaya allí cuanto antes!

William asintió.

—Sí, señora.

Allie dejó a la señora Fitzgibbons plantada, agarró las muletas con una mano, con la otra se recogió la larga falda, que era de una tela ligera y fluida, y echó a andar lo más deprisa que pudo. Si hacía un gran esfuerzo podía avanzar un rato sin ayuda. Probablemente se arrepentiría más tarde, pero ya habría tiempo para eso. Ahora lo importante era Avery. Y Perys.

La pradera oriental no estaba muy alejada, se encontraba detrás de un pequeño bosque más allá de la Mansión Heligan. Aunque habría sido más directo tomar el camino que cruzaba entre los árboles, seguro que se habría quedado atrapada entre la maleza o los matorrales. Así que eligió dar un pequeño rodeo y tomó la senda que bordeaba el bosquecillo.

Miró hacia atrás: Damaris ya casi la había alcanzado y le hacía señas de que siguiera avanzando. Allie aceleró el paso un poco más, a pesar de que le dolían las piernas y le temblaban los músculos.

—¿Es cierto? —dijo Damaris, jadeando, ya casi detrás de ella—. ¿De verdad que esos dos se van a batir en duelo?

En ese momento sonó un disparo, y acto seguido un segundo.

Damaris soltó un grito.

—¡Avery! —Adelantó a Allie corriendo.

Allie también intentó ir más deprisa.

Cuando el camino torció a la izquierda y por fin pudo ver algo, necesitó un instante para entender la situación. Al ver a su sobrino de pie ante un pequeño grupo de árboles, ileso, con la pistola todavía en la mano, la invadió un alivio infinito.

Entonces levantó la mirada hacia la linde del bosque y vio a Perys tendido inmóvil en el suelo.

Avery estaba como petrificado. Apenas era consciente de que, de pronto, estaban allí su madre y la tía Allie. Solo veía la figura desplomada de Perys. Asqueado, soltó la pistola, que cayó sobre la hierba con un golpe seco. Luego salió de su entumecimiento y corrió hacia Perys, que yacía en el suelo inmóvil y blanco como un cadáver. Y observó horrorizado el charco de sangre que se había formado bajo él y empapaba el suelo del bosque. Las dos mujeres se arrodillaron junto a Perys. Allie apretó sus manos contra su torso.

—¿Qué… cómo…? —fue lo único que logró decir.

—Vive —dijo ella jadeando—. Pero está gravemente herido.

Avery sintió como si alguien le hubiera volcado un cubo de agua fría sobre la cabeza. Vio que alguien se acercaba a lo lejos. El joven William.

—Will, necesita ayuda —exclamó Damaris. Podía notarse el pánico en su voz—. Corre a Mevagissey y trae al doctor Gibson. Dile lo que ha ocurrido. ¡Y date prisa!

Will desapareció, y Avery se agachó junto a Perys. Sus ropas tenían tanta sangre que ni siquiera pudo ver dónde había impactado la bala

exactamente.

—¡Oh, cielos, Perys, por favor, no te mueras! —murmuró.

Para alivio de Avery, al oír esas palabras Perys abrió los ojos. Unos ojos marrón claro llenos de pena.

—Yo he tirado a un lado, idiota —susurró—. Pero tú… tú… —Se le quebró la voz.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho. —Avery sacudió la cabeza—. No sé qué… ¿Perys? ¿Perys?

La cabeza de Perys había caído hacia un lado.

Avery sintió un anillo de hierro alrededor del cuello, un sollozo brotó de su garganta.

—¡Perys! —Levantó la mirada, las lágrimas le nublaban la vista.

—Vamos, Avery, tienes que ayudarnos a llevarlo hasta la casa —dijo Allie.

Él se sobrepuso y asintió. Con la ayuda de Damaris, rodeó cuidadosamente con sus brazos el cuerpo inerte de Perys y lo levantó.

La carga le hizo tambalearse, pero apenas se resintió. Atravesó el pequeño bosque, por el césped, hasta el pórtico de la Mansión Heligan, que sostenían seis esbeltas columnas. Allí, de pronto, se vio rodeado por más gente. Hablaban todos a la vez, se dirigían a él. Oyó su nombre y la palabra «duelo». Los condujeron al interior, a través del vestíbulo, y giraron a la derecha, a la sala del desayuno, donde depositó con cuidado el cuerpo inerte sobre la gran mesa.

Entonces sonó un chillido. El grito de una mujer: Grace Rashleigh, la madre de Perys.

—Será mejor que te marches, Avery —dijo Allie—. ¿Dónde diablos está el doctor Gibson?

Se sintió fatal al escuchar el fuerte llanto de Grace. Y entonces apareció el médico y alguien trató de sacar a Avery de la sala.

Él se quedó parado.

—Yo… ¿No puedo quedarme con él?

Grace le miró. El rostro lívido, los ojos rojos.

—Fuera —dijo con una calma antinatural. Una única palabra, pero que significaba mucho.

Damaris lo agarró del brazo.

—Ven —dijo—. Aquí ya no puedes hacer nada. El doctor Gibson se ocupará de él.

Apenas se hubo cerrado la puerta a sus espaldas oyó la voz de su padre en el vestíbulo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Avery?

Damaris abrió la puerta de la sala del desayuno.

—Aquí.

Julian observó a Avery brevemente, luego se volvió hacia su mujer.

—¿Cómo está Perys?

Damaris sacudió la cabeza.

—No sé. El médico está con él, pero… me temo que no tiene buena pinta. —Se llevó la mano a la boca y sus hombros temblaron—. Oh, cielos, Julian, como se muera…

Al fin, su padre lo miró.

—¿Has perdido el juicio? ¿Qué diablos te ha llevado a batirte en duelo con Perys?

—No fue solo idea mía —respondió Avery con obstinación. Apenas hubo pronunciado estas palabras se sintió como un canalla.

—¿Le echas la culpa a Perys? ¡Es lamentable! ¡Está a pocos pasos de ti luchando por su vida! ¿En qué estás pensando? —Julian hacía verdaderos esfuerzos por controlarse—. ¿De qué va todo esto realmente?

Avery miró al suelo.

—De una mujer. —No iba a decir más.

Su padre lo miró sin decir nada y sacudió la cabeza.

—Jenkins dice que alguien ha llamado a los alguaciles —dijo Damaris rompiendo el silencio—. Enseguida estarán aquí.

¿Los alguaciles? ¿Tan pronto? Sintió como si una mano helada le apretase las entrañas. Aunque siguieran celebrándose, los duelos estaban prohibidos y castigados, y, cuando alguien moría, el peso de la ley caía sobre el oponente.

—¿Qué debo hacer, papá?

Julian se frotó el hombro izquierdo.

—¿Qué debes hacer? Espero que asumas tu responsabilidad.

El miedo empezó a crecer dentro de Avery como una criatura

viscosa.

—No puedo —murmuró.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¡Porque entonces me meterán en la cárcel durante muchos años! ¡O me colgarán directamente!

—Eso deberías haberlo pensado antes —replicó su padre.

—¡Julian, por favor! —Damaris apretó las manos con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—¿Es eso lo que quieres? —le increpó Avery—. ¿Quieres que me cuelguen?

Julian no respondió, se limitó a mirarle en silencio. Había mucho en esa mirada: decepción, miedo, dolor, resignación. De pronto parecía más viejo.

—¿Papá?

—Claro que no es eso lo que quiero. Pero… —Julian se dejó caer lentamente en uno de los dos sillones que había en la habitación—. Lo siento, Avery. No sé cómo puedo ayudarte.

# 8

# Allie

*Mansión Heligan, abril de 1815*

Allie se secó las manos con una toalla que le tendió un criado. Seguían temblándole los dedos, pero al menos había podido lavarse la sangre de Perys en una palangana con agua traída a toda prisa. El material quirúrgico y las gasas ensangrentadas ocupaban ahora el aparador en el que por la mañana se ofrecían huevos, *porridge* y tostadas.

A lo largo de su vida Allie había ido adquiriendo ciertos conocimientos médicos. En gran parte a través de sus lecturas, pero también porque había ayudado a menudo al doctor Gibson cuando trataba a alguno de los habitantes de Heligan.

El llanto de Grace se había aplacado; observaba pálida y en silencio cómo su hijo era atendido por el doctor Gibson. Luego dirigió su mirada hacia Allie.

—Te agradezco todo lo que has hecho —dijo en tono apagado una vez que Allie hubo dejado a un lado la toalla—. Pero ahora vete.

—Grace, yo…

Grace apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza sin decir nada.

Allie comprendió enseguida. Aun cuando ella no tenía culpa alguna, formaba parte de la familia de Avery y, por ello, para Grace era cómplice del desgraciado suceso. Asintió en silencio y se dirigió a la habitación contigua, cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella un instante con los ojos cerrados.

—Allie. —Abrió los ojos y comprobó que no estaba sola.

—Julian. —Estaba sentado en uno de los dos sillones de brocado, con respaldo alto, que había en la sala. Su chaqueta colgaba del reposabrazos—. ¿Entonces tú también lo has oído?

Él asintió pausadamente.

—¿Cómo está Perys?

El esfuerzo de andar y de mantenerse de pie le pasó factura a Allie: de pronto sus piernas parecían no querer sostenerla. Se dejó caer en el otro sillón. Sus muletas seguían en la habitación de al lado, pero no pensaba volver allí ahora.

—Nada bien. El doctor Gibson ha conseguido cortar la hemorragia, pero la bala ha penetrado en el tórax y allí sigue. —Agachó la cabeza —. Dice que no sabe si Perys logrará sobrevivir.

Por un breve instante sintió la necesidad de llorar y ocultó el rostro entre las manos.

—Oh, cielos, y cuando pienso que Avery es el culpable de todo… — Levantó la cabeza—. Por cierto, ¿dónde está?

—No sé. Pero acabo de hablar con él hace un rato. Y le he dicho que… —Julian hizo una breve pausa, luego continuó—: le he dicho que debe asumir su responsabilidad.

—Sí —murmuró Allie—. Debe hacerlo.

No quería pensar ahora en las posibles consecuencias para Avery. En todo lo que se le venía encima. Le hubiera gustado volver a cerrar los ojos de nuevo, pues creía ver la sangre de Perys por todas partes. En el papel pintado de dibujos rojos, en las cortinas de color burdeos… por algo aquella habitación se llamaba la Sala Roja.

Julian guardó silencio. Allie esperaba que dijera algo más acerca del desgraciado acontecimiento, pero no lo hizo. Solo entonces le llamó la atención que estaba inusualmente pálido y que una leve capa de sudor le cubría el rostro. Se sujetaba el brazo izquierdo como si le doliera.

—¿Y a ti qué te ocurre?

—Nada.

—No me mientas, Julian. Veo que algo no va bien. ¿Te duele algo?

Él vaciló un instante, como si estuviera pensando una respuesta evasiva, luego asintió.

Allie se mordió los labios. Julian nunca hablaba demasiado de su estado de salud. Si ahora admitía que no se encontraba bien tenía que ser algo serio.

—¿Dónde te duele?

Él torció brevemente el gesto.

—En el hombro y la espalda. El dolor se extiende hacia el brazo izquierdo. Y noto una presión sobre el pecho, como si tuviera un animal encima. Creo que debo de tener una distensión.

—Yo no estaría tan segura —dijo Allie mientras un miedo frío se apoderaba de ella. Había leído algo al respecto. A menudo los problemas de corazón se manifestaban así. Se puso de pie—. Voy a buscar al doctor Gibson.

—¿Por un simple tirón? Haré el ridículo.

—No creo. —Allie le miró muy seria—. Me temo que estás sufriendo un ataque al corazón.

Él arrugó la frente, luego sacudió la cabeza.

—No. Se me pasará enseguida. Perys necesita al médico con más urgencia que yo. Yo… tal vez debería irme a casa. —Hizo ademán de levantarse.

—Quédate sentado, Julian. ¡No vas a ir a ningún sitio!

—Alison Harrington, ¿cómo me hablas así?

Pero le hizo caso, y eso la inquietó más de lo que quería reconocer.

—Deberías quitarte el pañuelo del cuello. Y desabrocharte el chaleco.

Él levantó una ceja, pero empezó a abrirse obediente los botones de la parte alta de su chaleco beis.

—Si no te conociera podría pensar que tienes pensamientos lascivos.

Allie tuvo que reírse a pesar de la preocupación.

—Eso lo veo más propio de Damaris.

Luego se puso seria. ¿Dónde estaba su hermana? Debería estar allí. Julian era su marido.

Abrió la puerta que daba al vestíbulo, pero allí solo vio al mayordomo, que en ese momento cruzaba la sala.

—Jenkins —dijo—, ¿sabe dónde está mi hermana? ¿O mi marido?

El mayordomo sacudió la cabeza.

—Lo lamento, señora, no lo sé.

—Entonces tráigame inmediatamente una copa de coñac, por favor. Y si… —La interrumpió Florence, la hija pequeña de Julian, que en ese momento entró corriendo en el vestíbulo—. Florrie, ¿qué haces

aquí?

La jovencita volvió la cara hacia ella. Estaba pálida y llorosa.

—¡Tía Allie! Ahí… ahí fuera hay unos alguaciles. Dicen que quieren hablar con Avery.

¿Tan pronto? El corazón de Allie pareció encogerse un poco más.

—¿Es verdad? —preguntó Florence—. ¿De verdad le ha disparado a Perys?

—Sí, así es, por desgracia.

Florence apenas pudo contener un sollozo.

—¿Sabes dónde está mi padre?

—Está aquí, conmigo —dijo Allie, y señaló con la cabeza la habitación a su espalda—. Pero él… —No pudo impedir que su sobrina se deslizara dentro de la habitación. Para su sorpresa, Julian se había puesto de pie y ahora se encontraba junto a la ventana.

—¡Papá! —Se lanzó a su cuello, y él la abrazó. Julian miró a Allie por encima de su hija y sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible—. ¡Oh, papá, tengo tanto miedo de que Perys se muera!

—Lo sé, Florrie. Yo también.

—He oído que el tío Henry está ahora con él. Como… como ayuda espiritual.

Henry Hawkins Tremayne había sido pastor antes de heredar Heligan. Todavía se encargaba de vez en cuando de pronunciar un sermón o prestar apoyo espiritual.

Allie tuvo una idea. Tal vez la presencia de Florence no fuera un inconveniente.

—Florrie —dijo—, ¿podrías hacerme un gran favor?

—Naturalmente. —La jovencita se apartó de su padre y se limpió las lágrimas de la cara—. ¿Qué debo hacer?

—Ve corriendo a Willow Cottage y entra en mi cuarto de trabajo. En el armario, que tiene muchos cajones, deberías encontrar en la parte superior una botellita con una etiqueta donde pone «Digitalis».

Florence asintió, sus ojos enrojecidos mostraban un brillo de esperanza.

—¿Crees que eso ayudará a Perys?

Allie dudó un instante.

—Es posible —afirmó. No quería preocupar aún más a Florence confesándole a quién iba destinado el extracto—. Y ahora date prisa.

—Sí. Naturalmente. Enseguida vuelvo.

Apenas se hubo marchado Florence, Julian volvió a hundirse en el sillón. El esfuerzo de fingir normalidad ante su hija lo había agotado visiblemente.

Por suerte, al momento entró el mayordomo con el coñac solicitado.

—Gracias, Jenkins. —Allie cogió la copa—. Y otra cosa: avise al doctor Gibson de que, en cuanto el señor Rashleigh no lo necesite a su lado, venga inmediatamente a ver al señor Harrington. Y dígale que es urgente.

El mayordomo miró brevemente a Julian, luego asintió.

—Muy bien, señora.

Allie le ofreció el coñac a Julian y se sentó a su lado observándolo con preocupación. Él dio un sorbo, luego dejó la copa sobre una pequeña mesa accesoria y se llevó la mano derecha al brazo izquierdo. No, no parecía encontrarse mejor.

Ojalá se diera prisa Florence. Ojalá llegara pronto el doctor Gibson. Ojalá lo lograra Perys. ¿Qué iba a pasar ahora con Avery?

¿Y dónde diablos se había metido Damaris?

# 9

## Avery

*Mansión Heligan, abril de 1815*

Avery cerró despacio la puerta de la biblioteca a sus espaldas y se apoyó en ella con el corazón acelerado. ¡Maldita sea! No solo había ahora dos criados custodiando la puerta de la mansión, sino que además ¡Jenkins había dejado entrar a los tres funcionarios uniformados!

—¿Los alguaciles? —preguntó en un susurro Damaris, que se había refugiado con él allí.

Avery asintió en silencio. Un miedo profundo había eclipsado su preocupación por Perys. Los alguaciles estaban allí. Lo buscaban a él. Si no se le ocurría algo inmediatamente se lo llevarían preso y lo meterían en prisión. Y, en algún momento, incluso podrían colgarlo. O, como mínimo, le enviarían a una de las colonias penales en Australia o en la Tierra de Van Diemen, de donde probablemente no regresaría jamás.

Pero no se iba a quedar allí sentado, como un conejito ante una serpiente, esperando a que se lo llevaran. ¡No quería morir!

No, quedaba una salida todavía. Y empezaba en aquella habitación.

Aparte de ellos dos no había nadie más en la biblioteca. Percibió los olores familiares a madera encerada, libros antiguos y polvo. Recordaba muy bien cómo de pequeño a veces jugaba allí en compañía de John Hearle y Perys. Ellos fueron también los que le mostraron la entrada al pasadizo secreto. Ya antes de que Avery naciera, los dos pequeños habían puesto en jaque a los asistentes a un baile nocturno cuando, de pronto, desparecieron al internarse en el pasadizo secreto que acababan de descubrir.

Avery miró a su alrededor. A excepción del color de las cortinas y la

decoración floral, poco había cambiado en aquella estancia desde entonces. La mesa seguía ocupando el centro de la habitación, si bien ahora reposaba sobre una gran alfombra persa que no estaba allí en su infancia.

Cruzó la sala en tres zancadas, movió la mesa un poco a un lado y se arrodilló. Su madre se remangó la falda sin demasiada ceremonia y también se puso de rodillas. Juntos apartaron la pesada alfombra, de forma que quedaron al descubierto las pulidas tablas oscuras del suelo. Había que fijarse mucho para distinguir la trampilla.

No logró abrir la puerta a la primera. Damaris tenía los dedos más finos que él y al final consiguió introducirlos entre las tablas y levantar la tapa. Ante él se abrió un agujero oscuro del que ascendía un olor mohoso. La luz del sol que entraba en la biblioteca por las dos ventanas altas le dejó ver un par de escalones de piedra que bajaban. Detrás, la oscuridad.

La última vez que había estado allí abajo tenía seis años. Perys y Johnny tenían entonces diez y doce años respectivamente, querían hacerle pasar una prueba de valor. Habían apostado un chelín a que no se atrevería a entrar en el pasadizo y salir por el otro extremo. Pero se equivocaron: él ganó un chelín.

Damaris cogió una vela de uno de los candelabros y la encendió en el fuego de la chimenea, que ardía casi sin llama. Avery vio que la mano le temblaba levemente cuando le hizo una seña con la cabeza.

—Vete —dijo en voz baja—. Yo me ocuparé del resto.

Él vaciló un instante antes de empezar a descender por los escalones y cerró la trampilla sobre su cabeza sin hacer ruido. Damaris la cubriría de nuevo con la alfombra y volvería a colocar la mesa en su sitio.

La vela emitía una luz trémula. Se le había olvidado que allí abajo el ambiente era tan frío y húmedo. El suelo era desigual y estaba salpicado de piedras sueltas. Gracias a la vela, no estaba inmerso en una completa oscuridad. No como entonces, cuando, con seis años, recorrió el pasadizo a oscuras, palpando la pared con una mano, con un miedo horrible a tocar o pisar algo monstruoso. O a encontrarse con un murciélago.

Intentó no pensar en nada, solo en el paso siguiente, pero no lo consiguió. «Perys, lo siento tanto». ¿Qué había hecho? Y ahora huía como un ladrón en la noche.

El camino le pareció interminable, hasta que, a la débil luz de la vela, descubrió una reja de hierro que le cortaba el paso. ¡Eso no estaba ahí antes!

Sintió un escalofrío provocado por el miedo. ¿Tendría que dar media vuelta? ¿Para caer directamente en manos de los alguaciles? Nervioso, iluminó la pared con la vela titilante.

Ahí estaba. La llave. En un pequeño clavo, algo por debajo de la altura de su cabeza.

La cogió y la introdujo en la cerradura.

Aquella maldita puerta no se abría.

—Por favor —murmuró—. Por favor…

Probó de nuevo, movió la llave adelante y atrás, primero despacio, luego con más fuerza. Y entonces, de pronto, la llave giró con un desagradable chirrido herrumbroso. La cerradura cedió y pudo empujar la puerta de hierro.

Unos pasos más y ya estaba al aire libre, muy cerca del pequeño jardín de la parte posterior de la casa de sus padres, con su fachada de piedra gris.

Miró a su alrededor. Ya era casi de noche, y en este extremo la entrada del pasadizo secreto quedaba camuflada entre unos arbustos. Con suerte, no le habría visto nadie.

Abrió la puerta trasera sin hacer ruido. La llama de la vela temblaba ahora más. La casa estaba vacía y a oscuras; con motivo de la fiesta que se celebraba en el jardín de Henry, sus padres les habían dado el día libre a sus pocos criados.

Pasados unos minutos apareció su madre, tirando de su caballo. Incluso se había acordado de la silla de montar.

—¿Te ha visto alguien?

Ella sacudió la cabeza.

—Solo un mozo de cuadra. Pero le he prometido una botella de vino si mantiene la boca cerrada. Ahora coge un par de cosas a toda prisa, mientras tanto yo escribiré una carta. Tienes que salir del país. Al

menos por un tiempo. Hasta… hasta que todo se haya arreglado.

—Sí, lo sé. Creo que iré a Francia. Y después…

—No —le interrumpió ella—. A Francia no, sigue siendo muy peligroso. Quién sabe lo que se le puede ocurrir a Bonaparte ahora que está de nuevo al frente de un ejército.

—Entonces, ¿a dónde?

—A la India —dijo Damaris con la voz algo temblorosa—. Viajarás a la India con los Buller.

¿La India? Eso estaba casi en el otro extremo del mundo…

Aunque, ¿por qué no? Sí, la India no era una mala idea. El gigantesco país llevaba ya algunas décadas bajo dominio británico. Por lo que había oído, un inglés podía vivir muy bien allí.

En el puerto de Plymouth reinaba un animado ajetreo. Las gaviotas volaban graznando por encima del puerto, donde el agua verdosa chocaba contra los muros. Había varios barcos en el muelle, las amarras crujían, la gente corría de un lado a otro y el aire olía a sal y pescado.

Avery se echó al hombro su pesada bolsa de viaje. Hacía más de una hora que había llegado, después de cabalgar toda la noche. Por suerte, la luz de la luna llena le había permitido seguir sin problema el ancho camino hasta Plymouth y había hecho pocas pausas, las absolutamente indispensables para no forzar a su caballo. Acababa de venderle la yegua a un tratante de caballos, no sin cierta lástima, ya que el animal había sido siempre un fiel acompañante. Pero, a cambio, había recibido una buena cantidad de dinero, que se sumaba a lo que había ganado jugando a las cartas y lo que le había dado Damaris. Aunque ya se había gastado una gran parte.

El Seahorse, un gran barco de la Compañía de las Indias Orientales, seguía anclado todavía. ¿Habrían llegado ya los Buller? No resultaba fácil encontrar a alguien en medio del tumulto del puerto. Pero entonces vio dos carruajes de alquiler que sin duda pertenecían a la familia numerosa que estaba junto a ellos. Reconoció la figura delgada de Isabella Buller y la de su marido, Anthony, algo más voluminosa. A

su lado se apilaban baúles de viaje y bolsas, y los dos cocheros y un criado seguían descargando bultos.

Un niño, que no podía tener más de tres años, estaba algo apartado y observaba el bullicio con gesto desconfiado; parecía estar a punto de echarse a llorar. A Avery le sonaba un poco su cara, y supuso que era el hijo pequeño de los Buller. ¿Cómo se llamaba?

Se acercó despacio y se inclinó hacia delante.

—Buenos días, hombrecito.

El pequeño alzó la mirada, y su gesto arisco se transformó en cauta curiosidad cuando Avery le mostró el soldadito de plomo pintado de alegres colores que acababa de comprar. Esperaba que las figuritas le sirvieran para ganarse las simpatías del niño.

—¿Te gusta?

El pequeño asintió.

—Si me dices tu nombre, te la regalo.

—Charly —murmuró el niño, y agarró el soldadito de plomo.

—¿Solo Charly?

El pequeño le miró.

—William Charles Buller.

Muy bien, Avery había acertado.

—Bien, William Charles Buller, ¿sabes quién soy?

El niño sacudió la cabeza.

—Me llamo Avery. —Se incorporó—. ¿Qué te parece, Charly, si me acompañas a ver a tus padres? Tal vez tenga más soldaditos para ti.

Al niño se le iluminó la cara.

—¡Oh, sí, por favor, señor!

—No tienes que llamarme señor, Charly. Para ti soy el tío Avery. Y ahora ven, vamos con tus padres.

Cogió a Charly de la mano, con la otra sujetó su bolsa de viaje con fuerza y se dirigió con la mayor calma posible hacia los Buller, que ya habían terminado de descargar su equipaje.

—¡Mamá! —gritó el pequeño por encima del vocerío que reinaba en el muelle y moviendo en el aire su regalo más reciente—. ¡Mami, mira! ¡El tío Avery me ha regalado un soldadito de plomo!

—¿El tío…? —Isabella levantó la mirada—. ¡Avery!

—Vaya sorpresa, ¿no? —dijo este con su sonrisa más radiante. Los Buller no podían saber nada de lo que había ocurrido en Heligan después de su partida.

Anthony también se percató de su presencia.

—¡Avery! ¡Pero bueno! —Una sonrisa de sorpresa iluminó su cara —. ¿Qué haces tú aquí? Creía que estabas en Heligan.

Avery encogió los hombros con desenfado.

—Mis planes han cambiado de golpe. Resulta que yo también voy a viajar a la India.

—Demasiado bonito para ser verdad —suspiró Isabella—. No nos des falsas esperanzas, Avery. Realmente nos vendría bien cualquier ayuda.

—Me sorprende que pienses eso de mí, querida prima. Pero si no te convence mi presencia, tal vez lo haga una carta de mi madre.

Sacó el mensaje que Damaris había escrito a toda prisa la tarde anterior y se lo entregó. Eran solo unas líneas en las que decía que Avery quería viajar a la India con el fin de estudiar y recolectar plantas exóticas para Heligan, una justificación inventada a toda prisa que a Damaris le pareció razonablemente plausible para explicar la precipitada partida de Avery. Añadía también que los Buller no debían dudar en pedirle ayuda a Avery siempre que lo precisaran.

Isabella leyó por encima la carta y se la pasó a Anthony.

—No sabía que te interesara tanto la botánica —dijo.

Avery le sonrió.

—Soy una fuente inagotable de sorpresas.

—En efecto, lo eres. —Isabella se rio—. Entonces es cierto que viajas con nosotros a la India. Me alegro mucho, y serás cordialmente bienvenido en nuestra casa, Avery. Siempre es un placer ver una cara conocida en un país extranjero. —Entonces arrugó la frente—. Siempre que sea posible, claro. ¿Has hablado ya con el capitán? Me temo que todos los camarotes estarán ya ocupados. Aunque tal vez podamos alojarte con nosotros. —Le lanzó una mirada de auxilio a su marido.

—Puede dormir conmigo —intervino el pequeño Charly, que hasta entonces había seguido la conversación sin decir una sola palabra.

—Gracias, Charly, es muy amable por tu parte, pero…

—Hemos reservado cuatro camarotes —le interrumpió Anthony—. Si nos apretamos un poco e instalamos a nuestro criado Mullins con los niños mayores, tú podrías…

—Eso es realmente muy generoso por vuestra parte —dijo Avery con un gesto de rechazo—. Pero no os preocupéis, ya lo tengo todo resuelto. Acabo de hablar con el capitán y ya me han conseguido un camarote.

Había necesitado mucha suerte y persuasión para hacerse con ese camarote a bordo, el último, al parecer. Y su reserva de dinero se había visto mermada de golpe.

—Oh —exclamó Isabella visiblemente aliviada—. Bien. Muy bien.

Avery se dejó caer con un fuerte suspiro en la estrecha cama del diminuto camarote perdido en el interior del barco. ¡Lo había logrado! Había escapado de los alguaciles y viajaba hacia un país donde nadie le conocía y estaría a salvo.

Pero ese alivio inicial desapareció enseguida. Posiblemente Perys estuviera ya muerto, y todo por su culpa. Arrepentido, cayó de rodillas para rezar por él y pedir el perdón para sí mismo.

Pero no aguantó mucho. El suave balanceo del barco no le sentaba nada bien, notaba algo más que un leve malestar, se encontraba realmente mal. Se incorporó muy despacio y se apoyó en una pequeña estantería atornillada a la pared. ¿Estaba mareado? ¿Tan pronto? El barco acababa de zarpar.

Aunque seguro que se debía a la excitación y la noche sin dormir. Nada por lo que debiera preocuparse.

Se echó en la cama estrecha y cerró los ojos.

# 10

# Lexi

*Archivo de Kresen Kernow, Cornualles, principios de mayo*

El sol se había retirado y ahora la lluvia golpeaba el cristal de la pequeña sala de lectura que Lexi tenía para ella sola. Observó cómo el suelo de piedra de la terraza que había tras el ventanal se cubría de gruesas gotas y pasaba del color gris al negro, y luego volvió a mirar la carta escaneada en la pantalla de su ordenador portátil. La carta que Damaris escribió en el año 1815 a su cuñada Grace incluía una posdata:

> Aunque siento un gran alivio al saber que Avery está a salvo, algún día deberá responder por sus actos. Hasta entonces confío en que Anthony e Isabella lo tomen bajo su protección y lo vigilen.

Anthony e Isabella. Solo podían ser los Buller.

Anthony Buller era cuñado de Henry. En el año 1815 aceptó el puesto de juez en la India gobernada por los ingleses, primero en Madrás, un poco más tarde en Calcuta. Su mujer, Isabella, y sus seis hijos nacidos hasta entonces lo acompañaron hasta allí. Y era sumamente probable que Avery viajara con ellos.

Lexi abrió la última caja de cartón, la de color gris claro, marcada con el rótulo SIR ANTHONY BULLER, MIEMBRO DEL PARLAMENTO Y JUEZ EN BENGALA.

Pero la decepcionó: en ella no encontró nada de utilidad. Ningún descubrimiento sensacional, ni siquiera algún recorte de periódico o un billete de barco. Ni tampoco ninguna carta de Heligan. Solo un par de breves apuntes sobre el tiempo en Madrás, una lista de equipaje y algunos fragmentos de expedientes judiciales casi ilegibles.

Probablemente no se había conservado ninguna carta, o se habían descompuesto hacía tiempo a causa del clima húmedo y caluroso de la India.

Lexi volvía a hojear de nuevo los escasos papeles para asegurarse de que no se le pasara nada por alto, cuando de pronto se abrió la puerta de la sala de lectura.

—Hola —la saludó Ben—. Pensé que estarías aquí.

Lexi levantó la mirada y se frotó los ojos.

—¿Ya es tan tarde? —preguntó asustada.

—Casi —dijo él—. He llegado pronto y quería ver cómo te iba. —Se sentó en la silla vacía que había junto a la de Lexi—. Y bien, ¿has descubierto algo nuevo sobre Avery?

—Por desgracia, no. Acabo de revisar una caja con cosas de los Buller, pero al parecer he buscado en el lugar equivocado.

—¿Y eso?

—Porque seguro que los Buller escribieron muchas cartas a su vieja patria, pero probablemente haya que buscarlas donde vivía el destinatario, no el remitente. Pero eso tampoco me sirve de mucho, porque tengo que solicitar los documentos online y por anticipado, y para ello debería saber a quién escribieron realmente los Buller.

—¿Y no hay nada sobre Avery Harrington?

—Sí, relacionado con el nombre, sí, naturalmente. Ya había buscado antes, en internet. Pero nada de lo que he descubierto encaja. Aquí, espera, lo he anotado en algún sitio. —Buscó un instante entre sus papeles, entonces lo encontró—. En el siglo XVII había un pirata llamado Avery que al parecer escondió en la costa de Cornualles un tesoro que nunca se ha encontrado. Y también hay un párroco que publicó algunos de sus sermones a principios del siglo XVIII. Pero no hay nada sobre ningún Avery Harrington que vivía en Heligan y fue a parar a la India. Y, naturalmente, tampoco sobre ningún duelo en el que pudiera estar implicado.

—¿Así que no has podido descubrir nada nuevo aquí?

—Bueno, sí —dijo Lexi algo más animada—. No sobre Avery, pero sí sobre su madre, Damaris. Tenía una hermana que se llamaba Allie y que vivía con ella en Heligan.

Le contó más detalles sobre sus descubrimientos: que al parecer Allie iba en silla de ruedas y se había hecho amiga de Julian ya antes de su boda con Damaris. Luego hizo una pausa.

—Lo siento, quería revisar todavía un par de documentos más que he solicitado, pero ya que estás aquí y…

—Sin problema —dijo Ben—. Tenía claro que no habrías acabado, y tengo tiempo. ¿Qué te parece si tomamos un café y luego seguimos juntos?

—Estupendo. Una pausa no me vendría nada mal. —Al estirarse se oyó cómo le crujía la espalda—. Yo invito.

—Como quieras.

Guardó de forma ordenada los últimos documentos en la caja de cartón correspondiente, puso las cuatro cajas una encima de otra y las levantó.

—Dame alguna —dijo Ben, y cogió las dos de arriba. Bajaron juntos. En la planta baja había, junto a la máquina de café, unos estantes donde pudieron depositar las cajas.

Ben tomó un café solo, ella le añadió leche y azúcar al suyo. La bebida caliente y dulce le despertó los sentidos. Enseguida lo terminó y tiró el vaso vacío a la papelera.

—Voy a por el siguiente pedido —dijo, y cogió las cuatro cajas.

Esta vez había otro empleado tras el mostrador, una mujer de mediana edad, con el pelo corto y canoso, que parecía un poco gruñona. «Rosie», ponía en su identificador. Lexi no había visto nunca un nombre menos adecuado.

—Tengo otro pedido —dijo mientras le entregaba las cuatro cajas.

—¿A qué nombre?

Lexi se lo dijo en voz baja para que Ben no lo oyera. Su nombre verdadero.

—¿Puede identificarse? ¿Carnet de conducir o algo similar?

—He estado aquí antes. Nadie me ha pedido ningún carnet.

Los ojos de Rosie se entrecerraron con desconfianza.

—Pero antes no estaba yo aquí. Y bien, ¿qué pasa ahora?

—¿Hay algún problema? —Ben apareció a su lado. Mierda, justo eso era lo que quería evitar.

Lexi sacudió la cabeza.

—Todo en orden. —Sacó su cartera, extrajo el carnet de conducir y se lo entregó a la mujer con la cara superior hacia abajo.

Hacía ya dos meses y medio que había abandonado Londres a toda prisa huyendo de su exnovio maltratador, Rob, y dejando atrás su vida anterior. Ahora incluso usaba otro nombre para no darle ninguna pista de su localización actual, aunque, por supuesto, para identificarse solo podía usar su nombre verdadero. «Emilia Alexandra Andrews», ponía en su carnet de conducir, al lado de una foto suya en blanco y negro, en la que aparecía con el pelo bastante más oscuro. También figuraba su antigua dirección en Londres.

—Ha cambiado usted mucho —dijo Rosie enarcando las cejas mientras comparaba a Lexi con la imagen de su carnet.

Lexi le lanzó su sonrisa más amable.

—Bueno, cosas de la vida. Quería probar algo nuevo.

La mujer examinó el carnet con detenimiento.

—¿Y viene usted hasta aquí desde Londres?

Estúpida presuntuosa.

Lexi se encogió de hombros a pesar de que el corazón le latía como loco. Si no estuviera Ben a su lado le habría dicho que sí, que vivía en Londres. Pero se habría descubierto su mentira.

—Me he mudado aquí, pero no he cambiado la dirección todavía —dijo quitándole importancia al asunto Rosie sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero en ese caso no puedo entregarle los documentos. Las normas son las normas.

¡No se lo podía creer! ¿Había ido hasta allí con Ben para nada por culpa de esa leguleya?

—Esta mañana no ha habido ningún problema con su compañero —probó por última vez.

—Esta mañana no estaba yo aquí. —Rosie la miró a los ojos—. Sin documentación no hay documentos.

Lexi dejó caer los hombros. Si ahora ponía una queja se arriesgaba a que revisaran sus datos, y eso sí que no se lo podía permitir. Tendría que volver a casa sin realizar sus investigaciones.

—Vive conmigo —dijo Ben, y le entregó su carnet de conducir a la

mujer—. En Saint Austell.

Lexi logró no disimular su sorpresa.

—¿De verdad? —Rosie frunció el ceño, aunque era evidente que Ben le daba más confianza que Lexi—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—No se me ha ocurrido, sencillamente.

—Está bien. Pero ya no disponen de mucho tiempo. Cerramos a las cuatro.

Cuando Rosie se giró y se dirigió a la fotocopiadora, Lexi le lanzó una mirada de agradecimiento a Ben. Él encogió los hombros con una leve sonrisa.

Rosie fotocopió sus documentos, luego se acercó por fin a la estantería, cogió tres cajas de cartón y se las entregó. Los dos carnets estaban encima, con la foto hacia arriba. Lexi se apresuró a coger el suyo y guardarlo.

—Déjame que las lleve yo. —Ben cogió las tres cajas—. ¿Subimos a la sala de lectura?

Lexi asintió.

—Gracias —murmuró.

¿Habría leído Ben su nombre verdadero? Aparentemente, no. Al menos no dijo nada al respecto, y cuando entraron en la pequeña sala se sentía ya más tranquila.

# 11

## Lexi

*Archivo de Kresen Kernow, Cornualles, principios de mayo*

Ben dejó las cajas sobre la mesa —más material sin catalogar sobre los Tremayne que Lexi había solicitado para probar suerte— y miró su reloj.

—Me temo que no nos queda demasiado tiempo antes de que nos echen —dijo—. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Qué debo buscar?

Lexi levantó los hombros.

—Si yo lo supiera… Todo lo que suene de algún modo interesante. Y si encuentras a un tal Avery Harrington estaría genial.

Le acercó una de las cajas y luego cada uno se sumergió en su trabajo.

Lexi hojeó los distintos documentos. No era como por la mañana, cuando estaba sola allí sentada. Aunque apenas hablaban entre sí, sentía como si Ben la distrajera. Aunque no en sentido negativo.

—¿No dijiste antes algo de los Buller? —preguntó él al cabo de un rato—. Creo que aquí abajo aparece ese nombre.

Le mostró una carta que era evidente que había escrito una mujer. Estaba protegida por un plástico fino.

Lexi leyó por encima las líneas escritas a mano con una letra que casi parecía impresa. No dejaba de sorprenderle con qué meticulosidad escribían las cartas en aquellos siglos… y eso antes de los tiempos de las máquinas de escribir y los ordenadores.

—Es de Isabella Buller —comprobó contenta—. Le escribe a su hermana Caroline, la mujer de John Hearle Tremayne.

—¿Puedes descifrarla tan deprisa? —Ben estaba impresionado.

Lexi hizo un gesto de rechazo a pesar de que agradecía el elogio.

—Es algo más difícil que la letra de Henry, pero sí, es bastante

sencillo. No será porque no le he dedicado horas.

La carta procedía de Calcuta y era de septiembre de 1817. Isabella Buller se alegraba del final del monzón, describía algunas de sus tareas domésticas, mencionaba la visita de un botánico danés llamado doctor Wallich, que dirigía el Jardín Botánico de Calcuta, y finalizaba anunciando que volvía a estar en estado de buena esperanza.

Pero no decía nada de Avery.

También había bastantes cartas en la caja de Lexi. Cartas de arrendatarios y socios de negocios, pero también correspondencia personal. Encontró una carta de John Hearle, el hijo de Henry, en la que informaba a este de las reparaciones realizadas en un molino, comentaba un par de asuntos financieros y luego añadía: «También discutimos la necesidad de una vacuna contra la viruela. Todos éramos de la opinión de que es nuestra obligación poner todos los medios posibles para acabar con una enfermedad tan peligrosa».

—Mira. —Le enseñó la carta a Ben—. Es evidente que a comienzos del siglo XIX ya se vacunaba contra la viruela.

—¿Cómo? —Ben sacó su móvil—. Es cierto —murmuró poco después, mostrándole el teléfono a Lexi.

Había abierto una enciclopedia online. En el año 1796, podía leerse en ella, se creó una vacuna contra la viruela a partir del agente patógeno de la viruela bovina. Al principio fue recibida con gran escepticismo, ya que se temía que todo el que fuera vacunado podía convertirse en una vaca. Pero con el tiempo se demostró su eficacia y la vacunación se extendió por toda Europa.

—Ya entonces había movimientos antivacunas —dijo él.

Lexi asintió sonriendo. Le gustó lo cercano que se mostraba de pronto.

Continuaron trabajando un rato casi en silencio, hasta que sonó en todo el edificio un suave gong, seguido del aviso por megafonía de que en breve se cerraría la instalación.

—Bien. Creo que ya tengo material suficiente. —Lexi empezó a recoger sus cosas.

—Si no tienes mucha prisa podríamos hacer una pequeña escapada a la costa —le propuso Ben—. Para que el aire del mar nos despeje la

cabeza después de tanto trabajo. No está lejos, a unos diez, quince minutos como mucho.

¿Ir con él a la playa? Sí, le parecía una idea realmente buena.

Tras el pequeño chaparrón de antes volvía a lucir el sol. Esta vez Lexi afrontó el viaje sin reservas y ocupó su sitio en la moto detrás de Ben con una mezcla de nerviosismo y emoción. No estaba mal. Incluso estaba muy bien. Pasó los brazos alrededor de su cintura, se apoyó en su espalda y se preguntó si él podría sentir sus latidos a través de la cazadora de cuero.

Cuanto más se alejaban de Redruth y más se aproximaban a la costa, más bonito y natural era el entorno. Dos veces tuvo que frenar Ben para no chocar con una de las numerosas ovejas que había al borde del camino y también, muy tranquilas, en medio de la calzada.

Avanzaron por una carretera flanqueada de setos que serpenteaba entre pequeños pueblos llenos de filas de casas con las fachadas de piedra pintadas en tonos ocres. En algunos jardines delanteros crecían palmeras, y en uno de ellos Lexi vio un árbol con una casita entre sus ramas.

El camino era cada vez más estrecho y arenoso, y al pasar una urbanización nueva de casa blancas, todas iguales, pudieron ver el mar. Había varios coches estacionados cerca de la playa, pero Ben siguió avanzando y giró en un camino estrecho con curvas que ascendía. Una vez arriba, aparcó la moto junto a unas rocas.

Todavía hacía calor al sol. Ben se quitó la cazadora y se sentó en una de las rocas, que era prácticamente plana y ofrecía un buen asiento natural con vistas sobre el mar.

Sobre sus cabezas graznaban las gaviotas, el cielo era de un azul brillante, sin el menor rastro de nubes. El mar estaba surcado por franjas oscuras y de color turquesa, un viento suave les trasladaba el olor salado del océano.

—Mira. —Ben señaló hacia abajo, donde había surgido una cabeza oscura del agua.

—¡Una foca! —Lexi estaba entusiasmada. Un momento después

empezaron a sonarle las tripas.

Ben la miró con gesto divertido.

—¿Es que no has comido nada?

Ella sacudió la cabeza.

—Se me ha olvidado por completo. Pero enseguida lo soluciono. —Agarró su mochila, revolvió un poco en ella y finalmente sacó algo arrugado y de aspecto desagradable que antes había sido un wrap de falafel.

Ben sonrió.

—Parece que se ha sentado una vaca encima. Espera, yo tengo algo mejor. —Se acercó a la moto, sacó algo de una maleta lateral y volvió a su lado—. Toma. Cuando le he dicho a mi madre que iba a Kresen Kernow ha insistido en hacernos un par de sándwiches.

¿Le había hablado de ella a su madre? Le pareció muy tierno.

—Es realmente amable de su parte. —Lexi abrió la bolsa de papel y le ofreció uno de los panes—. ¿Quieres?

—Gracias. Me he hinchado en la comida. Mamá siempre se pasa.

Lexi no se hizo de rogar y dio un mordisco al sándwich bien provisto de beicon, lechuga y tomate.

—Puedes decirle a tu madre que es una diosa de la cocina —dijo con la boca llena. No se había dado cuenta del hambre que tenía. Y el sándwich estaba buenísimo. Cuando Ben sacó también unos *muffins* de chocolate caseros fue ya demasiado para ella.

—¿Te he dicho ya lo mucho que quiero a tu madre? —preguntó.

Él se rio. La brisa le revolvió el pelo oscuro y corto. Estaba condenadamente guapo con su camisa henley de color caqui con las mangas subidas, que dejaba al descubierto su tatuaje de «Rebecca».

En Semana Santa Lexi estaba convencida de que no quería iniciar ninguna nueva relación. Después de todo, la última había sido con un loco peligroso, que fue el motivo de su huida de Londres. Pero ahora estaba a punto de volverse a enamorar.

Carraspeó para pensar en otra cosa y cogió otro *muffin* de chocolate.

—Así que tu familia procede de Cornualles —preguntó.

Ben asintió.

—Desde hace generaciones. De Camborne, no muy lejos de Redruth.

Pero ahora solo viven allí mi madre y mi abuelo. Mi padre vive cerca de Manchester con su nueva novia.

Oh, al parecer había metido la pata. Pero aun así quiso saber más cosas sobre él.

—¿Tus padres están divorciados?

—Separados. Pero probablemente no tarden mucho en divorciarse. —Cogió una piedrecita del suelo y la lanzó por encima de las rocas—. Hacía mucho que no venía aquí. Desde… —Se pasó la mano por el antebrazo izquierdo, por el sitio donde llevaba tatuado el nombre de su hermana—. Desde hace dos años. Desde que murió Rebecca.

Lexi asintió.

—Cait me ha contado que estaba enferma.

Él miró hacia el mar y guardó un largo silencio.

—Tenía leucemia —dijo finalmente—. Todas las semanas íbamos al hospital de Truro para sus tratamientos. Hubo un momento en el que Becca mejoró, y pensábamos que lo había conseguido. Pero luego tuvo una recaída, y todo volvió a empezar otra vez desde el principio. —No la miraba mientras hablaba, su mirada seguía fija en el mar—. Dijeron que necesitaba un donante. Naturalmente, todos nos hicimos las pruebas. Mi médula ósea era la única compatible, hice la donación, y por un tiempo parecía que había salido bien. Pero entonces tuvo una infección, y pocos días después estaba muerta.

Cuánto dolor en tan pocas palabras. De pronto el *muffin* sabía a cartón.

—Lo siento mucho —dijo Lexi con voz apagada—. Debió ser horrible para ti.

—Lo fue. Para mis padres también, naturalmente. Pero en vez de llorar su muerte juntos, discutimos. Y unas semanas más tarde mi padre se marchó. —Su mirada volvió a posarse en Lexi—. Disculpa, no quería soltarte un rollo contándote mi vida.

—Bueno, en realidad he sido yo la que ha preguntado. —Arrancó una brizna de hierba de una grieta entre las piedras, la giró entre los dedos y al final dejó que el viento se la llevara—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Por el viaje. Por haberme traído hasta aquí. Y por tu

franqueza.

# 12

## Lexi

*En la costa de Portreath, Cornualles, principios de mayo*

Lexi se metió el último trozo de *muffin* en la boca. Sobre el mar, un pájaro se lanzó en picado sobre el agua y se sumergió con un elegante movimiento, para reaparecer al momento con un pez en el pico.

—Ya que hablamos de franqueza —dijo Ben de repente—. ¿Quién es Emilia Andrews?

Lexi se atragantó con una miga de *muffin* y empezó a toser. Ben se acercó y le dio unos golpecitos en la espalda hasta que pudo coger aire sin problema.

—¿Mejor?

Ella asintió, casi sin aliento, y se limpió las lágrimas de los ojos.

—Perdona —dijo él—. No debería haberte preguntado mientras comías.

Lexi carraspeó varias veces, hasta que por fin pudo volver a hablar.

—Ya estoy bien.

Él la miró expectante.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—No has respondido a mi pregunta.

Ah, sí. Eso. Así que sí se había dado cuenta.

—¿Por qué no me lo has preguntado en Kresen Kernow?

Él encogió los hombros.

—Podría haberte causado problemas, y tengo la sensación de que eres una criminal peligrosa que huye de la policía. —Cogió otra piedrecita del suelo—. ¿Has cometido algún delito?

Lexi dejó la cabeza colgando. Hasta ahora había logrado pasar desapercibida, sin llamar la atención; tenía una vida nueva. Y de

pronto una situación estúpida hacía que todo saltara por los aires.

—No he cometido ningún delito.

—¿Y entonces por qué usas otro nombre? Ese es el nombre que aparece en tu carnet de conducir, ¿no? Emilia Andrews.

Tras dudar un instante, Lexi asintió.

—Sí, ese es mi nombre. Mi nombre verdadero. Aunque el otro tampoco es falso. Lexi viene de mi segundo nombre, Alexandra, y Davies es el apellido de soltera de mi madre—. No se atrevía a mirarle —. ¿Estás enfadado?

—No lo sé —respondió él tras una breve pausa—. Depende de la explicación que me des.

Lexi sintió una extraña sensación en el estómago. Pero, aunque no se encontraba bien del todo, solo era miedo, un miedo de lo más normal. Molesto, sí, pero no era el temido aviso de un ataque de pánico.

Respiró hondo.

—Yo… no puedo hablar de eso. Todavía no. Me gustaría hacerlo, pero tengo mucho miedo.

—¿Confías en mí?

Ahora Lexi sí levantó la mirada y le miró a los ojos, grises y cálidos.

—Sí —dijo con voz apagada—. Claro que sí. Pero necesito algo más de tiempo.

Él pensó un instante, luego asintió.

—Está bien. Puedo vivir con ello. Al menos de momento.

—Gracias —murmuró ella.

—Pensaré que eres una agente secreta que está en una misión peligrosa. Que te has infiltrado en Heligan para conocer la fórmula secreta de un abono para plantas aún más secreto.

Lexi tuvo que reírse y notó que ya no se sentía tan mal.

—Pero no tardes mucho en conseguirla, ¿vale?

Ella asintió, aliviada al ver que él no insistía más. Solo por eso habría podido besarle.

—Todo bien.

Se reclinó un poco hacia atrás y miró hacia el mar. Escuchó el grito de las gaviotas, el viento, el sonido de las olas que chocaban contra el

acantilado, respiró el aire salado del mar, y sintió cómo la tensión la abandonaba y algo se abría en su interior.

También Ben siguió un rato sentado en silencio, hasta que finalmente se puso de pie.

—Deberíamos irnos. Seguro que Agatha ya me está echando de menos.

Fue como un jarro de agua fría.

—¿Quién es Agatha? —dijo con la mayor indiferencia posible, mientras prendía en ella una pequeña chispa de celos.

Él tardó en contestar.

—La encantadora viejecita con la que vivo.

—Suena un poco… raro.

—Y lo es. —Ben sonrió—. Prefiere las verduras, pero tampoco hace ascos a las proteínas animales de vez en cuando. Y le encantan los gusanos de la harina —añadió.

—¿Los gusanos de la harina? —Lexi se estremeció—. ¿Qué es… una rana?

—Una tortuga griega, me la regaló mi padre cuando era pequeño.

—Bueno, entonces no deberíamos hacer esperar a Agatha.

Ben le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, y la sujetó cuando perdió el equilibrio en el suelo irregular. La atrajo suavemente hacia él, hasta que sus rostros estuvieron muy cerca. Luego se detuvo. Tiempo para decidir.

A Lexi se le aceleró el corazón. Imaginó cómo sería que él la besara. O ella a él. Si se dejaba llevar sin más.

Pero entonces él la soltó, y el momento se acabó.

No, no podía ser.

—Espera —le retuvo Lexi cuando él estaba a punto de girarse.

Sin pensárselo dos veces, se acercó y le besó. Tras un breve instante de sorpresa, Ben le pasó la mano, suave y cálida, por la nuca y respondió a su beso.

—Pensé que me ibas a tener en vilo más tiempo —dijo cuando finalmente se separaron.

En el viaje de vuelta a casa Lexi se apretó contra él, con los brazos alrededor de su cuerpo y una sonrisa en el rostro debajo del casco.

# 13

## Allie

*Steward's House, abril de 1815*

Allie llamó a la puerta de la casa del administrador, y el ama de llaves de su hermana la hizo pasar casi de inmediato.

Damaris apareció enseguida.

—¡Allie! ¡Me alegro de verte!

Se mantenía firme, pero Allie vio que tenía los ojos enrojecidos y rodeados de un anillo oscuro.

—¿Cómo está Julian? —preguntó Allie, preocupada.

Damaris le dirigió una leve sonrisa de alivio.

—Muy bien, creo.

Habían pasado dos días desde la fiesta en el jardín de Henry y el desdichado duelo. El doctor Gibson había comprobado que, en efecto, Henry había sufrido un ataque al corazón, tal como Allie había sospechado. Pero tras una sangría y un remedio tonificante enseguida se encontró mejor. A pesar de todo, el doctor Gibson les advirtió a todos de que, de momento, debían evitarle cualquier sobresalto, algo que resultaba más fácil decir que hacer, dadas las circunstancias. Al menos su hijo Tristan había asumido sus tareas en lo sucesivo.

Allie le lanzó una mirada inquisitiva.

—Sin embargo, no pareces muy feliz.

—¿Cómo podría serlo?

—¿Es por Avery?

Damaris suspiró.

—No quería decírselo a Julian todavía, pero no puedo ocultarle nada.

—¿Entonces le has contado que Avery va camino de la India con los Buller?

Damaris asintió.

—Y no solo eso, sino también que yo le he ayudado a escapar.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mejor de lo que yo esperaba. Aunque sigue opinando que Avery debería asumir su responsabilidad. —Hizo una mueca—. Y dice que yo también soy culpable. No solo por haberle ayudado a huir, sino también porque les he mentido a los alguaciles. Pero no puedo entregar a mi hijo a la justicia. ¡No cuando existe el riesgo de que lo cuelguen!

—¿Sabes lo que yo creo?

—¿Qué?

—Creo que en el fondo Julian se alegra tanto como nosotras de que Avery haya escapado de la policía.

Damaris asintió indecisa.

—Sí, eso pienso yo también.

Los alguaciles —un superior con dos asistentes— habían acudido a Heligan el mismo día de los hechos y habían interrogado a todos los habitantes e invitados que encontraron allí. Aunque casi nadie pudo decir nada porque no habían sido testigos de la escena. Perys no podía hablar, así que solo Allie, Damaris y el joven William podían aportar alguna información sobre lo sucedido en el duelo. Que Perys y Avery habían disparado uno sobre el otro era innegable. Como Damaris afirmaba no saber dónde se encontraba su hijo mayor, y Allie y William tampoco podían añadir nada nuevo, los alguaciles finalmente se marcharon.

Allie miró a su hermana. Damaris mantenía una postura erguida, pero Allie notó que estaba muy preocupada. Perys estaba al borde de la muerte, Julian estaba enfermo, y su hijo había escapado de la policía y había huido a un país lejano donde le esperaba un futuro incierto.

—No dejo de preguntarme cómo estará Avery —dijo Damaris—. Y cómo hemos podido llegar a esto. Julian y Tristan son muy distintos a él. Me temo que esa sangre salvaje proviene de nuestro padre.

Allie asintió.

—Podría ser.

Frederick Tremayne, primo de Henry y oveja negra de la familia, había perdido toda su herencia en el juego. Tras el fallecimiento de su mujer también había empezado a beber, hasta que finalmente perdió la vida en un accidente minero. Henry se hizo cargo entonces de sus dos hijas menores de edad, Damaris y Allie.

Allie tomó las manos de Damaris entre las suyas.

—Sé, Maris, que Avery es un jugador y un alborotador, pero, al igual que papá, no es una mala persona. Sabrá cuidar de sí mismo.

Damaris asintió.

—Sí, lo hará. —Señaló hacia arriba—. ¿Quieres ver a Julian? Se alegrará de verte.

—Me encantaría.

Despacio, apoyando la mano en el pasamanos, Allie subió al primer piso de Steward's House. Sintió alivio al encontrar a Julian sentado a su escritorio en su despacho.

—Pensaba que estarías en la cama —dijo a pesar de todo.

Julian levantó la mirada.

—El doctor Gibson solo dijo que debía descansar. No dijo nada de guardar cama. —Dejó la pluma a un lado—. ¿Tienes noticias de Perys?

Ella asintió.

—Ha despertado y ha hablado con su madre.

Lo había formulado de un modo demasiado positivo, pero no quería darle más motivos de preocupación. Era cierto que Perys había despertado por unos momentos, pero su estado seguía siendo muy serio. La bala aún estaba incrustada en su tórax, y seguía estando demasiado débil para afrontar una operación. John Hearle había mandado preparar una habitación para él en la planta alta de la Mansión Heligan, y también había dispuesto dos estancias contiguas para que su familia pudiera estar a su lado.

—Me alegra mucho oír eso —dijo Julian.

Esparció un poco de fina arena secante sobre la carta que acababa de escribir. Luego la retiró y leyó por encima las líneas por última vez antes de doblar el papel. Allie observó cómo dejaba caer unas gotas de lacre y cerraba la carta con un sello que guardaba en uno de los cajones del secreter. Julian no llevaba anillos, decía que le molestaban

para trabajar.

—¿Podrías hacerme un favor, Allie?

—Naturalmente.

Le entregó el escrito.

—¿Podrías llevarle esto a Henry?

—¿Le escribes una carta?

Él le devolvió la mirada.

—No. Es mi renuncia.

—No lo dirás en serio. —Allie se sentó despacio en una silla.

—Sí. Lo siento mucho, pero no puedo seguir trabajando como administrador de Henry.

—¿Tan mal estás? —preguntó Allie asustada—. Creí que el doctor Gibson había dicho que solo tenías que descansar un par de días.

—No es eso, Allie. No se trata de mi salud, se trata de Avery y de lo que ha hecho. —Sacudió la cabeza despacio—. Mi hijo ha herido de gravedad al sobrino de Henry. ¿Cómo voy a seguir trabajando para él?

Avery se tambaleó como un borracho por la cubierta superior del Seahorse, se agarró con las dos manos a la barandilla y se inclinó hacia delante pensando que iba a vomitar. Nada.

Una ola elevó el barco y acto seguido lo dejó caer de golpe. Avery apretó los dientes y luchó contra las nuevas náuseas. Esta vez sí vomitó por encima de la borda hacia el mar.

Llevaban días así, desde que partieron de Inglaterra. Jamás habría pensado que se marearía en un barco.

Un marinero que estaba cerca enrollando un cabo con toda tranquilidad sonrió y dijo algo que Avery no entendió, mientras se tambaleaba de nuevo hacia abajo con las piernas temblorosas. Ya en su diminuto camarote sin ventanas, en el que cabía poco más que un catre estrecho y su equipaje, se miró en el espejo que colgaba detrás de la puerta. Siempre se había considerado un joven apuesto, pero en ese momento parecía más bien un espectro. Un espectro pálido con barba oscura de varios días.

El cabeceo y las sacudidas incrementaban sus ganas de vomitar, y

tuvo que hacer un gran esfuerzo por retener el contenido de su estómago. Si es que tenía algo dentro. Se echó en el catre sin desvestirse.

Le despertaron unos golpes suaves.

—¿Va todo bien, Avery? —La esbelta figura de Isabella Buller estaba en la puerta abierta. ¿Cómo lograba esa mujer tener un aspecto tan impecable a pesar de la marejada?

Solo emitió un gemido ahogado, porque temía que si contestaba volvería a vomitar.

A pesar de todo, ella le entendió.

—¿Estás mareado? Vaya. Eso me recuerda la conversación que tuve con un viejo marinero. Una vez me dijo acerca del mal de mar: «Al principio se tiene miedo a morir».

Avery asintió levemente. Así se sentía él, a punto de morir.

—¿Y… después? —preguntó con los dientes apretados. Ni pensar en vomitar delante de ella. Su única esperanza era que no le quedara en el estómago nada que pudiera encontrar la salida al exterior.

Isabella sonrió con gesto compasivo.

—«Y después, si no se mejora, se tiene miedo a no morir y tener que seguir aguantando» —dijo finalizando las sabias palabras del viejo marinero.

—No me das muchas esperanzas —gimió Avery—. ¿Entonces esto va a seguir así hasta la India?

—No, no tanto. Son solo los primeros días, luego todo mejorará. Y creo que tengo algún remedio para el mareo. Espera, vuelvo enseguida.

Y desapareció.

Avery logró sentarse, aunque ese movimiento le provocó un nuevo ataque de arcadas que contuvo a duras penas.

Poco después Isabella regresó.

—Toma. —Le tendió un plato pequeño—. Cómete esto.

Avery giró la cabeza.

—No puedo.

—Sí, sí puedes —dijo Isabella con determinación—. Obra milagros con los mareos. Al menos en mis hijos.

A disgusto, Avery cogió el plato. En él había un par de trozos pequeños y cuadrados, y un olor fuerte a especias que le encogió el estómago cuando le alcanzó la nariz.

—¿Qué es esto?

—Jengibre confitado. Pruébalo.

Él obedeció, cogió un pedazo diminuto y lo masticó con cautela. Un sabor agridulce le llenó la boca. Tragó y esperó una arcada, pero, para su alivio, no pasó nada. Dio otro pequeño mordisco. El jengibre le ardía en la garganta, pero al menos ya no tenía la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento.

—Toma otro trocito.

Ella observaba cómo masticaba con cuidado y luego tragaba con más cuidado todavía. Y efectivamente: poco a poco fue sintiendo que su estómago se calmaba y el mareo iba desapareciendo.

Se puso de pie.

—Come un poco más, enseguida estarás mucho mejor.

—Gracias —murmuró él. Parecía tan delicada, pero era tan fuerte —. ¿Cómo es que conoces esto del jengibre?

Isabella sonrió, su mirada se suavizó.

—Tengo seis hijos. Eso hace que se aprendan muchas cosas.

Por un breve instante Avery sintió una urgente necesidad de hablar con ella. Aunque, naturalmente, no lo iba a hacer. No podía contarle a nadie lo que le atormentaba.

Isabella tenía razón. El remedio del jengibre confitado funcionó y, cuando zarparon tras una breve escala en Madeira, ya había desaparecido el mareo.

Pero el jengibre no servía contra el miedo y los remordimientos que le mantenían toda la noche despierto. El miedo a haber matado a Perys. Y los remordimientos ante su padre. No podía dejar de ver su mirada… cargada de dolor, decepción y resignación.

Avery se incorporó en la oscuridad, agarró la botella de vino tinto que había hecho llevar a su camarote y bebió directamente de ella.

—Me alegro tanto de que Henry no haya aceptado la renuncia de papá —dijo Lowenna mientras depositaba en la cesta dos manojos de consuelda.

—Yo también —convino Allie.

—Y papá también, aunque probablemente no lo confiese.

Naturalmente, Henry había rechazado la renuncia de Julian. Y no solo eso. Había ido a verle en persona y había mantenido una larga conversación con él. Después, Julian había accedido a seguir como administrador y compañero de ruta de su viejo amigo.

Allie oyó a un zorro gemir en algún sitio entre la maleza. La neblina de la mañana flotaba lechosa sobre los campos, la humedad le mojaba la falda. Había salido muy temprano con su sobrina Lowenna a recoger hierbas en los terrenos de Heligan, ya que era mejor recolectarlas cuando todavía estaban cubiertas por el rocío. Allie había adquirido grandes conocimientos sobre las hierbas en los últimos años. Una estancia de Willow Cottage, su casita, estaba repleta de plantas secas colgando y en los estantes de las paredes se almacenaban frascos con las más diversas infusiones. Para su alegría, Lowenna, la hija de Damaris, también mostraba interés por las plantas, y por eso a menudo salían juntas al campo.

Pero aquella mañana la excursión no les servía tanto para recoger hierbas como para dejar de pensar en lo que iba a ocurrir más tarde. Como Perys estaba algo mejor, el médico quería probar a extraerle la bala que todavía tenía alojada en el pecho.

Apenas dos horas más tarde resonó el primer grito de dolor en la Mansión Heligan… amortiguado por las muchas puertas que había entremedias, pero aun así capaz de provocar un escalofrío en la espalda a quienes lo oyeron. Allie prefería no imaginar el suplicio que estaba sufriendo Perys. Seguro que el doctor Gibson le había suministrado algo de láudano, pero al parecer eso apenas ayudaba a calmar los terribles dolores de la operación.

Julian había insistido en estar presente, y ahora se encontraban todos juntos en el salón, esperando y rezando por la salud de Perys. Henry, Grace, la madre de Perys, y sus hermanas a un lado, los miembros de la familia Harrington al otro. ¿Se habría roto de forma

irreparable la larga amistad que mantenían con los Rashleigh? En este momento Allie prefería no pensar en ello, a pesar de que era una de las preocupaciones que la atormentaban. Intranquila, lanzó una mirada a Julian, pero parecía estar bien.

Habría deseado que su marido, Tristan, estuviera allí con ella, pero estaba arriba con John Hearle y el padre de Perys para apoyar a este en aquel difícil momento.

Se oyó un nuevo grito, y Allie se estremeció.

—Es una buena señal —murmuró Henry casi para sus adentros—. Si grita es que tiene fuerzas suficientes.

A modo de respuesta el grito se apagó. Grace emitió un sollozo, Florie se llevó la mano a la boca y lloró.

—Solo ha perdido el conocimiento —dijo Allie desvalida en medio de la desesperación general. Esperaba que fuera así. «Por favor —rogó —, haz que sea así».

Tras varios días de miedos, esperanzas y rezos por fin quedó claro que Perys superaría las graves lesiones y volvería a recuperarse. Todo Heligan se reunió en una misa de Acción de Gracias.

Y cuando después del último salmo los fieles recibieron la bendición, Allie vio cómo Grace Rashleigh giraba la cabeza y le dirigía una sonrisa conciliadora a Damaris.

# 14

## Avery

*Golfo de Bengala frente a Madrás, India, septiembre de 1815*

Hacía días que el mar no estaba liso como un plato, como ahora. Avery se encontraba a bordo del Seahorse y miraba hacia tierra firme, que estaba casi al alcance de la mano. Ansiaba poder pisar un suelo que no se tambaleara y no tener que lavarse más con agua salada, que no le sirvieran todos los días la misma comida y poder ver por fin algo diferente.

Durante los meses pasados en el mar apenas había tenido alguna distracción. En el barco no había casi nadie dispuesto a jugar a las cartas o a participar en una apuesta. Y, así, a falta de alternativas, Avery había pasado mucho tiempo con los hijos de Anthony e Isabella.

Y ellos le adoraban. Sobre todo, los dos hijos varones de los Buller, Charly, de tres años, y su hermano Tony, de cinco. Con unas tablas y unos cabos deshilachados, Avery había improvisado un bate y unas pequeñas pelotas y, así, los pequeños jugaban a una forma sencilla de criquet en la cubierta siempre que tenían ocasión. A veces las pelotas caían al mar por encima de la borda y Avery debía fabricarles unas nuevas. Pero no le importaba, agradecía tener algo que hacer.

También, para escapar de Anthony Buller. Este se había alegrado mucho al leer en la carta de Damaris que Avery sentía un gran interés por la botánica. Damaris había escrito esa carta a toda prisa, y esa supuesta pasión botánica de su hijo le había parecido un argumento válido para explicar su inesperada partida. Y Avery se había visto obligado a conversar a diario con Anthony sobre plantas autóctonas y tropicales, sobre su cultivo y conservación, y a fingir un gran interés por algo con lo que él en realidad no quería tener nada que ver.

Pero todo eso ya había quedado atrás.

Los seis hijos de los Buller mostraban un comportamiento sorprendentemente bien educado. A pesar de que se les veía excitados, esperaban en cubierta formando una fila ordenada. Solo el pequeño Charly se movía impaciente, daba saltitos nerviosos y señalaba aquí y allá. Ante ellos se extendía una costa alargada y arenosa en cuyas playas se apiñaba la gente.

—Es casi como si la tierra hubiera cobrado vida —murmuró a su lado Isabella, que parecía un poco tensa bajo su sombrero para el sol.

Soplaba un viento cálido y sofocante, y a Avery se le pegó la ropa al cuerpo. Todos los edificios de la orilla tenían varios pisos, eran blancos y mostraban una columnata. Un poco más lejos había un bastión; tenía que ser Fort Saint George, la primera fortificación británica en la India. Al fondo Avery vio minaretes y pagodas.

Los pasajeros fueron llevados a tierra junto con sus equipajes en unos botes estrechos manejados por fornidos remeros. Nada más desembarcar se vieron rodeados de nativos que les ofrecían sus servicios en inglés y en todos los idiomas posibles. En la playa esperaban fuertes porteadores medio desnudos junto a unas andas sencillas. Detrás había una fila de carruajes.

Un indio alto y amable con turbante se acercó a los Buller y se presentó como Dinesh, su mayordomo. Y luego recorrieron las calles en tres coches.

La administración colonial había puesto a disposición de los Buller una casa a las afueras de Madrás, y era incuestionable que Avery, al que consideraban como un miembro más de la familia, viviera también allí. Se trataba de una casa de campo blanca, de una planta, rodeada de campos y un pequeño jardín. En Madrás, casi cualquiera que se lo pudiera permitir, les explicó Dinesh, vivía fuera de la ciudad, a donde solo iban a trabajar.

Avery respiró aliviado en cuanto entró en la casa: gracias a las esteras de paja humedecidas que colgaban en puertas y ventanas había una agradable corriente de aire fresco.

—Es como estar en el cielo —se le escapó a Isabella, a quien le ardía la cara debajo del sombrero.

Dinesh había contratado ya a tres nativos que estarían a su servicio

además de él mismo y los dos sirvientes que habían viajado con ellos desde Inglaterra: un cocinero, un cochero y una criada para todo. Como medio de transporte adicional disponían también de las andas para una persona que estaban disponibles por todas partes y que aquí recibían el nombre de «palanquines». Los Buller contaban además con cuatro porteadores.

Su vida en la India no se diferenciaba mucho de la que llevaban en Inglaterra. Anthony Buller iba todas las mañanas a la ciudad en un carruaje y regresaba a casa por la tarde, poco antes de la cena. Avery hacía lo mismo. Anthony le había conseguido un puesto como escribano en la administración colonial, aunque ese trabajo en un cuartucho asfixiante no fue de su agrado y enseguida se buscó un nuevo empleo. Lo encontró como agente de desembarco en Binny&Co., una compañía de reciente creación que tenía su sede cerca del fuerte. En Madrás el atraque de los barcos se veía dificultado por la marejada en las proximidades de la costa, de modo que hasta entonces los comerciantes se habían visto obligados a confiar en una sospechosa banda de barqueros. John Binny había cambiado esta situación y, desde hacía unos años, tenía una pequeña flota de gabarras y lanchas que transportaba a pasajeros y mercancías desde los barcos a tierra firme.

Avery se encargaba de la organización de estos viajes junto con un par de agentes más. Enseguida asumió otras tareas adicionales para así poder ganar más dinero: comerciaba con vino de Madeira, se encargaba de reservar para los clientes de Binny los pasajes del barco a Inglaterra, vendía libros recién publicados y también billetes de una lotería con la que el gobierno financiaba distintos proyectos públicos.

Ese trabajo no le ocupaba demasiado tiempo, y tenía el resto del día libre. Mientras en el edificio del Tribunal Supremo Anthony Buller repasaba actas y dictaba sentencias, Avery deambulaba por las calles de Madrás.

La ciudad era completamente diferente a Inglaterra, y a pesar de todo se percibía la influencia inglesa por todas partes. Además de

varios templos hinduistas y una mezquita había también algunas iglesias cristianas. Una de ellas, la catedral anglicana de Saint George, había sido inaugurada unos meses antes.

En la denominada «White Town» de Madrás vivían principalmente colonos ingleses. Allí se encontraba también el fuerte de muros altos que medía más de una milla de diámetro. A mediodía, cuando el calor se hacía insoportable, recorrían las calles unos carros tirados por bueyes y cargados hasta arriba de toneles llenos de agua. En el suelo del carro y en los toneles había pequeños agujeros por los que el agua caía sobre la calle y la limpiaba de polvo y suciedad.

Avery también se internaba a veces en la Black Town, donde vivían sobre todo nativos y europeos católicos y donde podía observar a los comerciantes que ofrecían alimentos exóticos y telas de colores en sus puestos, a los aguadores con sus enormes cántaros y a los porteadores de andas semidesnudos que recorrían con su carga unas calles polvorientas que, a diferencia de las del fuerte, no se limpiaban con agua.

Le fascinaba el bazar con su mezcla de razas y lenguas, su variedad de colores y sus olores desconocidos. Aprovechaba la ocasión para probar y comprar especias que no conocía. Pagaba con rupias y algunos fanams de plata y así fue aprendiendo alguna que otra palabra. Enseguida entendió algo de hindi y también de la lengua local, el telugu, y no tardó demasiado en poder decir algunas frases sencillas.

No había muchas mujeres europeas en Madrás, y las pocas que quedaban solteras estaban muy solicitadas. Por eso algunos ingleses tenían amantes nativas, las denominadas *bibis*. Pero por mucho que Avery añorara a veces la compañía femenina, no quería comprometerse a mantener una relación formal, con lo que solo le quedaban los burdeles.

Un entretenimiento que siempre agradecía eran las veladas que se organizaban con regularidad en el Panteón, un edificio de estilo griego. En él se celebraban representaciones teatrales y partidas de cartas a las que Avery siempre solía asistir.

No solo la vida, sino también el tiempo era claramente distinto al de

Cornualles. Solo las brisas marinas ocasionales hacían soportable ese clima tropical cálido y húmedo. Dinesh le explicó que el último abril había sido excepcionalmente frío, tanto que incluso había nevado. Avery consideró que se trataba tan solo de un rumor. En Madrás, según se decía, solo había tres estaciones: la cálida, la más cálida y la infernalmente cálida.

Avery tiró la pluma sobre la mesa, arrugó el papel y lo lanzó a la papelera. Le era imposible escribir a su familia. Y eso que muchas preguntas le impacientaban: ¿Qué había ocurrido con Perys? ¿Y con su hermana Martha, a la que había rechazado de forma tan vergonzosa? ¿Qué pensaba su padre de él? Pero temía las posibles respuestas: que Perys hubiera muerto por su culpa y que los alguaciles lo buscaran por ese asesinato. No, sería mejor mantener la incertidumbre y distraerse con actividades más agradables.

El canto de los pájaros entraba por la ventana abierta y Avery contempló el polvo rojizo de las calles secas arremolinarse en el aire de la mañana. Un buen día para salir a caballo.

Tras pasar dos horas sobre la silla de montar, su mente se aclaró un poco e inició la vuelta a casa. A medio camino oyó que alguien gritaba enfadado en inglés. En cuanto se acercó con su caballo reconoció al señor Stanley, el joven cadete de artillería cuyos padres eran amigos de los Buller y que estaba pasando unos días como invitado en su casa. El cadete estaba insultando y pateando a los porteadores, cedidos generosamente por Anthony para que hiciera uso de sus andas, que se habían sentado a la sombra de un pozo. Los cuatro hombres parecían exhaustos, pero no se defendían, sino que aguantaban los malos tratos callados e impasibles.

—¿Puedo preguntarle qué ocurre, señor Stanley? —preguntó Avery desde la silla de montar.

El joven levantó la mirada y dejó de dar patadas.

—Ah, es usted, señor Harrington. Esta chusma no hace lo que tiene que hacer. Estos gandules solo tenían que llevarme a Saint Thomas Mount y traerme de vuelta. Y ahora parece que están cansados. —Una

nueva patada subrayó sus palabras—. ¿Cómo voy a llegar hasta la casa de Anthony?

¿Hasta Saint Thomas Mount y volver? Era un recorrido de dieciséis millas. No le extrañaba que los porteadores estuvieran agotados. Pero Avery no se podía permitir meterse en líos. Bajó del caballo, puso su gesto más amable y dijo:

—¿Qué le parece, señor Stanley, si coge mi caballo para volver a casa? Le estaría muy agradecido si luego le pidiera al mozo de cuadra que se ocupe del animal.

Stanley se mostró de acuerdo y poco después partió con el caballo de Avery.

Hacía mucho calor. Ya volvería a casa con los porteadores, ahora no era el momento. Se dejó caer junto a los hombres a la sombra del pozo, se quitó la chaqueta y se abrió el chaleco. Debería haberse puesto algo más ligero.

—Muchas gracias, *sahib*. — Uno de los hombres, el de más edad, le ofreció una taza con agua—. Pero no tendría que haber hecho eso.

—Vosotros sois cuatro —dijo Avery, y bebió sediento—. ¿Por qué no os habéis defendido? O al menos podíais haber protestado. ¿Por qué aceptáis que os traten así?

Una sonrisa indulgente iluminó la cara oscura del porteador.

—¿No lo sabe, *sahib*?

—¿Qué no sé? —A pesar del cansancio evidente, el hombre parecía tan relajado y sabio que Avery se sintió como un niño pequeño y tonto.

—Ese hombre tiene que aprender todavía —dijo el porteador de andas—. Es bien sabido que en Europa muchos jóvenes caballeros están atrapados en un estado de salvajismo. Entonces nos los mandan aquí, a la India, para que los amansemos. Hasta entonces no saben actuar de otra manera. Pero aprenderán.

¿Jóvenes europeos en estado salvaje? ¿Enviados a la India para ser domesticados? Avery quiso discrepar, pero, avergonzado ante esa generosa visión del mundo, lo dejó. No le correspondía a él cuestionarla.

—A pesar de todo, no está bien —se limitó a decir finalmente—.

Ningún hombre debería situarse por encima de otro, y menos de ese modo. Toda persona debe comportarse como quiere ser tratada.

Sus propias palabras le sonaron extrañas. ¿Es que ahora se había convertido de pronto en un moralista?

El indio inclinó el cuerpo sonriendo.

—Esas son palabras sabias, *sahib*. Es usted un buen hombre.

Avery estuvo a punto de echarse a reír. ¿Palabras sabias? Nadie le había dicho nunca algo así. Pero repentinamente volvió el sentimiento de culpabilidad que tan bien conocía y, aunque antes se encontraba muy a gusto junto a esos porteadores indios, de pronto no aguantaba ya más.

Él no era una buena persona. En absoluto.

En octubre comenzó la época de lluvias, para alivio de todos. Aunque al principio fue recibida con alegría, en noviembre se convirtió en un molesto incordio. Llovía casi incesantemente y las calles se cubrieron de barro: pequeñas mareas de agua y lodo inundaban las callejas de la ciudad. Avery estaba acostumbrado a la lluvia de Inglaterra, pero no a esa cantidad e intensidad. Era imposible salir a caballo o ir al teatro.

Y así transcurrió también todo diciembre. En el año nuevo, en enero de 1816, cesaron poco a poco las intensas lluvias y se secó el barro de calles y caminos. Entonces subieron las temperaturas de un día para otro, y el ambiente se volvió caluroso y húmedo otra vez. Y el peor calor todavía estaba por venir.

Por eso, cuando Buller le preguntó si quería acompañar a la familia a Calcuta, más al norte, donde le habían ofrecido el cargo de presidente del Tribunal Supremo, Avery aceptó al momento.

# 15

# Avery

*Calcuta, India, marzo de 1816*

La travesía en barco desde Madrás a Calcuta, en la parte norte de India, duró doce días. Esta vez Avery no se mareó. O bien le sirvió de ayuda el jengibre, o bien ya se había acostumbrado al balanceo.

A diferencia de Madrás, en Calcuta los Buller vivían en el centro de la ciudad, cerca de la emblemática Esplanade Row, en una casa de dos plantas con algunos sirvientes. Avery se alojó allí las primeras semanas, aunque no tenía previsto quedarse de forma permanente.

Hacía más de cuarenta años que Calcuta era la capital de la India británica. A Avery le gustó el ambiente abierto de aquel crisol de culturas y personas de lo más diverso. Allí se reunían todas las grandes religiones del mundo. No solo había dos iglesias anglicanas y una casa de Dios católica, sino también una sinagoga, varias mezquitas y un gran número de pagodas.

La vida de Avery en Calcuta apenas se diferenciaba de la que había llevado en Madrás. Para escapar del sofocante calor que reinaba todo el día, se levantaba temprano y salía a caballo, para estar de vuelta puntual para el desayuno a las ocho. Al principio le costó acostumbrarse al *kedgeree* que preparaba el cocinero todas las mañanas, pero ahora no quería perderse nunca la sabrosa mezcla de arroz, lentejas, huevos cocidos y pescado fresco.

Por la mañana pasaba unas horas trabajando —en Calcuta también había demanda de agentes de desembarco que se ocuparan de los recién llegados—, luego volvía a casa para el almuerzo y una pequeña pausa. Tras el té se recibía a las visitas y, cuando después de la cena se ponía el sol, salía elegantemente vestido a dar un paseo junto el Lal Dighi, como muchos otros ingleses. Aunque él prefería visitar el

casino, a veces el teatro o un burdel.

Así fue su vida durante unas semanas, hasta que sintió que se aburría.

Un dragón.

Fue lo primero que pensó Avery al ver la gran criatura con plumas que alzaba el vuelo desde una rama con torpeza, pero también con elegancia. El cuerpo se elevó en el aire con fuertes aleteos y voló hasta el tejado de una casa situada a varias yardas de distancia, arrastrando tras sí su larga y pesada cola como si de un vestido de noche se tratara.

No, por supuesto que no era ningún dragón, tenía que ser un pavo real. Avery ya había visto alguna vez una de estas aves extraordinarias de vistosas plumas en la cola en una casa de fieras de Truro, pero no sabía que podían volar.

Anthony le había preguntado si quería acompañarle ese sábado a casa de Nathaniel Wallich, el director del Jardín Botánico de Shibpur, al sur de Calcuta. Avery no tenía ganas de tener que conversar sobre la botánica autóctona con gente desconocida, pero a pesar de todo aceptó la invitación. Siempre venía bien un cambio.

Y ahora Anthony admiraba una parte del jardín con magníficas flores exóticas mientras Avery observaba el pavo real.

—Maravilloso, ¿verdad? —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Avery se giró y vio a una joven frente a él. Era de una belleza discreta, de mejillas lisas y carnosas y pelo castaño brillante recogido en un moño sencillo.

—Sophia Wallich —se presentó, y le tendió la mano.

—Señora Wallich, encantado de conocerla. —Le besó la mano con delicadeza—. Soy Avery Harrington.

—Encantada. Pero llámeme Sophia. Aquí no somos tan formales. —Parecía algo azorada—. Mi marido les presenta sus disculpas, señor Harrington. Ha…

—Avery —la interrumpió él sonriendo.

—Avery. —Su sonrisa era algo tímida. Era realmente joven—. Como

le decía, mi marido ha tenido que acudir a una emergencia médica inesperada, pero enseguida estará de vuelta.

—Pensaba que el señor Wallich era el director del Jardín Botánico —dijo él algo confuso.

—Es cierto. Pero además es médico. Al servicio de la Compañía de las Indias Orientales.

Como comprobaron a su vuelta, Nathaniel Wallich era alto y delgado y tenía un rostro amable y una mirada despierta que saltaba de un interlocutor a otro. Se disculpó por su tardanza sin ahorrar en palabras y a continuación guio en persona a sus invitados por su casa y una parte del jardín.

Durante el té se enteraron de más cosas. Nathaniel Wallich era un danés que siendo adolescente comenzó los estudios de medicina en Copenhague y los terminó a los veintiún años. Sentía además un gran interés por la botánica, y la India tenía en ese sentido un gran atractivo para él. Por eso había solicitado un puesto como cirujano en la Serampore gobernada entonces por Dinamarca, en Bengala, y había sido admitido poco después. Más tarde se trasladó a la India británica al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Ahora contaba ya treinta años de edad —un poco mayor que Avery—, era un miembro apreciado de la comunidad internacional de Calcuta y mantenía contactos en todo el mundo con cualquiera que tuviera un cierto prestigio en el área de la botánica.

Avery necesitaba cambiar de aires. Ya había disfrutado de la hospitalidad de los Buller durante suficiente tiempo y, a pesar de lo mucho que apreciaba a Anthony, Isabella y sus hijos, con ellos se sentía cada vez más vigilado.

La vivienda era escasa y cara en Calcuta, y entre los europeos era habitual compartir piso. Pero él no quería vivir con un par de jóvenes escribanos de la Compañía de las Indias Orientales en el Writer's Building, como le ofrecieron. Le fascinaba la parte india de la ciudad, con sus bazares y sus palacios, sus variados olores nuevos y la gente vestida con ropa de colores alegres. Así que alquiló un alojamiento

pequeño y a buen precio en la Native Town, lo que le permitió ampliar sus conocimientos lingüísticos. Ya entendía bastante bien el hindi y cada vez captaba más del bengalí, que era hablado prioritariamente por los nativos de Calcuta.

En cuanto al clima, no era muy diferente al de Madrás. En Calcuta también se acercaban ahora los meses más calurosos del año, y todos ansiaban la llegada del monzón, que aquí comenzaba a finales de junio. Pero cuando por fin empezó a llover —menos de lo que Avery esperaba— apenas descendieron las temperaturas, y el calor seco fue sustituido por un calor húmedo que casi resultaba aún más difícil de soportar. Cuando salía el sol era como estar en una sauna.

Siempre que tenía tiempo visitaba a Nathaniel Wallich y su Jardín Botánico. Wallich conducía complacido a sus visitantes por la amplia zona que se extendía en la parte posterior de su casa. En ella crecían plantas y árboles exóticos, e incluso de día se estaba bien allí. A Wallich le gustaba especialmente mostrar un enorme baniano que debía de tener unos cincuenta años. Con sus numerosas raíces aéreas que salían de las ramas y bajaban en vertical hasta el suelo, el baniano parecía un denso bosque más que un único árbol.

Sin embargo, llovía muy poco a pesar del monzón. Ese tiempo era realmente insólito para la época del año, le explicó Wallich en su paseo por el jardín.

—Si esto sigue así —dijo mirando con preocupación las plantas mustias—, el país sufrirá una hambruna.

Wallich —o Nathaniel, como insistió en que le llamara— era una persona abierta y generosa cuya casa estaba siempre abierta a cualquiera que buscara consejo o estuviera en apuros. Avery también había podido disfrutar varias veces de su hospitalidad cuando, tras una agradable velada, le había permitido pasar la noche en su casa para que no tuviera que volver de noche a la suya.

Los Wallich se habían casado el año anterior y, a pesar de la diferencia de edad de once años, parecían formar un matrimonio feliz. Pocos meses antes habían sido padres de un niño, el pequeño George Charles, al que Avery solo había oído gritar alguna vez en el interior de la casa. Vivían en una imponente villa blanca justo a la orilla del

Hugli. A Avery le parecía hermosa: de tres plantas, construida en piedra blanca, con arcadas, torrecillas y contraventanas y una veranda semicircular desde la que se podía contemplar el río. Por toda la casa había jarrones con flores exóticas, que a Avery le recordaban a las habitaciones de la Mansión Heligan, decoradas siempre también con flores. Aunque no con la misma vistosidad y colorido que aquí.

Wallich le recordaba a veces un poco a Henry Hawkins Tremayne, señor de Heligan y padrino de Avery. No tanto por su aspecto como por su amabilidad y su total entrega a su trabajo. Avery podía imaginar perfectamente que ambos hombres fueran amigos.

Nathaniel siempre estaba ocupado. No solo era responsable de la salud de los funcionarios de la colonia europea, sino que también atendía a la población rural del entorno más próximo. Y cuando no estaba con sus pacientes, catalogaba plantas o mantenía correspondencia con distintos botánicos de todo el mundo. Aparte de inglés y danés, hablaba también alemán y francés con fluidez. Además, hacía diagnósticos y proponía tratamientos por carta cuando la distancia era demasiado grande para acudir en persona.

Para mostrarle a Nathaniel su agradecimiento por su hospitalidad, Avery le ofreció su ayuda, que Wallich aceptó agradecido. Poco después embalaba con él docenas de cajas llenas de plantas, raíces y preparados botánicos que debían llegar al famoso naturalista Joseph Banks, en Inglaterra. La conservación de las plantas era difícil: las muestras prensadas eran complicadas de guardar en un herbario y enseguida se pudrían en el clima tropical de la India. Por eso, Wallich había contratado a los mejores pintores de plantas indios para que las dibujaran prestando minuciosa atención a cada detalle.

Avery fue muy bien recibido entre los Wallich, y enseguida se ocupó casi él solo del frecuente envío de plantas a Londres y Copenhague, tarea para la que Nathaniel apenas encontraba tiempo. Los domingos estaba invitado —a menudo junto con los Buller— a tomar el té con los Wallich, y a veces concluían la reunión con una cena. Generalmente había también otros invitados, europeos, pero también eruditos o artistas indios.

En cierta ocasión se sentó a la mesa con ellos un cazador de plantas

portugués que les habló de sus expediciones a Brasil. A Avery le gustó el título de «cazador de plantas»: convertía al aburrido botánico recolector de flora en un aventurero intrépido en busca de un botín de plantas desconocidas.

En una de esas comidas en la que participaba también el capitán de un velero de las Indias Orientales, Wallich anunció su último proyecto:

—Estoy preparando una expedición botánica muy importante —dijo con una copa de vino tinto francés en la mano.

—¿Y a dónde será? —preguntó con cortesía el capitán, un inglés corpulento con una barba tupida.

—A Nepal. En cuanto haya pasado el monzón, probablemente en octubre.

—¿Nepal? ¿No ha habido allí una guerra hace poco?

—Acabó a principios de año —declaró Wallich—. Los nepalíes y los ingleses han firmado la paz, y ahora hay un representante del gobierno británico en Katmandú. De no ser así, seguro que no iría.

—¿Y qué vas a hacer allí? —preguntó Avery—. ¿Escalar montañas?

—Has cometido un error —intervino Sophia sonriendo antes de que su marido pudiera responder—. Ahora no va a dejar de hablar de sus grandes planes.

Wallich carraspeó y dejó la copa sobre la mesa.

—Quiero investigar la flora desconocida de Nepal. Ese país no ha sido explorado todavía desde el punto de vista botánico. Imagina todos los tesoros vegetales que esperan a ser encontrados. Ese país es todo un paraíso para los botánicos.

—Sí —dijo Sophia algo afligida—. Mientras tu hijo y yo estamos en casa echándote de menos.

Nathaniel le cogió la mano.

—Serán solo unos meses. A lo sumo un año. Y no me iré hasta que reúna a los compañeros de viaje adecuados. —Se dirigió a Buller—. Anthony, me temo que no puedo convencerte de que me acompañes, ¿no?

Buller soltó un fuerte suspiro y dejó la copa en la mesa.

—Me gustaría, Nate. Pero, por desgracia, me retienen aquí mis obligaciones. Como nuevo juez de Calcuta no sería sensato tomarme

tan pronto unas vacaciones así de largas. —Captó la mirada de Isabella—. Y, naturalmente, no me gustaría dejar a mi familia sola durante tanto tiempo.

Nepal. El reino al norte de la India situado entre las estribaciones del Himalaya y las montañas más altas de la tierra. El espíritu aventurero de Avery se despertó.

—¿Y qué tal yo como compañero de viaje? —preguntó.

—¿Tú, Avery? —Wallich le miró sorprendido.

¿Por qué reaccionaba así? ¿Acaso pensaba que no era una persona de confianza? De pronto Avery sintió la necesidad de convencer a Nathaniel de lo mucho que valía. De demostrarle que no era un inútil.

—Soy una persona independiente y apenas tengo obligaciones —manifestó—. Podría serte de gran ayuda. Soy muy bueno hablando con la gente y organizando cosas. Además, hablo hindi de forma bastante pasable y también un poco de bengalí y de telugu. Y…

—No necesito ningún traductor, Avery —le interrumpió Nathaniel.

El ánimo de Avery decayó. No podía decir mucho más a su favor.

—Necesito un amigo —añadió Nathaniel—. Y como tal, eres bienvenido como acompañante.

Cuando Avery salió a altas horas de aquella noche a la veranda de la casa de los Wallich, el silencio era casi total. Desde allí podía verse el Hugli, que se extendía como una banda plateada ante él. Una ligera brisa soplaba desde el río y hacía que el calor resultara algo menos asfixiante.

Sobre su cabeza brillaban las estrellas. Cerca del horizonte podían distinguirse las cuatro estrellas que formaban la Cruz del Sur. Desde Inglaterra no se podían ver.

Esa idea le hizo sentir de golpe una fuerte nostalgia por Heligan, y un recuerdo surgió con la misma claridad que si hubiera ocurrido ayer y no hacía veinte años. Cuando era un niño, una noche su padre le enseñó el cielo estrellado. Él no debía de tener más de ocho o nueve años, sí, ahora lo recordaba: fue la noche en que llegó al mundo su hermana más pequeña, Florrie. Su padre le cogió de la mano, le

enseñó un par de constelaciones y le dijo que las estrellas siempre están ahí, incluso cuando no se ven.

Se volvió para entrar. Había llegado el momento de escribir una carta a casa.

# 16

## Allie

*Mansión Heligan, agosto de 1816*

Tristan puso la espiga de trigo en la palma de su mano y la frotó hasta que los granos se convirtieron en una masa asquerosa entre sus dedos. El grano estaba blando y cubierto por un velo gris.

—Fumagina —dijo con la frente arrugada.

Eran cinco: Tristan y Allie estaban junto con Damaris, Julian y John Hearle al borde de uno de los campos de trigo de Heligan. Muchas de las espigas estaban dobladas, otras apenas habían crecido.

—El trigo no va a aguantar mucho más en el tallo —dijo John Hearle, que también había examinado algunas espigas—. Me temo que tendremos que segarlo húmedo.

Tristan asintió.

—Si no lo cosechamos pronto, el hongo se extenderá.

—El grano ya está inservible —dijo Julian—. Probablemente solo sirva para alimentar a los animales.

La primavera había llegado tarde aquel año, e incluso entonces el tiempo había sido frío y cambiante. Le siguió un verano casi igual de frío y lluvioso en el que apenas salió el sol. Una gran parte del trigo temprano se había perdido debido a las heladas. El frío y la lluvia retrasaron también el crecimiento de otros cereales y verduras. Incluso las hierbas que Allie recolectaba, preferiblemente poco antes del amanecer, eran más escasas y pequeñas.

También el jardín de flores sufrió por el mal tiempo, aunque no tanto como las plantas útiles. El jardinero mayor tenía problemas para elaborar ramos suficientes para todas las habitaciones. Por ello Henry había decidido que solo se decoraran a diario con flores las estancias más importantes.

En julio barrieron el país fuertes tormentas y temporales que arrancaron árboles, inundaron campos y destruyeron casas. En Devon un rayo había matado a un rebaño de ovejas entero. Pero el tiempo no solo estaba loco en Cornualles, sino también en media Europa, según podía leerse en los periódicos. Desde abril había hecho más frío de lo normal y también había llovido más de la media. Por todas partes había pérdidas de cosechas e infecciones de hongos, y los precios del heno subieron de forma desmesurada.

—Al menos el maíz crece como es debido. —Tristan se limpió los dedos sucios de trigo mohoso en un paño—. Pero me preocupa el trigo. Habrá suficiente para Heligan, pero posiblemente tengamos que comprar alimentos en el extranjero para abastecer a nuestros arrendatarios.

John Hearle asintió.

—Mi padre ya se ha comprometido a hacer todo lo que esté en su mano para que nadie pase hambre. Aunque tengamos que comprar trigo y otros cereales a Rusia.

Tomaron todos juntos el camino que ascendía hasta la Mansión Heligan, si bien las mujeres fueron quedándose un poco por detrás de los hombres. Allie se había colgado del brazo de su hermana, lo que la ayudaba a andar con mayor facilidad. Damaris estaba más callada de lo habitual.

—¿Qué ocurre, Maris? ¿No estará Julian otra vez peor?

—No, está bien. El médico dice que ha tenido suerte. Pero ya sabes el dicho: cuanto mayores son los niños…

—Mayores son las preocupaciones —añadió Allie—. ¿Y quién te preocupa ahora?

—Lowenna. Ay, Allie, ya tiene veinticinco años y todavía no se ha casado.

Allie sonrió.

—Recuerdo a una jovencita que tampoco quería casarse con cualquiera, sino solo con el hombre adecuado. —Miró a Julian, que iba unos pasos por delante de ellas.

Damaris siguió la mirada de su hermana y sonrió pensativa.

—Yo ya sabía a los dieciséis quién era el hombre adecuado para mí.

Lowenna, en cambio, me da la impresión de que no piensa casarse nunca.

—¿Y es tan horrible que se quede soltera? Seguro que sabrá salir adelante. Creo que sería una buena dama de compañía. —Allie cruzó la mano que tenía libre con la que llevaba apoyada en el brazo de su hermana—. ¿Y Avery? ¿Todavía no ha llegado ninguna carta suya?

—No. —Damaris sacudió la cabeza—. Si no fuera por Isabella no me habría enterado de que ahora está en Bengala.

Isabella Buller escribía regularmente a su hermana Caroline, la mujer de John Hearle. Por su última carta sabían que los Buller se habían trasladado desde Madrás a Calcuta, más al norte, donde Anthony ocupaba ahora un puesto importante como juez. Y que Avery se había marchado con ellos.

—Debes tener paciencia —dijo Allie a la vez que reprimía una sonrisita. Justo ella, que no era precisamente un modelo de mujer paciente, tenía que decir eso—. Una carta puede tardar hasta seis meses en llegar desde la India a Inglaterra.

—Lo sé —suspiró Damaris—. Pero de Isabella y Anthony han llegado ya varias cartas desde que se marcharon. Casi una al mes. —Se frotó la frente con los nudillos como si le doliera la cabeza—. Es posible que Avery no sepa todavía que Perys está totalmente recuperado.

Y si Caroline no había escrito en sus cartas a la India nada al respecto, tampoco sabría nada del ataque al corazón de Julian.

Damaris se detuvo, sacó un pequeño abanico del bolsillo de su falda, lo abrió y empezó a abanicarse. Aunque no hacía demasiado calor, su rostro estaba cubierto de pequeñas gotas de sudor.

—Todas las noches me pregunto si estará bien y qué hará —dijo—. Si estará solo o habrá encontrado la felicidad. Y se me parte el corazón por no saber nada de nada.

Allie asintió.

—Yo también pienso en él a menudo.

Damaris bajó el abanico.

—Aparte de eso quería preguntarte… —Vaciló.

—¿Querías preguntarme si puedo conseguirte algo contra ciertos…

trastornos femeninos? —completó Allie la frase.

Damaris la miró sorprendida.

—¿Cómo sabías que…?

Allie se rio bajito.

—Eres mi hermana, Maris. Te conozco de toda la vida. Y ahora estás en esos años críticos. —La miró con gesto inquisitivo—. ¿Sofocos? ¿Sudores?

Damaris asintió y volvió a abanicarse.

—También palpitaciones, insomnio y nerviosismo.

—Te prepararé una mezcla de hierbas que te ayudará.

—Ay, Allie, si no te tuviera…

—Pero me tienes. —Le hizo un guiño—. Para el resto de nuestras vidas.

La aguja atravesaba la tela de lino clara, Allie avanzaba puntada a puntada a la luz menguante del día. Su butaca estaba cerca de la chimenea, en la que ardía el fuego porque hacía frío a pesar de que ya estaban en agosto.

Coser era aburrido —prefería leer un libro—, pero una buena esposa cosía camisas para su marido. Y esta era una camisa para Tristan. En realidad, tenía algo de satisfactorio ver la fila casi perfecta de pequeñas puntadas ante sus ojos. Y si pensaba que esa camisa iba a rozar muy pronto la piel de Tristan, incluso podía resultar sensual.

Su casa, Willow Cottage, estaba en los terrenos de Heligan, algo más abajo que la mansión donde residía su hermana. Había sido la casa de un arrendatario. Tenía los muros blancos, con los marcos de las ventanas pintados de color azul, cuatro habitaciones abajo y cuatro arriba, además de dos pequeños cuartos bajo el tejado. Allie utilizaba una estancia de la planta baja para sus plantas.

Solo tenían dos criados: Frances, que ayudaba a Allie a vestirse, a cocinar y a realizar las tareas de la casa, y el joven William Bickford, que se ocupaba de todo lo demás. Frances iba todas las mañanas desde Mevagissey; William vivía en los dos cuartos de la buhardilla de Willow Cottage.

—Mira, escucha —dijo Tristan inclinado sobre su periódico—. Una flota británica de veinticinco barcos ha llegado a Gibraltar. Con ello se quiere poner fin a la esclavización de cristianos en Argelia.

—Mejor así. —Allie se arrebujó un poco más con su chal.

—¿Tienes frío?

—Está bien.

—No, no está bien. Estás muy delgada, necesitas calor. —Dejó el periódico a un lado y se levantó para echar otro tronco a la chimenea —. Estamos en agosto —añadió sacudiendo la cabeza.

El mundo estaba cambiando, y no solo el tiempo estaba revuelto. Un año antes había terminado la larga guerra con Francia después de que Napoleón fuera derrotado por las tropas aliadas al mando de Wellington y Blücher. En el trono inglés se sentaba un príncipe regente que era la personificación de la depravación y los excesos. Y el poeta británico lord Byron había abandonado Inglaterra tras la indignación general por su divorcio y había prometido no volver nunca más.

—Gracias. —Allie sonrió cuando el calor del fuego se extendió por la habitación.

—Siempre a su servicio —dijo Tristan guiñándole el ojo.

Durante mucho tiempo Allie pensó que debido a su minusvalía no encontraría marido nunca y que tendría que vivir sola el resto de su vida. Pero la amistad entre Tristan y ella se convirtió en amor —Allie recordaba todavía muy bien esa época despreocupada y brillante, de completa felicidad, cuando el afecto infantil de ambos se convirtió poco a poco en algo más profundo, más maduro— y se casaron enseguida.

Por desgracia, no habían tenido hijos. Allie no se quedaba embarazada, y no era porque no lo intentaran. Visitaron a varios médicos y todos dijeron lo mismo. Se debía a ella. Supuestamente, los largos años de enfermedad habían mermado su fecundidad. Con gran dolor de su corazón, Allie le había ofrecido a Tristan dejarle libre si lo deseaba.

Su respuesta, inmediata y firme, la había hecho llorar: jamás la abandonaría. Sin hijos también podían tener una vida plena.

Y decidieron que, si no podían tener hijos, al menos harían posible que otros niños llevaran una vida mejor. Sobre todo los limpiachimeneas, como había sido Tristan de pequeño. Desde entonces, habían acogido a muchos niños. Mediante un contrato se convertían en una mezcla de aprendices y criados, y vivían hasta la mayoría de edad con ellos en casa, mientras realizaban pequeñas tareas y aprendían todas esas cosas que les iban a ser útiles en la vida.

William Bickford —Will— era de momento el último de esos chicos. Tres de los primeros niños que habían llegado a Heligan con Tristan, hacía ya treinta años, vivían todavía por la zona. Toby era pescador y se había casado con una joven de Mevagissey; Jacob trabajaba para Henry como sirviente y Callum, el más joven, era desde hacía poco capitán de puerto en Charlestown.

Naturalmente, aquello era como una gota en el océano: por cada pobre niño que pudieran liberar de esas duras condiciones, en cuanto ellos se marchaban, los deshollinadores sacaban a otros muchos del hospicio.

Allie escribía de vez en cuando algún artículo para el periódico denunciando el duro destino de los niños obligados a limpiar chimeneas, y Tristan y ella habían presentado las correspondientes solicitudes para que se modificara la ley. En los últimos años había habido también diversas iniciativas, pero siempre ocurría lo mismo: las posibles modificaciones de la ley se estudiaban con la mejor voluntad, pero no se iba más allá y todo seguía igual.

En Heligan hacía ya mucho tiempo que no había pequeños limpiachimeneas. Ahora limpiaban las chimeneas de la mansión unos hombres provistos con cepillos de mango largo. Allí no tenía que trepar ningún niño por el tubo para, posiblemente, dejarse la vida en ello.

Llamaron a la puerta y Tristan se levantó para abrir.

—Lowenna —saludó a su hermana—. ¿Qué te trae hasta aquí?

—Vengo a recoger una cosa para mamá. —Se sentó en una silla vacía y resopló con desgana—. Florrie vuelve a estar triste. Por Perys.

Allie asintió, sabía lo que ocurría. Había visto varias veces a los jóvenes paseando juntos por el jardín.

—Se han peleado —declaró Lowenna—. Y ahora Florrie dice que él nunca le ha gustado, pero no deja de llorar porque se marcha durante unos meses a Londres. —Emitió un sonido despectivo—. No sé qué ve en él. La vuelve loca, le hace regalos caros, pero no piensa en pedirla en matrimonio. ¡Perys es un imbécil!

Allie sacudió la cabeza.

—No digas eso. Todos nos alegramos de que vuelva a estar bien.

Aunque, en realidad, estaba de acuerdo con su sobrina. Perys Rashleigh podía ser un canalla arrogante, y estaba segura de que haría infeliz a Florence.

—Además —prosiguió Lowenna—, es el culpable de que Avery se marchara.

—Creo recordar —intervino Tristan, que hasta entonces había escuchado en silencio— que hubo dos hombres implicados en ese duelo.

Lowenna le lanzó una mirada cargada de reproches.

—Perys lo provocó. —Con un gesto nervioso se sujetó detrás de la oreja un mechón que se le había escapado del moño sencillo que llevaba en la nuca. Su hermano Avery y ella se parecían mucho físicamente. Ambos tenían rizos naturales que se negaban a ser domados—. Por lo demás, no sé por qué vale tanto la pena casarse. Yo estoy segura de que no me voy a casar nunca.

—El matrimonio puede ser algo muy bonito —objetó Allie.

—Lo sé. Lo veo en vosotros dos. Y en papá y mamá. Pero no es para mí. Yo quiero valerme por mí misma.

Allie asintió y se puso de pie.

—Vamos —dijo—. Tengo una cosa para Damaris.

Se dirigieron a la habitación contigua, donde había colgados, puestos a secar, manojos de distintas hierbas que Allie había recogido minuciosamente, en parte con la ayuda de Lowenna. En los estantes de la pared había infusiones de más hierbas.

Le dio a Lowenna un frasco de cristal que acababa de llenar con una mezcla de trébol rojo, melisa, alquimila, salvia y aquilea.

—Por las mañanas debe poner una cucharada en agua caliente, dejarlo reposar un poco, colarlo y tomárselo en ayunas.

Lowenna asintió. Y añadió con una pequeña sonrisa maliciosa:

—Si sabe igual que tu último brebaje, seguro que mamá se pondrá muy contenta todas las mañanas.

Cuando Allie se fue a la cama aquella noche la luna brillaba redonda ante su ventana. Su luz caía directamente sobre el gran globo terráqueo que había en su dormitorio y que le habían regalado por su boda.

Giró la bola hasta que vio Inglaterra, luego avanzó hacia el este. Inglaterra era diminuta comparada con el subcontinente indio, que colgaba de Asia como una gran punta. Sus dedos se deslizaron por India hasta que la encontró: Calcuta. Supuestamente allí estaba Avery.

Empezó a desvestirse y, como hacía todas las noches, lanzó al cielo una oración por su sobrino.

# 17

# Avery

*Calcuta, India, octubre de 1816*

Lloviznaba cuando Avery partió con la expedición de Nathaniel Wallich una mañana nebulosa. El calor a menudo insoportable del verano indio, al igual que la época del monzón, había pasado ya, y ahora era un buen mes para viajar. Parecía que el tiempo había vuelto a calmarse después de las irregularidades de meses anteriores.

La salida se había aplazado unos días porque el permiso de entrada en Nepal se había hecho esperar. A comienzos de año, un tratado de paz había puesto fin al conflicto fronterizo entre el reino de las montañas y la Compañía de las Indias Orientales británica, y ahora el gobierno nepalí se mostraba reacio a permitir a los extranjeros entrar en su país. Finalmente lo consiguió Edward Gardner, el embajador inglés en la capital de Nepal, Katmandú, al que Wallich había pedido ayuda.

Avery pudo comprobar lo difícil que le resultaba a Wallich despedirse de su joven esposa. Sophia incluso propuso acompañarles, pero Wallich había rechazado la idea. Por mucho que disfrutara de la compañía de su mujer, no quería que ni ella ni su hijo se vieran expuestos a las fatigas del viaje.

La expedición la integraban ocho personas: Wallich y Avery, cuatro dibujantes indios y dos recolectores de plantas. Uno de estos era un joven medio indio llamado Francis de Silva que trabajaba con Wallich desde joven, y el otro un indio sij de nombre Kumar Singh. A los porteadores los contratarían más tarde, en el trayecto por tierra.

Iniciaron el viaje navegando río arriba por el Hugli en un velero fluvial con el bello nombre de Venus. Resultaba muy confortable, ya que tenía un gran camarote en el que encontraron sitio todos. Wallich

llevaba consigo una pequeña biblioteca de quince libros, además de incontables cajas botánicas, herbarios y otros utensilios para el estudio de las plantas que, junto al equipaje habitual, ocupaban mucho espacio en la nave.

Sobre el agua el ambiente era agradablemente fresco. Soplaba un viento del este suave y constante que hacía ondear las velas cuadradas y los empujaba aguas arriba hacia el interior del país. Por suerte, en este trayecto Avery no se mareó, como temió durante unos primeros minutos de angustia. Pero unos días después el viento cambió de golpe y empezó a soplar del oeste, lo que ralentizó su avance.

Avery no tenía mucho que hacer. Mientras Wallich escribía cartas o leía alguno de sus libros y los dibujantes indios realizaban sus primeros bocetos de plantas acuáticas y de ribera, él solía sentarse en la proa, que estaba rodeada de una borda baja de madera, y contemplaba el paisaje.

Había poco que le sacara de su estado de somnolienta complacencia. Una vez vio en la orilla pequeñas construcciones de bambú sobre las que se velaban cadáveres amortajados que estaban expuestos al sol. Se giró al percibir un olor penetrante.

Vishnu Prasad, el dibujante jefe de la expedición e hindú creyente, se acercó a él.

—Velan a los muertos como ofrenda al río sagrado Ganges —le explicó—. Con ello sus almas se liberan del ciclo eterno de la reencarnación y se aproximan al nirvana, la vida eterna.

Avery asintió en silencio mientras se esforzaba en respirar por la boca. Se alegró cuando dejaron atrás esa zona y se desvaneció el olor a cadáver.

Dos días más tarde, poco después de pasar Bhagalpur, una aleta dorsal triangular cortó el agua y enseguida apareció detrás una cabeza gris redondeada con un morro largo y dientes pequeños y afilados. Una cara alegre se volvió hacia él, casi pareció que le sonreía. El animal nadó unos segundos junto a ellos, luego se volvió a sumergir en el agua.

Un delfín del Ganges. Silva le había hablado de ellos hacía poco.

Seis semanas después de su partida llegaron a Patna, y allí finalizó su viaje en el velero fluvial. Compraron provisiones y consiguieron mulas; luego continuaron el viaje por tierra. El tiempo era suave y agradable a pesar de que estaban ya en noviembre. Al atardecer buscaron una posada modesta donde pasar la noche.

Después de Muzaffarpur, en el norte de la India, viajaron hasta Segauli, en la frontera con Nepal, donde a principios de año se había firmado el tratado de paz entre India e Inglaterra.

Durante unos días cruzaron a lomos de las mulas la llanura pantanosa del valle del Terai, que se extendía ante las estribaciones del Himalaya. Avery se alegraba de no haber hecho el viaje en verano, no quería ni imaginar lo que habría sido cruzar aquellas extensas llanuras bajo un calor sofocante. Además, en la estación cálida se corría el riesgo de contraer la temida fiebre del Terai.

Las tierras bajas estaban cubiertas la mayor parte del día por una niebla blanquecina que de noche tampoco desaparecía del todo. La vegetación era tan exuberante que parecía que se la oía crecer. Avery vio cabras, búfalos de agua pastando y pequeños poblados al borde de campos de arroz inundados que ahora, en noviembre, estaban sin cultivar.

Poco después dejaron atrás el valle del Terai. El terreno iba ascendiendo, las montañas estaban cada vez más cerca. Atravesaron un bosque que casi recordaba a los ingleses, luego avanzaron por colinas pequeñas y pedregosas y por torrenteras ahora completamente secas. Cada vez ascendían más y más. A partir de aquí el viaje resultó cada vez más fatigoso, y en varias ocasiones tuvieron que desmontar de las mulas y tirar de ellas.

Al mediodía, cuando hacían un descanso, Wallich sacaba un puro y se lo fumaba. No quería renunciar a ese lujo porque estaba convencido de que el tabaco le servía de medicina. Avery también lo probó una vez, pero no le gustó el sabor y desistió.

En una de esas pausas Wallich se quedó observándole detenidamente.

—Si no te conociera, podría pensar que eres un nativo.

A diferencia de Wallich, que iba siempre impecablemente vestido

con pantalón largo, camisa de cuello duro, chaleco y chaqueta, Avery había cambiado su vestimenta y ahora llevaba un conjunto indio compuesto por una *kurta* hasta las rodillas y un pantalón ancho. Era más cómodo, sencillamente.

—¿Eso es bueno o malo?

Wallich dio una calada a su puro y sonrió.

—No tengo ni idea.

Poco antes de Hetauda vendieron las mulas a un comerciante y contrataron a algunos porteadores que cargaron todo el equipaje de la pequeña expedición en sus mochilas de cuerdas trenzadas. Los caminos rocosos les llevaban cada vez más arriba, a lo alto de las montañas. Pasaron por aldeas diminutas y *stupas* (construcciones abovedadas con una punta que se alzaba hacia el cielo), y coloridas banderas de plegaria agitadas por el viento. De vez en cuando se cruzaban con algún habitante de la zona con búfalos de agua que cargaban enormes balas de hierba.

Wallich estaba en su elemento. Cada vez que descubría una planta durante el trayecto mandaba parar, anotaba el lugar del hallazgo y guardaba el ejemplar —sobre todo helechos y plantas similares— en una caja botánica con sumo cuidado. En el siguiente descanso dejaba que uno de los dibujantes hiciera un boceto y luego prensaba el ejemplar en su herbario portátil.

Al principio Avery se mofaba de él, pero cuanto más avanzaban y más plantas desconocidas encontraban, mejor podía entender el entusiasmo de Wallich.

Allí arriba ya no había posadas. Pasaban la noche en cabañas de las aldeas, donde por poco dinero les proporcionaban algo de comida y un sitio para dormir. Las noches eran frías, y Avery agradeció las dos ásperas mantas de lana que incluía su equipaje. A pesar del fino colchón de paja y del ácido olor a sudor, estiércol y ropa sucia que inundaba las cabañas, solía dormir como un tronco.

Para desayunar había casi siempre *tsampa*, una harina de cereales tostados que se mezclaba con un poco de agua o té de mantequilla

salado y se amasaba formando pequeñas bolas pegajosas. No eran muy sabrosas, pero saciaban y proporcionaban energía hasta la siguiente comida. A mediodía y por la noche se alimentaban de *dal bhat*, un plato sencillo a base de arroz y un curry de lentejas acuoso que los porteadores preparaban a diario y que también estaba presente en las mesas de casi todas las cabañas.

Raras veces había excepciones. Una vez se alojaron en la casa de un dirigente local, un hombre delicado de tez curtida que enseguida los condujo a una estancia con varios asientos en la que había una mujer de cierta edad en cuclillas ante una cocina hecha con piedras. Gracias a los porteadores nativos y a los rudimentarios conocimientos de la lengua nepalí de Avery supieron que habría *momos* para comer.

Mientras se reanimaban con un té con leche, Avery observó fascinado cómo la mujer —no se podía saber si era la madre o la esposa de aquel hombre— preparaba la comida. Cogió un trozo de masa del tamaño de un pulgar, hizo primero una bola y luego, con la ayuda de un palo, formó una fina torta redonda. A continuación, puso un poco de relleno de carne encima y lo dobló todo con sorprendente habilidad formando una artística bolsita. Procedió igual con el resto de la masa, hasta que enseguida tuvo una cantidad considerable de pequeñas empanadillas. Las coció en caldo y las sirvió, y todos coincidieron en que hacía mucho tiempo que no probaban algo tan delicioso.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Wallich esa noche cuando los demás se habían retirado a dormir y solo quedaban ellos dos allí sentados—. ¿Qué planes tienes para los próximos años?

—Ninguno en particular —respondió Avery encogiéndose de hombros—. Sencillamente esperaré a ver cómo vienen las cosas.

Toda su vida había hecho lo mismo: dejarse llevar. Ver qué era lo próximo que le atraía, hasta que también eso perdía su atractivo.

—Debo admitir —dijo Wallich— que toda esta naturaleza desconocida me fascina tanto que apenas pienso en mi querida Sophia y en nuestro pequeño George Charles. Y eso que ellos son ahora mi familia. A mis padres y mis hermanos, en cambio, hace muchos años que no los veo. Viven todos en Copenhague. Y creo que pasarán

muchos años antes de que se produzca un reencuentro. —Dio una calada a su puro y le miró—. ¿Y tú? ¿Echas de menos a alguien?

Avery guardó un breve silencio.

—Sí —reconoció finalmente—. A mis padres y mis hermanos. A la tía Allie. A Henry y a John Hearle.

Hasta entonces solo había escrito una vez a casa, poco antes de partir hacia Nepal. Seguro que pasaría todavía un tiempo antes de que la carta encontrara el camino a Heligan.

Para evitar cualquier posible descuido empezó a hablar de los maravillosos jardines de su padrino, del cielo de Cornualles y de las olas que acariciaban la playa o rompían contra los acantilados.

Wallich le escuchaba en silencio. Luego le miró atentamente.

—Parece todo muy armonioso allí. ¿Por qué te fuiste de casa entonces?

—Quería ver algo nuevo. Vivir aventuras —dijo sin pensar—. No, no fue solo eso —admitió—. Ocurrió algo que no debió haber ocurrido. Y yo fui culpable de ello.

—¿Has asesinado a alguien? —preguntó Wallich en broma.

—No lo sé, Nate. Es posible. —Durante un breve instante estuvo a punto de contarle todo, luego sacudió la cabeza.

Ascendieron más y más, siempre en dirección norte. Si hasta ahora los valles y laderas estaban cubiertos de plantas verdes y exuberantes, a medida que ascendían la vegetación fue quedando limitada a algunos escasos arbustos y helechos, hasta casi desaparecer. Soplaba casi siempre un viento fuerte, y la temperatura había descendido notablemente, por eso ahora todos llevaban una capa más de ropa.

Avanzaron hacia el puerto por una senda estrecha y sinuosa que tenía a un lado una ladera empinada y al otro un precipicio. Cada vez les costaba más respirar y eso les obligaba a hacer pausas más frecuentes y prolongadas. Se debía a la fina capa de aire a esa altura, dijeron los porteadores, que era evidente que estaban habituados y respiraban sin problemas.

En el aire claro de invierno vieron a lo lejos una amplia banda de

picos altos cubiertos de nieve: el Himalaya.

—Fascinante, ¿verdad? —Wallich hizo un gesto con los brazos abarcando todo el entorno—. ¿No dicen que el Chimborazo, en los Andes de Sudamérica, es la montaña más alta de la tierra? Pues no me sorprendería que estos gigantes del Himalaya fueran los auténticos señores de las montañas.

Avery asintió. Sobre sus cabezas unas nubes deshilachadas cruzaban un cielo azul resplandeciente. Aquellas grandiosas montañas con sus escabrosas cimas cubiertas de blanco parecían inaccesibles. Limpias. Sublimes. A la vista de tal grandiosidad incluso Avery se sintió muy pequeño.

Todavía no habían alcanzado el puerto cuando Kumar, uno de los dos recolectores de plantas, empezó a tener fiebre. Pero a pesar de los vómitos y el dolor de cabeza se negó a dejar de avanzar, e insistió en que seguro que no tenía la fiebre del Terai.

Todos sintieron alivio cuando cruzaron el puerto. Habían alcanzado el punto más alto de su viaje; ahora comenzaba el descenso. Katmandú no estaba muy lejos.

# 18

## Avery

*Katmandú, Nepal, finales de diciembre de 1816*

Poco antes de Navidades llegaron a la capital de Nepal. Por fin se extendía ante ellos: el valle de Katmandú. Una cadena de impresionantes montañas cubiertas de nieve bordeaba una amplia llanura situada a gran altura en la que se veían multitud de templos, casas y cabañas.

Fueron recibidos cordialmente por el embajador Edward Gardner, que se había instalado allí hacía seis meses. Como el bungaló para invitados no estaba aún terminado, se alojaron en la residencia de Gardner, recién construida: una elegante villa con un frontón central y dos alas simétricas cubiertas de estuco blanco. Gardner fue muy amable y puso a disposición de los demás expedicionarios varias estancias para vivir y trabajar y les permitió utilizar también un almacén contiguo.

Solo un suceso enturbió la alegría por su llegada: Kumar, su compañero de viaje que en días anteriores se había quejado de fiebre, dolor de cabeza y malestar, estaba cada vez más débil. Había contraído, efectivamente, la fiebre del Terai.

Wallich hizo todo lo posible por procurarle alivio, pero no logró evitar que su estado empeorara cada vez más. Una semana después de su llegada, poco antes de año nuevo, Kumar murió sin haber recuperado la consciencia.

Los expedicionarios eligieron, con la ayuda de Gardner, una pequeña colina detrás de la legación para enterrar a su amigo.

Tras su derrota en la guerra anglo-nepalí al comienzo del año anterior,

los nepalíes se habían visto obligados a aceptar la presencia de un enviado británico en su capital. Lo que no significaba que le hubieran recibido con los brazos abiertos.

Como representante del gobierno británico, este enviado tenía la función de un observador amistoso, como decía Gardner. Tenía pocas competencias, y sus obligaciones se limitaban a informar a la Compañía de las Indias Orientales sobre los acontecimientos más importantes de Nepal y a actuar como mediador oficial entre los gobiernos angloíndio y nepalí.

—Soy casi un prisionero —dijo Gardner con una sonrisa algo forzada—. Como europeos somos *firingi*, extranjeros sin casta que podrían contaminar a un hindú creyente solo con tocarle. Por eso, y para evitar malentendidos —le tendió una hoja de papel a Wallich—, les he escrito una especie de código de conducta. Aquí podrá ver lo que les está permitido y lo que queda prohibido.

Wallich echó una ojeada al papel, luego levantó la mirada con una expresión de espanto en el rostro.

—¿No puedo abandonar el valle de Katmandú para realizar mis investigaciones?

—¿Qué? —Avery le arrancó el papel de las manos. Las autoridades nepalíes no permitían a los extranjeros moverse fuera del valle de Katmandú. Cualquier incumplimiento de la norma llevaría consigo una multa importante y la expulsión inmediata.

Avery no había visto nunca a Wallich tan consternado.

—Pero… mis estudios botánicos. Por eso he venido hasta aquí…

—Créame, me parece tan lamentable como a usted —dijo Gardner —. Pero, por desgracia, no tengo suficiente influencia para cambiar nada. Solo los recolectores de plantas indios y nepalíes tienen permitido moverse libremente.

Pudo verse cómo la decepción se apoderaba de Wallich al oír estas palabras.

—Déjeme hablar con el rey —propuso—. Tal vez me escuche y entonces podré… —Se calló al ver a Gardner sacudir la cabeza.

—Me temo que no es posible, señor Wallich. El rey es un niño de tres años, hijo único del rey anterior, recientemente fallecido. Sus

funciones las ejerce el primer ministro Bhimsen Thapa.

—Entonces hablaré con el ministro.

—No es tan sencillo. Hasta ahora yo apenas he tenido contacto con el ministro Thapa, y, al igual que el resto de europeos, yo también tengo prohibido reunirme a voluntad con los miembros de la casa real. Sencillamente tendrá que hacerse a la idea y enviar recolectores de plantas nativos.

Tras esta conversación la alegría de Wallich por haber alcanzado por fin la meta de sus sueños botánicos se vio sensiblemente enturbiada. Tras la muerte de Kumar solo les quedaba, aparte del joven Francis de Silva, un cazador de plantas indio con experiencia, y Wallich no se fiaba de que los recolectores nepalíes tuvieran suficientes conocimientos.

—Aquí hay tantas especies nuevas maravillosas por descubrir, y yo tengo las manos atadas —se lamentó en cuanto se quedó a solas con Avery—. Pero tampoco puedo esperar que de Silva asuma todo el trabajo solo.

—Déjame que lo haga yo —le propuso Avery.

—¿Que hagas tú qué? —Wallich alzó la cabeza, que había apoyado en sus manos.

—Recolectar plantas fuera del valle de Katmandú.

—¿Tú? Eres tan europeo como yo.

—Pero eso no lo saben los nepalíes, Nate. Tú mismo dijiste que con la vestimenta adecuada puedo pasar por un indio. O al menos por un medio indio, como de Silva.

—Es cierto —dijo Wallich pensativo—. Con ese pelo tan oscuro y la piel bronceada casi pareces más un nativo que él. —Sin embargo, no estaba convencido del todo—. Pero no hablas como un nativo.

—Hablo hindi, otras dos lenguas indias y ahora también un poco de nepalí. Y aprendo rápido. Y con todas las lenguas indias que hay nadie esperará que yo las domine todas. Además, ya sé cómo va lo de recolectar plantas.

Wallich suspiró, pero Avery vio el brillo de sus ojos.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Naturalmente. Será toda una aventura.

Wallich se dispuso enseguida a explorar el entorno de Katmandú más cercano. En ocasiones lo acompañaba Avery para aprender los últimos pormenores. Al botánico le sorprendió sobre todo la variedad y el tamaño de los diferentes helechos que ahora, en la estación fría, podían encontrarse allí. Todos los días regresaba con varias cajas botánicas llenas de muestras que prensaba y catalogaba después de que sus dibujantes las hubieran plasmado en papel con pincel y tinta china.

La casa de Gardner, la residencia británica, se convirtió en su cuartel general. Utilizaron el almacén para prensar las plantas y secar semillas. Además, Wallich empezó a redactar un tratado en el que describía los helechos nepalíes.

En los primeros días de marzo, de Silva, Avery y varios cazadores de plantas nepalíes contratados por Wallich iniciaron la búsqueda de plantas en zonas más alejadas. En esas excursiones, que los llevaron fuera del valle de Katmandú, tanto Avery como de Silva vestían unas veces ropa europea y otras ropa india. Ya habían dejado caer en distintas ocasiones que Avery, al igual que de Silva, era de origen medio indio. Y no hubo nadie que lo pusiera en duda.

A diferencia de Madrás o Calcuta, donde las temperaturas eran tropicales, en Katmandú reinaba un clima casi europeo. Por las mañanas hacía un fresco invernal, pero en cuanto el sol aparecía tras las montañas el aire se calentaba y se dispersaban los últimos bancos de niebla.

Avery estaba en su elemento. Salía casi todos los días —unas veces solo, otras con de Silva, en ocasiones también con un acompañante nepalí— y pasaba horas buscando y recolectando plantas, a menudo al norte en la región de Gossain Than y al oeste en el valle del Gandaki. Por las tardes, a veces ya casi de noche, regresaban cargados de muestras y semillas a casa de Gardner, donde Wallich les esperaba impaciente.

Para su propia sorpresa, a Avery le gustaba este trabajo. Le movía una mezcla de espíritu aventurero y afán descubridor, y se alegraba de cualquier hallazgo extraordinario tanto como el mismo Wallich.

Recorrió los bosques de las montañas de los alrededores de

Katmandú, caminó por selvas de helechos y por bosques de abetos similares a los europeos, atravesó pequeños poblados de casa bajas de piedra y el verde intenso de las terrazas de arroz que revestían las laderas. A menudo veía banderas de plegaria que ondeaban al viento colgadas en una cuerda tensa, oía el bramido de los búfalos de agua que trabajaban en los campos. Si tenía ocasión también traía de estas excursiones alguna que otra perdiz o algún faisán. Estas aves estaban por todas partes y eran muy fáciles de cazar.

El bosque se había transformado en un mar de vistosas flores rojas. Avery ya había estado allí unas semanas antes, pero entonces no había florecido nada todavía. Un cazador de plantas nativo le había aconsejado que regresara a partir de finales de marzo, y allí estaba. Solo, ya que de Silva estaba recorriendo otra zona.

Rododendros. Muy apreciados en Europa, donde solo se conocían unas pocas especies. Todo un bosque de hasta siete yardas lleno de arbustos que más bien parecían árboles, una gran masa de flores en tonos rojos claros y oscuros. Maravilloso. Cogió una caja botánica, abrió la tapa lateral alargada y empezó a recoger muestras con la ayuda de un cuchillo pequeño.

Cuando terminó, recogió sus cosas y cruzó de un salto un pequeño arroyo que corría sobre un lecho pedregoso. Entonces se quedó helado. Se incorporó muy despacio con la mirada clavada en el suelo: en una piedra se veía una huella húmeda. De un felino grande.

Era reciente, de lo contrario se habría secado ya. Y él solo tenía un cuchillito para cortar plantas. Tampoco necesitaba mucho más, pues allí arriba los únicos animales grandes que había eran búfalos de agua, cabras azules, carneros de alta montaña y algunas aves, que él supiera.

Despacio, muy despacio, retrocedió hasta que vio un movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió, pero allí no había nada.

Su mirada recorrió los arbustos y luego una roca alta que había a su lado. Y allí arriba vio al felino. Estaba agazapado sobre la roca, preparado para saltar sobre su presa.

El miedo le hizo percibir con claridad cada detalle: las garras fuertes

y peludas, un denso pelaje grisáceo con manchas anulares oscuras que apenas se diferenciaba de la superficie de la roca, una dentadura aterradora y unos ojos de color ámbar que le miraban fijamente.

Avery se quedó petrificado. Con su pequeño cuchillo no tenía ninguna posibilidad. Estaba paralizado. Ni siquiera pudo moverse cuando el animal se preparó para saltar.

Su suerte estaba echada. Así que iba a morir allí, en las montañas de Nepal, solo, devorado por un animal salvaje.

«Perys, lo siento mucho», pensó, y cerró los ojos.

—Probablemente fuera un leopardo de las nieves —dijo Gardner aquella noche cuando todos se reunieron para cenar—. Se le llama también «fantasma de las montañas» porque se deja ver muy pocas veces. Viven a grandes altitudes, pero en invierno o primavera a veces descienden hasta lugares más bajos y matan al ganado de los campesinos. Yo no he oído nunca que un leopardo de las nieves haya atacado a una persona.

Tampoco lo había hecho ahora. Avery había salido de allí solo con un susto. Cuando abrió los ojos el animal ya no estaba, había desaparecido en silencio como un fantasma.

# 19

## Avery

*Katmandú, Nepal, junio de 1817*

El tiempo pasaba volando en Nepal. Avery estaba todo el día ocupado recolectando y catalogando plantas, y por las noches se reunían todos y mantenían agradables conversaciones.

Sus excursiones no le llevaban siempre lejos. A veces se quedaba cerca de Katmandú y exploraba los alrededores solo o con Wallich. Con él descubrió a mitad de año, en el borde de un bosque mixto, unos árboles bajos que estaban completamente cubiertos de pequeñas flores amarillas que destacaban por encima de unas hojas de color verde oscuro. Para entonces, Avery ya tenía el ojo bien entrenado para la botánica y enseguida detectó que esa pequeña joya todavía no formaba parte de su colección.

Tomaron todas las muestras posibles —hojas, flores y semillas— y las guardaron en sus cajas botánicas con sumo cuidado.

—¿Qué nombre le vas a dar a este árbol? —preguntó Avery aquella tarde, ya en el almacén de Gardner, mientras clasificaban las muestras.

—Tú lo has visto primero. Así que eso te corresponde a ti.

—¿A mí?

—Naturalmente. —Una de las comisuras del labio de Wallich se arqueó hacia arriba en una media sonrisa—. Haz alguna propuesta.

Avery observó las muestras, que estaban extendidas ante ellos sobre unos pliegos de papel. Al lado había tiras de papel, un botecito con cola y varios pinceles.

—Bueno, este pequeño árbol pertenece al género de las cornáceas. Y crece en las montañas de Nepal. ¿Qué te parece «cornejo del Himalaya»?

Wallich asintió.

—Me gusta. Se podría concretar un poco más el género y latinizarlo. Veamos. El nombre de las cornáceas en latín es *cornus*. Y esta tiene muchas flores sueltas que se juntan formando una inflorescencia, una cabecita. ¿Qué tal entonces algo relacionado con *caput*, cabeza?

—En ese caso la llamaremos —Avery pensó brevemente—, ¿*cornus capitata*?

—Sí, exacto. *Cornus capitata*, el cornejo con cabeza.

La plaza Durbar, en el corazón de Katmandú, era el centro de la ciudad. A Avery le gustaba visitarla. Estaba llena de vida, siempre había cosas nuevas que contemplar con asombro. Era fácil desorientarse si no se conocía bien. A cada paso había santuarios con figuras divinas de bronce. Porteadores, personas a pie o en palanquín, pero también viajeros, mendigos y *sadhus*, los ascetas ambulantes, poblaban esta plaza llena de rincones. Entremedias los vendedores ofrecían en sus puestos queso de yak, carne asada y té de mantequilla, máscaras de madera, molinillos de oración y otras cosas similares.

Alrededor de la plaza se alzaban docenas de pagodas y templos, la mayoría construidos con madera y decorados con tallas artísticas. Todos los dioses hindúes parecían tener su propio templo, al que se llevaban ofrendas en forma de flores o frutas. Aquí se encontraba también el palacio real, al que no se podía acceder. A un lado, junto a la entrada, se alzaba una gran estatua de Hanuman, el dios con cabeza de mono, que estaba adornada con guirnaldas de flores.

La mirada de Avery se alzó hacia los tejados escalonados de un templo. En él había unas magníficas tallas de madera que mostraban —volvió a mirar, pero había visto bien— escenas eróticas. Un hombre y una mujer en una postura acrobática, si bien también inequívoca. Al lado otra talla, esta vez dos mujeres y un hombre. La segunda mujer se levantaba la falda delante del hombre, mientras él penetraba a la primera, que yacía debajo de él. Y había más representaciones: por detrás, por delante, con una pareja solo o con varios participantes.

Atrevido, pero también excitante. Debía tener cuidado de que no le

miraran mucho, aquel día lleva ropa europea y no la amplia *kurta* india que le tapaba mejor el cuerpo.

Un asceta ambulante delgado y con el pelo embadurnado de ceniza pasó por delante arrastrando los pies, Avery lo siguió con la mirada. No lejos del *sadhu* le llamó la atención una mujer con un vestido indio polvoriento de color azul claro y cubierta con un velo que se había sentado en los escalones de un templo, luego se fijó en un monje con una túnica de color rojo oscuro que empezó a barrer la plaza delante del templo.

—Señor —oyó entonces una voz callada e insistente que le hablaba en inglés—. Señor, por favor.

Se giró y se encontró ante la mujer en la que se había fijado antes. Un tupido velo le cubría la parte inferior del rostro, de forma que solo pudo ver sus grandes ojos almendrados.

—¿Señora? —preguntó con cortesía.

—¿Es usted inglés? —Excepto por un levísimo acento, su inglés era impecable, y aunque su voz sonaba algo seca, Avery se quedó hechizado al instante.

—Sí, señora, lo soy. Al menos en parte —recordó en el último momento. Oficialmente era medio indio—. Formo parte de una pequeña expedición de Calcuta que está aquí invitada por el enviado británico.

La mirada de sus ojos color avellana se deslizó por alrededor, se detuvo brevemente en el monje que barría, luego ella bajó la cabeza. Parecía angustiada, como si estuviera huyendo. Al mismo tiempo mostraba tal elegancia que Avery no lograba apartar los ojos de ella.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Su mirada desesperada le llegó al corazón.

—Sí —dijo en un susurro—. Sí, pero no puedo pedirle nada. Yo… ni siquiera conozco su nombre.

—Harrington —se presentó él—. Avery Harrington. ¿Y con quién tengo el placer de hablar?

Ella vaciló, visiblemente insegura.

—¿Puedo confiar en usted, señor Harrington?

—Puede hacerlo. —Se llevó las manos al pecho, a la altura del

corazón, y se inclinó levemente.

Ella se retiró el velo de la cara muy despacio. Y Avery se encontró ante la mujer más bella que había visto jamás.

—Maharaj Kumari Lakshmi Parvathi Aparna Ishani —dijo en voz baja—. Princesa de Kumpuradjani.

—¿Princesa? —Retrocedió un paso e hizo una reverencia—. Es un honor para mí.

—¡No, no! —Levantó ambas manos, asustada—. Por favor… No debo llamar la atención. Si me encuentran… ¡Mi vida está en peligro!

—¡Por el amor de Dios! —Avery estaba alarmado—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién la busca?

Ella bajó la mirada.

—Confío en usted, señor Harrington. Y se lo contaré. ¿Pero puedo pedirle antes algo?

—Todo lo que esté en mis manos concederle.

—Hace dos días que no como nada, y… —Su voz se desvaneció, y ella se tambaleó ligeramente.

Avery la sujetó.

—Siéntese, princesa. —La acompañó hasta las escaleras del templo —. Y ahora espere aquí mientras le consigo algo para comer.

Ella asintió y le miró agradecida.

En uno de los muchos puestos que ocupaban la plaza compró una ración de *momos* y un pincho de carne de cabra asada y en otro un poco de té de leche especiado, luego lo llevó todo a la escalera del templo, donde la princesa se había vuelto a sentar.

—Se lo agradezco mucho, señor Harrington.

Él se sentó a su lado, no lograba apartar la vista de ella. La princesa comía con hambre, pero a la vez con tanta gracia y elegancia que le tenía completamente hechizado. Esa mujer era realmente de sangre noble. Solo entonces le llamó la atención que no llevaba ningún punto rojo, la señal de una mujer casada, entre las cejas perfectamente perfiladas. Una viuda, entonces.

De nuevo notó algo entre sus piernas, y se esforzó en pensar en otra cosa más inocente. Alzó la mirada hacia los tejados escalonados de los templos donde había admirado hacía poco las tallas eróticas en la

madera. No, eso tampoco servía de mucha ayuda.

Cuando la princesa terminó de comer emitió un suspiro de alivio. Ya no parecía tan angustiada como unos minutos antes.

—Me ha salvado, señor Harrington. ¿Cómo podría agradecérselo?

Si se levantaba ahora iba a tener un auténtico problema.

—Contándome qué ha ocurrido y de quién huye, princesa.

Ella dudó un instante, luego asintió.

—Llámeme Ishani, por favor, señor Harrington.

—Solo si usted me llama Avery.

—Encantada. —Inclinó la cabeza en un gesto realmente majestuoso —. Avery, entonces.

Luego empezó a hablar. Ishani era la hija de un príncipe indio y además de la educación típica de su tierra había recibido también una amplia formación occidental. Su madre, una mujer de una familia de prestigio, había muerto poco después del nacimiento de Ishani. Su padre también había fallecido hacía no mucho tiempo, y su tío la había obligado a casarse con el heredero de una dinastía vecina.

—Ese hombre me doblaba la edad y era horrible —soltó con cara de asco—. Aunque eso no importaría si al menos hubiera sido una persona agradable. Pero era un monstruo.

Y la boda se había celebrado a pesar de sus lloros y sus súplicas fervientes, aunque a las pocas semanas su marido contrajo la viruela y murió.

—Seguro que fue un alivio para usted —intervino Avery, que hasta entonces había escuchado su relato sin parpadear.

—Por desgracia, no. —El encantador rostro de Ishani adquirió una expresión sombría—. Me exigieron celebrar el *sati*.

—¿*Sati*?

—Significa que la mujer debe arder en el fuego con el cadáver de su esposo. Viva.

—¡Dios mío! ¡Eso es… una barbaridad! —Avery recordaba vagamente haber oído alguna vez algo sobre ese rito, pero pensaba que eran cosas del pasado.

—Sí, lo es. —Ishani dejó la cabeza colgando—. Yo… yo… no podía. La idea de arder junto a… junto a ese cadáver fue demasiado para mí.

Tengo toda la vida por delante. Y por eso hui, la noche antes de la ceremonia, sin una rupia, sin nada, solo con la ropa que llevo puesta. Llevo varios días viajando, y hoy he llegado a Katmandú. —Una lágrima rodó por su mejilla—. Estoy completamente sola. Si me encuentran van a hacerme volver, me matarán porque he deshonrado a la familia. —Más lágrimas inundaron su rostro.

Avery le tomó la mano, luego la atrajo hacía él, profundamente afectado.

—Ishani —murmuró entre su pelo. Y como ella no contestó, repitió —: Ishani, escúcheme. —Ella levantó la cara inundada de lágrimas. ¡Oh, Dios, qué guapa era!—. No está sola. Yo la ayudaré, se lo prometo. Vendrá conmigo, a casa de Gardner. Y allí ya veremos.

Edward Gardner y los expedicionarios recibieron a la princesa —o Ishani, como pidió que la llamaran— con gran cordialidad. Gardner puso enseguida a su disposición una habitación en la residencia donde pudiera recuperarse de las fatigas de su huida.

—¿Tiene usted algún familiar con quien quiera contactar? —le preguntó—. ¿O amigos?

Ella sacudió la cabeza.

—Por desgracia, no, señor Gardner, lo habría hecho hace tiempo, naturalmente. Estoy completamente sola y no dispongo de recursos.

Avery tuvo que contenerse para no decir algo ni poner los ojos en blanco. ¿Acaso Gardner no había escuchado lo que ella había contado? Ishani estaba huyendo, no podía avisar a nadie.

Aquella noche Avery tardó mucho en conciliar el sueño. Ninguna mujer le había fascinado tanto como aquella princesa tan bella y misteriosa. Y jamás había sentido ese fuerte deseo de ayudar a alguien. Haría todo lo posible para que ella pudiera superar su desgracia.

Pensando en ello se quedó dormido.

Entonces se despertó sobresaltado: alguien llamaba a la puerta.

—Señor —oyó una voz apagada. Ishani—. Señor Harrington…, ¿está usted despierto?

—Sí, sí. —Se sentó en la cama.

La puerta de la habitación se abrió e Ishani se deslizó dentro con una vela encendida en la mano. A la pálida luz pudo ver que solo llevaba una camisa fina.

Enseguida se alarmó.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. —Cerró la puerta a su espalda—. Solo quería darle las gracias de nuevo. Por todo lo que ha hecho hoy por mí, señor Harrington.

—Ha sido un placer —logró decir a duras penas. La ropa que llevaba puesta debería estar prohibida, dejaba ver el contorno de su cuerpo delgado—. Pero llámeme Avery.

—Avery —repitió ella con un ligero tono ronco en la voz que le hizo sentir un agradable escalofrío en la espalda—. Como he dicho, quería darle las gracias. Y sé cómo hacerlo.

Se acercó a él, luego apagó la vela de un soplo y la dejó sobre la mesilla. Un instante después Avery sintió su cuerpo a su lado y sus labios sobre los suyos.

# 20

# Allie

*Willow Cottage, Heligan, julio de 1817*

Allie pasó la mano por encima de la carta de su sobrino para alisarla. Esa primera y hasta entonces única carta de Avery había llegado a principios de año, y todos se habían sentido aliviados al recibir noticias de él. Habían pasado ya casi seis meses desde aquello.

En su carta hablaba de ese extenso y desconocido país que era la India, de plantas y animales exóticos y de las muchas personas que había conocido, entre ellas Nathaniel Wallich, un médico y botánico danés que dirigía el Jardín Botánico de Calcuta.

«Próximamente partiré con el doctor Wallich y otros compañeros de viaje en una gran expedición para recolectar plantas», escribía con letra grande. «Este viaje nos llevará hasta el reino de Nepal, en las montañas».

Nepal. Allie le envidiaba. Cómo le habría gustado poder hacer lo mismo que él. Y quién iba a imaginar que su sobrino viajaría alguna vez con los cazadores de plantas. Hasta entonces no había notado nunca que a Avery le interesara la botánica. Pero era evidente que estaba equivocada y que en él había más de lo que ella sabía.

La carta llevaba una posdata que había sido tachada. «No me atrevo a preguntar qué podéis contarme sobre Perys», logró descifrar Allie. Y debajo otra frase: «Disculpadme y no os preocupéis por mí».

Deseaba que hubiera escrito más. O que escribiera más a menudo. Pero desde esa carta no habían vuelto a saber nada de él, probablemente llevara ya un tiempo en Nepal.

Como no tenían ninguna dirección a la que escribirle, habían enviado una carta de respuesta a los Buller, en Calcuta. Al menos de ellos sí recibían noticias con regularidad, si bien nunca decían nada

sobre Avery.

Una tosecilla en la puerta abierta de la habitación le hizo levantar la mirada. William, el joven criado, estaba allí.

—Señora, su baño está preparado.

—Gracias, Will. —Agarró su bastón de madera de nogal, cuyo puño estaba decorado con zarcillos de hojas tallados, y subió despacio la escalera que llevaba al piso superior.

Hacía mejor tiempo que el año anterior, pero a pesar de todo hacía fresco para estar ya en verano. Allie había pasado mucho tiempo de pie aquel día cortando, machacando y preparando sus hierbas, y se alegraba de poder disfrutar de un baño que le relajara un poco las piernas.

Tomar un baño era una tarea laboriosa. Precisaba de una cierta cantidad de cubos de agua que sus dos sirvientes debían calentar primero en la cocina y cargar luego hasta el piso superior, al dormitorio de Allie, para verterlos en la tina de cobre que previamente Will había llevado hasta allí. Allie no disfrutaba a menudo de este placer, pero en ese momento sencillamente lo necesitaba.

Abrió los tres botones del cuello de su vestido azul oscuro y se lo quitó por la cabeza. Las jóvenes preferían en esos tiempos vestir de blanco y tonos pastel, pero Allie ya no era una jovencita, los colores oscuros eran más adecuados para ella. Aunque le gustaba la moda actual con la cintura desplazada más arriba y la falda amplia y suelta porque así ocultaba un poco su cuerpo imperfecto.

En cuanto se hubo liberado del resto —enagua, corsé y medias de algodón— se metió en la bañera.

El agua estaba caliente y agradable, y Allie cerró los ojos un momento para disfrutar de ese placer.

Esperaba que Tristan regresara pronto. Había ido con Julian al cercano Charlestown, donde querían reunirse con Charles, el cuñado de Henry.

Charles Rashleigh había llevado muchas cosas buenas al pequeño puerto pesquero. Antes la pequeña aldea de West Polmar se componía de apenas unas cabañas en las que vivían algunas familias de pescadores. Como los barcos grandes no podían atracar en la playa,

hacía más de veinte años que Charles decidió construir un puerto que permitiera el transporte del cobre de las minas cercanas. Desde entonces, la localidad había crecido considerablemente y había prosperado el comercio de sardinas. En agradecimiento, los habitantes cambiaron el nombre de su pueblo por el de Charlestown.

Allie cogió el libro que tenía preparado para leer y se sumergió en el primer volumen de *Orgullo y prejuicio*, del que había leído ya la mitad.

Las páginas pasaban volando mientras los acontecimientos en la familia Bennet se desarrollaban ante ella. A Allie le gustaba mucho leer. Unos años antes había creado un salón literario. Desde entonces se reunía dos veces al mes con otras mujeres del vecindario apasionadas de la lectura en un salón de la Mansión Heligan que Henry había puesto amablemente a su disposición y conversaban sobre literatura y otros temas mundanos. A veces se unía a ellas Damaris, y casi siempre las acompañaba Lowenna, quien, a diferencia de su hermana pequeña Florence, era una auténtica «medias azules».

Oyó unos pasos apagados en la escalera, luego se abrió un poco la puerta de su habitación y Tristan asomó la cabeza.

—¿Puedo?

—Naturalmente.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Abajo se había quitado las botas altas de montar, así como la chaqueta y el chaleco.

—¿Qué lees?

Ella le mostró el lomo del libro, en el que aparecía el título en letras doradas.

—*Orgullo y prejuicio*. Una novela romántica, pero al mismo tiempo es también un estudio de la sociedad inglesa.

—¿Entonces es buena?

Ella asintió.

—La novela se ha publicado como obra anónima. La única referencia a la autora que aparece es «de una lady».

Tristan levantó las cejas.

—Pero naturalmente mi inteligente esposa ya sabe quién la ha escrito, ¿verdad?

—Adulador. Pero tienes razón, lo sé: supuestamente es Jane Austen.

—¿Jane Austen? ¿La hija de ese pastor anglicano? ¿No ha escrito también ese otro libro que tanto te gustó?

Allie asintió.

—*Sentido y sensibilidad*. También es una novela muy inteligente.

Tristan se arrodilló junto a la tina de cobre, vestido como estaba, y le agarró el pie derecho.

—¿Debo?

Ella dejó el libro a un lado y estiró la pierna.

—Será un gran placer.

Empezó a masajearle los doloridos músculos con movimientos suaves, circulares, desde el pie, por la pantorrilla, hasta más arriba de la rodilla. Luego le llegó el turno a la pierna izquierda. Delante de cualquier otra persona se habría avergonzado a causa de sus piernas torcidas y flacas, pero no ante Tristan. Con él estaba tranquila.

Suspiró con los ojos cerrados.

—Sienta tan bien —murmuró.

Tristan sabía que aquello siempre le hacía bien. Siempre había sido así y probablemente no cambiaría nunca.

Ella abrió los ojos.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

Él dejó que su pie se deslizara dentro del agua, que ya se había enfriado un poco.

—Se me ocurre algo al respecto.

—¿De verdad? —Allie le miró con un gesto de fingido desconcierto —. No tengo ni la más mínima idea de lo que quieres decir.

—Entonces tendré que mostrárselo, señora Harrington.

Se inclinó para besarla. Acto seguido ella soltó un pequeño gritito cuando la cogió en brazos y, desnuda como estaba, la sacó de la bañera.

—¡Te vas a mojar!

—No importa —replicó él, y la llevó hasta la cama.

Allie se dejó caer en su abrazo. Aspiró su olor y sintió cómo por su cuerpo se extendía un calor que no tenía nada que ver con el baño caliente.

—Señora Fitzgibbons, ya le he dicho muchas veces que no tiene por

qué temer nada —dijo Allie—. El doctor Jenner solo le hará un pequeño corte en la piel para ponerle la vacuna, y después ya estará protegida contra la viruela.

La mujer mayor, que estaba sentada junto a ella en el banco, hizo una mueca de desaprobación.

—No tengo miedo, señora Harrington, solo estoy preocupada.

Allie miró de reojo a Julian, que había tenido la amabilidad de acompañarlas, y puso los ojos en blanco.

Aquel día se estaba llevando a cabo en Heligan una campaña de vacunación contra la peligrosa viruela. Esta acción había sido promovida por John Hearle, que era un gran defensor de la medicina moderna. Había conseguido incluso invitar a Edward Jenner, quien había descubierto la vacuna unos años antes. Había llegado a Heligan el día anterior y se iba a quedar allí dos días más. Había que agradecerle a este médico rural de Berkeley que se dispusiera ya de un medio contra la temida enfermedad. Tras sus experimentos con virus de la viruela bovina había logrado un suero que protegía también de la viruela humana.

Delante de la Mansión Heligan había ahora tanta gente de los alrededores que a Allie casi le pareció estar en una fiesta popular. John Hearle les había prometido a todos los que se dejasen vacunar un gran trozo de piña de su propia cosecha recién recogida y cortada. Probablemente fuera más la posibilidad de disfrutar de este extraordinario placer y no razones médicas lo que había llevado a la mayoría hasta Heligan, pero el fin justificaba los medios.

En una mesa dispuesta delante de la casa, la mujer de John Hearle, Caroline, Lowenna y Florence repartían la piña a los que se habían dejado vacunar. Las tres mujeres llevaban vestidos ligeros en tonos pastel y estaban muy guapas, según le pareció a Allie. Solo a Florence, siempre tan alegre, se la veía algo melancólica, si bien trataba de disimularlo.

La señora Fitzgibbons, envuelta en un traje rosa poco apropiado para su edad, se acercó a ellas.

—Ay, señor Harrington, ¿es cierto lo que he oído? —dijo dirigiéndose a Julian.

Este emitió un suspiro casi inaudible.

—¿Qué ha oído?

—Que el joven señor Rashleigh se ha marchado sin haberle pedido la mano de su encantadora hija.

¡Esa vieja chismosa se enteraba de todo! En efecto, Perys se había marchado unos días antes y había embarcado sin haber propuesto matrimonio a Florence.

—¿No le parece a usted también muy lamentable? —preguntó la señora Fitzgibbons al no recibir ninguna respuesta de Julian.

Allie salió en ayuda de este.

—¿Ha decidido ya, señora Fitzgibbons, si va a permitir que la vacunen?

—No, todavía no. He oído que la vacuna se ha obtenido de una vaca. ¿Cómo puedo estar segura de que después no voy a convertirme yo en una vaca?

—No podemos asegurárselo, naturalmente —respondió Julian con sequedad antes de que Allie pudiera hacerlo—. Pero, si eso ocurriera, seguro que el señor Tremayne le reservaría un sitio preferente en sus prados.

La señora Fitzgibbons le miró como si hubiera asegurado que devoraba niños pequeños para desayunar.

—Vaya… señor Harrington… debo… —empezó a decir indignada, pero enseguida enmudeció.

Allie, en cambio, soltó una especie de gorjeo, hasta que no pudo contener más la risa y explotó de un modo poco propio de una dama. La idea de la señora Fitzgibbons como una vaca en los campos de Heligan era muy graciosa.

Dejó de reír cuando se acercaron a ellos tres hombres: Henry, John Hearle y el médico.

—Debería decidirse ya, señora Fitzgibbons —dijo—. Ahí vienen los dos señores Tremayne en compañía del doctor Jenner. El señor Tremayne ya está vacunado.

A la señora Fitzgibbons se le iluminó la cara al ver a Henry. Este tenía ya el pelo canoso y andaba algo encorvado, pero no parecía en modo alguno achacoso. Al igual que Allie, se apoyaba en un bastón

cuyo mango de plata estaba cincelado formando las escamas de una piña.

La señora Fitzgibbons, a quien también se le notaban los años, le miró como si fuera el Salvador en persona.

—Oh, señor Tremayne, qué alegría verle. Venga, siéntese a mi lado.

Se corrió un poco a un lado, y al hacerlo empujó a Allie, lo que obligó a esta a levantarse, algo que tampoco le pareció mal.

—Muchas gracias, es usted muy amable. —Henry tomó sitio en el pequeño banco.

—¿Así que ya ha pasado usted por esa horrible tortura? —preguntó la señora Fitzgibbons.

—Oh, sí, querida, hace dos años. Igual que todos los miembros de mi familia y muchos de mis arrendatarios.

—Y, como puede ver, el señor Tremayne no se ha convertido en una vaca ni en un buey —dijo Allie sin poderlo evitar.

La señora Fitzgibbons le lanzó una mirada fulminante. Luego volvió a tener ojos solo para Henry.

Entretanto el doctor Jenner, un hombre de figura robusta y rostro lleno y amable, sacó de su maletín una botellita con un líquido transparente.

—¿Está lista, señora? —preguntó el médico—. En ese caso deje el brazo relajado, por favor.

—Está bien —dijo la señora Fitzgibbons con voz temblorosa. Y añadió dirigiéndose a Henry—: Me arriesgaré. Creo que si me sujeta la mano podré soportar mejor esta tortura.

—Por supuesto. —Henry tomó su mano, y Allie aprovechó la ocasión para escapar de aquella chismosa y unirse a Julian y John Hearle.

Se cogió del brazo de los dos hombres, que eran el doble de altos que ella, ya que así podía andar mejor.

Mientras avanzaban despacio hablaron sobre cuestiones relacionadas con la administración de la finca y la política. John Hearle era diputado del Parlamento inglés, aunque también encontraba tiempo para ocuparse de Heligan.

Enseguida llegaron al jardín de flores, en el que en esta época del

año crecían las más diversas flores, que allí se cultivaban exclusivamente para decorar las habitaciones de la Mansión Heligan. Este año crecían mejor que el anterior, cuando se habían perdido casi todas.

Por una pequeña puerta de madera accedieron directamente al huerto de melones, cuyo muro orientado hacia el sur tenía ocho pies de altura. A lo largo de él crecían árboles frutales y parras. Las frutas se desarrollaban aquí muy bien porque podían aprovechar el calor del sol que el muro acumulaba. Unos letreros metálicos clavados en la tierra indicaban el nombre de las variedades allí plantadas: peras, ciruelas, albaricoques y grosellas.

Dentro del huerto de melones, junto a invernaderos y macizos tempranos, había dos estructuras bajas de tablones de quince yardas de largo. A través de las tapas de cristal podían verse algunas piñas crecer entre paja y tierra, menos de lo habitual, ya que gran parte de las frutas maduras se habían repartido en la campaña de vacunación. Crecían en un tallo bajo rodeado de hojas largas y estrechas.

Había un fuerte olor a estiércol de caballo. Pero era lo que había si se quería cultivar piñas en Inglaterra, ya que requerían un calor constante. Esto se conseguía gracias al estiércol fresco que se traía desde los establos con regularidad y se distribuía dentro de las estructuras de tablones. El calor así obtenido creaba un entorno tropical en el que podían crecer bien las plantas.

Para evitar que el estiércol fermentado se inflamara había que vigilarlo continuamente. Por eso, en el edificio de dos plantas del huerto de melones había un pequeño cuarto donde podía dormir el ayudante del jardinero, que cada tres horas debía controlar que el estiércol no se calentara demasiado.

Allie ya había disfrutado muchas veces de esta fruta majestuosa. Al principio temía que las piñas supieran a orina o estiércol de caballo, pero no fue así. Eran escamosas como las alcachofas, pero maravillosamente dulces y jugosas. Como la luz del sol.

John Hearle y Julian habían continuado con su conversación, y de los problemas de algunos arrendatarios habían pasado a tratar temas que debían ser atendidos inmediatamente, como la reciente idea de

trasladar las colmenas a otro lugar.

Inicialmente había sido una propuesta de Damaris. La hermana de Allie adoraba a las abejas. Aunque hacía mucho tiempo que ya no se encargaba de ellas, no renunciaba a ir casi a diario a ver a los pequeños y hacendosos insectos que tan útiles y valiosos resultaban en el jardín. No solo polinizaban las plantas y aseguraban con ello una buena cosecha, sino que además producían miel para la cocina y cera con la que se elaboraban velas y abrillantador para los muebles.

Los dos hombres ya habían encontrado el lugar adecuado: fuera del huerto de melones, al sur de las huertas. John Hearle quería construir allí un muro bajo con cámaras abiertas. En cada una de estas cámaras se instalaría después una de las colmenas. Así estarían menos expuestas al viento y a las inclemencias del tiempo, aparte de que sería un sitio perfecto para que las abejas polinizaran las plantas del jardín y los frutales.

—Incluso podríamos poner unas puertas para cerrar los nichos en invierno —propuso Julian—. Así las abejas estarían más protegidas.

John Hearle asintió pensativo.

—Es una buena idea. Cuando hace mucho frío se podría poner también una cortina. ¿Qué te parece, Allie?

—Bien. —Asintió mientras imaginaba la pared de colmenas—. Si yo fuera una abeja —dijo—, estaría muy a gusto en un sitio así.

# 21

## Lexi

*Jardines de Heligan, mayo*

Lexi se encontraba en el borde del huerto de melones y contemplaba la vieja pared de las colmenas, un muro de ladrillo con dos filas de cavidades arqueadas. Algunos nichos estaban abiertos y podían verse las colmenas tejidas con tallos de sauce que se utilizaban antiguamente. El resto estaban cerrados con pequeñas puertas de madera para protegerlos del viento, la lluvia y el frío. Entretanto se habían instalado ya colmenas modernas en un lugar más apartado y protegido del viento bajo un enorme roble, pero esta pared antigua seguía en su sitio original junto a la entrada a las huertas.

Lexi estaba de buen humor —lo que tenía bastante que ver con el hecho de que pronto iba a ver a Ben—, y también el tiempo se esforzaba por agradar. El día era precioso, luminoso y claro, sobre su cabeza graznaban las gaviotas, y a lo lejos podía oírse el suave murmullo del mar. Oyó de fondo cómo Derek, el jardinero jefe, explicaba a un grupo de visitantes cómo se había recuperado el cultivo de piñas con estiércol de caballo, como se hacía doscientos años antes.

Cuando los visitantes continuaron en dirección al Jardín Italiano, Derek se acercó a ella.

—Hola, Lexi. —Tenía más de cuarenta años, pero el pelo desgreñado y su figura larguirucha le hacían parecer más joven—. ¿Qué tal vas con los preparativos de la exposición?

—Muy bien. La primera fase sobre los inicios de Heligan ya casi está terminada. Pero tengo algunos problemas con la segunda. No encuentro mucho material.

Derek entornó los ojos, lo que le dio un aspecto pícaro.

—Ayúdame un poco: ¿de qué va la segunda parte?

—De los cazadores de plantas que a principios del siglo XIX trajeron plantas exóticas a Inglaterra. Pero no resulta tan fácil como parece encontrar algo. Es decir, hay montones de información sobre los rododendros y sobre Joseph Hooker y otros cazadores de plantas importantes de la época victoriana, pero ese no es el tema, sino los años previos a todo eso.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento, yo tampoco puedo ayudarte.

—No te preocupes. Además, dentro de poco voy a trasladar mi lugar de trabajo a Steward's House, es posible que allí haya algo que me pueda valer. Al fin y al cabo, la casa tiene más de doscientos años.

Derek asintió.

—Muy bien. Es posible que ahí haya algún que otro tesoro escondido.

—Mirad… allí. Están durmiendo.

Theo señaló con un dedo con la manicura perfecta bajo los cabrios del tejado de Steward's House. La mirada de Lexi siguió su indicación. Pudo ver varios cuerpos coriáceos que colgaban cabeza abajo del techo del desván. Murciélagos muy apretados unos contra otros. Cuando Theo se los mostró por primera vez no había tantos.

—Son hembras preñadas —aclaró—. Tenemos aquí una auténtica maternidad.

—Fascinante. —Lexi se volvió hacia Eliza, que estaba a su lado con un gesto de asco—. ¿No te parece?

Eliza trabajaba algunos días como auxiliar en Heligan y ayudaba a Lexi a organizar la exposición. Con su indumentaria estilo años cincuenta —falda azul claro de corte evasé y blusa blanca— parecía un cuerpo extraño en el entorno más bien rústico de Heligan.

—Sí, maravilloso —admitió, aunque Lexi pudo apreciar que no estaba tan contenta con sus nuevos vecinos como ella—. Pero me gustaba más nuestro despacho anterior. También estaba más cerca del archivo.

—Pero piénsalo un poco —dijo Lexi—. ¡Ahora trabajamos en el

mismo sitio donde Damaris y Julian vivieron con su familia hace más de doscientos años!

Eliza asintió.

—Sí, eso está bien. —Lanzó una última mirada escéptica al tejado —. Está bien, llegaremos a un acuerdo: vosotros no me hacéis nada y yo también os dejo en paz.

Avanzó con cuidado por el suelo cubierto de excrementos de murciélago, atenta a no mancharse los zapatos, antes de abandonar el desván.

Aquel día iban a cambiarse a su nuevo lugar de trabajo, y Theo había insistido en hacer con ellas un pequeño recorrido por la casa. Steward's House, la antigua casa del administrador, se encontraba junto a otras dependencias de Heligan. En la planta baja había hoy en día una cafetería en la que se podían tomar, entre otras cosas, unas tartas estupendas, y en la planta superior estaban los despachos de los colaboradores. Lexi y Eliza iban a ocupar allí una habitación amplia con vistas sobre la gran extensión de césped que había delante de la casa.

Fue también Theo quien les entregó la llave de una estancia de la planta superior que había estado cerrada hasta entonces. Lexi pasó casi toda la mañana revisando el material recogido allí con la esperanza de conocer algo más sobre Avery Harrington. Examinó la colección de antiguos rótulos metálicos para las plantas que se habían encontrado en el muro del huerto de melones durante la restauración de Heligan en los años noventa. En la misma sala encontró también carteles y otros materiales que debían de haber sobrado de una exposición anterior sobre el famoso cazador de plantas Hooker, entre ellos algunas fotografías de páginas de herbarios antiguos con semillas secas procedentes de ultramar y algunos pliegos de papel con apuntes escritos a mano por un tal Thomas Thomson. Un compañero de viaje de Hooker, según puso de manifiesto una breve investigación. Es decir, nada nuevo.

En cambio, resultó mucho más fácil obtener información sobre John Hearle Tremayne, el hijo de Henry. Había sido diputado del Parlamento inglés en representación de Cornualles. A pesar de su

carrera política había encontrado tiempo para ocuparse de Heligan, al que estaba muy unido. Le cautivaban Shakespeare y sus coetáneos, y aunque poseía una gran bodega, al parecer jamás probaba una sola gota de alcohol. En 1813 se había casado con una tal Caroline Lemon, cuya hermana, Isabella, había contraído matrimonio con Anthony Buller unos años antes. Este señor Buller era el mismo con el que Avery había viajado hasta la India.

Tal vez, decidió Lexi en cuanto se sentó en el ordenador de su nuevo lugar de trabajo, no debía centrarse tanto en los Tremayne, sino que debía ampliar más el campo de búsqueda. Entonces, ¿qué sabía? Que en 1815 Avery se marchó a la India con los Buller.

India 1815, escribió en el buscador. Luego se inclinó hacia delante.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Eliza, que tenía a su lado un trozo de tarta de limón a medio comer—. Solo por este fantástico *lemon drizzle* ya nos compensa habernos traslado aquí.

—Me alegro. —Lexi giró la pantalla un poco hacia Eliza—. Aquí, mira. Quizá no sea importante para mi investigación, pero está bien saberlo. En abril de 1815 entró en erupción el volcán Tambora, en Indonesia. Y el año siguiente, es decir, 1816, se denominó en Europa «el año sin verano» porque apenas lució el sol y en muchas zonas se perdieron las cosechas y hubo hambrunas.

—¿Todo eso estuvo relacionado con la erupción de un volcán en Extremo Oriente? —preguntó Eliza con incredulidad y sin soltar el tenedor.

—Eso parece. —Lexi siguió leyendo el texto en internet—. En aquel momento no se sabía todavía, pero hoy está comprobado que las cenizas de la erupción volcánica se expandieron en la atmósfera e impidieron el paso de la luz solar. Eso produjo una ola de frío generalizada que tuvo consecuencias nefastas en la agricultura.

—¡Qué fuerte! —Eliza se terminó la tarta y empezó a recoger sus cosas.

—¿Te vas ya?

—He quedado —dijo con una sonrisa que lo decía todo.

Lexi asintió con complicidad. Eliza estaba enamorada de Orlando, que trabajaba en Heligan como guía.

Mientras Eliza se ponía la chaqueta, Lexi abrió el fichero con las fotos que había hecho con el móvil en Kresen Kernow y fue repasándolas una a una. Entonces la encontró: una carta de Isabella Buller a su hermana Caroline Tremayne escrita en septiembre de 1817 en Calcuta. En ella Isabella mencionaba, entre otras cosas, el Jardín Botánico de Calcuta y a su director, un tal Nathaniel Wallich.

—Calcuta —murmuro para sí.

—¿Cómo dices? —Eliza, que ya casi estaba en la puerta, se detuvo.

—Calcuta —repitió—. Siempre he partido de la base de que Avery permaneció en Madrás, pero tal vez se mudara con los Buller a Calcuta. Que ahora se llama Kolkata.

—Muy interesante. ¿Y a dónde nos lleva eso ahora?

—Si los Buller conocían a ese Wallich, entonces tal vez lo conociera también Avery. Y es posible que haya más información sobre Wallich. Quizá podríamos empezar por ahí.

—Pues ya tienes algo que hacer —dijo Eliza—. Yo me voy.

—Pásalo bien.

—Seguro que sí. —Eliza sonrió ilusionada—. Deberías salir. Hace un tiempo maravilloso.

—Sí, mamá —se burló Lexi con fingida docilidad.

—Estoy segura —dijo Eliza— de que hay alguien que se alegraría mucho de verte.

—Si tú lo dices —respondió Lexi con el tono más neutro posible a pesar de que de pronto su corazón parecía estar en una montaña rusa. ¿Es que todos conocían su vida amorosa?

Apenas se hubo marchado Eliza, Lexi se centró de nuevo en su ordenador y empezó a investigar.

El nombre de Nathaniel Wallich aparecía en un número sorprendente de entradas. Había sido un médico y botánico danés que descubrió una gran cantidad de plantas en India y Nepal. En Kew Gardens, en Londres, existía incluso una colección de objetos suyos.

¿Debería verla con detenimiento? Para eso estaban los bancos de datos online.

Nathaniel Wallich había recogido, secado y etiquetado —«botanizado», como se decía entonces— cientos de plantas. Y todo

eso antes de la invención de las máquinas de escribir, por no hablar ya de los ordenadores.

Abrió al azar una de las muchas entradas relacionadas con las plantas. *Lomaria aurea*. Había mucha información: no solo aparecía una foto de la planta original conservada, sino también datos sobre la especie y el lugar exacto del hallazgo. Bajo «Recolector/Expedición» encontró «Wallich, Nathaniel». A través de ese término de búsqueda había llegado hasta allí, de modo que posiblemente pudiera buscar en ese catálogo a recolectores concretos. Le pareció poco probable encontrar lo que buscaba, pero no pasaba nada por intentarlo.

Tecleó «Harrington».

¡Bingo! Apareció una tabla con veinte entradas, ordenadas por especies vegetales. La primera entrada era la de «Harrington, G.N., Lugar: Uganda, Fecha: 1970». No, no podía ser, evidentemente. Su mirada fue descendiendo por la columna: «Harrington, G.N. y Gilbert, M., Lugar: Etiopía, Fecha: 1970. Harrington, B., Lugar: Tanzania, Fecha: 1885». Y entonces apareció: «Wallich, N. y Harrington, A., Lugar: Nepal, Fecha: 1817».

¡Oh, eso sonaba muy prometedor!

Abrió la imagen de la planta correspondiente. Se veía una planta seca de color marrón grisáceo que estaba sujeta al papel con una fina cinta adhesiva. Se preguntó cómo se pegarían esas plantas tan delicadas antes de la invención de la cinta adhesiva. Probablemente con tiras de papel en las que se aplicaba cola o algo similar con un pincel.

Junto a la planta había una nota escrita a mano que todavía se leía bien: *Cornus capitata Wall*.

Pinchó en la entrada de los detalles. El lugar del hallazgo era Chandragiri, una montaña de Nepal; la fecha, junio de 1817. Y como recolectores aparecían: Wallich, Nathaniel y Harrington, Avery.

Esa tarde, cuando volvió a la casa de Mevagissey, salió a recibirla Nelson, su gato de tres patas. Un instante después, Cait la arrastró hasta el sofá.

—He tenido un día horrible en la cafetería y no tengo ganas de cocinar —dijo la joven irlandesa—. Por eso he decidido que hoy podemos pedir algo de comida, ¿vale?

—Genial.

Cait le mostró varios folletos.

—¿Qué te apetece? ¿Comida italiana? ¿China? ¿India?

—Definitivamente, india. —Lexi cogió una de las hojas publicitarias —. Hace días que me apetece. Desde que descubrí que Avery fue a parar a la India.

—Muy bien. Entonces india.

Pidieron samosas rellenas de verduras, pan naan, curry madrás picante y pollo con mantequilla suave.

—¿Y? —preguntó Cait apenas hubo colgado el teléfono.

—¿Y, qué?

—¿Sois ya pareja?

—¿Quiénes? —pregunto Lexi fingiendo, mientras sentía un cosquilleo.

—Ben y tú, naturalmente, idiota.

—Muchas gracias por lo de idiota, pero sí, creo que sí.

—¿Solo lo crees?

—Bueno, en realidad no hemos hablado de ello. Y no quiero meterle presión.

Cait sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Hasta un ciego puede ver que estáis hechos el uno para el otro, y vosotros no habláis de ello.

—Tampoco hay que hablarlo todo demasiado. —Lexi se levantó del sofá y abrió la alacena—. Y el resto ya se verá.

Cait también se había puesto de pie y cogió el plato que Lexi le pasó.

—¿Cuándo volveréis a veros? —preguntó mientras dejaba el plato en la pequeña mesa de la cocina.

—Mañana por la tarde.

—¿Necesitas la casa? Basta con que lo digas y yo salgo volando de aquí.

—Gracias, pero no hace falta. Me recogerá después del trabajo,

iremos a su casa. —Abrió el cajón de los cubiertos—. ¿Qué necesitamos? ¿Cuchillo y tenedor o mejor una cuchara?

—Mejor todo, así vamos sobre seguro. —Cait se sujetó el pelo teñido de rojo detrás de la oreja—. ¿Sabes ya qué te vas a poner?

—¿Qué me voy a…? Oye, ¿qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—No, no, una charla entre amigas. Solo me interesa tu bienestar.

Entonces sonó el timbre, y el repartidor libró a Lexi de más preguntas curiosas.

# 22

## Lexi

*Jardines de Heligan, mayo*

Al día siguiente Ben la recogió en la moto después del trabajo.

—¿Lista? —Le tendió el casco que había llevado para ella—. Vamos a ser tres.

—Oh —exclamó Lexi sin mucho entusiasmo. No sonaba a velada romántica precisamente—. ¿Quién es el tercero?

—«La» tercera —corrigió sonriendo—. Tú, yo y Agatha. Se alegrará de conocerte.

La tal Agatha, la tortuga griega, estaba en un cercado abierto por arriba en el balcón de Ben y siguió comiendo sin inmutarse mientras Lexi la observaba fascinada: el cuello fino y rugoso que salía despacio del caparazón, la boca rosada que se abría para dar otro mordisco al pepino, la lengua gruesa y carnosa.

—De pequeña siempre quise tener una tortuga —dijo sin apartar la vista del reptil—. Pero tuve un hámster.

—Son fascinantes, ¿verdad? Estos animales llevan millones de años sobre la tierra.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé con exactitud. Cuando mi abuelo me la regaló era joven todavía. Así que debe tener unos veinte años. Le quedan otros tantos por lo menos.

—Durará más que mi hámster —replicó Lexi—. Solo vivió dos años.

Volvieron a entrar. Ben vivía en una casa de dos habitaciones, pequeña pero bien amueblada, cerca del centro de Saint Austell. La mitad de su balcón estaba ocupada por el amplio cercado donde vivía la tortuga.

—¿Hace mucho que no entra aquí una chica?

—¿Por qué lo dices?

—No hay flores —respondió Lexi—. Solo macetas con plantas verdes. También son muy bonitas.

—¡Eh, que soy un tío! No necesito flores.

—Dice el tipo que se pasa el día trabajando entre flores y plantas —alegó Lexi entre risas.

Él sonrió, casi como un niño que acabara de recibir por Navidad todos los regalos que había pedido.

Lexi le miró con una mezcla de desconcierto y regocijo.

—¿Qué?

—Nada. Bueno, sí: que estás aquí.

A Lexi se le aceleró el corazón. Disfrutaba de esa danza suave uno alrededor del otro, tanteándose, probando hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

Bastante lejos, según le pareció. Apenas podía esperar a estar por fin más juntos.

Él se inclinó hacia delante para besarla. Ella le devolvió el beso, hambrienta, llena de deseo, hasta que los dos cayeron sobre el sofá. Él la atrajo hacia sí, y ella se sentó a horcajadas sobre él, mientras él dejaba escurrir su mano por sus muslos y sus caderas.

—Dios mío, eres preciosa —murmuró.

Lexi pasó sus manos por su torso, luego deslizó la derecha bajo la camiseta. Oh, no estaba nada mal…

—Espera. —La apartó un poco y con una mano abrió un cajón que estaba cerca. Fuera lo que fuese lo que se proponía, Lexi aprovechó la ocasión para sacar un condón del bolsillo de su pantalón.

Los dos se echaron a reír cuando Ben le mostró el paquete que había sacado del cajón.

—Recién comprados —aclaró—. No te vayas a creer que los uso como un loco.

No tardaron mucho en quitarse toda la ropa que les sobraba. Cuando él estuvo listo, ella también. Jadeó, y sus dedos se hundieron en la espalda de él cuando ambos llegaron al clímax.

Después Ben se dejó caer hacia atrás con un gemido apagado. Ella apoyó la frente en la suya, y juntos escucharon sus corazones

acelerados.

Mientras volvían a vestirse, Lexi dejó vagar la mirada por la pequeña cocina abierta al salón. Junto al fregadero solo había un hervidor de agua. No había ninguna cafetera.

—Lo que daría por un buen *flat white* —dijo con ansia.

—¿Un qué?

—Un *flat white*. Es un café con leche espumosa, se parece al *cappuccino*, pero no es igual. En Londres está por todas partes.

Él levantó una ceja divertido.

—Has hablado como una auténtica londinense.

—Para nada —se quejó ella fingiendo indignación—. Sobreviviría en la selva mucho mejor que tú.

Ben se rio.

—No lo creo.

—Está bien. Sé, por ejemplo, que cuando no tienes protector solar puedes frotarte las hojas del castaño de Indias sobre la piel. Equivale a un factor 30.

—Estoy impresionado.

—Además sé hacer fuego con un móvil roto.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Con la batería, siempre que sea de iones de litio. Hay que abrirla, sujetar un cuchillo en los dos contactos, eso provoca un cortocircuito y ya puedes hacer fuego. Rob me lo expli… —Enmudeció a mitad de la palabra, fue como si se le parara el corazón. Oh, cielos, ¿qué estaba haciendo? Había pronunciado el nombre de Rob. Le había permitido volver a entrar en su vida.

—¿Rob? —repitió Ben de pronto muy serio—. ¿Es él? ¿Tu exnovio que tanto miedo te da?

Lexi asintió, incapaz de hablar durante unos segundos. El bonito día pareció cubrirse de pronto de oscuros nubarrones.

—Si te enseñó todas esas cosas no debía ser tan malo —añadió Ben.

—Sí, lo era —logró decir Lexi. Luego volvió a enmudecer.

—Cuéntamelo, Lexi. —dijo él en tono suave, pero con determinación—. Tienes que dejarlo salir, si no te va a devorar por dentro.

Ella asintió despacio.

—Lo sé —susurró.

—¿Quieres antes un café?

—Sí, por favor.

—Enseguida vuelvo. —Se puso de pie—. Solo tengo café soluble. No puedo prepararte una de esas creaciones hippies de Londres.

—El soluble estará genial.

Le observó mientras llenaba el hervidor y lo enchufaba. Cuando el aparato se apagó con un fuerte clic, echó café soluble y un poco de agua fría en dos tazas y luego las llenó con agua hirviendo.

—Se me ha olvidado comprar leche. ¿Está bien así?

—Hare una excepción.

—Pero sí tengo azúcar. Una cucharada, ¿verdad?

—Genial. ¿Cómo lo sabes? Ah, sí, tomamos un café en Kresen Kernow.

Ben volvió al sofá y le dio una de las tazas. *Kernow Born & Bred*, ponía en ella. «Nacido y criado en Kernow».

—Gracias. —Sopló el café y dio un pequeño sorbo. Estaba caliente, pero no tanto como para quemarse la lengua.

Ben dejó su taza en el pequeño estante que había junto al sofá.

—¿Has dicho que lo de hacer fuego lo aprendiste de él?

Lexi asintió.

—Sabía… Sabe mucho de esas cosas. Técnicas de supervivencia, *bushcraft* y todo eso.

—¿Está en el Ejército?

—Ya no. Pero estuvo algún tiempo, en un cuerpo de élite. Luego se salió y ahora trabaja como entrenador en una empresa de supervivencia.

Le sorprendió lo fácil que le estaba resultando hablar. Tenía que deberse a Ben. Se sentía segura con él. Protegida.

—Así empezó lo nuestro, en un día de supervivencia —empezó. Al principio de forma entrecortada, luego cada vez con más fluidez, hasta que al final le salían las palabras a borbotones.

Lexi, o Emilia, como se llamaba en realidad, trabajaba como responsable de relaciones públicas en un importante estudio de

arquitectura en la City de Londres. Hacía un año la empresa había organizado, como *team building* para sus empleados, una actividad de un día en un bosque al norte de Londres. El monitor era Rob Harper, quien en las horas siguientes introdujo a su grupo en diversas técnicas de supervivencia y que impresionó bastante a Lexi. Algo que al parecer fue mutuo, ya que al día siguiente la llamó y le pidió una cita. Naturalmente, Lexi aceptó.

—Hasta aquí suena todo bastante normal —comentó Ben.

—Y lo fue. Al menos al principio.

Las primeras citas dieron paso enseguida a una relación amorosa. Lexi recordaba muy bien lo mucho que la sedujo aquel hombre tan bien entrenado y atractivo. Admiraba a Rob: su disciplina, que él aplicaba a todo lo que hacía a diario, su determinación, y también la cierta desconsideración con que conseguía en la cama lo que quería. Tenían sexo en los sitios más insólitos: en la mesa de la cocina, en la ducha, y a veces incluso en el ascensor. Rob era un amante exigente, y nunca aceptaba un «no». Estos detalles se los ocultó a Ben; no parecía muy buena idea hablarle a su nuevo novio con demasiado detalle sobre su vida sexual anterior.

La vivienda de Lexi contaba con poco más que una cama, una cocina abierta al salón y un baño, así que los fines de semana se veían en casa de él. Rob vivía al norte de Londres, en Harlow, no lejos de la última estación de metro. Casi todos los viernes por la tarde o los sábados por la mañana Lexi cogía la Central Line hasta Epping, donde Rob la recogía en su pick-up y la llevaba a su pequeño reino, como llamaba a su casa.

—No paraba de decir que yo era la mujer perfecta para él. Al principio eso me hizo sentirme halagada. —Soltó una breve carcajada desesperada—. Incluso bromeaba con que nunca me libraría de él. A las pocas semanas ya había puesto un candado en el Puente del Milenio. Ya sabes, ese puente sobre el Támesis que oscila un poco al andar.

Ben asintió.

—Lo he oído.

—«Para siempre», hizo grabar en él debajo de nuestros nombres. A

mí me pareció algo increíblemente romántico.

Ben tenía el brazo estirado sobre el respaldo del sofá, su mano acariciaba la espalda de Lexi con pequeños movimientos circulares.

—Por desgracia tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que no estaba bien de la cabeza. —Dio otro sorbo de café—. Era terriblemente celoso. La más mínima impuntualidad le ponía furioso, y me acusaba continuamente de engañarle o flirtear con cualquier compañero de trabajo. Y eso solo porque me había retrasado o había ido a un pub con unos amigos. Algo totalmente inocente. —Cerró los ojos un momento, luego los abrió de nuevo—. A partir de entonces fue todo horrible.

Sujetó la taza con ambas manos y recordó cómo empezó a sospechar.

Una tarde fue a tomar algo con unas amigas después del trabajo y volvió a casa tarde. Rob la estaba esperando delante de la puerta y se enfadó muchísimo al verla llegar «tan tarde». Primero quiso saber sin falta dónde había estado, luego le soltó sin más el nombre del pub.

—Me sorprendió que supiera exactamente dónde había estado —dijo—. Al principio pensé que tan solo lo había adivinado, pero era mucho más sencillo.

—¿Una aplicación de rastreo?

Ella asintió.

—Tardé unas semanas en descubrirlo, pero sí. Había instalado en mi móvil una aplicación de rastreo con la que podía saber todos mis recorridos y los sitios donde había estado.

En un primer momento quiso borrar la aplicación, pero luego decidió no hacerlo. Rob se enteraría y no quería tener que darle explicaciones. Por eso, cuando no la veía nadie y con todo el dolor de su corazón —no era un móvil precisamente barato—, dejó caer su teléfono en el Támesis desde un puente.

—¿Cómo reaccionó él?

—Nada bien. Nada bien. —Lexi levantó los hombros como protegiéndose—. Esa tarde le dije que había perdido el móvil en algún sitio. Pero no me creyó. Decía que lo había tirado a propósito para engañarle. —Dejó caer los hombros—. Y luego me pegó.

Ben resopló indignado.

—¡Vaya cerdo! ¡Espero que le dejaras y le denunciaras!

—No, no lo hice. ¡Fui tan idiota! Quiero decir, no soy la primera mujer a la que le pasaba eso. Por todas partes se oye hablar de relaciones tóxicas, de hombres que golpean a sus parejas y cosas peores. —Sacudió la cabeza—. Pero yo estaba enamorada y era una ingenua y acepté todas sus disculpas. Que solo lo había hecho porque me quería mucho y tenía miedo de perderme. Que había sido una metedura de pata y no volvería a ocurrir. Y yo le creí. Quería creerle. ¡Fui tan estúpida!

—Deja de echarte la culpa —dijo Ben—. Seguro que no eras una estúpida, estabas locamente enamorada. En esos casos no se actúa con mucha lógica.

Lexi miró fijamente su taza medio llena todavía.

—En cualquier caso, al día siguiente apareció con un gran ramo de flores y un paquete muy bien envuelto. Era un móvil nuevo, mucho más caro que el mío anterior, de última generación.

—Y probablemente con una aplicación de rastreo ya instalada.

Ella asintió.

—Por supuesto. Y no solo eso. Había logrado de alguna manera que nuestros teléfonos estuvieran conectados entre sí. Lo que significaba que sabía quién me llamaba y podía leer todos mis mensajes y correos. Aunque eso lo descubrí más tarde.

—Todo eso suena más bien a una película de espías.

—Sí, pero por desgracia no era una película que en algún momento llegaría a su fin.

Naturalmente, la situación no tardó mucho en volver a empeorar. Unos días después volvieron los celos de Rob con más fuerza que nunca. Y daba igual lo que dijera Lexi, él pensaba que le engañaba.

—Enseguida me harté de sus sospechas y su desconfianza —prosiguió—. Así que un día hice acopio de todas mis fuerzas y le dije que ya no le veía ningún sentido a nuestra relación y que le iba a dejar. Y entonces… —Se quedó callada de golpe y en un gesto inconsciente se llevó la mano al cuello, donde creyó volver a sentir los dedos tenaces de él—. Entonces me tiró sobre la cama y trató de

ahogarme. —Tragó saliva con dificultad, se le quebró la voz—. Creí que… me iba a matar.

—Oh, cielos —murmuró Ben—. No me extraña que estés tan traumatizada. —Su mano sobre la espalda era como un ancla tranquilizadora. La ayuda perfecta, sin pasarse. Ben le dejaba su espacio.

Lexi inspiró fuerte.

—En las…

—No tienes que contármelo todo de una vez —la interrumpió él.

—Sí —replicó ella—. Tengo que hacerlo. Y quiero hacerlo. Así que déjame continuar, ¿vale? —Después de haber guardado silencio durante tanto tiempo estaba deseando terminar su relato—. Está bien. En el transcurso de las siguientes semanas fue teniendo cada vez más control sobre mí y se volvió cada vez más violento. Y… dijo que si se me ocurría otra vez dejarle, me mataría.

«No te atrevas a dejarme. Si me dejas, te mataré».

—¡Uf, qué fuerte!

—Y no eran amenazas vacías. Tenía un revólver, totalmente legal, de sus tiempos en el Ejército. Me lo enseñó una vez, al comienzo de nuestra relación. Incluso tuve que cogerlo a pesar de que yo no quería. Pero él insistió.

Se acabó el café en un par de tragos, luego miró a Ben.

—¿Sabías que, según las estadísticas, en Inglaterra cada tres días muere una mujer a manos de su pareja o su expareja?

—Sí, lo oí hace poco. Difícil de imaginar. Creí que vivíamos en un país civilizado.

—Yo tenía un miedo horrible a convertirme en una de esas mujeres. Casi todos los días se oyen casos de esos en las noticias.

—¿Y no fuiste a la policía?

—Sí, fui a pesar de que me costó mucho decidirme. Pero dijeron que no tenía ninguna prueba y que no era la única chica que tenía una discusión de pareja.

—¿Una discusión de pareja? —repitió Ben atónito—. Increíble. Fuiste a dar con unos tipos bastante incompetentes.

—Eso parece. Y que hasta que no ocurriera nada ellos no podían

intervenir. Eso dijeron. Posiblemente podrían pedir una orden de alejamiento, pero estaban escasos de personal y, además, necesitarían pruebas más consistentes que solo mi declaración. Y no las tenía. Las marcas del cuello desaparecieron enseguida, Rob siempre tuvo mucho cuidado de que no me quedaran manchas azules… o de que, al menos, fueran manchas que podían explicarse de otro modo. Llegó a confesármelo.

—Sencillamente increíble.

—Estaba desesperada. Nadie podía ayudarme. Ni siquiera la policía. Incluso llamé a una casa refugio para mujeres maltratadas, pero me dijeron que no tenían sitio, que volviera a llamar en unas semanas. ¡En unas semanas! ¡Para entonces ya estaría muerta!

—¿No tenías a nadie con quien poder hablar?

Sacudió la cabeza.

—No. Al principio me daba vergüenza y, cuando la situación fue empeorando cada vez más, no quise involucrar a mis amigos o compañeros de trabajo. Tenía miedo de que pudiera hacerles algo. Me amenazó con ello.

—Qué situación tan horrible —dijo Ben—. Tus padres viven en las Maldivas, ¿verdad? Supongo que no querías que se preocuparan.

Ella asintió.

—Así es. ¿Cómo iban a poder ayudarme? Y no tengo más familia, solo una tía abuela muy mayor. —Emitió un sonido apagado—. Era imposible esquivarle. Si no le llamaba, en menos de una hora aparecía delante de la puerta y me preguntaba qué estaba haciendo. Además, pretendía que me mudara a su casa a toda costa. Pero eso solo habría empeorado las cosas. Así que decidí hacer lo único que me parecía sensato: huir y borrar cualquier rastro para que no pudiera seguirme.

—Una decisión bastante extrema, pero comprensible. ¿Cómo lo hiciste?

—Empecé por decirle a todo el mundo que en breve me iba a ir a vivir a las Maldivas con mis padres para trabajar en su escuela de buceo.

—Buen comienzo.

—Bueno, después me he dado cuenta de que fue bastante

arriesgado, Rob podría haberse enterado enseguida y quién sabe lo que habría hecho entonces. Pero en ese momento no pensé tan a largo plazo. También llamé a varias empresas de mudanzas y guardamuebles para ver dónde podía dejar mis cosas. Y me presenté en Heligan como voluntaria.

—Como Lexi Davies.

—Exacto. Ese puesto como voluntaria me pareció una buena oportunidad para encontrar un trabajo en otra zona de Inglaterra. Solo quería irme de allí, a cualquier sitio donde Rob no pudiera encontrarme. Ya arreglaría más tarde todo lo demás. Y entonces solo esperé a la orden de alejamiento.

—Creía que la policía te había despachado sin hacerte caso.

—Ah, se me ha olvidado contártelo. Poco antes había estado en otra comisaría. Allí al menos conseguí una orden alejamiento contra él. Me dijeron que tardaría unos días, que entonces se la enviarían. Lo que significaba que a partir de esa fecha no podría acercarse a mí en tres meses. Pero yo no quería estar en Londres para entonces. Todavía no sabía cómo hacerlo. Pensé en decirle a Rob que tenía que salir de viaje por trabajo. Pero probablemente no se lo creyera. O habría insistido en acompañarme, era capaz de eso. —Tomó aire—. Y todavía quedaba el problema del móvil.

—El de la aplicación de rastreo instalada.

—Exacto. Tenía que deshacerme de él como fuera. Unos días antes me había comprado un móvil nuevo, barato, y una tarjeta prepago. Entonces me enteré de que una compañera de trabajo se marchaba a Singapur en viaje de trabajo. Le conté no sé qué de una apuesta y que, para ganarla, era muy importante que dejara ese móvil en algún sitio conocido del extranjero. Muy poco creíble, lo sé, pero coló. —Hizo una breve pausa, luego continuó hablando—. Como te he dicho, hice creer a mis amigos y colegas del trabajo que me iba a mudar a las Maldivas con mis padres. Y si en algún momento Rob descubría que no estaba allí, a lo sumo averiguaría que estaba en Singapur. Están en la misma dirección.

—Estás hecha una auténtica agente secreta —dijo Ben con un rastro de admiración en la voz—. ¿Y luego?

—Luego fue todo muy deprisa. La casualidad quiso que Rob tuviera que marcharse unos días. Y yo aproveché la oportunidad, por supuesto. Dejé mi trabajo y mi casa, me teñí el pelo y guardé la mayor parte de mis cosas en un almacén. Luego cogí un tren hacia el oeste. Y aquí estoy, tres meses después y todavía bastante confusa.

La mano de Ben seguía en su espalda, firme y confortante.

—¿Hasta ahora no se lo has contado a nadie?

—No. —Dejó caer la cabeza, hasta que el pelo le tapó la cara—. Tengo demasiado miedo a que alguien o alguna casualidad estúpida me ponga otra vez en la línea de fuego de Rob.

—Es una historia bastante desagradable. Y tú eres una chica muy valiente y…

Ella soltó una carcajada.

—¡Para nada valiente! ¡Soy un manojo de nervios muerto de miedo!

—No había terminado. Ser valiente no significa no tener miedo, sino actuar a pesar de todo. Tú eres una mujer valiente, inteligente y bastante ocurrente.

—Gracias —susurró ella. Se pasó las manos por la cara, se apartó el pelo y apoyó la cabeza en el hombro de Ben.

No había notado que estaba temblando. Pero ahora el temblor iba cediendo y estaba sentada en el sofá al lado de él mientras su mano le acariciaba la espalda.

—¿Podrías… abrazarme un poco?

—Claro. —Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él, y se sintió muy bien. Por fin llegaron las lágrimas.

Ben la dejó llorar hasta que finalmente se sentó y sacó un pañuelo. Se limpió la nariz y se sorbió los mocos.

—¿Quieres saber qué pasó con el candado del Puente del Milenio?

—Supongo que no sigue ahí colgado.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa maliciosa.

—No, ya no. Fui hasta allí en coche, lo abrí forzándolo y lo tiré al Támesis.

—Muy bien. —Ben cambió el peso un poco hacia un lado—. ¿Has sabido algo de él desde entonces?

Lexi se sentó derecha como una vela.

—Oh, no, me había olvidado por completo. Pero hace aproximadamente una semana llegó una carta suya. Era un reenvío desde mi dirección anterior… hecho poco después de que expirara la orden de alejamiento.

—¿Una carta? ¿Qué te decía?

—No mucho. Solo tres palabras: «¡Ya te tengo!». —Sacudió la cabeza al recordar el ataque de pánico que estuvo a punto de darle—. Enseguida la rompí y la tiré por el váter. No voy a permitir que condicione mi vida. ¡Nunca más!

—Esa es la actitud. Has destruido una posible prueba, pero…

—No quiero probar nada —le interrumpió Lexi—. ¡Solo quiero que me deje en paz!

—Lo sé. Y no te puedo prometer que no volverá a molestarte en el futuro, pero al menos ahora no te enfrentas sola al problema de Rob.

Contra lo esperado, tuvo que sonreír. «El problema de Rob». Llamándolo así parecía de pronto más pequeño y asequible. No tan grande y amenazante. Los problemas se podían solucionar.

—¿Mejor?

Lexi asintió. Él la besó, y ella le devolvió el beso de una forma nueva, despreocupada. Se sentía más ligera, como si se hubiera deshecho de una pesada carga.

—Debería haber hecho esto mucho antes.

—¿Qué? ¿Besarme?

Se rio.

—Eso también, naturalmente. Y contártelo todo. Pero tenía tanto miedo…

—Gracias por habérmelo contado.

Le sonrió, y en su sonrisa ella vio una calidez que iba más allá de la mera compasión. Casi se perdió en esos ojos grises.

Él la besó otra vez, como si no pudiera tener suficiente, y luego la condujo hasta el dormitorio. Y el sexo fue delicado, intenso y maravilloso.

# 23

## Lexi

*Saint Austell, mayo*

Lexi se quedó toda la noche, pero ni ella ni Ben durmieron demasiado. Le había mandado a Cait un breve mensaje de texto avisando de que volvería a casa al día siguiente, y en respuesta Cait le había enviado el emoji del pulgar hacia arriba.

Se despertó por la mañana con el olor a huevos y beicon. Estaba sola en la cama, y supuso que Ben se había levantado y estaba preparando el desayuno. Le sonaron las tripas. Se levantó a toda prisa y se puso la ropa del día anterior.

Cuando, todavía medio dormida, apareció en la pequeña cocina, Ben se giró. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta y todavía no se había afeitado, lo que a ella le resultó muy sexy.

—No sabía si te gustan los huevos con tostadas, pero he dado por supuesto que sí.

—Los huevos están genial. Me muero de hambre.

Se sentó a la pequeña mesa de la cocina y le observó mientras preparaba los huevos, el beicon, las tostadas y el café.

—Cada vez me das un poco más de miedo. Conoces casi todas las plantas, tienes una tortuga que está feliz contigo, y además preparas el desayuno. ¿Hay algo que no sepas hacer?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, cocinar no es lo que mejor se me da. Preparo una pizza increíble y puedo hacer un huevo frito. Pero tampoco voy mucho más allá.

La miró detenidamente.

—¿Qué pasa?

—Tienes algo diferente —aseguró él.

—¿Qué?

—Ese nerviosismo que mostrabas antes. Ha desaparecido. Pareces mucho más tranquila.

—¿De verdad? —Le sonrió—. Pues eso se debe a ti. Y a esta noche.

En el tostador saltaron dos tostadas de pan blanco, y Lexi se puso de pie.

—Yo me ocupo.

Mientras ella cortaba el pan en diagonal y ponía otras dos rebanadas en el tostador, Ben repartió los huevos y el beicon en dos platos. Dos tazas de café humeante —aunque sin leche—, y ya tenían el desayuno perfecto.

—Maravilloso —suspiró Lexi cuando ya había desaparecido hasta el último trozo de tostada con huevo.

Ben dejó los platos en el fregadero y volvió a sentarse.

—¿Por qué Heligan? —preguntó.

—¿Puedes ser más específico?

—Quiero decir, ¿por qué elegiste precisamente Heligan después de toda esa historia con tu ex?

A Lexi le cambió el humor al pensar en Rob, pero enseguida apartó el tema de su cabeza. Rob ya no formaba parte de su vida.

—Fue como una inspiración divina —dijo—. Había decidido dejar a Rob y no sabía a dónde ir. Y entonces vi a un músico callejero tocando la guitarra en una calle peatonal del centro de Londres. Me acerqué porque me gustaba la canción. Y justo detrás de él había un anuncio de los Jardines Perdidos de Heligan. Fue como una revelación, recordé lo mucho que me habían gustado cuando estuve allí de niña.

—¿Entonces ya habías estado antes en Heligan?

Ella asintió, y cerró brevemente los ojos para poder recordar mejor.

—Me acuerdo perfectamente de cómo me fascinó la Cabeza del Gigante, cerca de la entrada. Me impresionó mucho esa cara enorme, sonriente, con todas esas plantas como pelos y esa nariz verde. —Abrió otra vez los ojos—. Debió de ser hace más de veinte años. Entonces me pareció todo increíblemente grande y mágico. Recuerdo que estaban allí mi abuela Violet y su hermana Phyllis. —Se rio bajito —. Mi abuela quería tomar tarta, pero Filly insistió en dar antes un

paseo por los jardines. Y en ver las hadas.

—¿Las hadas? —repitió Ben divertido.

—Exacto, las hadas. Filly decía que en los árboles y arbustos de Heligan vivían hadas. Que por las noches bajaban y hacían pequeños veleros con palitos, hojas y telarañas y navegaban por los charcos y arroyos. Me acuerdo de que estuve buscando algún vestigio de esos pequeños veleros. —Se rio—. Me creí todo lo que Filly me contó.

—Suena a que tuviste una infancia feliz.

Ella suspiró.

—Ay, a veces las echo de menos a las dos. Me encantaba estar con ellas. Vivieron siempre juntas, Violet y Filly, incluso cuando mi abuela se casó y tuvo hijos. Y cuando el abuelo murió al menos se tenían la una a la otra.

—¿Viven todavía?

Lexi intentó sacudir la cabeza y asentir al mismo tiempo, pero no lo logró, naturalmente.

—Mi abuela murió hace algunos años. La tía Filly está en una residencia en Devon. Debo reconocer, para mi vergüenza, que hace mucho tiempo que no voy a verla.

—¿Qué significa «mucho tiempo»?

Lexi levantó los hombros, consciente de su culpabilidad.

—¿Tal vez… dos años? Desde que llegué aquí he querido ir a verla, pero no lo he hecho todavía. Y me siento muy mal por ello.

—¿Dónde está la residencia exactamente?

—En Moretonhampstead. Cerca de Dartmoor. —Lexi le miró y arrugó la frente—. No querrás que vayamos, ¿no?

—Sí. —Ben sonrió—. Ese es el plan exactamente. ¿Qué tal el próximo fin de semana?

—Eres muy amable, pero no puedo aceptar. Iré en autobús, se llega bien.

—En autobús —repitió Ben con un divertido gesto de ironía—. ¿No has probado todavía lo difícil que resulta aquí llegar en transporte público a cualquier sitio? De aquí a Moretonhampstead puedes tardar cuatro horas fácilmente. Solo en la ida. —Cogió el móvil y abrió la página de una plataforma de mapas online—. Con la moto estamos allí

en menos de dos horas —dijo enseguida—. O incluso algo menos si en vez de atravesar Dartmoor, vamos por las carreteras principales.

—Eso es… increíblemente generoso por tu parte. Pero de verdad que no puedo pedirte algo así.

—No me has pedido nada. Me he ofrecido yo. Aparte de que siento ya mucha curiosidad por conocer a tu tía.

—Tía abuela —le corrigió Lexi—. Sé que está ya algo demente. Lo mismo ni siquiera me reconoce.

—Sería una pena —dijo Ben—. La familia es importante, a pesar de todo. Si te he entendido bien, ¿no tienes ningún otro familiar vivo en Inglaterra?

—Sí, así es.

—Bueno. Entonces con más razón tenemos que ir a verla. Al fin y al cabo, ella ha sido uno de los motivos por los que ahora estás aquí.

Lexi asintió dubitativa. En realidad, la idea de volver a ver a su tía abuela era también confortadora.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Vayamos a ver a la tía Filly.

# 24

## Avery

*Katmandú, Nepal, julio de 1817*

—¿Señor Harrington?

Avery soltó una callada maldición y se detuvo en mitad del movimiento. Maldita sea, ¿qué quería Gardner a esas horas?

Antes de que Avery pudiera reaccionar, el embajador británico se dirigió hacia él por el largo corredor de la residencia suavemente iluminado por las velas.

—Señor Harrington, me alegro de verle, quería comentar con usted… —Gardner se acercó más, y entonces se detuvo… y enmudeció en mitad de la frase—. Yo… mis más humildes disculpas, princesa. No sabía que estaba usted aquí.

—No hay ningún problema, Edward —dijo Ishani con gran amabilidad—. Puede seguir hablando. O quizá pueda esperar ese asunto hasta mañana.

—Sí —respondió Gardner. Incluso a la trémula luz de las velas Avery pudo ver que se había sonrojado—. Será… lo mejor. Princesa, señor Harrington. —Hizo una pequeña reverencia a cada uno, luego desapareció con la mayor dignidad que le permitieron las prisas.

—El pobre Edward. —Ishani sonrió—. Probablemente esté ahora indignado por nuestro comportamiento inmoral. O pensará que me entrego a ti solo como muestra de agradecimiento.

—¿Y? ¿No lo haces por eso? —bromeó Avery.

—Me molestaría mucho dar esa impresión. —Le acercó la boca a la oreja—. Lo hago por puro placer —susurró. Con la espalda apoyada en la pared, los brazos alrededor del cuello de Avery y las piernas alrededor de sus caderas, se acercó un poco más a él—. ¿Dónde nos habíamos quedado antes de que nos interrumpieran?

—Me acababas de pedir —murmuró Avery— que no parara. —Le agarró las nalgas con más fuerza—. Mi flor salvaje insaciable —le susurró al oído mientras volvía a moverse dentro de ella.

—Espera —le retuvo Ishani—. No tan deprisa.

Para su pesar, ella se apartó, puso un pie en el suelo, después el otro y luego se giró a la vez que Avery.

—Siéntate con la espalda contra la pared.

—¿Piensas que el señor Gardner volverá otra vez?

Ella sacudió la cabeza.

—No creo. Le hemos dado tal susto que se habrá retirado a sus aposentos. —Se recogió el sari azul claro, se sentó en el regazo de Avery con las piernas abiertas y lo acogió despacio, infinitamente despacio, una y otra vez, en su calor húmedo.

—¿Te gusta?

Él se mordió los labios y asintió.

—¡Maravilloso! —gimió mientras ella empezaba a mover sus caderas arriba y abajo lentamente—. ¿Dónde has aprendido estas cosas?

—En el Kamasutra —murmuró sonriendo.

Avery no recordaba haber sentido jamás algo parecido. Ishani ocupaba su mente, sus días y sus noches, toda su existencia. Era su mariposa tropical, su orquídea salvaje, su bayadera por la que estaba completamente loco. Ninguna mujer le había fascinado tanto como ella.

Se veían siempre que podían. Avery no había sido nunca un santo precisamente, pero en Ishani encontró una maestra. Era una artista del amor y le enseñó posturas que él jamás había visto… y mucho menos probado.

Ishani no solo llevaba los nombres de varias diosas, sino que también bailaba como una de ellas. Pero nunca en público, solo lo hacía para él. En la intimidad de su dormitorio tocaba un pequeño tambor a la vez que se mecía con movimientos lascivos y le hacía hervir la sangre con sus lentos meneos de cadera.

Como Avery estaba tan activo por las noches, al día siguiente solía levantarse a mediodía. Lo que tuvo como consecuencia, naturalmente, que ahora apenas hacía salidas de varias horas para recolectar plantas desconocidas.

También Edward Gardner y la mayoría de los miembros de la expedición estaban encantados con Ishani. Al principio resultó difícil hacer desistir a Gardner de su idea de celebrar una recepción oficial. ¡Una princesa india auténtica en su residencia, tenía que ofrecerle algo más que su mera compañía! Solo se convenció cuando Ishani le contó entre lágrimas que estaba huyendo y temía por su vida.

También quedaron seducidos por ella el joven de Silva, que le llevaba flores todos los días, y el dibujante jefe Vishnu Prasad, que le hizo varios retratos por expreso deseo suyo.

Solo Wallich parecía insensible a sus encantos.

—¿De dónde procede usted exactamente, princesa? —quiso saber cuando se reunieron todos después de la cena. La cocinera de Gardner, una joven nepalí, les había preparado una cena exquisita a base de distintos currys y dal.

Ishani le dirigió una sonrisa provocativa.

—Del pequeño principado de Kumpuradjani, Nathaniel. Está al norte de la India británica, no muy lejos de la frontera con Nepal.

—¿Y qué título ostenta usted?

—Mi nombre y título completos era Maharaj Kumari Lakshmi Parvathi Aparna Ishani, Princesa de Kumpuradjani —respondió. Un nombre que a Avery le sabía a mango con nata—. Pero hace ya mucho de eso, como usted sabe. Ahora soy solo Ishani. —Miró a Wallich con sus oscuros ojos almendrados—. ¿Por qué lo pregunta, Nathaniel? ¿No dudará de mí?

—Oh, no prin… disculpe, Ishani. —Avery reprimió una sonrisa al ver que el bueno de Nate se había sonrojado—. Solo me preocupa que su presencia pueda distraer al señor Harrington de la misión que le ha traído hasta aquí.

—¡Nate! —Avery le lanzó una mirada asesina.

Ishani se mantuvo imperturbable.

—¡Oh, querido Nathaniel, estoy desconsolada! A partir de ahora me

encargaré de que Avery vuelva a dedicarse a sus tareas. Tendremos que conformarnos con las noches. —Le hizo un guiño a Wallich—. Pero siento curiosidad, Nathaniel. He oído que hace poco ayudó usted a uno de los criados nepalíes del señor Gardner. ¿Qué ocurrió exactamente?

—Ah, eso —respondió Wallich mucho más amable. Y cuando empezó a contar cómo había podido ayudar a uno de los sirvientes de Gardner con un problema médico, Avery no logró contener una sonrisita. Su mariposa exótica había logrado ganarse incluso a un espíritu tan crítico como Wallich.

Poco después Ishani se retiró, y esta vez Avery se quedó un rato más porque Gardner había propuesto una partida de *whist*. Hacía mucho que no jugaba y se alegró de poder recuperar un placer tan añorado. Y, según lo esperado, esta vez la suerte le sonrió, de forma que en poco tiempo logró embolsarse una buena suma, sobre todo a costa de Gardner, que perdió repetidas veces contra él.

Cuando los demás caballeros se despidieron y Avery también hizo ademán de marcharse, Wallich lo retuvo.

—Espera. Me gustaría comentar algo contigo.

—¿No puede esperar hasta mañana? Ahora tengo planes.

—Ella podrá esperarte unos minutos —dijo Wallich visiblemente irritado.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—¿Cuándo vas a salir de nuevo a recolectar plantas?

Avery se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿La próxima semana, tal vez?

—Estás abandonando tus tareas.

—¿Mis tareas? Me ofrecí de forma voluntaria, Nate. Y ayer mismo te traje dos amapolas azules del Himalaya preciosas.

—Del valle de Katmandú. Eso también me está permitido a mí como europeo, Avery. Para eso no te necesito.

—En todo caso, ahora hay demasiada humedad, estamos en pleno monzón.

—No llueve tanto como para que no puedas recoger plantas.

Avery ignoró esta observación.

—¿Eso era todo?

—No. Hay algo más que quería hablar contigo. —Wallich carraspeó —. Reconozco que Ishani es realmente encantadora. Pero… hay algo extraño en esa… en tu…

—Dilo tranquilamente. Mi amante. —Avery guiñó los ojos al recapitular las palabras de Wallich—. ¿Y qué quieres decir con «extraño»?

Wallich se rascó la nariz.

—No puedo decirlo con exactitud, es más bien una sensación. Pero hay algo que no encaja. Nadie puede confirmar su historia. Nadie la ha visto llegar hasta aquí. Lo diré claramente: dudo que tu… amante sea realmente una princesa.

—¿Cómo? —exclamó Avery.

Wallich continuó sin inmutarse.

—Nunca he oído hablar de un principado llamado Kumpuradjani —dijo—. Tampoco Vishnu Prasad, y eso que ha viajado mucho. Y habla bien hindi, según Vishnu, aunque con un ligero acento.

—Probablemente porque el hindi, como el inglés, no es su lengua materna —le indicó Avery—. Su lengua materna es el idioma de Kumpuradjani. Así de sencillo.

—Tampoco he oído hablar nunca de esa lengua.

Avery empezaba a perder la paciencia.

—Nate, hay más de cien idiomas en toda la India. ¡No me irás a decir que los conoces todos! ¡O todos los principados pequeños!

—No, claro que no. Pero debes admitir que todos estos hechos juntos suponen un motivo de preocupación.

—Déjalo ya, Nate. No quiero oír más. Ishani ha tenido que vivir cosas espantosas y nadie tiene derecho a dudarlo. Además… la amo. —Expresarlo en voz alta le produjo una cálida sensación en el cuerpo —. Y cuando dentro de dos meses regresemos a Calcuta vendrá con nosotros.

—¿Que vendrá con nosotros? —El rostro de Wallich mostraba su total desaprobación—. No, Avery, no lo hará. Ya he hablado con Gardner y dice que puede quedarse en la residencia todo el tiempo que quiera.

Avery le miró.

—No la voy a dejar aquí sola.

—¿Quieres cruzar las montañas con una mujer?

—Ha llegado hasta aquí, y sin ayuda. No supondrá una carga para nosotros.

—¿Y después? ¿Cuando lleguemos a Calcuta? ¿Dónde vivirá? ¿Y de qué?

—Me casaré con ella.

Se le acababa de ocurrir en ese momento. Pero lo tenía muy claro.

—¿Qué estás diciendo?

—La amo —dijo Avery con determinación—. Y me casaré con ella.

—Avery, Avery. —Wallich sacudió la cabeza—. Con todo el respeto a tus sentimientos, pero creo que te equivocas. Esa mujer no es buena para ti. Va a arruinarte la vida.

—¿Sabes lo que yo creo, Nate? Que tienes envidia.

—¡Eso es ridículo! ¡Estoy casado!

—Hasta ahora el matrimonio no ha impedido a muchos tener una aventura.

Wallich estaba a punto de levantarle la voz. Pero cogió aire y dijo en un tono frío:

—Tal vez sea ese tu caso. Yo seré siempre fiel a mi esposa.

A partir de esa noche se esquivaron y dejaron de hablarse. Hasta que al tercer día Wallich se acercó a él a grandes pasos delante de la residencia.

—¡Avery! ¿Qué has hecho?

—¿Qué quieres decir? ¡Yo no he hecho nada!

—¿No sabes de qué estoy hablando? —Wallich agitó una hoja de papel que llevaba en la mano. Parecía un escrito oficial con muchos sellos.

—¿Qué es eso?

—Una orden del gobierno nepalí. Al parecer alguien ha averiguado que uno de nuestros recolectores de plantas, es decir, tú, no es de origen medio indio, sino inglés. Con ello habríamos cometido un

delito al incumplir las normas.

—¿Qué? —A Avery se le paró el corazón. ¿Iban a meterle en la cárcel?

Le arrancó a Wallich el escrito de las manos, que estaba redactado en inglés y nepalí, y lo leyó por encima. Sí, ponía exactamente lo que Wallich decía.

—¿Quién ha sido? ¿Quién nos ha traicionado?

—¿No habrás sido tú, por casualidad?

—¿Yo? —Avery estaba indignado—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Qué sé yo! ¿Para jugarme una mala pasada, tal vez? —Wallich le dirigió una larga mirada, luego sacudió la cabeza—. Lo siento, Avery. Está claro que no has sido tú. Estaba tan furioso que me pareció una posibilidad. Probablemente haya sido un nativo al que le molesta que los *firingi* extranjeros estemos aquí tanto tiempo y ha iniciado una investigación.

Avery asintió, todavía aturdido.

—¿Y qué supone eso para… —«para mí», estuvo a punto de decir—, para nosotros? —corrigió a toda prisa.

Wallich soltó un fuerte suspiro.

—Deberemos pagar una multa, naturalmente. Y lo que es aún peor: nos dan un plazo de dos días, después tendremos que abandonar el país.

# 25

## Avery

*Katmandú, Nepal, mediados de agosto de 1817*

Era una catástrofe. Así al menos definió Wallich el hecho de que apenas dispusieran de cuarenta y ocho horas para recoger sus cosas y marcharse. Pero las normas eran claras. Gardner se lo había dejado bien claro nada más llegar: a los extranjeros no les estaba permitido ir más allá del valle de Katmandú. Quien incumplía la norma debía pagar una multa considerable y contar con la expulsión inmediata del país.

La multa lograron evitarla —Gardner intercedió por ellos—, pero el resto estaba claro: debían abandonar Katmandú y Nepal lo antes posible.

Cuando el grupo de Wallich se reunió al día siguiente acababa de caer un fuerte aguacero, y además se presentaron algunos guardias nepalíes. Querían asegurarse de que se marchaban.

—Me gustaría que pudieran quedarse —suspiró Gardner mientras le daba un largo apretón de manos a Wallich.

—No se imagina lo mucho que me gustaría a mí también —replicó este—. Confiaba en poder quedarme aquí hasta finales de septiembre o incluso octubre. Pero ahora nos metemos directos en el monzón, por no hablar de las plantas que ya no vamos a descubrir.

Su mirada se paseó por el grupo que se preparaba para la marcha. Habían contratado a varios porteadores, más que en el viaje anterior, ya que su equipaje se había visto incrementado con numerosos herbarios e incontables dibujos. A ellos se sumaban los ocho miembros de la expedición, en la que por desgracia faltaba Kumar, que había encontrado su descanso eterno en el pequeño cementerio de la embajada.

—¿Quién es ese? —preguntó Wallich señalando a la octava persona.

Ishani se giró y retiró el trozo de tela de su turbante que le cubría el rostro a modo de velo. Al igual que el resto del grupo, iba envuelta en un pesado *chuba* de lana de oveja que le llegaba hasta las rodillas. Debajo llevaba una camisa larga, una chaqueta forrada y pantalones.

—Soy yo, Nathaniel.

—¿Acaso quería engañarme? —Wallich tenía la vista muy aguda, a simple vista nadie habría descubierto que debajo de esa gruesa capa de ropa había una mujer.

—Claro que no. —Ishani se rio. Incluso con la ropa de hombre que Avery le había proporcionado era bellísima—. Creo que es mejor que no se vea fácilmente que en el grupo viaja una mujer. —Miró a Wallich con gesto interrogante—. Supongo que Avery ya le ha dicho que iré con ustedes.

—Sí —respondió Wallich claramente irritado—. Me lo dijo. Pero yo me negué. ¿Nos disculpa un momento? Avery, ¿podemos hablar? —Se alejó unos pasos con él—. ¿Qué es esto? ¿Me obligas a llevar con nosotros a una mujer en un viaje no exento de riesgos mientras es posible que alguien la esté persiguiendo?

—No te obligo a nada, Nate, pero te lo pido. Si se queda aquí estará totalmente desprotegida. Con nosotros al menos está acompañada. Y yo asumiré todos sus gastos, por supuesto.

Era evidente que Wallich no estaba del todo de acuerdo, pero el tiempo apremiaba y querían avanzar un buen trecho ese día.

Sacudió la cabeza con resignación.

—Espero, Avery, que esto no nos cause ningún problema.

El corto ascenso hasta el paso y el posterior descenso por las montañas transcurrieron sin grandes incidentes. No llovió tanto como se habían temido, aunque sí lo suficiente para que todas las noches tuvieran que dormir debajo de algún saliente rocoso o de un árbol con la ropa mojada y a la mañana siguiente se pusieran en marcha igual de empapados.

Ishani aguantó bien y no se quejó. Ni de la suciedad o lo incómodo

del campamento nocturno, ni de las largas y duras jornadas a pie. Una mujer que había logrado huir de una muerte segura atravesando las montañas de Nepal hasta Katmandú no era de mantequilla.

En su camino recorrieron auténticas avenidas de rosas sedosas en flor, y en el suelo veían una y otra vez las semillas del árbol pagoda japonés esparcidas como las perlas de un collar que se hubiera roto. Pasaron a menudo junto a las terrazas de arroz escalonadas que cubrían las laderas hasta lo alto de las montañas. En ese momento los campesinos —hombres y mujeres— estaban ocupados plantando nuevas plantas de arroz en los campos inundados de agua. Trabajaban con la espalda doblada y las piernas hundidas en el agua hasta las rodillas.

Cuando al cabo de unos días llegaron a Hetauda, al pie de las montañas, pagaron a los porteadores, que iniciaron el camino de vuelta a casa, y adquirieron en un caravasar algunos mulos para ellos mismos y para la carga. Después continuaron el viaje por las últimas estribaciones del Himalaya. Por fin podían volver a dormir en pequeñas posadas con habitaciones calientes, lo que suponía un gran alivio tras un día largo y lluvioso a lomos de un mulo.

Avery trató de encontrar una postura más cómoda sobre su montura. Había dormido mal y no se encontraba demasiado bien. Desde hacía unos días tenía un dolor suave pero persistente en la ingle que le molestaba al cabalgar. ¿Habría contraído la fiebre del Terai, la enfermedad que había acabado con la vida de Kumar? Todavía no estaban en las llanuras de Terai, pero quién sabía hasta dónde llegaban los efectos de ese mal.

Además, ese día su mulo se mostraba especialmente terco, de modo que Avery estaba a punto de desmontar y continuar el viaje a pie. A ello se sumaba que Wallich, que iba al frente de la pequeña caravana, se detenía una y otra vez para examinar y recoger plantas al borde del camino.

Cuando se detuvo, por enésima vez, en un tramo especialmente angosto después de una pequeña garganta y todo el grupo tuvo que

hacer un alto, Avery explotó.

—¿Podrías avanzar unas yardas sin pararte en cualquier maldito hierbajo? —increpó al botánico—. En toda mi vida he visto a alguien que avance tan despacio como tú.

Wallich se incorporó.

—Yo en tu lugar me callaría, Avery. He aceptado traer con nosotros a tu querida. He pasado por alto tus caprichos y tu escasa disposición a recolectar plantas. Y por tu culpa he tenido que abandonar Katmandú antes de lo previsto. Recogeré todas las plantas que crea necesario. Y ahora dame una caja botánica, la mía está llena.

Avery desmontó sin decir una palabra, avanzó unos pasos hacia atrás hasta uno de los animales de carga y dio un tirón de la correa que sujetaba las múltiples cestas y cajas botánicas. En ese momento se soltó la correa y un fardo con una parte de los herbarios y una caja se escurrieron del lomo del animal. Avery quiso agarrarlos, pero la correa se le escurrió de las manos y toda la carga rodó ladera abajo.

—¡La caja! —gritó Wallich—. ¡Mis semillas!

La carga cayó con estrépito por encima de piedras y arbustos, hasta que despareció muy abajo en una grieta entre las rocas. Wallich dejó caer su caja botánica llena e hizo ademán de empezar a descender por la empinada ladera.

—¡Olvida la caja! —le retuvo Avery—. Ya tienes suficientes semillas.

—¡Pero en esa caja estaban las semillas del rododendro! ¡Son irremplazables! —Nunca había visto a Wallich tan fuera de sí—. ¡La culpa es tuya! —le increpó el danés—. No has tenido cuidado y no has asegurado bien la carga. ¿Es que no puedes hacer algo bien por una vez en tu vida?

—¿Por una vez en mi vida…? —Avery casi se quedó sin habla—. ¿Y yo soy el culpable? ¿Quién te consiguió las plantas fuera de Katmandú?

—Para dos veces que saliste… ¡Me gustaría que te hubieras quedado en Katmandú con tu amante! Cuando pienso en la de veces que te habría necesitado, pero tú estabas ocupado con otras cosas. O en cómo…

—¡Para!

—¿Por qué iba a hacerlo? Que todos sepan que…

—¡No estamos solos! —insistió Avery.

Wallich enmudeció. Ante ellos habían aparecido en el estrecho camino unos hombres que les cortaban el paso. Los *khukuri* —cuchillos largos y curvos— que portaban parecían peligrosos.

Uno de los hombres con el rostro curtido y arrugado, al parecer el cabecilla del grupo, les hizo señas de que se acercaran. De sus orejas colgaban unos gruesos aretes de plata con turquesas.

Avery presintió el peligro. Algo no encajaba. En absoluto.

¿Era posible que esos hombres fueran los perseguidores de Ishani? ¿Habían detectado la presencia de la princesa? En realidad, no parecía así. Los hombres tenían aspecto nepalí, no indio. A pesar de todo, debían tener cuidado.

Miró hacia atrás con disimulo. A mitad de la caravana vio a Ishani sentada sobre su montura. Sus miradas se cruzaron. Ishani parecía tensa, como todos supuestamente, pero no presa del pánico, como habría ocurrido si aquellos hombres fueran sus perseguidores.

Avery se giró de nuevo hacia el hombre, al que Wallich ahora saludaba con amabilidad, primero en nepalí, luego en hindi, finalmente en inglés. El hombre no reaccionó y, en lugar de eso, dijo en hindi:

—Ustedes son extranjeros. No están autorizados a viajar por Nepal.

—Oh, pero tenemos un permiso. —Wallich sacó la carta ya arrugada de Edward Gardner que ya les había servido de ayuda en el viaje de ida. El escrito llevaba el sello de la Corona nepalí.

—Tome, mire —le dijo al hombre que tenía delante—. Una invitación del embajador británico en Katmandú.

El rostro curtido del hombre no dejó traslucir nada. Señaló los animales de carga.

—Son muestras botánicas. Semillas y plantas secas —le explicó Wallich en hindi acompañando sus palabras de amplios gestos—. Somos científicos. Botánicos.

—Tonterías —dijo el hombre… y arrugó la carta de Gardner con la mano.

—¿Qué se ha creído? ¡Es una carta de la Casa Real!

—Acompáñenme —le ordenó el hombre con brusquedad—. Ustedes no son científicos. Son espías.

—¿Espías? —repitió Wallich indignado—. No somos espías. Somos recolectores de plantas. Científicos. Venimos de Katmandú. Tenemos un permiso… que usted, señor, acaba de romper.

El hombre extrajo su *khukuri* de la vaina de cuero. El acero afilado y curvo quedó a pocas pulgadas de la nariz de Wallich.

—Achal —dijo a media voz—. Mi nombre no es «señor», sino Achal. Y todos ustedes se vienen ahora conmigo.

# 26

## Avery

*Cerca de Hetauda, Nepal, agosto de 1817*

En total eran seis hombres a los que tenían que seguir. La mayor preocupación de Avery era Ishani. Aunque estaba claro que esos hombres no eran sus perseguidores, no quería ni pensar lo que le podía ocurrir si descubrían que era una mujer.

Pero los hombres solo le lanzaron una rápida mirada. Avery tenía que reconocer que con esas ropas holgadas Ishani no solo parecía un chico joven, sino que también actuaba como tal. Era una buena actriz. Su actitud merecía todo su respeto, cuando se los llevaron a todos ella se comportó como el resto de los miembros de la expedición. Sin arrogancia, pero también sin miedo, para alivio de Avery. Sencillamente con discreción.

Condujeron al grupo de viajeros a una cabaña rodeada de un muro de piedra algo apartada del camino, donde los hombres les confiscaron los mulos y todo lo que estos cargaban —muestras botánicas, libros y dibujos— para revisarlo, según dijeron. A ella también la introdujeron en la cabaña, en la que no había nada más que paja y algún taburete sencillo.

Wallich y también de Silva protestaron enérgicamente por el trato recibido, pero Ishani les aconsejó en voz baja que se calmaran. Ella también tenía miedo, no podía ocultarlo. Estaba pálida, y Avery observó que le temblaban ligeramente las manos.

—¿Por qué? —quiso saber de Silva.

—Porque probablemente nos maten si somos una molestia para ellos —respondió ella en voz baja.

Eso hizo que todos enmudecieran.

—Estoy segura —murmuró— de que todo se arreglará. Si nos

portamos bien nadie sufrirá ningún daño.

—¿Qué quiere decir con «portarnos bien»? —preguntó Wallich.

—¿Y para quién se supone que debemos espiar? —quiso saber de Silva.

—Para la India británica, naturalmente —dijo Avery—. Estamos todavía en territorio nepalí, con lo que estaríamos incurriendo en un delito.

—Espías… —Wallich sacudió la cabeza—. No me lo puedo creer. Cuando por fin pueda hablar con el superior de estos hombres le…

—Nathaniel —le interrumpió Ishani en voz baja—. No tiene ningún sentido. Me temo que no les importa demasiado la ley.

—¿No?

—No. Creo que son *thuggees*.

—¿*Thuggees*? —repitió Wallich—. Se refiere a… ¿bandidos?

Avery ya había oído hablar de ellos: *thuggees* era el nombre que recibía un grupo de ladrones que asaltaban sobre todo a los viajeros para robarles… y a veces también los mataban. Sintió un escalofrío.

Y, sin embargo, su mente se negaba a creer que todo había terminado. No allí. No de ese modo. Hasta entonces siempre había tenido suerte en la vida. Él… No, todos saldrían de allí sanos y salvos.

—¿Cómo sabe eso, Ishani? —preguntó Wallich.

Ella dio un suave suspiro.

—Por desgracia, en Kumpuradjani tenemos que vérnoslas a menudo con este tipo de delincuentes. Uno de mis criados me habló de ellos y también me contó cómo hay que negociar con ellos si se tiene la mala suerte de caer en sus manos.

Parecía más tranquila, aunque seguía estando bastante pálida.

—¿Entonces nos tocará negociar con ellos?

—En cuanto llegue el momento. Hasta entonces tendremos que esperar.

Wallich asintió. Más que la incertidumbre en torno a su destino, lo que más parecía preocuparle era el hecho de que los bandidos se hubieran llevado su valioso cargamento. El resultado de meses de trabajo recogido en cajas y herbarios en forma de semillas y plantas secas y prensadas estaba ahora en manos de esos salteadores de

caminos.

Probablemente los bandidos creyeran que su grupo guardaba el dinero en las cajas que cargaban los mulos, y se sentirían decepcionados cuando no encontraran otra cosa que semillas conservadas en azúcar moreno y papel encerado. Al inicio del viaje de regreso Wallich, Avery y Vishnu Prasad se habían repartido los fondos disponibles por precaución. Gardner les aconsejó que guardaran el dinero en un cinturón con bolsillos directamente sobre la piel y debajo de la ropa.

—A los *thuggees* —dijo Ishani en voz baja— les interesa sobre todo el dinero. Si podemos darles suficiente saldremos bien parados de este asunto.

—¡No voy a entregarles a esos bandidos todo el dinero que tanto esfuerzo me ha costado ganar! —se rebeló Wallich.

—¡Todo no! —dijo Ishani—. Solo su parte, Nathaniel. Nos quedará lo que guardan Avery y el señor Prasad.

—No es una mala idea —intervino ahora Vishnu Prasad, quien con su temperamento tranquilo siempre reconducía la situación—. Señor Wallich, tal vez debería tener preparado su cinturón.

Fue una buena advertencia, pues no pasó mucho tiempo antes de que Achal, el supuesto jefe de los *thuggees*, entrara en la cabaña.

—Usted y usted. —Señaló a Wallich y a Avery—. Vengan conmigo.

Los condujo al exterior, donde había una mesa de madera sencilla. Dos de los hombres de Achal estaban allí.

Cuando Wallich les ofreció dinero si les dejaban marchar, una sonrisa arrogante iluminó el rostro curtido de Achal.

—¿No sería más fácil matarlos a todos? —dijo con una lógica aterradora.

Wallich estaba muy pálido. Se había quedado sin habla. También Avery se quedó paralizado, pero mantuvo la suficiente entereza para no dejarlo ver y mantener su expresión de indiferencia. Representaba a la perfección el papel de inglés engreído.

—De ninguna manera —dijo con toda la arrogancia de que fue capaz—. Y no solo por el hecho de que, en pocos días, nos esperan en la embajada británica de Patna. —No sabía si había un embajador en

Patna, pero partía de la base de que los bandidos tampoco tenían ni idea—. Y creo que mi gobierno se mostraría muy disgustado si no aparecemos puntualmente o, peor aún, si nos ocurriera cualquier cosa. En ese caso, estoy absolutamente seguro de que habría represalias sangrientas.

Wallich le miró de reojo, aunque por suerte mantuvo la calma.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Achal a Wallich, desconcertado.

Este asintió.

—Por supuesto. Solo puedo subrayar las palabras de mi compañero.

Al final fue una mezcla de táctica negociadora y osadía lo que llevó al jefe de los *thuggees* a tomar una decisión.

—Entonces de acuerdo —dijo Achal—. Recibimos el dinero y a cambio ustedes pueden marcharse.

—Con los mulos y todas nuestras cosas —exigió Avery a pesar de que estaba al borde del colapso. ¿Iba a resultar tan fácil?

Achal le miró impasible. Después asintió.

—Con todas sus cosas —Extendió el brazo—. Primero el dinero.

Wallich sacó del bolsillo interior de su chaqueta dos bolsas de cuero con el dinero que previamente había extraído de su cinturón. Simuló resistirse a entregarlo todo, pero Achal le quitó las bolsas de la mano, las abrió y vació su contenido sobre la mesa. Todas las monedas —mohares nepalíes y rupias indias— se esparcieron sobre el tablero.

Para alivio de Avery, nadie exigió que pagaran también los demás miembros de la expedición; al parecer pensaron que Wallich, como jefe del grupo, portaba todas sus reservas de dinero.

Algo más tarde les dejaron partir junto con sus mulos cargados.

Avanzaron hasta el anochecer. Con cautela y no demasiado deprisa para que los mulos no tropezaran, pero a la velocidad suficiente para que no les alcanzara ningún otro grupo de bandoleros. Cuando se hizo de noche y buscaron un lugar donde dormir ya habían abandonado Nepal y estaban de nuevo en la India.

Durante una semana avanzaron por las llanuras del Terai y siguieron hasta Patna. Volvía a llover cada vez más, y algunos días acababan

calados hasta los huesos. Por si eso no fuera suficientemente incómodo, Avery volvió a sentir dolores, no fuertes, pero sí continuos, como un dolor de muelas. Sintió alivio al ver por fin la bóveda del silo de grano de Patna en la orilla del Ganges.

Aquí dejaron los mulos y cambiaron a un sencillo velero fluvial que les debía llevar hasta Calcuta y que pagaron con el dinero que había en la bolsa de Vishnu Prasad.

Esta vez el viaje por el Ganges fue más rápido que a la ida, ya que ahora avanzaban con la corriente. Al anochecer recogían la vela, amarraban el barco en la orilla y pasaban la noche a bordo antes de continuar la travesía por la mañana.

Una tarde, poco antes de llegar a Calcuta, Ishani se sentó junto a Avery y contempló con él el paisaje que se deslizaba a su lado. En el agua marrón del río, que fluía perezoso, flotaban restos de plantas e inmundicias, y también vieron pasar el cadáver de una vaca. En la orilla había gente lavando la ropa, pescando o bañándose. Más atrás se distinguía un edificio colonial y al lado, casi como contraste, un suntuoso templo hindú de mármol blanco.

—¿Cuántas habitaciones tiene la villa? —preguntó Ishani de pronto tras un largo silencio.

—Muchas —respondió Avery—. Nunca las he contado.

La pregunta le resultó algo incómoda. Tenía que hablar con Wallich, pero todavía no había tenido ocasión.

—¿Y cuántos criados tendremos?

—Suficientes, preciosa. Suficientes.

—¿Puedo saber de qué hablan con tanto entusiasmo? —preguntó en ese momento Wallich a su lado, y Avery se sobresaltó—. ¿De su futuro lugar de residencia?

Ishani, en cambio, era la calma personificada.

—Oh, Nathaniel, ¿nos estaba espiando? —preguntó lanzándole una coqueta mirada—. Sí, eso hacíamos precisamente. Le preguntaba a Avery por la hermosa villa en la que vamos a vivir juntos.

—¿A qué villa se refiere? —preguntó Wallich—. ¿A la mansión

Roxburg, acaso?

—¿Se llama así? Me refiero a la gran mansión de Avery a las afueras de Calcuta, con vistas sobre el río y un extenso jardín.

—¿La mansión de Avery? —Wallich soltó una carcajada, y Avery se retorció por dentro—. Estimada princesa, por desgracia, debo decirle que está usted equivocada. La villa no es de Avery, sino mía. Avery fue mi huésped durante una temporada.

Ishani logró controlarse, aunque Avery notó lo sorprendida que estaba.

—¿Es eso cierto, querido?

Avery no pudo mirarla a la cara.

—Bueno, tal vez haya exagerado un poco. Pero nunca he dicho que la mansión fuera de mi propiedad.

—¿La villa no es tuya? ¿No eres rico?

—No —reconoció él—. Es la villa de Wallich, yo he vivido durante un tiempo en ella. Pero —se apresuró a añadir— mi familia de Inglaterra es adinerada, y yo pretendo serlo también.

Ishani guardó silencio y siguió con la mirada a Wallich, que se dirigía discretamente hacia la parte posterior del barco.

—Confío —dijo Avery atrayendo a Ishani hacia él— en que no me ames solo por mi supuesta riqueza.

Ella vaciló unos segundos.

—En absoluto, querido. —Le besó—. ¿Me tomas por una persona tan calculadora?

—No, mi encantadora orquídea salvaje, claro que no.

Cuando aquella noche atracaron en la orilla junto a un terraplén cubierto de hierba y se prepararon para pasar la noche, Ishani buscó la compañía de Avery. Se acurrucó con él bajo la manta y le acarició y le besó con pasión hasta que los dos se despojaron de la ropa. Cómo lo había añorado Avery, en todo el viaje no habían tenido ocasión para estar juntos. Al amparo de la oscuridad se amaron casi en silencio, y durante unos momentos de felicidad él se olvidó de todo lo que les rodeaba.

Cuando se despertaron a la mañana siguiente, Ishani había desaparecido. Y con ella el resto del dinero para el viaje.

# 27

## Avery

*Cerca de Calcuta, India, finales de septiembre de 1817*

Wallich estaba fuera de sí.

—¡Lo sabía! —repetía una y otra vez—. Sabía que no era quien decía ser. —No paraba de pasarse las manos por el pelo revuelto—. ¿Te crees ya que no es una princesa de verdad?

Avery no se había recuperado todavía del shock.

—No, no me lo puedo creer. Más bien creo que Ishani está en peligro. Probablemente no vio mejor manera de ayudarnos que abandonarnos y huir.

—¿Con el poco dinero que nos quedaba?

En eso tenía razón, por desgracia. La parte del dinero que llevaba Wallich se la habían entregado a los *thuggees*, y casi todo lo que guardaba Vishnu Prasad lo habían gastado en el alquiler del velero. Solo les quedaba la parte de Avery. Y ahora también esa había desaparecido.

—¿Cómo ha podido quitarte el dinero? —preguntó Vishnu—. Pensaba que lo llevabas en un cinturón pegado al cuerpo, como Wallich y yo.

Avery recordaba vagamente que en algún momento de la noche se había quitado el cinturón del dinero. Mientras Ishani se ocupaba de él con tanta pasión.

—Oh —dijo Wallich antes de que Avery pudiera responder—, creo que ya sé cómo pudo hacerlo. Nuestro amigo piensa muy poco con el cerebro y demasiado con otra parte de su cuerpo.

—¡Ten cuidado con lo que dices, Nate!

Se miraron como dos gallos de pelea a punto de iniciar el combate.

—Señores, por favor —intervino Vishnu tratando de calmarlos—.

¿Es esto necesario en este momento?

—No, no lo es —transigió finalmente Wallich—. No va a cambiar nada. Pongámonos en marcha, quiero llegar a casa de una vez. Solo unos días y estaremos de nuevo en Calcuta.

—Pero sin mí. —Avery se levantó y cogió su equipaje.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Wallich alarmado.

—Desembarcaré e iré a buscarla. Es posible que esté en peligro.

—¿Todavía no lo has entendido, Avery? Esa mujer es una estafadora. Una ladrona. ¡Ha cogido tu… nuestro dinero y se ha largado!

—Que me lo diga ella misma.

No, no podía creer que le hubiera engañado… No, no solo a él, a todos. No su Ishani, su mariposa exótica.

Fue una despedida fría. Aquella misma mañana Avery se separó de Wallich y de los otros cinco miembros de la expedición.

—Adiós, Avery —dijo Wallich—. Me habría gustado que esto no acabara así.

—Sí. A mí también. —Avery les hizo un gesto de despedida a todos.

Desembarcó y observó desde la orilla cómo el velero se dirigía lentamente hacia Calcuta con todos sus compañeros bajo la vela, y por un momento le invadió un fuerte sentimiento de pesar y rabia. De nuevo había defraudado a alguien. De nuevo había sido incapaz de satisfacer las expectativas depositadas en él. Parecía ser el hilo conductor de su vida.

Pero ahora lo más importante era alcanzar a Ishani. Seguía teniendo la esperanza de que existiera un motivo convincente para su comportamiento y de que no fuera una estafadora, como Wallich quería hacerle creer.

Seguro que estaba en peligro. ¿Huía de alguien?

Eran muy pocas las rupias que había podido reunir. El joven Francis de Silva, su compañero en varias expediciones a las montañas de Nepal, le había entregado el último dinero que le quedaba. Fue suficiente para comprarle a un campesino, unas yardas río arriba, un

viejo jamelgo que resultó ser más lento de lo que parecía. Además, el campesino le contó que aquella misma mañana había pasado por allí una joven elegantemente vestida.

Avery siguió el camino en la dirección que el campesino le había indicado: un trecho a lo largo de la orilla y luego tierra adentro. Si el hombre no le engañaba, Ishani iba a pie. No tardaría mucho en alcanzarla con su mulo. Si no la habían secuestrado o se había visto obligada a huir. Aunque, de algún modo, eso no le parecía ya tan creíble.

Al menos en una cosa había tenido razón el campesino: el mulo era realmente resistente y le llevó sin ningún problema, si bien no demasiado deprisa.

Lejos del agua, sin la brisa fresca, hacía mucho calor. El camino era polvoriento y seco, y ni siquiera había llegado el mediodía. Avery tenía la boca seca. Le habría gustado haber cogido algo más que una pequeña botella de agua para beber, pero con las prisas se le había pasado por alto. Además, ir montado sobre el mulo le había provocado nuevos dolores que trató de ignorar. Una y otra vez apretaba los tobillos contra el lomo del animal para hacerle ir más deprisa, aunque se lo podía haber ahorrado: los mulos eran al menos tan tercos como los burros, de los que en parte procedían, y aquel no era una excepción.

Hacia el mediodía, cuando el sol abrasador casi había alcanzado el cénit, vio por fin una figura conocida en el camino delante de él. Avanzaba a buen paso, pero sin prisa, y no daba la impresión de estar en peligro o ser perseguida por nadie.

Su corazón se aceleró por una mezcla de inquietud y alegría. Apretó una vez más los tobillos contra el lomo del mulo, y esta vez este obedeció y aceleró el paso.

—¡Ishani, espera!

Ella, sobresaltada, se detuvo y se volvió, y el horror reflejado en su rostro le reveló a Avery mucho más que todas las palabras y le hizo perder sus últimas esperanzas.

Si estuviera en peligro, habría reaccionado de otro modo. Wallich tenía razón.

Detuvo el mulo ante ella y desmontó. Apenas se hubo liberado de su carga, el animal se apartó a un lado y empezó a pastar.

—Avery Harrington —dijo Ishani ya plenamente serena—. ¿Qué haces tú aquí?

Su leve acento exótico había desaparecido, ahora hablaba un inglés perfecto.

—¿Y tú me lo preguntas? —Se acercó un paso más y le agarró por la muñeca—. Nos has robado.

—¿De verdad?

Estaba tranquila, no hizo ademán de soltarse, se mostraba segura. Luego trató de liberarse de un tirón. Pero Avery ya contaba con eso y la agarró aún con más fuerza.

Ishani hizo un gesto de dolor.

—¡Me haces daño!

—Dame el dinero.

Un golpe de viento hizo ondear el velo que le cubría pelo. A disgusto, Ishani metió la mano libre bajo su chaleco, toqueteó algo y finalmente le entregó el cinturón lleno de dinero.

Él lo cogió y le soltó la mano. Las lágrimas le inundaron los ojos y las ahuyentó con un parpadeo. Una parte de él seguía sin querer aceptarlo. Ante él estaba la mujer a la que había amado. A la que todavía amaba.

—¿Por qué? —Odió su tono suplicante, pero tenía que saberlo.

Un mechón de pelo negro se escapó del velo de Ishani y le tapó la cara. Ella lo apartó con movimiento nervioso.

—¿Por qué qué?

—Dijiste… dijiste que no tenías suficiente de mí. Que me amabas. ¿Era todo mentira?

Ella le lanzó una larga mirada, luego suspiró.

—No —respondió finalmente—. No todo. Y ahora adiós, Avery. Fue muy bonito. —Lanzó un beso al aire, le miró por última vez, volvió a cubrirse la cabeza con el velo, se giró y siguió su camino a buen paso.

Oh, no, no iba a dejarla ir tan fácilmente.

La siguió unos pasos, cuando de pronto sintió un fuerte dolor en la tripa. Un dolor como si le hubieran dado una cuchillada. Cayó de

rodillas y se retorció.

—¡I… sha… ni! —El nombre apenas era inteligible, le costó pronunciar cada sílaba.

Ella se detuvo y se volvió. Vaciló un instante, luego se acercó lentamente. Su hermoso rostro mostraba un asomo de preocupación.

—Estás muy pálido. ¿Qué te ocurre?

Él sacudió la cabeza mientras seguía tirado en el suelo, le costaba respirar y rezaba por que el dolor desapareciera. Lo que, para su alivio, fue sucediendo poco a poco.

—¿Estás mejor? —preguntó Ishani, que no le había quitado ojo en todo el tiempo.

Él se incorporó muy despacio. El dolor seguía ahí, un pequeño diablo insistente en la zona lumbar, pero al menos ahora podía ponerse de pie y respirar mejor. Notó que el sudor le corría por el cuerpo debajo de la ropa. Asintió.

—¿Qué te pasa?

¿Se lo imaginaba o se la oía algo preocupada?

—No lo sé —murmuró—. Pero ya estoy mejor.

—Bien, entonces me voy. Adiós, Avery.

—Ishani, espera… vamos a hablar.

—¿Sobre qué?

—No eres una princesa.

—Tienes razón —dijo sin inmutarse.

Avery no podía creer con qué tranquilidad lo admitía.

—¿Quién eres en realidad? Probablemente ni siquiera seas india.

—Sí, aunque solo a medias. —Ella se encogió de hombros—. Mi madre era india. Mi padre es inglés. Ishani es mi segundo nombre. Mi verdadero nombre es Charlotte Ishani Watson.

—Charlotte… —repitió Avery desconcertado—. Tú… nos has engañado a todos. Todas estas semanas pensando que eras una princesa en apuros.

—¿Y tú? —replicó ella—. Tú también has mentido. ¿O quién presumía de vivir en una gran villa junto al río y de frecuentar los mejores círculos de Calcuta?

—Eso es algo completamente distinto.

—Una mentira es una mentira. —Cruzó los brazos—. ¿Y quién ha estado meses haciendo creer a los nepalíes que era medio indio?

—Se trataba de una mentira piadosa. Era solo para poder recoger plantas para Nate fuera de Katmandú. —De pronto lo vio todo claro—. Naturalmente… ¡fuiste tú!

—¿Qué fui yo?

—Tú fuiste la persona que les desveló a las autoridades nepalíes que soy inglés.

Ella sonrió.

—Ahí has estado muy astuto.

Avery estaba anonadado.

—¿Por tu culpa tuvimos que abandonar Nepal? Pero… ¿por qué?

Ella lo miró a los ojos.

—Porque no podía soportar seguir soñando solo con todo lo que me decías. Me contaste tantas cosas maravillosas sobre Calcuta y la preciosa villa donde vivías… que no podía seguir esperando a ir hasta allí contigo. —Por un instante su rostro adquirió una expresión ausente, ligeramente soñadora—. Quería ver por fin todas esas cosas grandiosas de las que me hablabas. Asistir a recepciones. Disfrutar de la ópera. Vestirme con ropa cara. Vivir las maravillas de Calcuta. —Un movimiento desenfadado agitó sus hombros—. Bueno, y luego no era nada.

Por un instante Avery se sintió culpable. Pero enseguida se sacudió ese sentimiento de encima.

—¿Quién eres realmente? ¿De dónde has salido?

Ella volvió la cara hacia arriba, hacia el sol, y cerró brevemente los ojos. Luego bajó la cabeza de nuevo y abrió los ojos.

—El lugar exacto no te interesa. Me crie con mi padre, un alto empleado de la Compañía de las Indias Orientales. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Pero dicen que me parezco mucho a ella. —Mostró de nuevo su fascinante sonrisa—. Llevaba ya mucho tiempo en Katmandú antes de conocernos.

—¿Mucho tiempo?

—Pareces un papagayo si repites todo lo que yo digo. Sí, Avery, mucho tiempo. Antes formaba parte de una compañía de bailarinas de

*nautch* que viajaba por India y Nepal. Son jóvenes que bailan danzas eróticas en las cortes indias o para gente rica.

Avery no podía dar crédito a lo que oía. ¿Ishani era una bailarina de *nautch*?

—Pero esa vida me empezó a aburrir, quería más. Ver más mundo, tener más dinero. Y me vino de maravilla saber que habían llegado de Calcuta unos *firingi* ricos a la nueva residencia del embajador inglés.

—¿Entonces no fue una casualidad o una cuestión de suerte que nos conociéramos en la plaza Durbar de Katmandú?

—No, claro que no. Llevaba un tiempo observándote. Y fue tan fácil hacerte caer en la trampa. De hecho, tú querías ser engañado. Pensé que si me hacía pasar por una princesa en apuros te preocuparías por mí y en algún momento me introducirías en la alta sociedad de Calcuta. ¿Y acaso mi acento falso no te hizo perder la cabeza?

Avery la escuchaba con creciente incredulidad.

—Wallich tenía razón: eres… no eres más que una estafadora.

—¡Oh! —exclamó Ishani (¿Charlotte? No. No iba a llamarla así) sacudiendo la cabeza—. Estafadora suena muy mal. Prefiero considerarme una aventurera. —Inclinó un poco la cabeza—. Sé sincero, Avery: ¿tú y yo somos tan diferentes?

Avery quiso responder algo, pero volvió a sentir como si una flecha ardiendo le atravesara las entrañas. Al mismo tiempo empezó a sentirse mal. Soltó un fuerte gemido y cayó otra vez de rodillas. Y antes de que pudiera evitarlo, se inclinó hacia delante y vomitó.

—¡Esto es… asqueroso! —A pesar de todo, Ishani se acercó a él, si bien manteniéndose fuera de su alcance—. ¿No estarás fingiendo?

Él sacudió la cabeza. Estaba mareado a causa del dolor y se encontraba mal. Apretó las dos manos contra su vientre, en el punto donde le dolía. Se sentía morir. ¿Qué diablos le ocurría?

—Ishani…, o como te llames en realidad…, por favor. Necesito ayuda. Tiene… tiene que verme un médico. Lo mejor es… ir con Wallich.

—¿Con Nathaniel? Seguro que ya está camino de Calcuta.

Él asintió con desesperación.

—Entonces… tienes que llevarme a Calcuta.

Ella soltó una carcajada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Yo… —Un nuevo espasmo le dejó sin respiración—. Si me ayudas a llegar a Calcuta, con Wallich, te daré… —jadeó— la… la mitad del dinero que hay en el cinturón.

—¿La mitad? Habría podido quedarme con todo si no hubiera sido tan tonta como para dejar que me alcanzaras.

Avery ya no tenía fuerzas para regatear.

—Está bien, te quedarás con todo. Pero, por favor…, llévame con Wallich.

# 28

# Allie

*Mansión Heligan, finales de septiembre de 1817*

Allie miró el cielo. Hacía calor ese día, unas nubes finas cubrían en parte el sol. Allie se había cogido del brazo de Caroline, la mujer de John Hearle, y paseaba con ella por el huerto situado más arriba de la mansión. A derecha e izquierda, flanqueaban el camino ordenadas hileras de acelgas, puerros, calabazas y coles, y más allá crecían las lechugas.

Un trabajador con delantal pasó a su lado con una carretilla llena de ladrillos recién cocidos y saludó. La construcción del muro de las abejas se había retrasado un poco porque John Hearle pasaba mucho tiempo en Londres, pero las obras se iniciarían por fin el mes siguiente. De momento, las colmenas estaban en el huerto de los frutales, a donde pronto se retirarían las abejas para pasar el invierno, pero en la primavera podrían trasladarse ya al muro nuevo.

A través de un gran hueco en el seto que rodeaba el huerto podía verse un campo en el que estaban preparando el suelo para sembrar el trigo de invierno.

Varias parejas de bueyes tiraban de los arados. Como casi todos los animales de Heligan, los de tiro también recibían nombres que se iban transmitiendo de generación en generación: Brown y Berry, Bel y Dragon, Goodluck y Speedwell.

Allie reconoció al borde del campo la figura de John Hearle hablando con el hombre que se encargaba del ganado. Los grandes ejemplares de Devon, con su pelo rizado y su color rojo claro, eran el orgullo de John Hearle. Esos animales tenían un triple uso: los criaban por su leche, por su carne y como animales de tiro.

Caroline había seguido su mirada y se rio.

—A veces me atrevería a decir que John quiere más a sus vacas que a su familia.

—¡Me sorprendes, Caroline! —exclamó Allie fingiendo estar horrorizada.

—Es una broma, naturalmente. Pero aquí hay tantas cosas que John valora…: la granja y sus arrendatarios, los árboles y arbustos, en realidad, toda la variedad de este lugar. Ya sabes cuántos planes tiene todavía para Heligan. A veces me pregunto por qué no se instala aquí.

—Porque ocupa un cargo importante como diputado —fue la esperada respuesta de Allie.

—Así es. —Caroline sonrió—. Y yo sé, por supuesto, lo importante que es también ese trabajo para él. Pero cuando llega el momento de marcharse siempre le cuesta mucho alejarse de aquí, y eso que sabe que deja Heligan en buenas manos… Todavía está aquí su padre, y también tú y Tristan y Damaris y Julian. —Suspiró—. Es inútil, debemos volver a Londres. Venga, vamos. Debo comprobar si ya está todo el equipaje.

Cuando tomaron el camino hacia la casa se oyó el claro sonido de los caballos sobre la gravilla. Al instante aparecieron dos caballos que tiraban de un carro cargado de carbón que se dirigía hacia la mansión. Estaban cubiertos de sudor; el trayecto desde Saint Austell por la empinada colina siempre resultaba penoso para los animales. John Hearle tenía desde hacía tiempo la idea de hacer un camino de acceso a la casa con menos pendiente y, con ello, más largo, bordeado de un gran paseo de árboles.

Ante la casa esperaba ya un coche de cuatro caballos. Caroline revisó el equipaje que estaban cargando en el carruaje.

—Preferiría viajar con vosotros a Truro que pasarme cuatro días sentada en el coche —dijo haciendo notar su escaso entusiasmo.

Ese día Caroline partiría con John Hearle y su hijo de tres años, Harry, hacia Londres, donde habían alquilado una casa para unos meses. Habían enviado por barco una parte de los enseres con la pesada vajilla, mientras que ellos harían el viaje por tierra. Varios miembros del servicio les seguirían en otro coche.

Tras despedirse de la pequeña familia, Allie también se puso en

marcha: viajaba con Tristan y el jardinero jefe, el señor Roberts, a la feria de jardinería de Truro, donde se celebraban varios concursos que premiaban los productos agrícolas más grandes o bellos, entre ellos, naturalmente, las piñas. Ya existían en toda Inglaterra varios cultivadores de piñas, y algunos de ellos ganaban medallas con regularidad. John Hearle disfrutaba mucho en estos eventos, y normalmente habría viajado él mismo a Truro con el señor Roberts, pero sus labores políticas le reclamaban en Londres y, en esta ocasión, le sustituían Allie y Tristan. Su equipaje incluía una pequeña colección de los más hermosos productos hortícolas… entre ellos, evidentemente, un magnífico ejemplar de piña.

Allie no había estado nunca en una de esas ferias, y la exposición de los productos y la posterior entrega de premios en un salón de baile de Truro supondría, sin duda, un momento especial en su aburrida vida. Aquella tarde presenció cómo el señor Roberts y Tristan eran llamados al escenario junto con los demás participantes, y cruzó los dedos con fuerza para desearle mucha suerte a su piña.

No obtuvieron el primer premio, pero sí ocuparon un magnífico segundo puesto. Las piñas de Heligan fueron reconocidas por su forma hermosa y regular, y el señor Roberts recibió orgulloso una pequeña copa como premio.

En la casa del administrador Allie se sentía ya como en la suya propia. En cambio, el joven que estaba sentado a unos pasos de ella estaba visiblemente nervioso. Allie observó que su mirada recorría una y otra vez la habitación y luego se dirigía a la puerta que daba al salón.

—¿Le importa si me acerco un poco más a usted y charlamos un poco? —preguntó amablemente.

Había ido a Steward´s House para llevarle unas esencias de hierbas a Julian y allí se había encontrado con ese joven que también quería verle. Damaris se había ido por la mañana a Saint Austell con sus dos hijas para que la modista les arreglara unos vestidos.

—En absoluto. Siéntese a mi lado, por favor. —Su amabilidad era sincera—. Eso me distraerá.

—¿Tan grave es? —Se cambió a una silla a su lado.

Él asintió y sonrió con cierta malicia.

—Supongo que es normal. Al fin y al cabo, es la primera vez que le pido a un padre la mano de su hija.

Su sobrina pequeña y ese joven hacían muy buena pareja, pensó Allie. Florence con su belleza infantil y su nuevo agraciado admirador. Gordon Curfey, se llamaba, y era agente de la compañía Lloyd's en Falmouth. Se habían conocido unas semanas antes en una fiesta, y desde entonces Florrie solo hablaba de él. Allie se alegraba de que hubiera superado el lío amoroso con Perys Rashleigh. Seguro que Gordon era mejor para ella que ese arrogante y descarado de Perys, que ahora era oficial de Marina y pasaba poco tiempo en casa.

Gordon se frotó las manos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—Por supuesto.

—¿Conoce usted bien al señor Harrington?

—Oh, sí —respondió Allie divertida—. Somos amigos. Desde hace mucho tiempo.

—¿Entonces podría decirme qué puedo esperar? —Gordon se mordisqueó el labio inferior—. Me gustaría saber para qué debo prepararme. Si me arrancará la cabeza o solo me ahogará en el mar.

Allie se rio.

—Ni lo uno ni lo otro, créame. No se deje intimidar por él. No es tan serio y severo como a veces parece. —Hizo una pequeña pausa—. Yo lo sé bien. Al fin y al cabo, también es mi suegro.

Gordon la miró con una mezcla de alegría e incredulidad, dudando si se estaría burlando de él.

—¿De verdad?

—De verdad. —Allie asintió. Se inclinó un poco más hacia él en un gesto de complicidad—. En realidad, no debería decírselo, pero he oído que le valora a usted mucho y está deseando que le pida la mano de Florrie.

—Eso me alivia. —Gordon se relajó un poco.

Como si esa hubiera sido la señal, en ese momento se abrió la puerta que daba al salón.

—Señor —dijo Finley, el mayordomo de Julian y Damaris—, el señor Harrington puede verle ahora.

Gordon se levantó a toda prisa, se alisó los faldones de la chaqueta, hizo una pequeña y educada reverencia a Allie y siguió al hombre.

Allie le observó mientras se alejaba y se reclinó hacia atrás con una sonrisa de satisfacción. En breve se celebraría una boda.

# 29

# Avery

*Cerca de Calcuta, India, finales de septiembre de 1817*

Ishani cumplió su palabra. Condujo al viejo mulo, al que Avery se había subido entre grandes dolores, de vuelta hasta el río. Avery se había aferrado a la absurda idea de que Wallich y los demás habrían dado media vuelta y le estarían esperando en la orilla, algo que, por supuesto, no sucedió. Al cabo de un par de horas encontraron por fin una aldea diminuta junto al cauce y, en ella, al propietario de una pequeña barca al que convencieron para que los llevara hasta Calcuta. A pesar del dolor, Avery comprobó con sorpresa con qué seguridad negociaba Ishani el precio del viaje. Estaba claro: cuanto más pagaran a aquel hombre, menos dinero les quedaría a ellos. Finalmente acordaron que recibiría unas rupias y podría quedarse también con el mulo, al que dejaron en su casa. Avanzaron con el velero río abajo y, tras dos días que se les hicieron eternos, llegaron por fin a las afueras de Calcuta. Agradecieron poder cruzar la ciudad cómodamente por el agua, dejando atrás viejos templos, cabañas sencillas y mansiones señoriales. Su alivio fue grande cuando surgió entre la neblina de la orilla la silueta blanca y semicircular de la mansión Roxburgh.

Una vez allí, pagaron al batelero y se acercaron a la orilla.

La calma del bote le había sentado bien a Avery. El dolor había cesado y, aunque no estaba recuperado del todo, al menos se encontraba bastante mejor. Tal vez no estuviera tan enfermo como se había temido.

Una pequeña pasarela de madera les permitió desembarcar con facilidad. Pero apenas puso un pie en tierra, Avery sintió un dolor tan fuerte que estuvo a punto de desmayarse. A duras penas y con la ayuda de Ishani, logró acercarse a la casa. Un criado indio que le

conocía de antes se acercó a toda prisa y le condujo hasta un banco junto a la fachada, en el que se derrumbó agotado.

—¿Está… el señor Wallich en casa?

Para su alivio infinito, el criado asintió.

—Sí, *sahib*, iré a buscarle.

Pero fue Sophia, la mujer de Nate, quien salió a su encuentro.

—¡Avery! ¿Qué ha ocurrido? —Miró a Ishani sorprendida—. ¿Y quién es usted, señora?

Avery no olvidó su educación a pesar del dolor. Y al diablo su nombre verdadero, para él seguía siendo Ishani.

—Sophia, esta es Ishani, mi… compañera de viaje. Ishani, esta es la esposa de Nathaniel, la señora Wallich.

—Encantada, señorita… Ishani. —Sophia dejó ver una leve irritación, luego se volvió hacia Avery—. Nathaniel llegó ayer. Vayamos dentro, Avery. Usted también, naturalmente, señorita Ishani. He mandado buscar a mi esposo. Está en algún punto del jardín.

Avery logró llegar hasta la casa con la ayuda de las mujeres y se dejó caer en una silla en el vestíbulo.

Ishani se mantuvo a su lado en una actitud altiva, majestuosa.

—Avery.

—¿Sí?

—Me debes algo todavía.

Él vaciló, y por un instante estuvo tentado a no entregarle el dinero. Pero Ishani había cumplido su palabra y le había llevado hasta Wallich. Tenía una deuda con ella. Y ya no le quedaban fuerzas para discutir.

Sacó de su bolsillo el cinturón lleno de dinero y se lo entregó. Ella lo cogió con un gesto altanero.

—Gracias.

En ese momento entró Wallich en la habitación.

—Avery —dijo fríamente—. No esperaba volver a verte tan pronto.

El dolor parecía haberse concentrado en una bola pequeña y dura en su vientre. Solo podía hablar si era conciso.

—Lo sé. Y lo siento, Nate, pero tenía que hacerlo.

La mirada de Wallich recayó sobre Ishani, se sorprendió.

—¿Qué hace esta mujer en mi casa? No es bienvenida aquí. ¿Y por qué…?

—Tenías razón —le interrumpió Avery—. En todo lo que dijiste. No es una princesa. Es una estafadora. Y nos ha robado el dinero.

Nathaniel le miró como si fuera una planta rara que acabara de descubrir.

—Es curioso escuchar eso de tus labios. Sobre todo cuando la persona en cuestión está presente.

Ishani encogió los hombros, imperturbable. Incluso sonrió.

—¿Por qué tiene ella el dinero del viaje?

—Porque hemos llegado a ese acuerdo. Me… —Avery sintió un nuevo espasmo en el vientre—. Me ha ayudado a venir hasta aquí. Sin ella no lo habría logrado. De ahí el dinero.

—¿Así que querías venir aquí? —La expresión de Wallich cambió de golpe—. De hecho, pareces un muerto viviente.

—Venga, Ishani —dijo Sophia—, dejemos a los hombres solos.

—Adiós, Avery —dijo Ishani—. Espero que te recuperes. —Miró a Wallich—. Cuídele bien, Nathaniel.

Wallich asintió, luego se volvió de nuevo hacia Avery.

—¿Qué necesitas?

—No lo sé. Me temo… que es la fiebre del Terai.

Recordaba muy bien cómo Kumar había sufrido la enfermedad y al final había sucumbido a ella.

—¿La fiebre del Terai? —Wallich levantó las cejas—. No creo. ¿Qué notas?

Avery se lo explicó.

—¿Ardor o picor?

—No.

—Podría ser un ataque de fiebre biliar —opinó Wallich—. O gonorrea. Bueno, vamos a examinarte. Ven a mi despacho.

El examen terminó enseguida.

—No es la fiebre del Terai —dijo Wallich—. Ni una enfermedad venérea.

Avery respiró aliviado.

—Gracias a Dios.

—Y tampoco creo —prosiguió Wallich— que sea fiebre biliar.

—¿Y qué es entonces?

—Tengo una suposición, pero para estar seguro debo examinarte mejor.

El alivio de Avery se desvaneció cuando vio la larga sonda que Wallich sacó de un cajón.

—Vuelve a desnudarte de cintura para abajo y túmbate ahí. Esto podría resultar algo molesto.

Más tarde le perdonaría a Wallich todo el dolor que le había causado con la sonda rígida que le introdujo por la uretra. Saber que la mujer de Wallich podía estar cerca y oírlo todo fue lo único que le impidió gritar y gimotear como un niño.

Cuando por fin Nathaniel terminó con él, estaba bañado en sudor y se quedó un rato tumbado en la camilla.

—¿Y? —preguntó con miedo—. ¿Qué es? —Las partes bajas le ardían y estaba algo mareado.

—Lo que me temía —dijo Wallich—. Tienes piedras en la vejiga.

—¿Piedras en la vejiga? —Avery se habría echado a reír si no tuviera tantos dolores—. ¡Tonterías! Eso solo le pasa a la gente mayor.

—En Europa es posible. Aquí, en la India, incluso los niños las tienen. Puede deberse a la alimentación. O a la escasa ingesta de líquidos. Se forman por los minerales que contiene la orina.

—¿Y pueden provocar tanto dolor?

Wallich asintió.

—Probablemente has sufrido un cólico al expulsar una piedra pequeña.

—¿Al expulsarla? —repitió Avery esperanzado—. ¿Entonces ya… ha desaparecido?

—Solo una pequeña parte, por desgracia. Si te sirve de consuelo, la humanidad lleva miles de años sufriendo este mal.

—No, Nate, no me consuela lo más mínimo. —Se incorporó con cuidado—. Bien, supongamos que es este el diagnóstico. ¿Qué se puede hacer ahora? ¿Cómo me deshago de esto? ¿Con un bebedizo o algo así?

Nathaniel le miró con auténtico pesar.

—Me temo que solo existe una posibilidad.

Avery tuvo un mal presentimiento y sintió que le invadía el miedo.

—¿Cuál? —preguntó casi sin voz.

—Hay que extraer las piedras quirúrgicamente.

No. No podía ser. Wallich tenía que estar equivocado.

—Tú… solo pretendes asustarme —soltó espantado—. Es una venganza por lo mío con Ishani y por haber tenido que abandonar Nepal antes de lo previsto. Solo quieres meterme miedo.

—Me gustaría que fuera así. Pero es la verdad. Y te aconsejaría seriamente que no esperes demasiado. Cuanto más esperes, más grandes serán las piedras.

Avery se sentó.

—¿Y qué? Podré vivir con esta… molestia.

Wallich suspiró.

—Lamento decirlo, Avery, pero por desgracia es más que una simple molestia. Si no te operan enseguida la enfermedad te matará antes o después.

—¿Qué? —El pánico amenazaba con apoderarse de él, y empezó a temblar de forma descontrolada.

Wallich le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo.

—Y si… —Avery tomó aire con fuerza e hizo un esfuerzo por ahuyentar el miedo—. Y si me decido, ¿cuándo podrías operarme?

Wallich le miró con expresión compasiva.

—Lo siento, Avery, pero yo no puedo hacerlo. Nunca he realizado una intervención como esa. Pero te aseguro que hay médicos indios fantásticos que dominan ese tipo de operaciones.

—¿Quieres decir que debo dejar que un curandero cualquiera me abra la tripa en un cuarto trasero o incluso en la calle? —El pánico a duras penas contenido amenazaba con volver a invadirle.

—No, Avery. —Wallich sacudió la cabeza—. Te presentaré al doctor Kapoor lo antes posible. Es un experto en la materia y podrá decirte algo más al respecto. Es posible que él tenga otra opinión y nos hayamos preocupado sin motivo. —Volvió a ponerle la mano en el

hombro—. Puedes instalarte aquí todo el tiempo que quieras.

El doctor Vikram Kapoor, que a petición de Wallich fue a verle al día siguiente, era uno de los hombres más bellos que Avery había visto nunca. Sus ojos eran tan oscuros que apenas se podían distinguir las pupilas del iris, y estaban rematados por dos cejas perfectamente perfiladas.

En ellas se concentró Avery mientras el médico le examinaba y le hacía pasar unos minutos molestos, si bien no le resultaron tan insoportables como con Wallich el día anterior.

Por desgracia, no tenía mejores noticias.

—Me temo —dijo con su voz suave— que debo confirmar el diagnóstico del doctor Wallich. Tiene varias piedras en la vejiga que hay que extirpar. Habría que operarle cuanto antes.

Avery no se enteró demasiado de lo que le contó en su inglés con acento indio sobre la manera de proceder y la larga tradición de la cirugía india en ese cuadro clínico. Para su espanto, solo se quedó con que se trataba de una operación peligrosa y sumamente dolorosa. Y que podría morir en ella.

Pasó los días siguientes en casa de Wallich, enfadado con el mundo y con su destino. Le habría gustado salir corriendo. Escapar a cualquier sitio para distraerse, a ser posible con el alcohol y los juegos de azar. Pero se encontraba demasiado mal y él mismo se daba cuenta de que no podría llegar muy lejos.

Por lo que sabía, Ishani había aceptado la invitación de Sophia a quedarse un tiempo en la casa para lavarse y comer y beber algo. Luego desapareció sin decir a dónde iba. A pesar de que los había engañado a él y al resto de los miembros de la expedición, sin ella se sentía aún más vacío y desesperado.

Ahora que quizá la muerte se cernía sobre él, solicitó la visita de un sacerdote con el que poder confesarse. Le habló de todo de lo que se sentía culpable: el duelo con Perys y su temor a haberle matado, su

«casi» lío con Martha y todos los asuntos en los que no se había cubierto de gloria, precisamente. Después se sintió un poco mejor.

Además, redactó su testamento. No tenía mucho que dejar en herencia, solo algo de dinero y sus objetos personales. También escribió un par de cartas a su familia. Se arrepintió de muchas cosas y juró que si superaba aquella prueba se esforzaría en ser mejor persona.

La mañana de la intervención Avery estaba más tranquilo de lo que se esperaba. Renunció al desayuno, siguiendo la recomendación del doctor Kapoor, y le entregó las cartas a Sophia para que se las enviara a su familia en caso de que algo saliera mal. Con lágrimas en los ojos, ella le deseó mucha suerte, luego agarró a su hijo pequeño y se marchó a visitar a una familia amiga. No quería estar presente en un día tan difícil para Avery.

Avery subió muy despacio la escalera hasta el primer piso, salió a la terraza que daba sobre el río Hugli, se apoyó en la balaustrada y esperó al médico indio.

El doctor Kapoor se retrasó un poco. Llegó con un enorme maletín y, al ver a los cuatro ayudantes indios que le seguían, Avery sintió un hormigueo de terror, como si miles de agujitas le pincharan la piel.

En el techo de la habitación, justo encima de él, había una mancha de humedad irregular junto a la que se posó una mosca. Avery la miró fijamente y pensó en la naturaleza de la mosca mientras le colocaban en la posición correcta: boca arriba, las piernas dobladas y abiertas.

El vino mezclado con jugo de adormidera que Wallich le había dado hizo su efecto. Ahora se encontraba en un estado casi ingrávido en el que se enteraba de todo, pero no le importaba nada. Casi se habría echado a reír: los instrumentos que estaban sobre una mesa pequeña a su lado parecían unos insectos gigantes muy graciosos. Lo mismo salían de allí volando con él.

La voz de Wallich que le hablaba con insistencia, unas manos que le sujetaban. De nuevo el dolor ya conocido de la sonda que se

introducía en su cuerpo. No era tan terrible como se había temido. Podía soportarlo. No era necesario que le sujetaran. Se sentía como si se hubiera desprendido de su cuerpo, como si pudiera verlo todo desde fuera.

Pero entonces el doctor Kapoor empezó a cortar y Avery volvió de golpe a su cuerpo y soltó un alarido penetrante.

Le seguirían mucho más antes de que perdiera el conocimiento y se sumiera en una clemente oscuridad.

# 30

## Lexi

*Dartmoor, Devon, principios de junio*

Un cielo limpio cubría el páramo, y el tiempo pasó volando mientras Lexi se apretaba contra Ben en el asiento de la moto.

—Se alegrará mucho de verla —le había dicho por teléfono la recepcionista cuando Lexi llamó, el día anterior, para anunciar su visita a la residencia de mayores.

Y ahora cruzaban el salvaje paisaje natural de Dartmoor, en el que crecían brezos y genistas, salpicados de acianos y linarias. Lexi vio una pequeña manada de ponis de páramo. El paisaje era sencillamente maravilloso, podría seguir viajando por allí eternamente.

Pero enseguida llegaron a Moretonhampstead y, con ello, a la residencia. Lexi pensó con un asomo de remordimiento en la última vez que había ido a visitar a la tía Filly. Había sido poco antes de que sus padres se marcharan a las Maldivas. Hacía casi dos años.

Por suerte Rob no sabía nada de su tía abuela. En los dos meses que estuvo con él no le había hablado nunca de ella.

La residencia, un edificio alargado de dos plantas pintado de color beis claro, era relativamente nueva. DAFFODIL HOUSE, ponía sobre la entrada. La casa de los narcisos. Ben dejó la moto en el aparcamiento, después entraron.

La planta baja era muy espaciosa y estaba dividida en pequeñas zonas con sillones para los residentes. La entrada luminosa y alegre tenía ventanas con vistas a un gran jardín lleno de flores y una puerta ancha que estaba abierta y dejaba entrar el calor del principio del verano.

—A nuestros residentes les gusta tomar aquí un jerez los domingos antes de comer —dijo la mujer de la recepción señalando el jardín.

«Cornelia», ponía en el distintivo que llevaba en la solapa—. Algo que ya han hecho hoy con gusto, ¿verdad, señoras?

Las tres mujeres mayores que estaban sentadas cerca asintieron con unanimidad.

—Por supuesto —dijo una de las tres.

Cornelia le hizo un guiño.

—Y entonces usted quiere ver a Phyllis Butterworth, ¿no?

—Sí, es mi tía abuela.

—Entonces sabe que sufre demencia.

—Sí, lo sé.

—Pero hoy tiene un día bueno. Vaya a verla.

—Te espero aquí abajo —dijo Ben.

Lexi se detuvo.

—¿No vienes conmigo?

—Seguro que es mejor que primero vayas tú sola. Al fin y al cabo, es tu tía, y hace mucho tiempo que no la ves. No debemos confundirla. No temas, no me iré.

—El joven puede quedarse con nosotras —intervino una de las tres mujeres—. ¿No jugará usted al bridge, por casualidad? Nos falta precisamente un cuarto jugador.

—No, lo siento mucho —respondió Ben. Le hizo a Lexi una seña con la cabeza para que se marchara—. Venga. Me las arreglaré bien.

El ascensor la llevó a la primera planta, a un pasillo provisto de un largo pasamanos al que se abrían puertas de diferentes colores. Y allí estaba, ante una puerta pintada de color verde claro y con el número 7. PHYLLIS BUTTERWORTH, se podía leer en un pequeño papel adornado con flores pequeñas. La tía Filly no se había casado nunca y había mantenido siempre el apellido Butterworth.

Lexi sacó de la mochila unas galletas de jengibre que había llevado y luego llamó a la puerta. Al oír un tembloroso «Adelante», entró en la habitación.

En ella predominaban los tonos beis y marrón claro: había una alfombra marrón claro y la cama, el armario y una mesa pequeña eran de madera clara. En la pared colgaban un par de cuadros de flores y sobre la cama un aparato parecido a un teléfono, el sistema de

asistencia 24 horas.

La anciana estaba hundida en un sillón junto a una ventana que miraba hacia el jardín, pero cuando Lexi entró se incorporó un poco.

—Hola, tía Filly. Soy yo, Lex… Emilia. —Estuvo a punto de decir «Lexi», pero la tía Filly no la conocía por ese nombre, naturalmente.

—¡Emilia! —El pelo corto formaba una aureola blanca alrededor de su rostro arrugado—. La hermana Cornelia me ha anunciado que hoy tendría visita, pero no me ha dicho quién era. ¡Qué alegría!

Lexi se acercó a ella. La habitación olía a cerrado y un poco a persona mayor, pero no le importó. Ver a la tía Filly feliz era mucho más importante.

—Sé que hace mucho tiempo que no vengo a verte. Mira, te he traído una cosita.

Le entregó el paquete con las galletas redondas.

—¡Galletas de jengibre! Todavía te acuerdas. Y ahora siéntate, querida. —La mirada de la tía Filly siguió a Lexi mientras esta cogía la única silla que había en la habitación y se sentaba a su lado—. ¿Qué tal te va, mi niña? ¿Tienes novio?

Para su sorpresa, Lexi sintió un calor repentino en la cara.

—Sí, tengo novio —dijo—. Hemos venido juntos. Me espera abajo.

—Entonces tienes que presentármelo luego sin falta —dijo Filly—. Tengo que ver a quién has pescado. —Sus ojos azules mostraron un brillo malicioso, y por un instante Lexi se sintió trasladada a su infancia, cuando la tía Filly le hablaba de hadas que bailaban, unicornios encantados y otras cosas parecidas. Sintió la mano huesuda de Filly sobre la suya—. ¿Es un buen hombre?

Lexi asintió.

—Sí.

Había sido un gran alivio haber podido abrirle por fin a Ben su corazón. Eso no solucionaba el problema, pero al menos ahora no se sentía sola. El miedo constante, a veces subliminal, a veces más patente, no era ya tan intenso.

Aparte de que era maravilloso volver a estar enamorada, sentir esa emoción de poder abrazar a todo el mundo.

—Mi abuelo también era un buen hombre —dijo tía Filly—.

Todavía recuerdo cómo me llevaba sobre sus hombros cuando yo era pequeña.

¿Iba a perderse ahora en el pasado? Habría sido una lástima. Lexi trató de cambiar el tema de conversación.

—¿Qué es eso? —Señaló un pequeño cofre con la tapa pintada.

—Oh, eso. —Filly sonrió—. Ahí guardo todos mis recuerdos. Me ayudan a no olvidar. Acércamelos.

De acuerdo, eso no sonaba a sumirse en la demencia. Lexi se levantó y le alcanzó el cofre a su tía. La mujer lo abrió y se lo mostró.

—Mira a ver si hay algo que te gustaría tener.

—¡No, tía Filly, son tus cosas!

—No hay nada de valor —dijo ella—. Y, además, no puedo llevármelas a la tumba.

Lexi se sentó de nuevo y repasó el contenido del cofre con cuidado. En efecto, no había nada de valor: algunos botones, peniques antiguos, una entrada de cine gastada, varias conchas pequeñas. Entonces vio en el fondo algo que brillaba entre unos recortes de papel. Lo cogió y lo sacó.

Era un viejo botón de metal plateado de los que se llevaban antes en chaquetas o chalecos. En la parte de abajo tenía un ojete para coserlo y en la de arriba se veía el escudo con tres brazos que conocía ya muy bien. El mismo escudo que había visto con Ben en el cementerio de Saint Ewe. El escudo que estaba por doquier en Heligan.

El escudo de los Tremayne.

Lexi se sintió de pronto extrañamente irreal. Como si estuviera leyendo una novela y al momento siguiente hubiera aparecido uno de sus personajes en la vida real.

—¿Cómo es que tienes este botón, tía Filly?

La anciana sonrió.

—¿Te gusta? Puedes quedártelo.

—No, no —respondió Lexi—. Solo me gustaría saber de dónde lo has sacado.

Filly arrugó la frente como si le costara pensar.

—No me acuerdo —dijo después.

—No importa. —Seguro que no era más que una divertida

casualidad. Solo le había llamado la atención porque últimamente había dedicado mucha atención a los Tremayne. Probablemente lo habrían comprado Filly o la abuela Violet en cualquier sitio. Quizá en el propio Heligan. Seguro que antes ya se vendían allí este tipo de recuerdos. La tía Filly no había sido siempre tan mayor. O tal vez incluso estuviera en Heligan en su juventud. En aquellos tiempos la propiedad estaba abandonada y llena de maleza, pero ¿se habría encontrado el botón en algún punto de la finca?

Durante unos segundos se imaginó cómo habría sido Filly de joven… Delicada, elegante y llena de una irresistible alegría de vivir.

—¡Ah, sí! —dijo tía Filly de pronto—. Ya lo sé. El botón era de mamá.

—¿De tu madre? —Eso se iba poniendo cada vez más interesante—. ¿Te refieres a que alguien se lo regaló?

—No, no se lo regalaron. Era suyo.

—Pero tía Filly, ese botón tiene el escudo de los Tremayne.

—Sí, naturalmente. —Filly la miró—. Mamá fue una Tremayne los primeros cinco años de su vida.

Lexi soltó una carcajada. Todo resultaba cada vez más absurdo.

—¡Seguro que no estamos emparentados con los Tremayne!

La anciana sonrió con expresión ensimismada.

—Lo sé, mi niña. No obstante, mi madre fue una vez una Tremayne. Puedes creer a tu vieja tía abuela. Ven, querida, quiero enseñarte algo.

Se levantó muy despacio, fue con paso vacilante hasta el horrible armario empotrado marrón y lo abrió. Extrajo de sus profundidades una caja, luego volvió arrastrando los pies hasta su sillón, se sentó y la abrió. Estaba llena de fotos.

Lexi suspiró. El pobre Ben debía estar aburriéndose terriblemente.

—Tía Filly, creo que debería…

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Lexi parpadeó sorprendida.

—El hombre con el que has venido. —Le guiñó el ojo con un gesto de complicidad—. Soy vieja y a veces muy olvidadiza, pero no tonta. Con lo impaciente que estás seguro que te está esperando un hombre.

Lexi tuvo que reírse.

—Ben —dijo—. Se llama Ben, y sí, me espera abajo.

Ya se lo había dicho antes, pero no importaba.

—Entonces podrá esperarte un poco más. Solo unas fotos, luego bajaremos las dos juntas. —La miró—. ¿Es un buen hombre?

—Oh, sí, tía Filly, lo es —confirmó Lexi de nuevo—. ¿Qué fotos querías enseñarme?

Le sorprendió —y también le asustó un poco— la cantidad de fotos que había guardado su tía abuela. Posiblemente alguna vez habían estado ordenadas por lugar o fecha, pero ahora estaban todas mezcladas. Filly se las fue pasando una a una. Eran antiguas, algunas estaban ya amarillentas o tenían una esquina doblada, y tenían diferentes formatos, algunas con el borde blanco recortado, otras eran de fechas más recientes. En la mayoría aparecían personas que Lexi no había visto nunca, pero también había fotos infantiles suyas. En algunas salía su madre, Constance. Una niña pequeña de pelo oscuro junto a sus padres vestidos a la estrafalaria moda de principios de los años setenta: el padre con pantalones acampanados, la madre con un vestido hippy largo.

Lexi trató de reprimir su impaciencia. Estaba allí por la tía Filly, a la que hacía mucho tiempo que no veía. Y después de haberle dedicado tanta atención a la historia de las familias Tremayne y Harrington, ahora parecía oportuno husmear un poco en la historia de su propia familia. Además, quería saber de dónde había salido aquel botón.

La tía Filly le tendió la siguiente foto. Era una vieja imagen en blanco y negro de varias personas bien vestidas, y Lexi asintió al identificar el lugar. Lo conocía, y bastante bien. ¿No era la pradera del Jardín del Reloj de Sol? Sí, estaba segura: detrás estaba el largo muro de ladrillo y se veía un arbusto exuberante que, al observarlo de cerca, se apreciaba que era el árbol de los pañuelos.

—¡Esto es Heligan! —constató contenta.

Filly asintió, hurgó un poco en la caja y le mostró otra foto en blanco y negro.

—Y esto también es Heligan.

Un hombre, una mujer y una niña pequeña con traje de marinero y un gran lazo en el pelo junto a un estanque cuadrado. También ese

sitió le resultaba conocido a Lexi.

Miró la foto por detrás. «Mamá con el abuelo, la abuela y el señor Pepper en el Jardín Italiano».

Qué curioso, pensó. Solo veía tres personas.

—¿Quién es el señor Pepper?

—Mira bien y lo verás.

Así que Lexi miró bien, y efectivamente: de la mano de la niña, medio tapado por una hoja de palmera, se veía a alguien.

Lexi se inclinó sobre la foto para poder verla mejor.

—¿Un mono? —preguntó con incredulidad—. ¿El señor Pepper es… era… un mono? —No un animal de peluche, sino un mono de verdad.

Filly asintió con la misma satisfacción que si hubiera desvelado un secreto.

—Así es. Mamá tenía de pequeña un mono domesticado.

—¿Entonces esta niña es tu madre?

—Sí, es Susannah, mi madre, de niña. Con sus padres.

—¿Tu madre, la que dices que de pequeña era una Tremayne?

Filly no respondió, y se le perdió la mirada en la ventana.

—Me cuesta creerlo, tía Filly. ¿Hasta qué punto era tu madre una Tremayne? ¿Y qué querías decir con lo de los cinco años? ¿Es posible que te hayas confundido?

La mirada de Filly volvió a recaer sobre ella, y una sonrisa amable y algo impersonal iluminó su rostro.

—Aquí es muy buena la tarta —dijo.

Lexi se desanimó.

—¿Sabes quién soy, tía Filly?

De nuevo la sonrisa impersonal.

—Soy yo, Emilia.

La tía Filly le sonrió con cariño.

—Emilia. Qué nombre tan bonito. Sabe, yo tengo una sobrina nieta que también se llama Emilia.

# 31

## Lexi

*Daffodil House, Moretonhampstead, Devon, principios de junio*

Lexi no siguió preguntando. La tía Filly se había sumergido en el pasado, en el tortuoso mundo de los recuerdos del que probablemente tardaría un tiempo en salir.

Llamaron a la puerta y entró una robusta enfermera vestida de monja.

—Oh, no sabía que tenía usted visita —le dijo a Filly. Y luego añadió dirigiéndose a Lexi—: Iba a llevarla abajo para la hora del té, pero si prefiere quedarse aquí arriba con ella…

—No, iré con ustedes. —Se puso de pie—. ¿Qué te parece, tía Filly, si te acompaño abajo? Así seguiremos charlando un poco. Y podrás conocer a Ben.

Tuvo la impresión de que no le decía mucho ese nombre, pero quizá lo hubiera retenido en la cabeza.

Cuando salieron del ascensor, en la planta baja, la puerta del jardín seguía abierta y dejaba entrar el olor del verano. Lexi pudo ver un muro de piedra bajo que dividía el jardín en dos zonas y muchas flores.

Casi todas las mesas estaban ocupadas, en cada mesa había una tetera y platos con trozos de tarta y *scones*. Lexi vio a Ben con las tres mujeres de antes.

—Bien, aquí hay sitio para ustedes —dijo la cuidadora.

Ben se puso de pie.

—Te presento a mi tía abuela Phyllis Butterworth —dijo Lexi—. Filly, este es Ben.

—Ben Pascoe. —Tomó con cuidado la mano que ella le tendió—. Encantado, señora Butterworth.

—Señorita —dijo Filly haciéndole un pequeño guiño, y se sentó con la ayuda de la cuidadora.

Lexi y Ben también se sentaron. Ben le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Veo que ya tienes un auténtico club de fans —dijo sonriendo.

—Eso parece.

Ella le cogió la mano por debajo de la mesa.

—Espero que no te hayas aburrido mucho.

—Tranquila, me lo he pasado muy bien. Me he enterado de que la señora Ruskins es una gran cocinera, la señora Windermere antes cantaba ópera y la señora McNamara incluso ha estado con la reina.

—En Londres —confirmó la señora McNamara con gesto orgulloso —. En el gran picnic por el noventa cumpleaños de Su Majestad.

—Asombroso —exclamó Lexi con educación.

Una de las otras dos mujeres se volvió hacia Lexi.

—Es un buen hombre —dijo lo suficientemente alto para que se enteraran todos—. Ya puede usted conservarlo.

Lexi se sonrojó mientras Ben le lanzaba una mirada divertida.

—Eso pienso hacer, señora…

—Señora Windermere. —La anciana, que parecía satisfecha, cogió un trozo de tarta.

Cuando se despidieron después del té, Filly se volvió hacia Ben.

—Lo he pasado muy bien. Me he alegrado mucho de volver a verle.

¡Oh, no! Lexi trató de captar la mirada de Ben, pero tenía toda su atención puesta en Filly. La expresión de su rostro era digna de verse.

—Yo también —respondió sin inmutarse.

Ella sonrió, fue una amplia sonrisa de fascinación.

—Todavía recuerdo cómo me llevabas en tus hombros por el jardín.

—Me temo —dijo Ben con gran amabilidad— que me confunde con otra persona.

Filly parecía ensimismada.

—Oh, sí, ya lo sé. Me contabas muchas historias, abuelo. —En sus ojos brilló una leve chispa de confusión—. Pero entonces tenías el pelo gris. Ahora estás más joven. —Enseguida pareció olvidar esta

contradicción—. Y me prometiste un monito como el que tenía mamá. Pero nunca lo tuve.

Ben se mantuvo imperturbable.

—Veré lo que puedo hacer —respondió.

—Lo siento —dijo Lexi unos minutos más tarde, cuando se dirigían hacia la moto a través del aparcamiento—. Al principio Filly estaba bien, orientada, pero luego se perdió en el pasado. Pero has reaccionado muy bien.

—¿Lo he entendido bien? ¿Creía que yo era su abuelo?

—Sí, el abuelo Gus. Lo siento. Creo que ha sido culpa mía, habíamos hablado mucho del pasado.

Ben sacudió la cabeza.

—No tienes por qué sentirlo. Las personas mayores son importantes. Mantienen vivo el recuerdo del pasado. Sobre todo el de la familia.

Junto a una gran maceta, abejorros y abejas zumbaban entre las flores de color lila de las verbenas, recogían el polen y revoloteaban con su pesada carga hacia la siguiente flor. Dado que aquel día el tiempo mostraba su mejor cara, Lexi había decidido de forma espontánea trasladar su lugar de trabajo al aire libre. Se había sentado en el extremo oriental del Jardín del Reloj de Sol en un banco de hierro pintado de blanco que tenía una pequeña placa metálica. PARA MARVIN, ponía en ella. Había bancos como ese por todo Heligan, muchos de ellos con inscripciones.

Detrás de ella, cerca del muro, había una planta muy especial: el árbol de los pañuelos. A Lexi le encantaba este árbol. Ahora, en plena época de floración, estaba lleno de unas flores blancas que salían volando al menor soplo de aire, de modo que era como si todo el árbol estuviera lleno de enormes mariposas blancas. O si no, de algo más profano, de pañuelos blancos.

No estuvo mucho tiempo sola. Enseguida apareció Orlando paseando, con las dos manos en los bolsillos y las largas rastas hasta los hombros. Trabajaba en Heligan como guía y animador infantil y fue una de las primeras personas con las que Lexi entró en contacto al

llegar. Ahora estaba con Eliza, pero previamente se había interesado también por Lexi. Aunque no se lo tomó mal cuando ella lo rechazó y ahora seguían siendo amigos.

—Hola, Lexi. ¿Sabes dónde está mi chica?

—Creo que quería hacer algo antes de reunirse contigo.

—De acuerdo. —Asintió, pero en vez de marcharse señaló con la barbilla el árbol que Lexi tenía detrás—. Maravilloso, ¿verdad? En esta época es cuando más bonito está. Parece que se ha posado en él toda una bandada de palomas blancas.

Ella alzó la mirada, los ojos guiñados por el sol.

—¿Palomas blancas? No sabía que eras tan romántico —dijo en tono de burla.

—¿No te ha contado Eliza que soy el tipo más romántico que existe bajo el cielo de Cornualles? Veo una película romántica triste y lloro a moco tendido. ¿Sabías que este árbol tiene más de cien años?

—Sí, lo sabía. He leído que lo plantaron en torno a 1905.

Orlando levantó las cejas sorprendido.

—Con todo lo que sabes ya de la historia del jardín me vas a dejar atrás enseguida.

Ella se encogió de hombros algo azorada.

—Bueno, es lo que estoy investigando ahora. Y hace poco vi una foto antigua de este árbol. Entonces era mucho más pequeño.

Orlando observó su cuaderno de notas.

—¿Qué estás haciendo?

—Trato de elaborar un árbol genealógico. Creo que quedaría bien en la exposición.

—¿Un árbol genealógico? ¿De los Tremayne?

—Sí. Pero no solo de la línea directa ya conocida, sino también de las ramas laterales, los Rashleigh y los Harrington. Aunque, por desgracia, de estos no tengo todavía muchos datos. —Giró la hoja para que Orlando pudiera verla bien—. Arriba del todo está Henry Hawkins Tremayne, por supuesto, fundador de los Jardines de Heligan, casado con Harriet. Solo tuvieron un hijo, John Hearle, que a partir de 1829 fue el propietario de Heligan. John Hearle Tremayne se casó con Caroline Lemon y tuvo seis hijos con ella; su hijo, que también se

llamaba John, heredó luego Heligan. Caroline tenía una hermana llamada Isabella que estaba casada con un tal Anthony Buller, que se marchó a la India con toda la familia para trabajar allí como juez durante unos años.

Mientras hablaba iba dibujando algunas líneas que enlazaban los nombres que ya tenía escritos.

—Luego tenemos a la hermana de Henry, Grace, a su esposo Charles y a sus cuatro hijos: tres hijas y un hijo. —Trazó una línea que cruzaba toda la hoja—. Y ahora llegamos a los otros miembros de la familia, menos conocidos. Damarys Tremayne, pariente de Henry, que lo acompañó en su *grand tour*. Se casó con Julian Harrington, un náufrago que luego fue guardabosques de los Tremayne. Damaris y Julian tuvieron al menos un hijo en común que se llamaba Avery.

—Ah, «ese» Avery. ¿Fue ese el que acabó en la India?

Lexi le miró sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

Orlando sacó las manos de los bolsillos y levantó los hombros a modo de disculpa.

—Me lo ha contado Eliza.

—De acuerdo. Y luego tenemos también a Allie —supuestamente Allison— Tremayne, la hermana de Damaris. Todavía no sé mucho sobre ella, ni siquiera si estaba casada o tenía hijos. Es muy complicado. —Dejó el cuaderno a un lado con un gesto de frustración —. Tal vez no sea muy buena idea hacer un árbol genealógico. Es muy difícil averiguar quién estaba casado con quién, cuántos hijos tuvo cada uno y qué fue de ellos. Será mejor que me centre en los hechos conocidos y me limite a los miembros oficiales de la familia Tremayne.

—Será lo mejor. —Orlando se echó las largas rastas hacia atrás—. Entonces mucha suerte. Me voy.

Lexi vio cómo abandonaba el jardín por un paso en el seto y luego volvió a concentrarse en el árbol genealógico de su cuaderno. No, no tenía sentido, disponía de muy poca información. Sería mejor abandonar la idea.

Dejó vagar la mirada por el estrecho jardín bordeado en parte por

un muro de ladrillo en cuya parte central, sobre un zócalo de piedra, se encontraba el reloj de sol que le daba nombre. La varilla metálica lanzaba una sombra clara sobre la superficie con los números. Algunos visitantes paseaban por el jardín charlando en voz baja.

El reloj de sol llevaba allí mucho tiempo. La imagen más antigua que Lexi había encontrado era de 1908, y también aparecía en una de las fotos de la tía Filly.

Ahora que se dedicaba a elaborar árboles genealógicos también podía tratar de hacer el suyo propio. Abrió el cuaderno por una hoja nueva y en la parte baja escribió el nombre de su madre: Constance Andrews, de soltera Davies. Encima anotó el nombre de su abuela ya fallecida, Violet Davies, de soltera Butterworth, y al lado el de su hermana Phyllis, a la que todos llamaban Filly. La madre de Filly y Violet se llamaba Susannah, era la niña pequeña que aparecía en una foto con sus padres. Susannah, que supuestamente era una Tremayne. No, solo los cinco primeros años de su vida, según había dicho Filly.

¿Y pasaría esos cinco primeros años en Heligan? La foto solo demostraba que los antepasados de Lexi habían visitado Heligan. No que vivieran allí.

Aunque la presencia del monito, el señor Pepper, que supuestamente pertenecía a Susannah, sí parecía indicarlo. No se habría llevado al animal a una visita turística. Todo resultaba muy enigmático.

Se lo había contado a Ben, pero él también lo había puesto en duda.

—¿Estás segura de que la has entendido bien? —le había preguntado.

—Sí, estoy segura. Y luego está el botón con el escudo. Era la primera vez que lo veía.

—No sé. Por muy bonito que suene todo… creo que tu tía Filly se ha hecho un pequeño lío.

Sí, eso creía también Lexi.

Era todo bastante confuso, y lo único que podía arrojar algo de luz en aquella oscuridad se había extraviado entre los recuerdos.

¡No, quizá lo único no! Lexi se llevó la mano a la frente. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Aún quedaba otra persona.

—¿Emilia? ¡Oh, qué alegría verte otra vez! Tu padre está fuera con unos alumnos nuevos de buceo, pero así podemos hablar un poco. Espera, pongo bien la cámara. —La imagen de su madre se movió un poco en la pantalla del portátil de Lexi cuando Constance Andrews colocó bien la cámara de su ordenador. Luego se sentó. De fondo se veía una pared de su casa en la playa y un reloj. En las Maldivas eran las doce y media del mediodía. Contando con la diferencia horaria, Lexi había esperado hasta el día siguiente para llamar a sus padres por Skype.

Después de contarse las últimas noticias, enseguida Lexi pasó a hablar de lo que le interesaba.

—Mamá, he ido a ver a la tía Filly.

—¿A la tía Filly? —Su madre soltó un suspiro de alivio—. ¿Entonces sigues en Inglaterra? ¡Eso me tranquiliza!

Lexi asintió impaciente. Hablarle a su madre de su visita a la residencia entrañaba un cierto riesgo, pero creía poder hacerlo. Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no sabía nada de Rob.

—¿Te acuerdas de la madre de la tía Filly y la abuela Violet?

—¿De mi abuela Susannah? Naturalmente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque Filly dijo algo muy raro. Asegura que, en los cinco primeros años de su vida, su madre no era una Hayford. —Hayford era el apellido de los tatarabuelos de Lexi por parte de madre. Lexi no mencionó el apellido Tremayne por seguridad. Sería muy fácil deducir dónde se encontraba—. ¿Sabes si Susannah era adoptada o algo parecido?

—¿Adoptada? —Constance arrugó la frente, luego sacudió la cabeza —. No, querida, no he oído nunca nada sobre eso. Y, por desgracia, ya no podemos preguntárselo, murió hace muchos años. Pero si fue así, yo no sé nada al respecto. Supongo que entonces no se hablaba de esas cosas. Ya sabes, la gente era antes más cerrada y siempre estaba pendiente de dar una «buena impresión». —Pronunció estas últimas palabras con tal arrogancia que Lexi tuvo que reírse. Constance también lo hizo.

Luego se puso muy seria de repente.

—Tu novio ha llamado aquí.

—¿Ben? —preguntó Lexi irritada. No creía haberle dado la cuenta de Skype de sus padres. Por otro lado, solo se podía encontrar a alguien por Skype si se conocía su nombre y su localización. ¿Pero por qué iba a llamarles Ben?

—No, debería haber dicho tu exnovio. Fue Rob.

Lexi se quedó helada.

—¿Él… Rob os ha llamado? ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—No pensé que fuera importante. Y tampoco dijo nada.

—¿Qué quería? —preguntó Lexi sin fuerzas. Oyó su propia voz como amortiguada.

—Quería hablar contigo. Dijo que había oído que estabas con nosotros aquí, en las Maldivas.

—¿Y? —Lexi no podía soportar tener que sacarle a su madre las palabras con sacacorchos.

—Nos dijiste que no debíamos revelar dónde estabas bajo ningún concepto…, algo que, por otro lado, tampoco sabemos —mencionó Constance a modo de reproche—. Así que le dije que estabas de viaje y no sabía cuándo volverías. Hice bien, ¿no?

—Perfecto —respondió Lexi con voz apagada—. ¿Y después?

—Nada más. Dio la conversación por finalizada y se despidió.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer. No, antes de ayer. Lo sé porque justo cuando iba a salir a tender fuera la ropa sonó la llamada de Skype.

—¿Y no has vuelto a saber nada de él?

—No. —Constance trató de ver lo que había detrás de Lexi—. Apenas puedo ver nada de fondo. ¿Es esa tu nueva casa? ¿No vas a decirnos dónde estás exactamente? ¿O qué está pasando? Por lo que he entendido, ya no estás con Rob…, aunque creo que incluso después de una discusión pueden arreglarse las cosas. ¿Pero por qué tienes tanto miedo?

Lexi se frotó las palmas de las manos despacio. Se había sincerado con Ben. Tal vez debiera contarles todo también a sus padres.

Respiró hondo.

—Está bien. Pero mamá, por favor, lo que voy a contarte debe quedar entre nosotras.

Su madre asintió.

—Naturalmente. ¿Y qué pasa con tu padre?

—A él puedes decírselo, por supuesto. Pero a nadie más, ¿me oyes? ¡No debéis contárselo a nadie!

Una vez que su madre hubo jurado solemnemente guardar silencio, Lexi empezó a contarle a su madre lo mal que lo había pasado con Rob. Resultó más sencillo de lo que había pensado, probablemente gracias a que antes ya se había desahogado con Ben.

Cuando finalizó, su madre guardó un largo silencio.

—Mi pobre, pobre niña —dijo finalmente en voz baja—. ¿Por qué no nos lo has contado antes?

Lexi tenía un nudo en la garganta.

—Porque… no podía. Tenía demasiado miedo.

—¿Quieres decirme dónde estás ahora?

Lexi dudó. El pasado con Rob era una cosa, revelarles a sus padres dónde estaba, otra muy diferente. Podían ponerla en peligro… de forma inconsciente, claro. Bastaba con que supieran que seguía en Inglaterra.

—En un lugar seguro —dijo finalmente—. Más no quiero ni puedo desvelaros. Pero estoy bien.

No era verdad. Después de la llamada se quedó un rato como petrificada delante del ordenador, luchando contra un pánico creciente. Si Rob había llamado a sus padres era porque no se había rendido todavía.

Por otro lado, pensaba que ella estaba en las Maldivas. Se aferraría a eso.

# 32

# Lexi

*Jardines de Heligan, julio*

En los campos de cereales ya segados crecían algunas pequeñas amapolas dispersas, mientras los grajos picoteaban el suelo en busca de comida. En el jardín de los frutales, árboles y ramas estaban cargados de fruta: cerezas, grosellas y también las primeras uvas que aún tenían que madurar. Las maravillosas flores blancas del árbol de los pañuelos se habían caído; a cambio, los arriates de las plantas vivaces junto al muro del Jardín del Reloj de Sol formaban un mar de colores y formas en el que zumbaban las abejas y las mariposas revoloteaban de flor en flor. Lexi había leído en algún sitio que hacía más de cien años esta parte del jardín había sido descrita en una revista de jardinería como «el arriate de vivaces más bello de Gran Bretaña». Y seguía siendo así, pensó.

Ben y ella estaban pasando la noche —a pesar de que estaba prohibido, si bien no habían perjudicado a nadie— a cielo abierto en el Valle Perdido. Entre las altas hierbas cantaban los grillos, un viento suave susurraba en los árboles, y en el bosque cercano se oía el ulular de un búho. Era increíblemente romántico, y Lexi era feliz y estaba muy enamorada.

Todavía no le había contado a Ben que Rob había llamado a sus padres. No por desconfianza, sino porque todo lo que tuviera que ver con Rob quería meterlo en el último cajón de su mente y olvidarlo.

Y lo estaba consiguiendo.

La segunda parte de su exposición sobre Heligan iba tomando forma; pronto mandaría imprimir más paneles, entre ellos una vista de la evolución y transformación de Heligan desde sus comienzos hasta la mitad del siglo XIX. Para entonces Heligan se había convertido en un

jardín paisajista muy conocido y alabado que servía como ejemplo del gusto del momento. En el panel podría verse que a lo largo de los años habían surgido nuevos edificios, que el jardín del valle al sur de la mansión se había transformado en la Jungla actual y que al único estanque que existía hasta entonces se habían sumado otros dos.

También 1816, el «año sin verano», tendría su propio panel, en el que se explicarían no solo las causas de este fenómeno atmosférico, sino también las repercusiones que tuvo en la pintura y la literatura. Además, habría un árbol genealógico oficial de la familia Tremayne y algunas copias de las cartas que Lexi había fotografiado en Kresen Kernow.

Y, por supuesto, estarían también los cazadores de plantas del siglo XIX. El más conocido, sir Joseph Hooker, había sido el responsable de que en Heligan crecieran magníficos ejemplares de rododendros. Pero en su exposición se hablaría sobre todo de los cazadores de plantas menos conocidos, entre ellos Nathaniel Wallich y Avery Harrington. Wallich quizá no fuera tan famoso como Hooker, pero había publicado una extensa obra sobre la flora de Nepal. Y tampoco era un desconocido: daba nombre a una colección de los Jardines de Kew y a varias plantas, e incluso a un pájaro, el faisán de Wallich.

En esa época el hijo de Henry Tremayne, John Hearle, empezó a desbrozar el jardín del valle y a plantar allí los ejemplares exóticos que los cazadores de plantas recogían por todo el mundo. Por suerte, el clima de Cornualles había resultado muy adecuado para muchas de las plantas poco resistentes al frío que, llegadas desde lugares muy lejanos, habían ido encontrando poco a poco un nuevo hogar en la Jungla de Heligan.

Lexi y Eliza elaboraron un gran mapa sinóptico con la localización de las plantas exóticas subtropicales introducidas entonces. Por desgracia, no existían planos de esos tiempos, de modo que en algunos casos no pudieron averiguar cuándo se plantó cada ejemplar. Muchas de esas plantas más antiguas se encontraban en la Jungla —los helechos arbóreos de Nueva Zelanda, una secuoya gigante de California o dos magníficos ginkgos con sus hojas en forma de abanico procedentes de China—, pero también en otros sitios: el rododendro

de Hooker en Flora's Green, el árbol de los pañuelos en el Jardín del Reloj de Sol y muchos, muchos rododendros y camelias repartidos por todo Heligan.

Algunas de estas plantas tenían ya más de ciento cincuenta años, según le había contado Derek, el jardinero jefe, y formaban parte de un catálogo nacional. También le había explicado a Lexi que muchos de estos antiguos ejemplares exóticos habían sobrevivido sobre todo gracias a que habían estado mucho tiempo abandonados. Durante el largo letargo tras la Primera Guerra Mundial, las zarzas y la maleza que lo habían cubierto todo los habían protegido de las condiciones extremas del clima. Solo de ese modo los rododendros de Heligan lograron alcanzar esa altura.

En agosto maduraron las ciruelas, y el aire caliente del verano se impregnó del olor de las frutas fermentadas caídas de los árboles. Y, antes de que Lexi pudiera darse cuenta, el verano fue dejando paso a los días cada vez más cortos del otoño.

Siguió hablando regularmente, casi siempre por Skype, con sus padres, cuya escuela de buceo tenía mucho éxito. Para su alivio, Rob no se había vuelto a poner en contacto con ellos. Tampoco se lo contó a Ben. Rob era el pasado.

A mediados de octubre, cuando las gaviotas y las cornejas se posaban en los campos segados buscando alimento, comenzaron los preparativos de la fiesta de la cosecha. Con ese motivo se celebró en el jardín amurallado una exposición en la que se presentaron de forma artística los frutos recolectados: zanahorias, remolachas y chirivías, así como calabazas de todas las formas, colores y tamaños. Durante esos días los visitantes del huerto podían realizar también una visita guiada en la que se les explicaban los métodos de recolección antiguos. Lexi también hizo una de estas visitas. A través de aplicación descargada en el móvil fue escuchando un audio en el que conoció al jardinero jefe William Hovel y a sus ayudantes del siglo XIX, quienes habían fundado allí en Heligan uno de los jardines más productivos de toda Inglaterra. Se le hizo raro acercarse de ese modo a una parte del

pasado que llevaba tanto tiempo investigando. Cuando terminó la visita y se quitó los auriculares se sintió como una extraña en el presente. Le habría gustado quedarse más tiempo en el pasado.

El otoño llegó cargado de colores. Las hojas en forma de abanico de los ginkgos de la Jungla se tiñeron de un amarillo brillante, y Mud Maid, la escultura tumbada de gran que en primavera estaba llena de brotes verdes, ahora yacía en una cama de coloridas hojas de otoño como si alguien hubiera sacudido una manta sobre ella.

Apenas hubo pasado la fiesta de la cosecha comenzaron casi de inmediato los preparativos para Halloween. Toda ayuda venía bien, y también Lexi colaboró en la decoración del recorrido sujetando enormes arañas falsas entre las ramas. En los árboles colgaban pequeños fantasmas de tela, y una parte de los caminos estaba decorada con telarañas, de forma que se tenía la sensación de estar en un mundo mágico.

A finales de octubre los niños tuvieron una semana de vacaciones, y apenas se abrían las puertas de Heligan por la mañana el jardín se inundaba ya de pequeños visitantes con sus familias. Lexi no se lo había planteado hasta entonces, pero al ver a todas esas criaturas riendo y gritando de pronto sintió el deseo de tener hijos. Muchos, a ser posible.

Había mucho que hacer, y casi todos se quejaban.

Derek protestaba por la gran cantidad de calabazas decoradas que había que cortar para el concurso. Como jardinero jefe debía examinar todos los trabajos presentados y elegir el ganador, que tendría entrada libre a los jardines.

Ben se quejaba de que todas las tardes parecía un minero. Le había tocado ayudar en la quema de carbón en el Valle Perdido, por lo que cuando se veían después del trabajo estaba cubierto de un fino polvo negro de los pies a la cabeza.

También Cait se lamentaba de que había muchos clientes en la cafetería y casi no tenía tiempo de hacer una pausa.

—Creo que ya no puedo ver una sola calabaza más —gruñó una

tarde lluviosa cuando se dejó caer junto a Lexi en el sofá—. Creo que hoy he metido en el horno más de cien *cornish pastys* rellenos de calabaza y luego he decorado otros tantos *muffins* con cobertura naranja. ¡Estoy empezando a odiar ese color!

Lexi se echó a reír.

—¿Qué? —pregunto Cait irritada—. ¿De qué te ríes?

—De que llevas días quejándote todas las tardes de lo mismo.

—¿En serio?

—Sí. Y porque estoy segura de que mañana temprano te irás a trabajar con la misma energía que todos los días para seguir decorando *muffins* con cobertura naranja.

Cait arrugó su nariz pecosa, luego asintió.

—Puede que tengas razón. Después de una noche durmiendo bien se ven las cosas de manera diferente. —Lanzó una mirada sorprendida a Lexi—. ¿Por qué estás tan relajada? ¿No tienes tú también mucho trabajo?

Lexi encogió los hombros.

—Sí, claro. Pero no lo veo así.

Una racha de viento empujó la lluvia contra el cristal.

—Vaya —dijo Cait mirando con escepticismo la oscura cortina de lluvia del exterior—. Cualquiera sale a pasear al perro.

—Por eso tenemos a Nelson —dijo Lexi. El gato levantó brevemente la cabeza al oír su nombre, pero enseguida volvió a cerrar los ojos somnolientos—. Me parece mucho más cómodo.

# 33

# Allie

*Willow Cottage, Heligan, mayo de 1825*

Un fuerte aguacero golpeaba la ventana de la casa de Allie y Tristan. A pesar de que era primavera, parecía más bien que se acercara el otoño. Eran las tres, pero con las nubes negras del cielo a Allie le daba la sensación de que ya estaba anocheciendo. Se alegraba de no tener ninguna tarea importante que hacer en aquella tarde de sábado. Ya había recogido sus plantas, las había atado en manojos y las había colgado para que se secaran. Ahora podía jugar a algo con Lowenna, que se encontraba con ellos como tantas otras veces. Su sobrina mayor se había quedado soltera y vivía con sus padres, Damaris y Julian, en Steward's House.

Allie ya había cumplido los cincuenta y a veces se sentía mayor. El invierno pasado había estado achacosa mucho tiempo —le dolían los huesos, y luego tuvo también una tos persistente— y todavía se estaba restableciendo.

Hacía poco que la Mansión Heligan se había vuelto a llenar de vida. John Hearle y su esposa Caroline, que habían tenido un hijo unas semanas antes, habían regresado a Cornualles por una temporada. Su actividad como diputado obligaba a John Hearle a viajar regularmente entre Londres y Heligan.

John Hearle y Caroline Tremayne habían pasado unos años muy duros. Se les habían muerto tres hijos. Uno solo sobrevivió seis horas, otro falleció a los trece meses y su primogénito, Harry, había muerto con nueve años después de sufrir una larga enfermedad. De eso hacía ya dos años, pero Allie no podía olvidar los desesperados intentos de John Hearle de encontrar ayuda médica para su hijo en cualquier parte de Londres y Cornualles. Harry sufría desde los seis años

calambres continuos, dolores de cabeza y trastornos visuales, y al final se fue debilitando cada vez más sin que ningún médico pudiera ayudarle.

La muerte del niño les afectó mucho a todos. Allie confiaba en que el nacimiento de un nuevo hijo trajera de nuevo la felicidad a la pareja.

El fuego ardía en la chimenea, la temperatura era muy agradable en su pequeño hogar. Frances, que seguía ayudándola en las tareas domésticas, tenía el día libre, por eso de cena habría solo un poco de carne asada fría con pan y verduras. Denzell, su joven criado, se había instalado delante de la chimenea y miraba el fuego ensimismado. Tenía catorce años y, de momento, era el último de la larga serie de niños deshollinadores que habían encontrado un hogar junto a ellos. Era algo ingenuo, pero muy trabajador y siempre dispuesto a aprender.

Lowenna sacó los palillos de mikado de su funda, los agarró con la mano cerrada, los sujetó derechos encima de la mesa y los soltó. A su sobrina le gustaba mucho jugar, sobre todo al mikado, a pesar de ser un juego infantil. Los palillos cayeron sobre el tablero de la mesa con un alegre tintineo.

Tristan, que estaba sentado junto a la ventana, había dejado caer su periódico.

—Creo que John Hearle y Caroline tienen visita —dijo—. Acaba de llegar un coche de caballos.

Lowenna levantó la mirada.

—¿Serán los Buller?

Anthony e Isabella Buller habían regresado hacía poco a Inglaterra después de su larga estancia en la India.

—¿De verdad han pasado diez años? —preguntó Allie. Todavía recordaba muy bien el día que los Buller fueron a Heligan a despedirse antes de embarcar con sus seis hijos rumbo a la India—. Es increíble cómo pasa el tiempo.

Esa noche se celebraría una gran cena en la Mansión Heligan en honor a los Buller. Antes se reunirían a tomar el té.

—Tengo tanta curiosidad por oír todo lo que Isabella y Anthony

tienen que contarnos sobre la India —dijo Lowenna.

Allie lanzó una mirada rápida en dirección a Tristan. Aunque nadie dijera nada, todos en la habitación sabían lo que los demás pensaban: qué habría sido de Avery, su sobrino y hermano respectivamente. Allie suspiró de forma inaudible. Hacía ya algunos años que había llegado la última —y única— carta de Avery, cuando les comunicó que tenía previsto irse con un médico y botánico danés a una expedición por Nepal. Desde entonces no habían vuelto a recibir una sola línea suya. Pero al igual que su madre, Damaris, Allie también se negaba a creer que pudiera haber muerto.

La fuerte lluvia había cesado, ahora solo se oían las gotas en el tejado de vez en cuando. Allie volvió a concentrarse en el juego, cuyos finos palillos de marfil estaban mezclados sobre la mesa entre Lowenna y ella.

—¿Qué hay de nuevo en el mundo, hermano? —preguntó Lowenna mientras retiraba con cuidado uno de los palillos sin mover ningún otro.

—En Londres se han iniciado las obras de construcción de un túnel bajo el Támesis —leyó Tristan—. De momento están abriendo un gran pozo en la orilla sur. Para ello se va a construir un anillo de hierro de cincuenta pies de diámetro sobre el que se levantará un muro de ladrillo.

—¿Para qué? —preguntó Allie con interés.

—Para la máquina de vapor. —Tristan pasó la hoja del periódico para leer la página siguiente—. Aquí pone que la máquina moverá las bombas que extraerán el agua del túnel. Todo junto pesa más de mil toneladas. Realmente sofisticado: los obreros extraerán la tierra por debajo del borde inferior del anillo, y luego todo el túnel irá descendiendo por su propio peso.

—¿Y eso funciona?

Él asintió.

—Al menos eso pone aquí. Cuando el pozo tenga suficiente profundidad comenzarán con la construcción del túnel. Será este mismo año.

—He oído —dijo Lowenna mientras retiraba el siguiente palillo—

que un joven francés ha desarrollado una escritura que pueden leer los ciegos.

Tristan dejó caer el periódico.

—¿Cómo es posible?

—Mediante puntos en relieve sobre el papel. Cada letra tiene un patrón diferente. —Lowenna apartó la mano al ver que había movido uno de los palillos—. Me imagino que debe ser horrible no ver nada de pronto. Si pienso…

Se interrumpió al oír que llamaban a la puerta.

Tristan le hizo una seña al chico tumbado delante de la chimenea.

—Denzell, mira a ver quién es.

El joven se levantó, se acercó a la puerta y la abrió. Allie le oyó hablar brevemente con alguien, luego volvió a cerrar la puerta.

Tristan lanzó una mirada de sorpresa a Allie, luego le preguntó al chico:

—¿Quién era?

Denzell se encogió de hombros.

—Un farsante —dijo en dialecto córnico.

Tristan enarcó las cejas en un gesto divertido.

—¿Cómo sabes que era un farsante?

—Porque dice que es su hermano. Pero usted no tiene ningún hermano. Y no se parecía a usted. Seguro que era un farsante. —Denzell asintió como para reafirmarse en su suposición e hizo ademán de volver a acomodarse delante de la chimenea.

Tristan se había puesto de pie nada más oír la palabra «hermano», y Allie apoyó las manos en la mesa y también se incorporó.

—¿Hermano? —repitió Lowenna. Empujó la silla hacia atrás con un fuerte ruido y se levantó de golpe.

Volvieron a llamar a la puerta. Tristan fue más rápido que Lowenna y fue él quien abrió la puerta. Allie pudo oírle gritar sorprendido.

—Avery —sonó luego su voz ahogada—. ¡Oh, Dios mío, no… no puede ser!

Tras él Lowenna también soltó un grito de alegría y salió de la habitación sobrepasando a Tristan. A Allie se le aceleró el corazón. ¿Estaría soñando?

—¡Tristan! ¡Lowenna! —Era otra voz… tanto tiempo no oída y a pesar de todo tan familiar…

Allie se acercó a la puerta, y allí estaba él, Avery.

—¡Tía Allie! —exclamó. Soltó a su hermana, envolvió a Allie con sus brazos sin ningún miramiento y la levantó en vilo—. ¡Sigues siendo tan pequeña y ligera como te recordaba!

¡Era él, su sobrino Avery, el hijo de Damaris y Julian! Allie reía y lloraba al mismo tiempo. ¡Había vuelto, con vida y sano!

—Bájame —protestó no muy en serio, y él obedeció.

—Pero cómo… dónde… —Necesitó unos segundos para ordenar sus ideas. Luego ya lo tuvo claro—. Has venido con los Buller.

Él asintió sonriendo.

—Todo el camino, desde la India hasta aquí. Nuestro barco llegó hace unos días a Falmouth.

Siempre había sido un hombre bien parecido, pero ahora además le rodeaba un halo de exotismo. Se había hecho mayor, naturalmente, como todos los demás, sus rizos negros mostraban aquí y allá algún mechón gris, pero eso no le restaba atractivo. Tenía la piel muy bronceada, y con su vestimenta exótica podría haber pasado por un oriental sin ningún problema.

—Entra, hermano, eres mucho más que bienvenido. —Tristan se apartó un paso para dejarle entrar. Solo entonces vio Allie al niño que esperaba unos pasos por detrás de Avery y que también iba vestido con ropa india.

—Puedes hacer entrar también a tu criado, no tiene que esperarte ahí fuera.

Avery sacudió la cabeza sonriendo.

—No es mi criado —dijo—. Ven, Naveen, no tengas miedo. —Le hizo una seña y el pequeño se acercó con timidez: un niño de seis o siete años con la piel cetrina y el pelo negro—. Este es mi hijo.

Allie todavía no se lo podía creer. ¡Avery había vuelto! ¡Y tenía un hijo!

—¿Dónde está su madre? —quiso saber Lowenna planteando la

pregunta que Allie tenía en los labios. Su mirada se dirigió a la entrada—. ¿La has traído a ella también?

Avery la miró unos segundos sin decir nada, luego bajó la mirada.

—No, no la he traído. Pero ya os lo contaré todo.

—Seguro que Damaris está loca de alegría. Y Julian… —Allie enmudeció al ver la expresión de Avery—. ¿No los has visto todavía?

Él negó con la cabeza.

—Primero quería… pisar terreno seguro.

Allie reprimió una sonrisa. Aunque Avery ya tenía una edad —rondaría los cuarenta años—, en ese momento le pareció de nuevo un niño que tiene miedo de volver a casa.

—¿Cómo están? —preguntó.

—Bien. —Tristan asintió—. Papá tuvo que cuidarse mucho después del infarto, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Papá ha tenido un infarto? —La preocupación nubló la mirada de Avery.

Tristan encogió los hombros.

—Ya está bien. Y ahora venga, vamos a verlos.

Avery vaciló de forma ostensible.

—Yo… no estoy seguro de que quieran verme. Es decir, es con papá con el que no estoy tan seguro. Mamá seguro que se alegrará.

—¡Claro que quieren verte!

Y ahora recorrían todos juntos muy despacio el camino hasta Steward's House. Tristan se había adelantado unos pasos para comunicar a sus padres la feliz noticia.

Damaris apareció en la puerta, probablemente algo más rolliza de como Avery la recordaba, aunque por lo demás no había cambiado mucho. A pesar de sus sesenta y un años, en cuanto vio a su hijo corrió hacia él y se lanzó a su cuello.

—¡Avery! —gritó—. ¡Avery, eres tú!

Allie apartó la mirada de ellos y vio a Julian junto a la puerta. Avery se separó de su madre y se acercó lentamente a su padre, que le miró de arriba abajo, de la chaqueta de vivos colores a las botas robustas.

—Buenos días, papá.

—Avery.

Se estrecharon la mano. Demasiado formal para la ocasión, según le pareció a Allie, pero al menos lo hicieron.

—Lo siento —dijo luego Avery con voz apagada, y Julian asintió.

—Está bien. No hablemos más de eso.

—¿Cómo estás?

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Julian.

—Estás otra vez aquí. Ahora estoy bien.

—Me alegra oírte decir eso. —Avery también sonrió, y Allie pudo apreciar su expresión de alivio. Luego acercó al niño—. He traído a alguien. Mi hijo. Tu nieto. —Puso ambas manos sobre los hombros del pequeño y se inclinó hacia delante—. Naveen, este es tu abuelo. Vamos, preséntate —le dijo en voz baja.

El niño miró a Julian con sus grandes ojos oscuros.

—Mi nombre es Naveen Julian Harrington —dijo con su limpia voz infantil.

Allie se mordió el labio para no echarse a llorar. Avery le había puesto a su hijo como segundo nombre el de su padre. Hacía mucho tiempo que no veía a Julian tan emocionado.

—Me alegro mucho de conocerte, Naveen —dijo. Su mirada volvió a su hijo—. Y también me alegro mucho de verte, Avery.

Y, para su alegría, Allie vio cómo Julian se acercaba a su hijo y lo abrazaba. Damaris y ella cruzaron una breve mirada.

Notó que alguien le tiraba de la falda. Naveen estaba junto a ella y miraba alternativamente a su padre y a su abuelo con cara de asombro.

—¿Por qué llora papá? —susurró—. ¿Está triste?

—No, Naveen, no está triste —respondió sonriendo—. También se puede llorar cuando se es muy muy feliz.

Todos estaban muy felices. Henry Tremayne, que ya tenía ochenta y cuatro años y estaba encorvado como un árbol nudoso, organizó un pequeño banquete para celebrar la ocasión. Isabella Buller estaba visiblemente embarazada, lo que no parecía suponer un inconveniente

para ella. Tenía previsto viajar a Francia en pocas semanas para visitar a otra hermana.

Fue una velada maravillosa. Anthony Buller y Avery la amenizaron con historias y anécdotas de su estancia en la India. Pero no solo tenían aventuras que contar, sino que además habían traído consigo muchas cosas que fueron mostrando poco a poco. Una caja con una colección de especias exóticas, de las que Allie conocía solo la mitad: aromática canela, semillas de cilantro con matices de frutos secos, cardamomo de un dulce sabor cítrico, raíces de cúrcuma con un seco gusto terroso, además de comino, clavo, nuez moscada y, naturalmente, una pimienta que picaba en la nariz.

Avery había traído también un frasco pequeño de cristal con hebras de azafrán rojas y, como regalo especial para Allie, una cajita con resina de incienso. Le aseguró que era buena contra las enfermedades reumáticas y el dolor de huesos. A todo ello se sumaban unas vistosas telas de colores que entusiasmaron a Caroline y con las que seguro que se podrían confeccionar vestidos maravillosos.

Tras la cena, mientras Isabella y Caroline charlaban muy animadas en un extremo de la mesa —las hermanas llevaban muchos años sin verse—, los hombres presentaron sus hallazgos botánicos: numerosos paquetes cuidadosamente preparados con paños encerados y azúcar moreno que contenían ejemplares secos y semillas de plantas exóticas. Gran parte había sido recogida por Avery, otra por el botánico danés Wallich, a quien Avery apreciaba mucho. Cada planta llevaba una indicación con el lugar donde había sido recolectada y el aspecto que tenía ya crecida.

Allie observó a Henry, John Hearle y Avery inclinados sobre un cajón abierto. A los tres se les veía muy felices mientras examinaban todas las cosas traídas desde los lejanos países de India y Nepal hasta el salón de Heligan.

Lo que también despertó gran entusiasmo fueron los dibujos a color que acompañaban a las plantas. Damaris, que antes también había pintado mucho y muy bien, no se cansaba de contemplar las artísticas ilustraciones. Eran obra de dibujantes indios, o más bien de artistas indios, como reconoció sin envidia alguna. Las líneas estaban trazadas

con tal cuidado que se podía distinguir cada detalle, cada pequeño elemento de la planta.

—Y, por último, algo muy especial. —Avery extrajo de una caja que estaba llena de granos de azúcar moreno a modo de protección un último paquete envuelto en papel encerado y lo abrió. Dentro había un gran número de granos amarillos del tamaño del maíz—. Las semillas de *Cornus capitata*, un cornejo. Descubierto por mí.

En los dos dibujos correspondientes se veía un arbusto con vistosas flores amarillas que a John Hearle le gustó especialmente.

Lo que siguió fue un divertido relato del día en que Avery descubrió esta planta, junto con Wallich, en las montañas que rodeaban Katmandú y de cómo le dieron nombre juntos.

Pero Avery no mostró solo dibujos de plantas, también había traído algunas representaciones de paisajes de las tierras lejanas que había visitado: India, Nepal y Assam. Allie estaba encantada y no se cansaba de escuchar las historias.

Se hizo tarde. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse despierto, Naveen se había quedado dormido en un sillón junto a la chimenea. También a Henry se le cerraban los ojos de vez en cuando. Finalmente, el anciano señor de Heligan se disculpó; por mucho que quisiera seguir oyendo todas las aventuras que su ahijado había vivido, estaba cansado y debía acostarse. Y también era hora de que el pequeño Naveen hiciera lo mismo.

Esa fue la señal para que todos se retiraran, y se separaron con la promesa de que al día siguiente continuarían los relatos.

# 34

## Avery

*Steward's House, Heligan, mayo de 1825*

Avery se pasó la mano por la barriga. Aquel día habían sido invitados a comer en casa de sus padres. El menú había sido exquisito y abundante —paté de ave, cordero asado con salsa de menta y de postre crema de vino—, y ahora estaba tan lleno que por mucho que quisiera no podía dar un solo bocado más.

Está vez estaban *en famille*. Los Buller se habían marchado después del desayuno a Carclew, donde querían visitar al hermano de Isabella, Charles, y Naveen estaba dando una vuelta por la propiedad con John Hearle. El pequeño se había sentido decepcionado al ver que en Heligan no había ningún niño de su edad, tras lo cual el futuro propietario se había ofrecido a enseñarle los terneros y lechones recién nacidos. Naveen aceptó encantado y se marchó con John Hearle nada más terminar el almuerzo.

Y ahora estaban reunidos los siete: Avery, sus padres, Allie y su hermano Tristan, así como su hermana Lowenna. Y Henry, su padrino, que no había querido perderse los nuevos relatos de las aventuras de Avery.

—Y ahora, querido hermano —dijo Tristan, y dejó la servilleta sobre la mesa—, estamos impacientes por que nos cuentes lo que nos has ocultado hasta ahora.

—¿Cómo es que tienes un hijo? —preguntó Damaris antes de que Avery pudiera responder—. ¿Quién es la madre? ¿Por qué no la has traído contigo?

—¿Por qué no nos has escrito para decir que venías? —preguntó Julian.

—¿Por qué no has escrito? —añadió Lowenna con cierto tono de

reproche—. Pensábamos que habías muerto. Que lo mismo te había devorado un tigre. O te había atacado un elefante.

Dijo las últimas frases en broma, pero Avery se dio cuenta entonces del miedo que todos debían haber sentido por él.

Una criada entró, dejó otra frasca de burdeos tinto sobre la mesa y se retiró otra vez. Bueno, no podía comer nada más, pero todavía le quedaba hueco para el vino. Se sirvió otra copa.

—Bien, ya va siendo hora de que os cuente algunas cosas. —Dio un trago y dejó la copa sobre la mesa—. Ni he sido devorado por un animal salvaje ni me han matado los bandidos. Aunque sí he estado al borde de la muerte.

Se llevó la mano al bolsillo del chaleco y sacó un frasquito estrecho tapado con un corcho. Sonó un golpe seco cuando dejó el envase en la mesa. Dentro había unas piedrecitas de diferentes tamaños y de forma irregular.

—¿Qué es eso? —preguntó Lowenna con curiosidad.

Avery la miró a los ojos.

—Esto es lo que ha estado a punto de matarme.

Vio el desconcierto en los rostros de su familia. Solo en los ojos de Allie creyó ver un atisbo de comprensión y compasión.

Le hizo una seña con la cabeza, luego se sirvió otra copa, se la bebió de un trago y empezó a hablar. De su estancia en Madrás y su traslado a Calcuta, de su amistad con Wallich y la propuesta de este de que le acompañara en su expedición y del viaje a Nepal con el médico y botánico danés. Habló de la belleza de las montañas, de las salidas para recolectar plantas y de su relación con la falsa princesa Ishani. Contó sin encubrir los hechos cómo le había embaucado a él y les había engañado a todos, cómo tuvieron que salir de Nepal de forma precipitada y al día siguiente llegaron al río y ella desapareció con todo el dinero que les quedaba para el viaje. Narró cómo la había seguido montado en un mulo y le había obligado a devolverle el dinero. Hasta que un cólico le hizo derrumbarse.

Sus oyentes le escuchaban fascinados. Vio que su madre se estaba poniendo muy pálida, aunque no le interrumpió, sino que siguió escuchando su historia en silencio.

—Ishani podía haberse marchado —prosiguió—, pero cumplió su palabra y me llevó hasta Wallich.

A partir de ahí ahorró en palabras. Solo les habló del alarmante diagnóstico de Wallich y su posterior confirmación por parte del doctor Kapoor, un médico indio.

—Os ahorraré la descripción de la operación —dijo. Gestos de alivio y compasión entre sus oyentes. Aunque era a sí mismo a quien protegía: el recuerdo de la agonía de la intervención le resultaba demasiado espantoso—. Basta con saber que sobreviví. Aunque de milagro.

Allie señaló el contenido del frasquito de cristal.

—¿Entonces esas son las piedras que te quitó el doctor Kapoor?

Avery asintió con rabia.

—Todas y cada una de ellas.

—Qué horrible —susurró Damaris—. Mi pobre hijo. —Él vio las lágrimas en sus ojos. También su padre y su hermano trataban de contenerse, si bien con más éxito. Tristan parecía no encontrarse muy bien.

—Pero te devolvió la salud —dijo Lowenna.

—¿Y qué fue de Ishani? —preguntó Henry.

—Enseguida os lo cuento. Pero antes necesito beber un poco más. —Avery volvió a servirse más vino y vació la pequeña copa de un trago.

Aparte de los dolores de la herida, tras la operación se encontraba relativamente bien. Pero al segundo día empezó a tener una fiebre que le dejó postrado. Estuvo varios días entre la vida y la muerte. Según se enteró más tarde, durante ese tiempo no fueron solo Wallich y su mujer, Sophia, quienes se ocuparon de él, sino también Ishani.

—Creí que se había marchado —intervino Allie.

—Yo también lo pensaba. Pero seguía en casa de Wallich.

—¿Y Wallich permitió que esa… esa persona se quedara en su casa? —preguntó Lowenna—. ¿No tenía miedo de que le robara?

Avery se encogió de hombros.

—Podía ser muy persuasiva. De algún modo consiguió convencerle…

—Pero no lo entiendo —insistió Lowenna—. ¿Por qué se quedó?

¿No te… os había engañado y robado? Debía de tener miedo de que Wallich la entregara a la autoridad.

—Creo que sabía que no lo haría. Nos había sido de mucha ayuda durante el viaje, y eso él lo valoraba mucho. Creo que me quería a su manera. —Guardó silencio un instante, luego prosiguió—. Se marchó cuando ya estaba casi segura de que yo iba a sobrevivir. Entonces un día desapareció… sin despedirse, sin una sola palabra.

La recuperación había sido lenta. Pero en algún momento se encontró mejor, la herida se curó y él mejoró día a día. Aunque pronto se confirmó que había ocurrido lo que el doctor había mencionado como posible consecuencia de la operación.

Algo que no contó a su familia.

—Lo siento mucho, señor Harrington —oía todavía en su cabeza decir al médico indio tras la última revisión—. Podrá seguir manteniendo relaciones sexuales, pero me temo que ya no podrá tener hijos.

Tras recibir esta noticia funesta Avery cayó en una profunda depresión. Hasta entonces apenas había pensado en su posible descendencia, pero ahora que era imposible que la tuviera, la noticia fue un mazazo para él. No podría reproducirse. Jamás tendría hijos, nadie a quien dejar su herencia ni su apellido.

Pero de esto no dijo nada. Todavía era muy doloroso hablar sobre ello.

A ello se añadía el hecho de que echaba mucho de menos a Ishani. De acuerdo, ella le había decepcionado terriblemente, les había mentido y engañado a todos, y sin embargo: el amor que había sentido con ella era inolvidable. ¿Había sido fingido? No, sencillamente no podía creerlo. Hasta hacía poco había estado a su lado cuidándole. Seguro que no lo habría hecho si él no le importara.

Pero ahora se había marchado. Había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Probablemente estuviera en otra ciudad buscando al siguiente hombre rico al que poder embaucar con sus mentiras. Tal vez ahora asegurara ser una científica. O simplemente repitiera el cuento absurdo de la princesa que ha escapado de sus torturadores y, por desgracia, no dispone de medios para sobrevivir.

Bah, no servía de nada atormentarse. Se había marchado y él no volvería a verla nunca más, tenía que hacerse a la idea.

En ese momento Wallich fue un buen amigo para él. Para su alivio, el danés renunció a adoptar un tono engreído y nunca le restregó su error por las narices. Propuso iniciar las investigaciones para buscar a Ishani, pero Avery rechazó la idea. No quería arriesgarse a que su examante acabara en la cárcel.

Durante las semanas y meses siguientes vivió con Nathaniel y Sophia Wallich. Cuando no guardaba reposo ayudaba a Wallich, como hacía antes, en la catalogación y etiquetación de las numerosas muestras botánicas que habían traído desde Nepal. Y aunque al principio Wallich no quiso oír hablar de ello, Avery insistió en devolverle el dinero que había gastado en mantenerlos a Ishani y a él. Además, se hizo cargo de una parte del intercambio de cartas de Wallich con científicos y aficionados. Ese trabajo le distrajo un poco de la melancolía que amenazaba con apoderarse de él cada vez que pensaba en todo lo que había perdido.

Con el año nuevo había vuelto la estación cálida a la ciudad. Y entonces, un día de finales de febrero, cuando el calor resultaba insoportable en las calles, de pronto apareció Ishani.

Al principio Avery ni siquiera reconoció la figura harapienta que, una tarde en la que los Wallich había ido a visitar a unos amigos, apareció delante de la casa y pidió ser recibida. No quedaba ni rastro de su anterior encanto y elegancia. Ahora tenía delante a una mujer con la ropa sucia y el pelo revuelto y descuidado que parecía llevar mucho tiempo viviendo en la calle.

—Avery. Me alegra ver que te encuentras mejor. —Solo su voz seguía siendo la misma. Su voz y sus preciosos ojos almendrados.

—¿Qué quieres? —A pesar de sus frías palabras sentía el corazón acelerado. ¡Oh, cielos, seguía amándola!

Ella le miró durante un rato como si quisiera asegurarse de que realmente era él. Luego se abrió las ropas sucias que la envolvían y le mostró su abdomen terriblemente hinchado.

—Voy a tener un hijo.

Sintió una punzada de compasión al ver su cuerpo embarazado.

—Parece que no has esperado mucho a que tu siguiente galán te dejara embarazada.

—El hijo es tuyo, Avery.

Él soltó una risotada.

—Déjame que lo ponga en duda. Estás aquí para endosarme a tu bastardo. Pero no te va a funcionar, encanto. —Evitó decir que ya no podía tener hijos—. No te creo una sola palabra, Ishani… Charlotte. Ya me has engañado bastante.

Ella sacudió la cabeza y se sentó —despacio, como si le doliera, con las manos apoyadas en los riñones— en un banco delante de la casa. El mismo banco en que Avery se había sentado cuando ella le ayudó a llegar hasta allí.

—Estoy a punto de parir, Avery. Eso significa que este niño fue engendrado hace ocho o nueve meses. Tú sabes dónde estaba yo entonces.

Sí, lo sabía. Entonces él estaba en Katmandú con Ishani prácticamente día y noche. No había ningún otro hombre.

Eso solo podía significar una cosa.

—¿Es hijo mío? —susurró casi sin voz—. ¿Quieres decir que… voy a ser padre?

Ella asintió. Nada más.

Y a pesar de todas las dudas… quería creerla.

—¿Por qué vienes aquí ahora? ¿Por qué no me has dicho nada antes?

Ella agachó la cabeza.

—Porque suponía que me echarías enseguida. Pero ahora… —Cogió aire con fuerza—. Estoy enferma, Avery. Y no puedo tener al niño en la calle.

No tuvo que oír más. La mentira de la princesa que huía —o lo que fuera lo que le había contado a su nueva presa— le había funcionado hasta que no pudo ocultarle su vientre cada vez más prominente. Y ese nuevo amante no había sido tan ingenuo como para que pudiera atribuirle su embarazo, cuando hacía pocas semanas que la conocía, y la había puesto en la calle.

—¿Puedo quedarme aquí? ¿Al menos hasta que tenga el niño?

—Eso no lo decido yo —dijo él—. Pero intercederé por ti ante Nate.

Naturalmente, Wallich no se mostró muy entusiasmado. Al final fue su esposa Sophia la que, a pesar de las reticencias de su marido, decidió que Ishani podía quedarse en la Mansión Roxburgh. Wallich se encargó de que siempre hubiera un criado ante la puerta de su habitación para evitar que se llevara algo que no le pertenecía. Pero no era necesario. Ishani estaba tan agotada que dormía mucho y casi siempre estaba en la cama.

A los pocos días comenzaron las contracciones, como si el niño hubiera estado esperando a que su madre encontrara un lugar seguro. Y Avery se sorprendió a sí mismo dando vueltas muy nervioso por las habitaciones de Wallich.

El parto duró toda una noche y gran parte del día siguiente, hasta que los gritos de Ishani cesaron por fin en algún momento de la tarde.

Cuando poco después Sophia Wallich se acercó a él con un pequeño bulto en los brazos, de pronto se sintió tan mareado que tuvo que sentarse.

—La madre está bien, aunque muy débil por el gran esfuerzo —dijo, y se giró para que pudiera ver a la personita envuelta en una sábana blanca—. ¡Enhorabuena, Avery! Tienes un hijo.

Por deseo de Ishani el niño recibió el nombre de Naveen, al que Avery añadió el de Julian, el nombre de su padre. El bautizo tuvo lugar en casa de Wallich. Un sacerdote anglicano celebró una pequeña ceremonia nada espectacular. Por lo demás, Ishani mostraba una extraña indiferencia hacia el niño. No lo descuidaba, pero tampoco se desvivía por él. Era como si con el parto hubiera cumplido ya con su obligación. Casi siempre se ocupaba del lactante un ama de cría indígena a la que ya había contratado Wallich para su propio hijo.

La tregua duró poco. Una mañana, dos semanas después del nacimiento de Naveen, Avery despertó de un mal sueño y oyó a su hijo gritar. La nodriza llegó a la vez que él y cogió a Naveen en brazos para consolarlo. La cama que había ocupado Ishani estaba vacía y sobre la colcha había una pequeña carta dirigida a él.

Avery desdobló el papel con manos temblorosas.

«Perdóname, Avery —ponía en una letra grande y redonda—. Pero no valgo como madre. Dejo al pequeño Naveen (tu hijo, de eso estoy segura, mira sus ojos) bajo tu custodia. Por favor, cuídalo bien.

Con cariño,

Ishani (Charlotte Ishani Watson)».

Avery lo había intentado. Había intentado ser un buen padre para el niño, pero no lo conseguía. La nueva marcha de Ishani le había afectado profundamente, y aunque tenían una nodriza que se ocupaba del bebé, el niño le destrozaba los nervios con sus continuos lloros y exigencias. Y así decidió, con gran pesar, dejar a su niño en un orfanato de Calcuta donde se ocuparían mejor de él.

Pero cuando se encontró entre los muros de la institución, con su hijo en brazos, y vio los numerosos rostros oscuros de los huérfanos que le miraban fijamente, se preguntó qué estaba haciendo. ¿No había sufrido durante semanas porque jamás podría ser padre? ¿Cómo podía, entonces, entregar a su hijo?

Y de pronto le golpeó el recuerdo del destino de su hermanastro Tristan, quien en su infancia había tenido que vivir unos años en un orfanato antes de que Damaris, Allie y Henry lo encontraran. No quería ni podía obligar a su propio hijo a seguir ese mismo destino.

Ese niño en sus brazos, su hijo, tenía un padre.

Una nueva alegría de vivir lo inundó. Ya no era responsable solo de sí mismo. Y aunque hasta entonces lo había rechazado, esta vez sí empezó a investigar sobre Ishani. Su hijo tenía derecho a saber quién era su madre y dónde estaba.

Pero entonces, en agosto de 1818, una epidemia de cólera empezó a causar estragos en las calles y casas de Calcuta. Hubo muchos muertos, y Wallich se pasaba días enteros tratando a los enfermos. Poco después, cuando Naveen empezaba ya a sentarse, Avery recibió la noticia de que su antigua amante, Ishani, había sucumbido a esta enfermedad.

—Lo siento mucho, Avery —dijo Damaris—. Aunque seguro que no era una persona fácil, me habría gustado conocerla. Al fin y al cabo, era algo así como mi nuera.

—Gracias —murmuró Avery. Todavía sentía un profundo dolor por la muerte de Ishani—. Naveen no sabe que su madre era una astuta estafadora. Cuando sea mayor y entienda las cosas se lo contaré, pero hasta entonces debe seguir creyendo que era una mujer que le quería mucho. Y yo también lo creo —añadió luego en voz baja.

—No hay que avergonzarse por amar —dijo Julian.

Avery le miró sorprendido y le hizo un gesto de agradecimiento con un nudo en la garganta.

Para su sorpresa, Avery no se vio afectado por el cólera. Ya había escapado de la muerte varias veces, casi empezaba a pensar que eso tenía que significar algo.

Los años siguientes estuvieron marcados por un cierto desasosiego. No aguantaba más en Calcuta, tenía que marcharse otra vez, escapar del agobio de la ciudad, ver algo nuevo, vivir aventuras. Por eso le vino muy bien que Wallich necesitara a alguien que fuera a recolectar plantas para él. Nathaniel había contraído la malaria y sufría continuos ataques de fiebre. Era conveniente que alguien hiciera los viajes por él. Y, así, las siguientes expediciones llevaron a Avery primero a los bosques del Indostán y luego a Assam, de donde volvió con un gran número de plantas desconocidas.

Durante las semanas y meses que él estaba de viaje su hijo se quedaba con los Wallich. Naveen les llamaba tía Sophia y tío Nate. En primavera, poco después del parto de Ishani, Sophia había dado a luz a una niña que fue bautizada con el nombre de Hannah Sarah, de modo que ahora había tres niños en casa de los Wallich.

El primogénito del matrimonio fue enviado a los cinco años a Copenhague con los padres de Nathaniel para que recibiera una educación europea. Cuando Naveen fue creciendo Avery también tuvo que pensar algo para su hijo. El niño, con su piel oscura y sus rizos negros, tenía un aspecto muy indio, pero su padre veía su futuro en

Europa. Debía ir al colegio en Inglaterra y conocer a su familia paterna.

Entonces se dio la circunstancia de que un día Avery coincidió en casa de los Wallich con Anthony e Isabella Buller, a los que hacía mucho tiempo que no veía. Los Buller, que ahora tenían ya nueve hijos, estaban preparando su viaje de regreso a Inglaterra. Wallich tenía previsto entregarles diversas muestras y semillas de plantas, para lo que necesitaba hacer algunos preparativos. Y como Avery también estaba pensando en el regreso, a comienzos de enero embarcaron todos juntos en un barco de la Compañía de las Indias Orientales que zarpó de Bengala con rumbo a Inglaterra.

Naturalmente, Avery habría podido quedarse en la India y mandar al niño bajo la tutela de los Buller. Pero Naveen era todo lo que tenía y no quería dejar a su hijo solo en un entorno para él desconocido. Y él también quería volver a casa. A Heligan. Para saldar por fin su deuda.

—¿Por qué no nos has escrito? —preguntó Julian cuando Avery hubo terminado—. Tu madre estaba muy preocupada. Y yo también —añadió tras una breve pausa.

Avery bajó la mirada.

—No podía. Me daba mucho miedo saber que había matado a Perys.

—¡Pero si no lo hiciste! —intervino Lowenna.

—Lo sé —dijo Avery—. Es decir, tardé mucho tiempo en saber que Perys había sobrevivido y estaba bien. No lo supe hasta poco antes de partir, para ser exactos, cuando hablé de ello con Anthony. Creo que jamás en mi vida me he sentido tan aliviado. A pesar de todo, ha llegado el momento de aclarar un par de cosas.

# 35

## Avery

*Mansión Heligan, mayo de 1825*

La gravilla crujió bajo las ruedas del carruaje abierto cuando el vehículo se detuvo en la entrada. Apenas hubo frenado el cochero los cuatro caballos que tiraban del coche, una mujer elegantemente vestida y con un gran sombrero se levantó de su sitio. A Avery se le aceleró el corazón de alegría cuando reconoció la esbelta figura de su hermana pequeña. La joven bonita que recordaba se había convertido en una auténtica dama. Su actitud distinguida cambió de golpe cuando él le tendió la mano.

—¡Avery! —exclamó, a punto de tropezar por las prisas por bajar del coche.

—¡Florrie! —dijo él mientras la sujetaba para ayudarla a mantener el equilibrio—. ¡Mi pequeña Florrie!

—¡Nada de Florrie! —Le dio un golpecito con el abanico cerrado en el brazo con un gesto juguetón—. Ahora soy una respetable esposa y madre, querido. —Luego dejó la coquetería y abrazó a su hermano—. ¡Me alegro tanto de que estés vivo! Y de que hayas vuelto.

—¿Así que ahora estás casada?

—Sí, quién lo habría dicho, ¿verdad? —Sonrió y se volvió hacia el hombre que había bajado del coche detrás de ella—. ¿Puedo presentarte a mi marido? Gordon Curfey, socio de una agencia naviera en Falmouth.

—Encantado, señor Curfey.

—Lo mismo digo, señor Harrington. He oído hablar mucho de usted.

Los hombres se estrecharon la mano y enseguida decidieron que podían tutearse, al fin y al cabo, estaban emparentados.

—Gordon será en breve copropietario de un buque de vapor.

Avery asintió con un gesto de aprobación.

—Estoy impresionado. —Se volvió de nuevo hacia su hermana—. ¿Y estos son tus hijos?

Ella sonrió con orgullo mirando a los dos niños de unos seis y siete años que seguían sentados en el coche.

—Mis dos hijos mayores, Bernie y Allan. Cuando oyeron que el tío al que no conocían había vuelto de la India con un hijo de su edad quisieron venir a toda costa. La pequeña Evie se ha quedado en casa con la niñera. Vamos, niños, saludad a vuestro nuevo primo. Así que tú eres Naveen —añadió dirigiéndose al pequeño que estaba junto a su padre y en ese momento le hacía una pequeña reverencia—. ¡Es igual que tú, Avery! —comprobó entusiasmada.

Mientras los adultos charlaban, los dos niños habían descendido del coche y corrían hacia Naveen. El pequeño estaba radiante: por fin tenía unos compañeros de juegos de su edad.

Florrie los miró con cariño, luego se colgó del brazo de Avery.

—Vamos, papá y mamá nos esperan. Pero tienes que prometerme que me contarás con detalle todo lo que has vivido estos años.

Avery refrenó su caballo cerca de la pequeña batería defensiva que Charles Rashleigh había mandado construir durante las guerras napoleónicas como defensa contra los franceses que merodeaban por allí. Desde allí arriba tenía una buena panorámica de los numerosos barcos pesqueros que en ese momento volvían al puerto de Charlestown. En ellos se acumulaban las sardinas de brillo plateado que los pescadores habían capturado con sus redes. En realidad, la temporada de las sardinas no empezaba hasta agosto, pero al parecer este año también resultaba rentable salir en junio. Las gaviotas graznaban mientras volaban en círculos sobre el puerto. Algunos pescadores ya habían atracado y descargado su pesca. Sus mujeres estaban preparadas: destripaban las sardinas y las iban colocando en barriles, entre capas de sal, para que se conservaran durante más tiempo. Había un fuerte olor a pescado. Era una imagen pacífica y conocida que Avery no veía desde hacía mucho tiempo, y disfrutó de

ella después de tantos años lejos de casa.

Deseó poder permanecer allí un rato más, a lomos de su caballo y observando a los pescadores y sus mujeres. Pero tenía algo que hacer y, aunque le resultaba sumamente difícil, quería dejarlo atrás cuanto antes. Observó el ajetreo del puerto unos minutos más y se dirigió tierra adentro.

Tras recorrer media milla llegó a su destino: Dupont Manor, la señorial mansión de la familia Rashleigh. Grace y Charles Rashleigh ya habían fallecido —Grace hacía cinco años y Charles, dos—. Y ahora la casa pertenecía a su único hijo, Perys.

Avery estaba muy nervioso cuando le dio su nombre al mayordomo que le abrió la puerta. Había escrito a Perys preguntándole si podía hacerle una visita. La respuesta de su antiguo amigo se hizo esperar. Cuando llegó al cabo de unos días resultó ser escueta y fría, aunque tampoco claramente negativa. Perys decía que viajaba mucho, por lo que no tenía mucho tiempo para recibir visitas, y fijaba una cita para ese día.

Como ya le esperaban, el mayordomo le guio hasta un salón en el que había algunas sillas finamente talladas y una mesita pequeña, y allí permaneció unos minutos mirando nervioso el papel pintado de rayas de la pared.

Cuando se abrió la puerta se levantó con el corazón acelerado.

—¿Avery? —Conocía esa voz. Pero no era Perys quien se acercaba a él.

—¡Martha! —Se acercó a ella con paso rápido y ambas manos extendidas. ¿Cómo podía haber olvidado a la hermana de Perys?

—Perys vendrá enseguida. Pero yo no quería hacerte esperar más. —Le cogió las manos y le miró con expresión de reconocimiento—. Tienes… muy buen aspecto —dijo, y un ligero rubor iluminó su pálido rostro.

—Tú también —dijo él, y esta vez era sincero.

Seguía sin ser una belleza, pero había convertido ese rasgo en una ventaja. La mujer que estaba frente a él no se parecía en nada al ratón gris al que había besado en Heligan. Oh, cielos, parecía haber pasado toda una vida… bueno, media. Martha era unos años mayor que él,

eso significaba que ahora debía tener unos cuarenta y cinco años. Su pelo, todavía castaño, estaba recogido en un moño en la nuca, a ambos lados de la cara le colgaban unos púdicos tirabuzones.

—¿Así que tú también vives aquí?

Vaya pregunta más tonta. Estaba claro que era así.

Ella sonrió con indulgencia y retiró la mano con un gesto amistoso.

—Mi padre legó la casa a Perys, pero yo puedo vivir también aquí.

—Mi más sentido pésame por la muerte de vuestros padres.

—Gracias. Muy amable de tu parte.

—Yo… —La miró a la cara, a los dulces ojos marrones—. Quería disculparme contigo, Martha. Lo que hice entonces fue imperdonable.

Ella negó un poco con la cabeza.

—¿Quieres decir que besarme fue algo imperdonable?

Jugaba con él. Estaba en su derecho. Sonrió inseguro y buscó una respuesta adecuada. Pero ella continuó hablando.

—Hace mucho tiempo que te perdoné, Avery.

—Siento un gran alivio. Gracias —se limitó a responder.

—Sentémonos. —Agarró la cesta de la costura que estaba junto a la ventana y se sentó junto a una mesa pequeña, donde se puso a bordar.

Avery también tomó asiento.

—¿Qué estás bordando? —preguntó más por cortesía que por curiosidad.

—Una cinta de bautizo. Para mi sobrino más pequeño. —Avery debió parecer confuso, porque luego añadió—. Para el pequeño John Tremayne. Su padre, John Hearle Tremayne, es mi primo, así que el pequeño John es sobrino mío en segundo grado. Ves, ya casi está terminada la J.

—Seguro que será muy bonita.

Observó un rato cómo cosía mientras buscaba un tema de conversación intrascendente, pero no lo encontró.

—He oído que tienes un hijo —dijo por fin ella rompiendo el silencio.

—Sí, así es. Se llama Naveen y tiene siete años.

—¿Y su madre ya no vive? Lo siento mucho.

—Gracias.

Siguieron unos minutos así, una situación forzada, aunque soportable. Avery le contó algunas cosas sobre Naveen, lo que le resultaba más fácil que hablar del pasado.

Al oír que se aproximaban unos pasos firmes y se abría la puerta del salón, Avery enmudeció.

Había sido un error ir hasta allí. Lo tuvo claro en el momento en que Perys entró en la habitación. Pero aguantaría y asumiría su responsabilidad.

—Mira —dijo Perys con frialdad. Llevaba la chaqueta azul de un uniforme de la Marina que le sentaba muy bien—. Avery Harrington. El hijo pródigo ha vuelto.

—Perys. Me alegro muchísimo de que estés vivo.

—Sí, puedo imaginármelo. Si estuviera muerto te habrían colgado. —Perys le lanzó una mirada despectiva—. Creo saber por qué estás aquí. Pero antes de que hablemos de ese… asunto me gustaría que le pidieras disculpas a mi hermana.

—Acaba de hacerlo, Perys —le interrumpió Martha antes de que Avery respondiera.

—¿De verdad? —Perys levantó una ceja—. Bueno, eso al menos te honra.

—Perys. —Se acercó un paso a él—. Probablemente no puedas perdonarme nunca, pero…

Perys se limitó a mirarle, expectante, sin decir nada.

Su silencio confundió a Avery, tanto que las frases que llevaba tiempo preparando parecían haberse borrado de su cerebro. Y, así, solo dijo lo que se le iba ocurriendo.

—Lo… lo siento mucho, Perys. No tenía intención de dispararte, pero ocurrió. Y cuando te vi allí tendido me aterrorizó la idea de que podía haberte matado. Y de que me metieran en la cárcel o me colgaran. —Bajó la cabeza—. Yo era débil, un cobarde. Mi padre me dijo entonces que debía asumir mi responsabilidad, pero no pude. Por eso hui. A la India.

Perys guardó silencio. Durante tanto tiempo que Avery pensó que no iba a decir nada más.

—No sé si ya estoy preparado para perdonarte —dijo finalmente.

—Tampoco espero que lo hagas. Solo quería que supieras lo mucho que lo siento y lo mucho que me arrepiento de aquello.

Perys asintió.

—Los primeros años te maldije y te deseé lo peor. —Se pasó las manos por el chaleco—. ¿Sabes lo que sentí cuando me extrajeron tu bala? El disparo me dio en el pecho. Hubo que esperar a que yo tuviera las fuerzas suficientes para aguantar la operación. Y luego necesitaron mucho tiempo para sacarla. Creo que no puedes ni imaginar los dolores que tuve.

Avery sacudió la cabeza de forma casi imperceptible. No le iba a mencionar a Perys que él había vivido una experiencia similar. No se trataba de eso ahora.

—No —dijo sin ninguna ironía en su voz—. Supongo que no puedo.

Había llegado el momento de entregarle su regalo. Sacó unas especias, un paquete de delicadas telas indias y los plantones de algunas plantas exóticas y lo fue depositando todo sobre la mesa pequeña y una de las sillas.

Esos obsequios hicieron que Perys se ablandara. Le desconcertó sobre todo el pequeño paquete de azafrán.

—Es realmente… generoso por tu parte, Avery.

—Era lo mínimo que podía hacer.

—Confío en que nuestra cocinera sepa valorarlo tanto como yo. Supongo que tendré que explicarle lo que se puede hacer con estas especias.

Mientras tanto Martha admiraba los coloridos diseños de las telas.

—Maravilloso —murmuró acariciando los tejidos. Luego se puso de pie, se dirigió a un pequeño armario y sacó algo de uno de los cajones —. Yo también tengo algo para ti. —Le tendió una varilla torneada acabada en una punta en la que había una pequeña pelota sujeta con una cuerda—. Para tu hijo. Pensé que lo mismo le gustaría tener un juguete. Ves, la pelota tiene un agujero y hay que lanzarla con habilidad para intentar capturarla con la punta.

Un *bilboquet*. Avery recordaba haber disfrutado de pequeño con ese juego de destreza.

—Muchas gracias, Martha, muy atento de tu parte. Seguro que le

gusta mucho.

—¿Así que tienes un hijo y eres viudo, según he oído?

Avery sacudió la cabeza.

—No estábamos casados. Pero por lo demás tienes razón. La madre de Naveen murió.

—¿Y qué tal se ha adaptado?

—Al principio echaba de menos a sus amigos de la India. Pero ahora ha conocido a Bernie y Allan, los hijos de mi hermana pequeña, y no para de contarme todo lo que le han enseñado. Al parecer, a cambio él les ha enseñado algunas palabras en hindi. —Se rio.

Martha también se rio.

—Me gustaría —dijo— que nos contaras algo de la India.

Y así hizo. Narró un par de anécdotas, limitándose a los asuntos más intrascendentes. Sobre Ishani solo dijo lo mismo que siempre le había contado a Naveen: que era una bellísima mujer angloíndia a la que conoció en Nepal y con la que tuvo una breve pero feliz historia de amor antes de que muriera prematuramente de cólera, poco después del nacimiento de Naveen.

Perys se levantó y cogió una botella de brandy que había en un aparador junto a otras botellas.

—¿Tú también, Martha?

—No, gracias. —Se volvió hacia Avery—. Mi hermano siempre quiere hacerme beber, pero no lo va a lograr nunca.

Perys se encogió de hombros.

—Pero tú sí bebes conmigo, ¿no, Avery?

—Con mucho gusto.

Sirvió dos copas de brandy.

—Has cambiado, Avery.

Este le miró.

—¿Para bien o para mal?

Perys le devolvió la mirada y le ofreció una copa.

—No estoy del todo seguro. Pero creo que para bien. —Chocaron las copas—. Por ti, Avery. Por tu vuelta a casa.

Bebieron.

—¿Cuándo vuelves a marcharte? —Avery dejó la copa en la mesa

pequeña que tenía delante.

—Mi barco zarpa dentro de dos días.

—¿No estás casado?

Perys sacudió la cabeza.

—No, es incompatible con mi profesión. Como oficial de la Marina estoy fuera demasiado tiempo para ser un buen esposo para una mujer. —Pareció debatir consigo mismo, luego continuó hablando—. ¿Puedo pedirte algo, Avery?

—Naturalmente.

—Valoraría mucho que durante mi ausencia visitaras a mi hermana de vez en cuando.

¿Era eso algo así como una propuesta de reconciliación? Sintió un gran alivio.

—Sería para mí un gran honor y una alegría… en el caso de que a ti te parezca bien, Martha.

Esta bajó la mirada con modestia, pero sonrió.

—Sí, me parece bien. Aquí siempre serás bienvenido, Avery. Y la próxima vez trae a tu hijo contigo. Me gustaría mucho conocerle.

Cuando aquella tarde se despidió de Perys y Martha tuvo por primera vez en mucho tiempo la sensación de haber hecho algo bien.

El sol le daba en la cara a través de la ventana. Avery se giró de nuevo en la cama de su vieja habitación en Steward's House y se cubrió la cabeza con la colcha para seguir durmiendo un rato más.

Desde su regreso, Naveen y él vivían con sus padres. Ese arreglo le parecía todavía algo raro, pero también le resultaba bastante cómodo, pues de ese modo no tenía que perder el tiempo con otros asuntos y podía centrarse en sus propios intereses… entre los que todavía se contaban las largas veladas en las mesas de juego. Además, así hacía felices a sus padres: Damaris no se cansaba de estar con su exótico nieto, quien se iba adaptando cada vez más a su nueva vida.

Abrió los ojos parpadeando.

Algo era diferente. La casa estaba en silencio. Tan en silencio que le inquietó. No se oía el crujido de las tablas del suelo, ni el golpeteo

lejano de las cazuelas en la cocina, ni el murmullo de los criados. No se oían voces infantiles. Era algo… insólito.

Por otro lado, tampoco debía preocuparle. Ya había luz, pero, maldita sea, era verano y el sol salía muy temprano.

¿Qué hora sería? Buscó a tientas su reloj de bolsillo y lo miró con los ojos guiñados. Poco más de las siete. Casi de noche.

Nunca había conseguido madrugar si no era necesario. Pero había algo extraño en aquel silencio.

¿Dormiría Naveen todavía?

Se incorporó con un suspiro, cogió sus pantalones, se los puso sin gran cuidado y se dirigió a la habitación contigua, donde su hijo tenía su propio espacio. Pero la cama estaba vacía y sin deshacer.

Bajó la escalera descalzo.

Abajo tampoco había nadie. Ni en la cocina, ni en el salón, ni en otras habitaciones. Sobre la mesa de la cocina encontró pan recién cortado y una jarra de agua, seguro que alguien lo había dejado allí para él. Pero no había ni rastro de Naveen.

El día anterior Avery había estado jugando a las cartas con unos conocidos y se había hecho tarde. Probablemente le habían dejado dormir a su gusto. Era evidente que los criados tenían su día libre, y su madre y Lowenna, recordó de pronto vagamente, querían ir a Truro. Habrían decidido salir temprano.

—¿Naveen?

Que los adultos no estuvieran era fácil de explicar, pero ¿dónde se había metido su hijo?

Subió de nuevo al piso de arriba y miró en todas y cada una de las habitaciones, incluso en el dormitorio de sus padres, pero Naveen no estaba allí. Bajó la escalera corriendo.

¿Tal vez su hijo se había despertado temprano y había salido de la casa? Todavía no conocía bien la zona, podía haberse perdido, la propiedad era muy grande.

O estaría con Tristan y la tía Allie. Sí, era posible.

Se puso a toda prisa la camisa con la que había dormido. No tenía tiempo para calzarse las botas que estaban recién pulidas junto a la chimenea, así que se marchó descalzo.

Cuando salió de la mansión vio a Jim Gribble, uno de los arrendatarios de Heligan, arreglando una valla.

—¡Señor Gribble! —Avery se apresuró hacia él. Se le clavaban las piedras en los pies desnudos, pero no le importó.

—¿Sí, señor? —El hombre levantó la cabeza y cesó en su tarea.

—¿Ha visto a mi hijo? ¿Naveen?

—¿El pequeño indio? —Gribble se frotó la barba incipiente—. Sí, le he visto. Ha salido a caballo con el señor Harrington.

A Avery se le quitó un gran peso de encima. Naveen estaba con Tristan.

—¿Con mi hermano?

—No, señor, con su padre. Mire…, ahí están. —Gribble señaló el camino de herradura que llevaba hasta el bosque.

Avery miró en esa dirección.

Su hijo de siete años estaba a lomos de un caballo, muy orgulloso y más derecho que un pino, y tras él su abuelo Julian sujetaba las riendas. El pequeño parecía muy concentrado y estaba radiante de alegría, al menos eso creyó ver Avery de lejos.

Ninguno de los dos había visto a Avery todavía, y a este se le hinchó el pecho de emoción y satisfacción. Todavía recordaba que había habido un tiempo en que él también había cabalgado sentado delante de su padre. Le gustaría poder grabar esa imagen para siempre en su mente.

Avanzó unos pasos, y en ese momento su padre y su hijo levantaron la cabeza y le descubrieron.

Naveen alzó la mano y le saludó, y él le devolvió el saludo.

—¡El abuelo me ha llevado a dar un paseo a caballo! —exclamó en cuanto estuvieron junto a Avery—. Nos hemos adentrado mucho en el bosque. Y hemos estado en los estanques. Y hemos visto muchos peces.

—Muy amable por parte de tu abuelo —dijo Avery.

Levantó la mirada y vio la sonrisa de su padre. Era evidente que había disfrutado del paseo a caballo tanto como su nieto.

# 36

## Avery

*Mansión Heligan, junio de 1825*

Avery sintió un gran alivio al comprobar que su hijo se adaptaba tan bien a Heligan. Nunca se había considerado a sí mismo muy buen padre, y que Naveen pudiera conocer también al resto de la familia supuso para él una tranquilidad y una gran alegría.

No obstante, debía ir pensando en la formación escolar de su hijo, al fin y al cabo, ese había sido uno de los motivos por los que había regresado a Inglaterra. De momento, había contratado a un profesor que acudía a Heligan tres días a la semana para enseñarle a leer, escribir y hacer cuentas. Pero a la larga eso no sería suficiente, opinaron sus padres.

—Naveen se encuentra muy a gusto aquí —insistió él—. Conmigo y con vosotros.

—Sí, claro —dijo Damaris—. Pero aquí no hay niños de su edad. Los hijos de John Hearle son mucho más pequeños y, de todos modos, John y Caroline están casi siempre en Londres. Y los hijos de Florrie, que son más o menos de su edad, solo vienen de visita de vez en cuando. No, Avery, el niño necesita rodearse de amigos de su edad.

Tenía razón. Y así, sintiéndolo mucho, Avery decidió que al inicio del próximo curso Naveen iría al Grammar School for Boys, un internado para alumnos de primaria.

El tiempo era maravilloso, perfecto para lo que tenían previsto hacer aquel día. Docenas de pequeños retoños verdes esperaban, en varias carretillas, a ser plantados. Los jardineros y sus ayudantes estaban preparados, aunque también algunos habitantes de Heligan querían

colaborar en la plantación de los nuevos árboles: John Hearle, Lowenna, Tristan y Avery. Incluso el pequeño Naveen estaba con ellos. Henry Tremayne, el viejo señor de la propiedad, se había instalado con Allie y los padres de Avery en un banco de madera cercano y observaba el laborioso ajetreo.

Avery estaba impaciente. En las semanas anteriores había pasado mucho tiempo con el señor Roberts, el jardinero jefe de Heligan. Juntos habían introducido en la tierra cada una de las semillas de *Cornus capitata* traídas desde Nepal. Luego fue casi a diario al invernadero en el que las semillas estaban germinando bajo el cristal, hasta que, para su gran alegría, de la tierra oscura fueron surgiendo los primeros brotes verdes. Ahora casi todos se habían convertido ya en pequeños retoños que se alzaban hambrientos hacia el sol. Había cerca de quinientos.

Cuando aquel día empezaron a plantar en el exterior las muchas docenas de valiosos retoños, Avery estaba más nervioso que un niño pequeño. Las plantas exóticas tendrían que sobrevivir ahora al aire libre, sin la protección del invernadero.

Pero el clima de Cornualles parecía adecuado, pensó Avery, ni muy frío ni muy cálido y con lluvias suficientes. En el Himalaya, donde crecía esta especie, se daban más o menos las mismas condiciones. Confiaba en que las plantas arraigaran bien allí y llegaran a dar flores y frutos. Había oído que los frutos se comían, aunque él no había llegado a probarlos nunca.

A John Hearle le había gustado mucho la idea de Avery de no plantar los arbustos ornamentales habituales en el nuevo camino de acceso a la Mansión Heligan recién construida. Los sustituirían por los *Cornus capitata*. Si al menos una parte de ellos arraigaba y crecía, tal vez pudieran dar flores pronto. Sería la primera avenida de ese tipo en Inglaterra, probablemente incluso en toda Europa.

—Estoy impaciente por ver el aspecto que tendrá todo esto cuando florezcan por primera vez —dijo John Hearle, que estaba arrodillado a dos pasos de Avery y en ese momento introducía con cuidado un retoño en su nuevo emplazamiento.

—Estará todo precioso —le prometió Avery.

—Para ti es fácil saberlo… nos llevas ventaja, ya los has visto en plena floración.

—Yo solo soy el mensajero —replicó Avery en el mismo tono de broma y con las manos también hundidas en la tierra—. Tú eres el propietario. Tú has decidido plantarlos aquí.

—Siguiendo tu consejo. —John Hearle se limpió en un paño las manos manchadas de barro—. Además, todavía no soy el propietario. Mi padre es muy mayor, pero todavía goza de una salud sorprendentemente buena.

Asintió en dirección a Henry, quien desde su banco observaba atentamente cómo plantaban la avenida.

Estuvieron toda la mañana trabajando juntos, jardineros y habitantes. Y al fin lo lograron. Hasta donde se podía ver, la nueva avenida, que con una ligera pendiente llevaba desde Pentewan a la Mansión Heligan, estaba flanqueada a ambos lados por los pequeños árboles traídos de Nepal.

—¿Qué más vas a hacer hoy? —preguntó John Hearle mientras los dos se lavaban las manos en un cubo con agua.

—Escribir cartas —respondió Avery—. Wallich espera una respuesta. Un botánico al que no conozco quiere semillas y, como quizá ya sepas, la próxima semana llega un nuevo cargamento desde la India.

Wallich había enviado hacía poco desde la India más paquetes de semillas protegidas con azúcar moreno que Avery debía distribuir a herbarios de toda Europa. Algunos incluso se enviarían a las colonias americanas.

La correspondencia con Wallich y otros botánicos y vendedores de plantas de todo el mundo se había convertido en una parte importante de su vida. Ahora ya era casi un experto. Si antes era el señor Roberts, el jardinero jefe, el que lo sabía todo sobre las plantas, ahora era frecuente que este le pidiera consejo a Avery, sobre todo en relación a las nuevas plantas exóticas llegadas desde el extranjero.

A Avery le gustaba compartir sus conocimientos. Incluso estaba pensando en convertir el comercio de semillas y plantas extranjeras en su profesión.

Se secó las manos con el paño que John Hearle le tendió y observó a los jardineros que se alejaban hacia el huerto con las carretillas vacías.

—¿Has pensado en mi oferta? —preguntó John Hearle.

Avery suspiró.

—Sí, pero no he tomado ninguna decisión.

John Hearle le había propuesto que remodelara a su gusto una de las casas de los arrendatarios que se había quedado vacía y se trasladara a vivir allí.

—La oferta sigue en pie. Y piénsalo: aunque Naveen se marche pronto a Truro, es posible que no te quedes solo. Tal vez te cases y tengas hijos. En ese caso te vendrá bien tener tu propio hogar.

Avery sintió una breve pero dolorosa punzada. No, no tendría más hijos.

—Lo pensaré —prometió.

# 37

# Allie

*Puerto de Falmouth, Cornualles, principios de marzo de 1826*

Una gaviota volaba por encima de la cabeza de Allie enfrentándose al fuerte viento que soplaba desde el mar, casi parecía que estaba quieta en el aire. La jarcia del buque de tres palos con el sonoro nombre de Earl of Balcarres que estaba en el puerto crujía con el viento. Un par de cabos sueltos golpeaban contra los altos mástiles.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Allie había estado allí. Los últimos días se habían alojado todos —Damaris y Julian, Allie y Tristan, y también Lowenna— con Florence y su familia, que tenían una casa grande cerca del puerto. Falmouth, en el extremo suroccidental de Inglaterra, se había convertido en los últimos años en una importante y poblada ciudad portuaria. Ahora vivían allí muchas familias influyentes, les había contado Florence, que ya formaba parte de ese círculo ilustre.

En el puerto reinaba un gran ajetreo a pesar del fuerte viento. Los estibadores corrían de un lado a otro descargando el gran barco de la Compañía de las Indias Orientales lleno de provisiones, artículos de lana, víveres, leña, agua y todo lo demás que se necesitaba para el largo viaje.

Allie y Avery estaban algo apartados y observaban el trajín del puerto. A los pies de Avery había un gran petate; el resto de su equipaje ya estaba a bordo.

—Me gustaría que te quedaras —dijo Allie.

Tenía que hablar alto para que el viento no se llevara sus palabras.

—Lo sé —dijo Avery con el mismo volumen—, pero no puedo.

—Oh, claro que puedes —replicó Allie con un guiño—. Pero no quieres.

Avery lo reconoció encogiendo los hombros levemente.

—Cuando me marché hace años estaba huyendo. De la responsabilidad, del castigo. —Se apartó un rizo oscuro de la cara—. Ahora es diferente. Ahora quiero irme. Pensaba que ya me estaba haciendo suficientemente mayor como para establecerme aquí y que el comercio de plantas exóticas me llenaría.

—Pero no es así.

—No, no es así —confirmó él—. Tengo que ver más mundo antes de ser ya demasiado viejo para hacerlo. Sabes, tía Allie, a pesar de mi familia y de todos los demás, a veces me siento solo aquí. Es como si tuviera nostalgia, pero del mundo lejano. De las amplias llanuras de la India, de las montañas de Nepal, de todas las cosas que quedan todavía por descubrir.

—No estoy segura de entender bien lo que quieres decir. En realidad, yo no he ido más allá de Truro o Falmouth —dijo Allie—. Pero si lo pienso mejor creo que te comprendo. Siempre me has parecido una persona cansada de la vida que anda al borde del precipicio.

—¿Así me ves? —Se rio—. Pero sí, es posible que tengas razón. Que Wallich me haya preguntado si puedo acompañarle otra vez ha sido como un regalo del cielo.

Allie suspiró. La idea de que se marchara de nuevo, de que quizá no volviera a verle, era como una cuchillada en el corazón. Y, sin embargo, sabía que era lo mejor para él.

—¿Cuál es tu primer destino?

—Calcuta —respondió él—. Desde allí partiremos con una pequeña expedición hacia Birmania. Y luego iremos río arriba en un vapor de ruedas hasta Ava.

Avery se lo había explicado y también le había mostrado las cartas que habían intercambiado Wallich y él. Tras la guerra anglo-birmana, unos años antes, algunos territorios de Birmania habían pasado a la Corona inglesa. Una misión diplomática iba a viajar a esa zona para valorar las existencias de madera y, para ello, debían contar con un asesor botánico, entre otros.

Avery volvió a apartarse —en vano— un rizo oscuro que el viento le

había llevado a la cara.

—Acabemos cuanto antes. Odio las despedidas. Al menos las lacrimosas.

—¿Por eso no querías que tus padres y tus hermanas vinieran a despedirte?

Él asintió.

—Justo por eso. La idea de ver a mamá, a Lowenna y a Florrie llorando en el muelle me parte el corazón.

—¿Y crees que yo no voy a llorar?

Sonrió.

—No, tú no vas a llorar. Jamás te he visto llorar.

—Porque siempre lo hago a escondidas.

Avery se puso serio de repente.

—Prométeme que vas a cuidar de todos ellos, tía Allie.

Ella asintió.

—Lo haré —respondió con la misma seriedad—. Lo mejor que pueda.

—Sobre todo de Naveen.

Naveen estaba en el internado de Truro desde hacía poco tiempo, y en sus cartas se mostraba entusiasmado por la gran cantidad de amigos nuevos que tenía y por todo lo que estaba aprendiendo. A Avery le había costado mucho despedirse de su hijo, Allie lo sabía. Pero, en realidad, había sido Naveen quien había aconsejado a su padre que se marchara. Y, en algún momento, Avery tuvo que prometerle que regresaría y le llevaría con él a un gran viaje.

—Por supuesto —dijo Allie—. Y también cuidaremos de Martha, naturalmente.

La muerte de Perys, un año antes, les había dejado a todos consternados. Había contraído a bordo de su barco una fiebre no muy conocida. Martha no había querido quedarse sola en Duporth Manor, así que había vendido la casa y se había trasladado a un pequeño *cottage* cercano.

—Os escribiré a todos en cuanto pueda.

—Eso espero.

Él se quedó mirándola con cariño.

—Adiós, tía Allie.

—No, yo no te digo adiós. Yo te digo: hasta la vista, Avery.

Él le dio un breve abrazo, agarró su petate y se giró.

Allie le observó mientras subía al barco. Un último saludo con la mano, y luego desapareció.

# 38

# Lexi

*Jardines de Heligan, noviembre*

En los bordes de Flora's Green, la amplia extensión de césped cerca de la entrada de Heligan, se alzaban los gigantescos rododendros que, con sus casi sesenta yardas de diámetro, eran de los más grandes de Inglaterra. Ahora solo estaban cubiertos de un denso follaje verde oscuro, pero en primavera florecerían formando auténticas nubes de tonos púrpura y magenta. En su interior podía verse una maraña de ramas de color bronce.

Pero el objetivo de Lexi no eran los rododendros. Detrás, algo escondido en un rincón olvidado, crecía uno de los pocos ejemplares de *Cornus capitata* que todavía quedaban. Estas plantas las habían descubierto antaño Nathaniel Wallich y Avery Harrington en Nepal y habían llegado hasta Heligan a través de Anthony Buller.

También Avery, Lexi lo sabía, había regresado a Heligan. Al menos por un tiempo.

Ese árbol no le había llamado la atención hasta hacía poco, pero ahora que conocía su historia tenía una relación muy especial con él. En sus investigaciones en internet había descubierto unas páginas de un libro antiguo. *El gabinete floral*, rezaba el bello título, y una entrada del año 1833 se ocupaba también del *Cornus capitata*.

Probablemente incluyera ese fragmento en su exposición, al fin y al cabo, esa planta era una de las últimas supervivientes de los tiempos de los primeros cazadores de plantas de Heligan.

«Un arbusto de hoja perenne verdaderamente fastuoso». Tenía el texto grabado en su cabeza casi palabra por palabra. «Las semillas fueron enviadas por sir Anthony Buller a su pariente J. H. Tremayne, en cuyo jardín se plantaron. El doctor Wallich lo dio a conocer bajo el

nombre de *Cornus capitata*. El ejemplar más grande se encuentra ahora en Heligan, donde crece con gran exuberancia en el arriate de arbustos. Mide dieciséis pies de altura y florece desde hace varios años, pero este verano la floración ha sido más vistosa que nunca».

Bueno, ahora no estaban en verano, sino a finales del otoño, y el arbusto de hoja perenne del tamaño de un manzano estaba cargado de unos frutos redondos y rojizos que recordaban vagamente a las fresas o los lichis.

Supuestamente los frutos eran comestibles, al menos Lexi había visto a alguna que otra ardilla comiéndoselos. Arrancó con cuidado uno de los frutos de color rojo claro y lo mordió. Era dulce y jugoso y le recordó un poco al sabor de un plátano demasiado maduro. La semilla del tamaño de un grano de maíz era incomible, y la escupió.

Hacía frío y viento. No se quedó quieta mucho tiempo, sino que dio una pequeña vuelta por los jardines otoñales sin rumbo fijo.

En su paseo vio un arrendajo recogiendo bellotas. Las engulló una tras otra y luego salió volando. El ginkgo próximo al huerto había perdido ya casi todas sus vistosas hojas amarillas, que ahora formaban una alfombra de ese color a sus pies. Sus ramas desnudas recordaban a una esbelta bailarina con los brazos extendidos. Algunos trabajadores de Heligan barrían las hojas caídas sobre los caminos y el césped y las acumulaban en grandes montones.

Lexi se encontraba en un estado de ánimo algo extraño: se sentía sola pero no quería compañía. Ben se había marchado por la mañana a Portmellon con algunos de sus compañeros de trabajo para recoger algas en la playa. Según le había explicado, las algas marinas se extendían en los bancales de espárragos formando una gruesa capa para enriquecer el suelo y aportar importantes minerales a las plantas. No sabía cuánto tiempo les iba a llevar ni cuándo volvería. Se suponía que pronto. Pero todavía quería estar un rato sola.

Cuando llegó a la villa de verano, situada al norte, vio a Ben avanzando a ella.

—¡Aquí estás! —Era imposible no percibir su tono de reproche—. Llevo media eternidad buscándote. ¿Por qué no contestas el móvil?

—Perdón, lo he puesto en silencio. —Sacó su teléfono, miró la

pantalla y vio que había varios mensajes y llamadas perdidas, todos de él.

—¡Esto no puede ser, Lexi! Pensaba que te había pasado algo.

Ella le miró fijamente.

—¡Hablas igual que Rob!

—¿Cómo?

—Sí, muestras el mismo comportamiento posesivo.

—¿Posesivo? —repitió él incrédulo—. ¡Estaba preocupado por ti, maldita sea!

—No tienes por qué.

—Ah, ¿no? ¿Entonces quién me ha hablado de sus problemas con un ex que no está para bromas? ¿No debo preocuparme cuando no contestas mis llamadas? —Olisqueó una manga de su chaqueta—. Da igual. Tengo que quitarme esta ropa cuando antes, necesito una ducha. Después de estar en la playa huelo como un hurón.

Así era. A pesar de que Lexi no sabía cómo olía un hurón, notó que Ben desprendía un cierto olor a pescado, algas y agua de mar.

Pero al parecer él no había terminado todavía.

—¿Has sabido algo de Rob?

—No directamente.

—¿Qué significa eso?

—Ha llamado a mis padres —admitió.

—Ha llamado… Cielos, Lexi, ¿por qué no me has dicho nada?

—Espera un poco. Fue hace un tiempo.

—¿Cuánto?

Ella encogió los hombros.

—Un par de semanas.

Ben la miró desconcertado.

—¿Ese idiota llama a tus padres hace unas semanas y tú no me lo cuentas?

—No ha vuelto a dar señales de vida desde entonces. Y tampoco tengo por qué contártelo todo.

—Bueno, esas cosas sí.

—¿Qué soy? ¿Una niña? —Le miró con obstinación—. ¡Bah, déjame en paz! —Se volvió y avanzó unos pasos.

—¡Lexi!

Ella se detuvo, pero no se giró.

—Lexi, por favor. —Llegó a su lado, la agarró por los hombros y la volvió suavemente hacia él—. Lo siento. Es que… Desde que me contaste lo de ese chalado de tu ex tengo miedo por ti. Me importas, y mucho. Y no quiero perderte.

Ella, avergonzada, bajó la cabeza.

—Yo también lo siento. No sé por qué he reaccionado de ese modo.

—¿Porque te he recordado a Rob?

—No, claro que no. Perdóname por haberlo dicho.

—Entonces le echaremos la culpa a noviembre, nos pone melancólicos.

Ella levantó los hombros.

—Es posible. Tal vez se deba también a lo que he descubierto.

—¿Qué? —preguntó él preocupado—. ¿Algo sobre Rob?

—No, sobre Avery.

Ben se sintió visiblemente aliviado.

—¿Y qué es?

—Quería ver —dijo ella— si podía averiguar algo más acerca de él. Y de pronto se me ocurrió que podía investigar en los periódicos llegados desde la India en aquel momento. Y no solo en los de 1815, cuando él se marchó, sino también en los de algunos años más tarde. Así que me puse a ello… y he buscado su nombre en todos los archivos y buscadores posibles. Hasta mucho después de 1815.

—Y has encontrado algo. —Era una afirmación, no una pregunta.

Ella asintió y sacó un papel del bolsillo de su pantalón.

—En un libro del año 1838. Se titula *Obituario bengali*.

El subtítulo rezaba «Registro para recordar a los fallecidos, con datos biográficos de personas que han destacado en la historia de la India Británica».

—Y ahí he encontrado a Avery —añadió—. Aquí. Te lo leo: «En memoria de Avery Harrington, que nos dejó el 7 de octubre de 1838 a la edad de cincuenta y un años». —Tragó saliva, luego siguió leyendo —: «El señor Harrington había nacido en Heligan, Cornualles, el 4 de diciembre del año 1786. Era el segundo descendiente de Julian

Harrington, administrador de Heligan. En el año 1815 viajó por primera vez a la India. Regresó por un tiempo a Inglaterra, pero a partir de 1826 volvió a explorar territorios de la India, Birmania y Assam».

—Así que regresó a Inglaterra —dijo Ben—. Y luego volvió a marcharse a la India.

—Sí, así es. —Continuó leyendo—: «Según relató su acompañante, el señor Francis de Silva, el señor Avery Harrington murió en las montañas Khasi de Assam cuando trataba de alcanzar una magnolia poco común. Un resalte cedió bajo sus pies y se precipitó al vacío. Más tarde se rescató su cadáver, que fue enterrado en el cementerio de Shillong, en Assam». —Dejó caer la mano que sujetaba el papel.

—Uf —dijo Ben—. Es muy… fuerte. No me extraña que estés alterada.

—Sí, así es. Ya sé que murió hace mucho tiempo. Pero encontrar esta noticia me ha afectado de alguna manera. ¡Qué muerte tan terrible tuvo!

—¿A ti te parece?

—¿A ti no?

Ben sacudió la cabeza.

—No, en absoluto. Murió haciendo lo que le gustaba, y además fue una muerte rápida. Es posible que no se enterara de nada. A muchos no nos importaría morir así.

—Viéndolo de ese modo… Sí, puede que no fuera tan terrible para él.

Guardó silencio y se quedó mirando el mar y la bahía de Saint Austell.

—Creo que te vendría bien salir.

—¿Salir? ¿Quieres decir que me vendría bien irme de vacaciones?

—Algo así. Al menos uno o dos días o ver algo distinto.

—¿Ver algo distinto? —Sonrió y señaló el maravilloso paisaje con un gesto envolvente—. ¿Porque este entorno es horrible?

Él también sonrió.

—Exacto. Porque este lugar es horroroso.

—¿Y a dónde debería ir?

—Mi madre nos ha invitado. El próximo fin de semana. Podríamos marcharnos el sábado, quedarnos una noche allí y volver el domingo. Solo si tú quieres, naturalmente.

¿Por qué no? Llevaba mucho tiempo queriendo conocer a la familia de Ben. O al menos lo que quedaba de ella: su madre y su abuelo. Los padres de Ben estaban separados —su padre vivía ahora en Manchester— y su hermana había fallecido.

—Sí, no es mala idea. Así podría conocer por fin a tu madre. —Se puso de puntillas y le besó—. Quiero saber quién crio a este fantástico hombre que tengo a mi lado.

Arrugó la nariz al percibir el olor a pescado y algas que desprendía.

—Aunque será mejor que ese fantástico hombre vaya a ducharse ahora mismo.

El sábado del fin de semana del Día del Recuerdo fueron a Camborne, al norte de Cornualles, donde la madre de Ben vivía con su padre en una de esas típicas casas adosadas inglesas que parecen todas iguales. Estaba pintada en un alegre tono amarillo limón y tenía un pequeño y cuidado jardín delantero en el que crecían unas hortensias con las flores ya marchitas.

Lexi estaba algo nerviosa, al fin y al cabo, se trataba de la familia de Ben. Pero sus temores resultaron ser totalmente infundados: la madre de Ben («Llámame Anett») era una mujer muy amable, de unos cincuenta años, que enseguida le cayó bien.

—Ben habla siempre de ti —dijo Anett Pascoe dirigiéndole un guiño a su hijo—. Y ahora por fin puedo conocerte en persona. Pero vamos al cuarto de estar, enseguida traigo el té.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó Ben.

Su madre señaló con el dedo hacia arriba, luego se acercó a la estrecha escalera y gritó:

—Papá, ¿bajas? Ben y su novia están aquí.

—¡Está bien! —se oyó arriba al cabo de un rato.

Lexi tuvo que sonreír. Era casi lo mismo que hacía Ben.

Ya en el cuarto de estar Lexi vio en un estante un marco con una

foto pequeña de una mujer joven de pelo oscuro. Se detuvo y buscó a Ben con la mirada.

—¿Es… Rebecca? —preguntó en voz baja y un poco cortada. La hermana pequeña que había muerto de leucemia dos años antes.

Él asintió.

Poco después se oyeron unos pasos pesados en la escalera y allí estaba él, el abuelo de Ben: un hombre fuerte, de poco más de setenta años, con una pequeña barba blanca y el pelo también blanco recogido en una coleta.

—¿Puedo presentarte a mi abuelo Richard? Abuelo, esta es Lexi.

El hombre mayor le apretó la mano con fuerza.

—Richard Payne. Encantado.

—Lexi Davies.

Tomaron té y *cornish splits* caseros, unos pequeños panes dulces que acompañaron con nata y mermelada y que estaban realmente buenos. La madre de Ben les ofreció también unas pastas.

Después de comerse el último panecillo Lexi notó que la tensión había desaparecido. Y también la necesidad de causar una buena impresión. Ahora que estaban todos sentados alrededor de la mesa se sentía como en casa.

Hablaron sobre su trabajo y los preparativos de la gran exposición de Heligan, por la que se interesó mucho Richard, sobre los planes de Ben y sobre el desagradable jefe de Anett.

La madre de Ben trabajaba en un pequeño supermercado Costcutter, lo que significaba trabajar por turnos y los fines de semana.

—No es mi trabajo soñado —admitió con una media sonrisa—, pero me llega para pagar el alquiler.

—¿Entonces hace mucho que vive su familia aquí? —preguntó Lexi al abuelo de Ben, que estaba sentado a su lado en el sofá.

—Oh, sí. No siempre aquí, en Camborne, pero sí en Cornualles.

—Tienes que hablar un poco más claro, abuelo —dijo Ben con cariño—. Lexi es una chica de ciudad, una auténtica londinense, y podría tener problemas con tu cerrado acento córnico.

—No, sin problema. Ya llevo en Cornualles el tiempo suficiente para entenderlo casi todo. —Lexi pensó un instante—. *Wasson, shag*? —dijo

luego sonriendo y pronunciando lo mejor que pudo la expresión cornuallesa que significaba algo así como «¿Qué pasa, amigo?».

Richard se rio.

—Estoy impresionado —dijo, aunque a partir de entonces se esforzó en hablar con más claridad.

Tras el té Ben y Lexi llevaron los platos a la cocina.

—Lo siento si mi madre se muestra a veces demasiado complaciente —dijo Ben en voz baja. Allí, con su familia, se le notaba más el acento córnico—. Pero eso solo significa que le gustas. Con la gente que no le gusta se comporta de otra manera.

—A mí también me gusta ella —dijo Lexi en el mismo tono—. Ahora ya sé de dónde te viene tu consideración por los demás.

—¿Benesek? —se oyó decir a su madre en el cuarto de estar—. ¿Podrías mirar el desagüe de la cocina? No va bien. Y papá ya no está muy ágil.

—Enseguida, mamá —respondió él.

Lexi le miró confundida.

—¿Cómo te ha llamado?

—Benesek —dijo él. Luego enarcó sus cejas oscuras sorprendido—. ¿No sabías que me llamo así?

—¡No! Pensaba que Ben era la abreviatura de Benjamin. O de Benedict.

Él levantó los hombros.

—Y lo es. Benesek es Benedict en córnico.

Ella sacudió la cabeza.

—Es increíble que no supiera eso de ti.

Él sonrió.

—Soy un hombre con muchos secretos.

Anett entró en la cocina y le sonrió a Lexi.

—Supongo que el desagüe está atascado —le dijo a Ben, quien asintió.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —preguntó Lexi.

—No, puedo hacerlo yo solo. Tú vete a bombardear a mi abuelo con preguntas sobre la Primera Guerra Mundial, eso le hace feliz —dijo en voz más alta mirando hacia el cuarto de estar.

—Por supuesto —dijo el abuelo. Luego dirigiéndose a Lexi, que ya estaba con él en el cuarto de estar, añadió—: Si lo he entendido bien, está usted investigando la historia de los jóvenes jardineros de Heligan que hace más de un siglo se fueron a la guerra.

—Así es —confirmó ella—. Y de los que apenas regresó ninguno. Sí, esa será la tercera parte de la exposición.

—Si le interesa tanto… puedo enseñarle algo. Espere, enseguida vuelvo.

Lexi permaneció en su sitio mientras Richard se ponía de pie. Oyó cómo subía la escalera con torpeza y luego revolvía en una de las habitaciones del piso de arriba.

Levantó la mirada al oír un carraspeo. Ben estaba en la puerta de la cocina con un trapo en la mano y la miraba con gesto interrogante.

—¿Todo bien?

—Sí, estupendamente. Tu abuelo ha subido a buscar algo que quiere enseñarme.

Ben asintió y volvió a la cocina. Poco después se oyeron de nuevo los pasos pesados de Richard en la escalera.

—Lo he encontrado —anunció al entrar en la sala de estar. Llevaba en la mano una caja de madera pequeña que depositó sobre la mesa.

El asiento del sofá se hundió un poco cuando se sentó a su lado. Cogió la caja, abrió la tapa y sacó algo de su interior.

—Aquí está —dijo con solemnidad, y se lo puso a Lexi en la mano.

En la palma de su mano había dos discos del tamaño de una moneda que tenían unas letras grabadas y estaban unidos por una cuerda corta. Uno de los discos era de color verde oscuro y tenía forma octogonal y dos agujeros en el borde, el otro era rojo y circular y solo tenía un agujero. Los dos tenían letras y números grabados.

—¿Es una… cómo se llaman… chapa de identificación militar?

Richard asintió.

—Exacto. Una chapa de perro, como se llamaban entonces, en la Primera Guerra Mundial. Y esta es muy especial. Perteneció a mi abuelo.

Lexi estaba conmovida.

—¿Entonces esto que tengo en la mano es la verdadera chapa

identificativa de su abuelo? Es decir, ¿del tatarabuelo de Ben?

—Sí, así es exactamente.

—¿Qué significan los números y las letras?

Él cogió las gafas del bolsillo de su camisa y se las puso. Luego se inclinó sobre ella y señaló una de las chapas.

—Aquí, las seis cifras en el borde superior, este era el número de identificación. Las letras CE del centro significan *Church of England*, esto es, anglicano, y debajo aparece el nombre del soldado.

—V. Payne —leyó Lexi—. ¿Qué significa la V?

—Vincent —dijo Richard—. Mi abuelo se llamaba Vincent Payne. Era uno de los jardineros de Heligan, el mismo sitio donde ahora trabaja mi nieto.

—Vincent Payne —repitió Lexi con respeto—. Así se llamaba el tatarabuelo de Ben. Jardinero de Heligan y soldado.

Richard asintió.

—En la Primera Guerra Mundial todos los soldados llevaban una chapa de estas —señaló el disco octogonal verde—, colgado del cuello con una cuerda larga. La chapa roja se sujetaba a la verde con esta cuerda más corta. ¿Sabe por qué había dos chapas?

—¿Para cortar una en caso de fallecimiento? —supuso Lexi.

—Así es. La chapa roja se cortaba para notificar el fallecimiento. La verde permanecía en el cadáver para su posterior identificación.

—Pero, si usted conserva ambas chapas, es evidente que su abuelo no murió.

Ya lo sabía por Ben, pero quería mencionarlo ante Richard.

Ben se unió a ellos y se sentó en una butaca frente al sofá.

—¿Todo bien? —preguntó Lexi. Poco a poco iba adquiriendo algunas expresiones propias de Cornualles.

—Sí, sin problema. El desagüe estaba atascado. Ahora ya funciona bien. Y, ¿te ha proporcionado el abuelo alguna información nueva?

Ella asintió feliz.

—Sí, mira, estas son las chapas de identificación de tu tatarabuelo. —Y, dirigiéndose a Richard, añadió—: ¿Puedo hacer unas fotos a las chapas? Me gustaría mucho utilizar alguna para la exposición… si usted me da permiso, por supuesto.

—Claro que sí. Espere, las pondré aquí, sobre la mesa, así saldrán mejor. —Richard colocó las dos chapas sobre el mantel blanco—. Estoy seguro de que para mi abuelo sería un honor aparecer en una exposición.

Lexi hizo un par de fotos de las placas con su móvil.

—¿Llegó a conocerle? —preguntó después.

—Oh, sí. Murió cuando yo tenía quince años —respondió él. Entonces pareció recordar algo—. ¿Quiere verle? Tengo una foto suya. Se la hicieron poco antes de que se marchara al frente.

—Me encantaría. Pero solo si a usted no le importa.

—Qué tontería. —Richard se levantó otra vez del sofá—. Tendrá que esperar hasta que la encuentre.

Se dirigió a un armario, abrió varios cajones y finalmente cogió una fotografía en blanco y negro enmarcada. Se la entregó a Lexi antes de volver a sentarse junto a ella.

—Aquí está. Entonces debía tener unos veintiún años.

La foto mostraba a un joven rubio con uniforme que miraba a la cámara con orgullo, pero también con una cierta timidez.

—Un chico muy guapo —dijo Lexi con una sonrisa de aprobación.

—Sí, pero tras la guerra no volvió a ser el mismo. —Richard suspiró —. El abuelo Vincent era un hombre maravilloso, muy generoso, muy abierto. Pero también lo recuerdo rodeado siempre de una cierta melancolía que él trataba de ocultar. Nunca hablamos de ello, pero me temo que se debía a la guerra con sus muchos muertos. Algo así marca para siempre a una persona.

Lexi observó la foto durante un rato. Por un momento pensó en pedirle permiso a Richard para hacer también una foto del retrato de Vincent, pero le pareció inoportuno, así que desistió.

El abuelo de Ben estaba sumido en sus pensamientos.

—Hay otra foto, de antes de la guerra, en la que aparece con muchos de sus compañeros de trabajo de Heligan. La he estado buscando, pero no la encuentro.

Lexi asintió pensativa. Creía recordar haber visto ya esa foto antigua de los jardineros de Heligan. ¿Habría sido en el archivo del jardín?

—La buscaré en Heligan cuando vuelva —dijo—. Y si la encuentro,

le haré una copia.

Richard la miró sonriendo.

—Nada me haría más feliz.

Por la noche, cuando ya se iban a ir a dormir, Anett se puso de pie y le dijo a Lexi visiblemente nerviosa:

—Te habría preparado la habitación de Rebecca, pero… —Se interrumpió y miró a su hijo buscando ayuda.

—Sin problema, mamá —dijo—. Hay sitio de sobra. Dormiremos los dos en mi antigua habitación. Lexi en mi cama, y yo en el colchón hinchable.

Lexi se apresuró a confirmar que tampoco suponía ningún problema por su parte. Ben le había contado que su madre todavía no había superado del todo la muerte de su hermana y que no había tocado nada del dormitorio de Rebecca.

Durmieron los dos en la cama de Ben, naturalmente. Lexi tenía claro que había dicho lo del colchón hinchable solo por su madre. La cama era un poco estrecha, pero a la vez muy cálida y acogedora.

—A mi madre no le importa —dijo Ben en voz baja cuando se acurrucaron bajo las sábanas—, pero quizás no deberías decirle al abuelo que dormimos en la misma cama sin estar casados. A veces tiene unas ideas… muy conservadoras.

—Tranquilo, no tiene por qué enterarse. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Me gusta tu abuelo. De verdad. Es un hombre muy interesante.

—Tú también le gustas.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro —murmuró él ya medio dormido—. De lo contrario no te habría enseñado las placas de su abuelo. Son casi sagradas para él.

# 39

## Lexi

*Camborne, Cornualles, mediados de noviembre*

La pastilla naranja de jabón Pears del cuarto de baño, con su inconfundible olor a cedro, romero y tomillo, le recordó a Lexi los felices días de su infancia.

Tomaron un abundante desayuno con huevos, beicon y salchichas, y por la mañana vieron en la televisión una parte de los actos organizados con motivo del Día del Recuerdo, en memoria de los caídos en las dos guerras mundiales. Al depósito solemne de una corona de flores en el Cenotafio de Londres por parte del Príncipe de Gales, le siguió un desfile de veteranos.

Se sentaron los cuatro ante el televisor. Richard les había entregado una amapola de plástico a cada uno, una de esas flores que aquel día se encontraban por todas partes para recordar a los muertos. Lexi se prendió la flor en el jersey, mientras que Ben la sujetó en un ojal de su camisa, ambos en el lado izquierdo, sobre el corazón, según les indicaron. Para Richard era un día muy importante a pesar de que no había ningún caído en la familia.

Se quedaron a comer. Tomaron un delicioso pastel de carne al vapor con tubérculos, un plato que en tiempos de guerra se comía en familia, según les explicó Anett. Lo acompañó con salsa y guisantes, y Lexi volvió a comprobar que la madre de Ben era una excelente cocinera.

Luego emprendieron el viaje de regreso. Poco antes de llegar a Heligan pasaron de nuevo por Saint Ewe, donde habían estado un año antes. Entonces fueron a visitar el panteón familiar de Henry Hawkins Tremayne. Ahora estaban allí por otro motivo.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Ben mientras se bajaban de la moto.

Aquel día no entraron en la iglesia, sino que se quedaron en el camino que pasaba por delante de ella, donde sobre un zócalo de piedra se alzaba un monumento conmemorativo, rodeado todo ello de camelias de flores ya marchitas. Se trataba de una cruz celta que recordaba a los caídos. A la altura de la vista se podía leer: «1914-1918». Alguien había depositado a sus pies un ramo de amapolas de plástico. En el lado de la cruz que daba sobre el camino había una inscripción.

—«No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» —leyó Lexi en voz baja—. Creo que es una frase de la Biblia.

—Yo también. Pero no me preguntes de qué parte exactamente.

En la piedra ya maltratada por el tiempo estaban grabados algunos nombres difíciles de reconocer. «P. Carhart, Pengrugla», logró descifrar Lexi. Le resultó en cierto modo familiar.

—¿Es posible que haya visto ese nombre en Heligan? ¿En la pared de la letrina?

Ben asintió.

—Es muy posible.

Así pues, en agosto de 1914 el joven Carhart, junto con otros compañeros, había escrito su nombre en la pared de las letrinas del huerto de melones de Heligan, donde todavía hoy podían verse sus firmas. Ocurrió poco antes de que una gran parte de los jardineros de Heligan partiera a la guerra. Y ahora aparecía su nombre, junto con otros, en aquel monumento a los caídos.

Resultaba extraño y en cierto modo perturbador poder tocar con las manos las huellas de la vida y la muerte de aquellas personas.

Lexi hizo un par de fotos del monumento; ya las examinaría con detalle más tarde.

—¿Has notado que está torcida? —preguntó Ben.

Lexi observó el monumento con detenimiento. En efecto, la cruz celta estaba un poco inclinada hacia un lado.

—Hace unos años se chocó un conductor contra ella. Atravesó la estrecha entrada y se estrelló contra el monumento. Al parecer no le funcionó el freno de mano.

—O sencillamente estaba demasiado borracho —dijo Lexi en tono

seco.

En cuanto llegó a la casa que compartía con Cait, deshizo el equipaje y se refrescó un poco, Lexi se sentó ante su ordenador para seguir buscando información. «Jardineros de Heligan Primera Guerra Mundial», escribió en el buscador.

Buscando en las imágenes encontró enseguida una fotografía. Sí, esa era la foto que había creído recordar. La abrió y la amplió hasta verla a pantalla completa.

Al observarla la invadió una extraña sensación. Hasta ahora sus investigaciones se habían centrado en tiempos en los que todavía no existía la fotografía, en los que a lo sumo se pintaban algunos retratos. Pero esto era más cercano, más directo. Era una ventana a otro mundo, una mirada a un pasado no tan lejano.

La fotografía en sepia había sido tomada a principios del siglo xx, es decir, cuando Heligan vivía sus mejores tiempos. Mostraba a un grupo de trabajadores de los jardines, y Lexi pudo reconocer al fondo la puerta de madera por la que también entonces se accedía al jardín de las flores. Aparecían doce hombres en total: ocho de pie, cuatro sentados. Todos llevaban el traje de los domingos: pantalón largo, chaqueta y chaleco, algunos con corbata. ¿Los habrían reunido a todos un domingo para hacer la foto?

Casi todos llevaban bombín o gorra, solo uno de los que estaban sentados tenía el sombrero sobre las rodillas. Los mayores llevaban barba, los más jóvenes tenían bigote o iban afeitados. El hombre situado en el extremo derecho les sacaba una cabeza a sus compañeros y fumaba en pipa.

Pocos meses después de posar para esa foto algunos de esos hombres escribirían sus nombres a lápiz en las paredes encaladas de las letrinas antes de partir a la guerra.

Lexi estudió cada uno de los rostros de gesto serio. La mayoría eran jóvenes, en torno a los veinte años, calculó. Jardineros y peones de Heligan que se habían reunido para que les hicieran una foto. Detrás, de pie, reconoció a Vincent Payne, el tatarabuelo de Ben cuya chapa

de identificación había tenido en sus manos un día antes. Fue una extraña sensación verle entre sus compañeros de trabajo.

Cait llegó a casa poco después que ella. Se acercó y miró por encima de su hombro.

—¿Qué estás haciendo?

Lexi se lo explicó. Y también le contó que uno de los hombres que aparecían en la foto era un antepasado de Ben que también había trabajado en Heligan.

—Para ser exacta, su tatarabuelo. El abuelo de su abuelo. Lo conocí ayer.

—¿Al tatarabuelo de Ben? —preguntó Cait con sarcasmo.

Lexi puso los ojos en blanco. A veces Cait hacía mucho el tonto.

—A su abuelo, naturalmente. Richard Payne, un hombre muy agradable.

—Vaya —murmuró Cait fingiendo asombro, y se inclinó un poco más para observar con más detalle la imagen de la pantalla.

—Es este, ¿verdad? —dijo al momento señalando a uno de los hombres de la fotografía—. El antepasado de Ben, quiero decir. El parecido es sencillamente asombroso.

Sorprendida, Lexi levantó la mirada.

—No, es este de aquí. —Señaló al hombre que estaba junto al que se refería Cait—. Vincent Payne.

—¿Estás segura?

—Sí, claro. Richard, el abuelo de Ben, me enseñó una foto de Vincent. Le he reconocido por la cara y el pelo rubio.

Cait arrugó la frente.

—Pero mira…, el que está a su lado se parece mucho más a Ben.

Lexi lo examinó más detenidamente. Cait tenía razón: el parecido del joven de pelo moreno que estaba junto a Vincent con Ben era sorprendente. Casi la misma forma de los ojos y de la boca. Pero ese hombre no era Vincent.

O al menos no era el hombre cuya foto le había mostrado Richard.

La gigantesca bandada de estorninos se movía de forma hipnótica por

el cielo. Se mecía formando olas y figuras que variaban continuamente. Un ballet de aves que se movían al unísono guiadas por un director invisible.

El increíble número de pájaros negros formó un velo oscuro que, de pronto, se extendió y se convirtió en una amplia red que enseguida volvió a juntarse en una nube oscura tan densa que por un breve instante oscureció el sol poniente. Descendieron hasta los prados, luego volvieron a elevarse creando formas siempre diferentes.

Lexi contemplaba fascinada ese espectáculo de la naturaleza. Ya había oído hablar de la danza de los estorninos, pero nunca la había visto. Aquella tarde Ben la había convencido para hacer una salida prometiéndole una gran sorpresa, y no había exagerado: ¡era increíble!

Habría podido quedarse allí eternamente. En realidad, quería haberle preguntado a Ben por el enigma de la foto de los jardineros de Heligan, pero a la vista de aquel espectacular milagro de la naturaleza ese tema había pasado a un segundo plano. Ya hablaría con él. Pero no ahora.

Apoyó la cabeza en su hombro, sintió la suave brisa sobre su piel y disfrutó del espectáculo que se desarrollaba bajo el cielo cada vez más oscuro de aquella tarde de noviembre.

# Epílogo

## Naveen

*Mansión Heligan, julio de 1835*

Los cascos del caballo resonaron en la calzada cuando Naveen recorrió a trote ligero el largo camino de entrada a la Mansión Heligan. Tenía ya diecisiete años. Se disponía a pasar unas semanas en Heligan antes de que empezara el nuevo semestre.

Aunque estaba impaciente por llegar, quería disfrutar de la expectante alegría que sentía. Y de las vistas: el camino de acceso era ahora una grandiosa avenida flanqueada de magníficos ejemplares de *Cornus capitata* en flor. No se cansaba de admirar las numerosas y vistosas flores amarillas que se mecían en la suave brisa. En los últimos años habían añadido plantones nuevos, de forma que ahora crecían cientos de cornejos a lo largo del camino.

Avanzó despacio por el acceso que, con una suave pendiente, llevaba desde Pentewan hasta la mansión. Todavía recordaba muy bien la bonita tarde de julio en que ayudó a trasplantar los primeros plantones. Hacía ya diez años de aquello. Esos árboles en flor eran el nexo entre su tierra natal y su patria actual. La especie procedía de Nepal. Su padre la descubrió a los pies del Himalaya, donde también había sido engendrado él, según le habían contado.

Enseguida pudo ver las altas chimeneas y la fachada blanca con sus numerosas ventanas.

Henry Hawkins Tremayne, el antiguo propietario, había muerto ya. Una noche se metió en la cama y ya no despertó a la mañana siguiente. Tenía ochenta y siete años.

Tras él se había hecho cargo de Heligan su hijo, John Hearle Tremayne, y desde entonces habían cambiado muchas cosas. John Hearle había añadido más edificios de servicio y hacía poco había

hecho talar el jardín del valle, al suroeste de la casa. Quería crear allí un jardín subtropical, una especie de jungla con plantas exóticas.

John Hearle y Caroline tenían ahora seis hijos; tres niños y tres niñas. El pequeño, que tenía cinco años, había recibido el nombre de su abuelo Henry Hawkins, fallecido un año antes de que él naciera. El mayor, John, sería el próximo señor de Heligan.

Tampoco el abuelo de Naveen, Julian, seguía con vida. Pero, a diferencia de Henry Tremayne, no había muerto en casa mientras dormía. Naveen estaba en el colegio y no se enteró de la noticia hasta unos días más tarde. Julian salió a dar un paseo a caballo como todas las mañanas. Como tardaba en volver, fueron a buscarle… y los encontraron a los dos, caballo y jinete, al borde del camino en el Bosque Viejo. El caballo estaba con la cabeza agachada junto a su amo, que yacía tendido inmóvil sobre la hierba junto a unos árboles.

El médico que acudió de inmediato solo pudo certificar su muerte. Llevaba mucho tiempo sufriendo problemas de corazón, y sospecharon que había sufrido un nuevo ataque cardiaco mientras cabalgaba.

Naveen le echaba mucho de menos. Julian se había convertido en una persona muy importante en su vida, probablemente casi más que su propio padre, Avery, al que no veía desde hacía años.

En ocasiones, no muchas, llegaban cartas suyas dirigidas directamente a él o a la familia en las que les informaba de sus vivencias como cazador de plantas en el subcontinente indio. De momento su padre no había cumplido su promesa de llevarle con él de viaje, pero seguro que pronto lo haría.

En su última carta Avery le contaba que iba a dirigir una nueva expedición a Assam, en el norte de la India, para recabar información sobre los cultivos de té en aquella zona. Cuando escribió la carta se encontraba en Sylhet, cerca de la frontera con Birmania, una región que, según sus palabras, se componía en gran parte de aldeas diminutas en medio de terrenos pantanosos impenetrables. Por eso él y su compañero de viaje, de Silva, se veían obligados a trabajar casi siempre en una barca, desde la que exploraban el entorno y su vegetación. Después, escribía, se dirigirían a las montañas Khasi, que se alzaban al norte del país. Allí encontrarían más plantas

desconocidas.

De quienes sí tenía más noticias Naveen era de Nathaniel y Sophia Wallich, con los que había pasado parte de su niñez y que seguían viviendo en Calcuta. El tío Tristan y John Hearle le informaban cada vez que llegaban a Heligan herbarios y colecciones de plantas del Lejano Oriente y otros países exóticos, que a veces incluían también material recogido por Avery. Posiblemente, algún día Naveen también haría de aquello su profesión, continuando así lo que su padre había iniciado: el comercio de semillas y plantas de lugares lejanos.

Cuando llegó al final de la avenida pudo ver también Steward's House. La casa en la que ahora vivían su abuela Damaris, tía Lowenna, su tía abuela Allie y el tío Tristan, que ahora era el administrador de Heligan.

Refrenó su caballo hasta detenerlo y se empapó de todos los sonidos y sensaciones: el gorjeo de los pájaros, el susurro de una suave racha de viento en las ramas sobre su cabeza, el callado gorgoteo de un riachuelo invisible, un crujido entre la maleza. El sol entre los árboles. El lejano mugido de unas vacas. La sensación de que todas las flores amarillas juntaban sus cabezas y se contaban historias del lejano país del que procedían.

Y, de pronto, tuvo la increíble sensación de que Heligan le estaba esperando y se alegraba de su regreso.

# Nota final: El trasfondo histórico

*Los Rashleigh*

En relación con la familia Rashleigh, me he permitido alguna pequeña libertad: fueron tres hermanas, pero no tenían ningún hermano. Perys es de mi total invención.

A diferencia de lo que yo he escrito, Charles Rashleigh murió completamente arruinado, ya que fue víctima de varias estafas. Por un lado, por parte de un constructor que se fue apropiando de su dinero hasta contraer con él una deuda de 32.000 libras inglesas (el equivalente a más de 2,3 millones de euros); por otro lado, por parte de uno de sus criados, a quien Rashleigh legó su casa engañado por falsas promesas. La batalla desesperada que Rashleigh libró ante los tribunales para recuperar la propiedad le llevó a la ruina.

Martha, la única de sus hijas que permaneció soltera y debía haber heredado Duporth Manor, también pasó graves apuros financieros tras la muerte de su padre y se trasladó a un pequeño *cottage* en Cuddra, donde permaneció hasta el final de sus días.

*Los Buller*

Sir Anthony Buller, con cuya familia viajó Avery a la India, fue designado juez en Madrás (actual Chennai) en 1815. No se sabe si realmente viajó allí en ese momento, pero dado que era importante para mi novela, decidí que fuera así. Poco después fue nombrado juez en Calcuta, cargo que está comprobado que ocupó a partir de septiembre de 1815.

Su hijo William Charles Buller —el pequeño Charly, con el que Avery juega a la pelota en el barco— sería posteriormente un famoso jugador de críquet.

*Los Wallich*

La expedición de Nathaniel Wallich a Nepal la he adelantado unos años por motivos literarios. En realidad, el viaje tuvo lugar en 1820-1821. Además —y a diferencia de lo que aparece en la presente novela—, su joven esposa Sophia lo acompañó en una gran parte del camino, embarazada y con una niña pequeña. En noviembre de 1820 dio a luz a un hijo en la ciudad india de Muzaffarpur, donde permaneció unos meses mientras Wallich continuaba su viaje hasta Nepal. Por desgracia, el bebé falleció al poco tiempo, y Sophia emprendió el viaje de regreso a Calcuta en compañía de su hija pequeña.

Wallich publicó dos libros sobre la flora de Asia y Nepal y realizó numerosas expediciones. Ofreció su ayuda a los cazadores de plantas que hacían una parada en Calcuta en su camino hacia el Himalaya.

Además, elaboró un catálogo de plantas con más de 20.000 ejemplares recogidos en parte por él mismo, en parte por otros cazadores de plantas. Esta colección personal se conserva actualmente en el Herbario del Jardín Botánico de Kew, en Londres, como «Colección Wallich».

Nathaniel Wallich regresó a Europa en 1847 por motivos de salud y murió en Londres en 1854.

*El año sin verano*

1816 ha pasado a la historia como el «año sin verano». En inglés es conocido con el tristemente célebre nombre de *«Eighteen hundred and frozen to death»*.

La causa de este fenómeno extremo fue un enigma hasta que a principios del siglo pasado un meteorólogo americano descubrió que fue la erupción del volcán Tambora, en Indonesia, la que provocó un verano insólitamente frío y lluvioso en Inglaterra y el resto de Europa occidental.

Este cambio en la situación meteorológica quedó reflejado también en la literatura y la pintura de aquella época. Cabe mencionar aquí como ejemplos las pinturas del inglés William Turner o la novela de

terror *Frankenstein*, de Mary Shelley, escrita en aquel verano lluvioso junto al lago de Ginebra. Además, la escasez de alimento para los caballos llevó a la invención de la draisiana, vehículo antecesor de la bicicleta.

*La vacuna contra la viruela*

La vacuna contra la viruela fue descubierta en 1796 por el médico inglés Edward Jenner, que utilizó para ello los agentes patógenos menos peligrosos de la viruela bovina. Al principio hubo una oposición generalizada contra la vacuna, algunas personas llegaron a temer que los vacunados pudieran convertirse en vacas. Pero con el tiempo se fue demostrando el éxito del método de Jenner y la vacunación se extendió por toda Europa. (La palabra «vacuna» procede del latín *vacca*, «vaca»).

En mis investigaciones descubrí una referencia a un escrito de John Hearle a su padre Henry Hawkins Tremayne en el que menciona la necesidad de vacunarse contra la viruela. Ambos Tremayne eran firmes defensores de la vacuna: *«[It's] our duty to use every means to get rid of so dangerous a disease»*. «Es nuestro deber usar todos los medios disponibles para erradicar una enfermedad tan peligrosa». Aunque no existen pruebas de que se realizara una campaña de vacunación en Heligan, es muy posible que así fuera.

*Los salvajes europeos*

La escena de los porteadores indios del capítulo 14 se basa en una fuente de la época. En ella se dice: «A los nativos de Madrás se les decía que los hombres jóvenes que llegaban allí todos los años para trabajar al servicio de la Compañía eran capturados en Europa en estado salvaje y enviados a la India con el fin de que allí fueran domesticados, una idea de la que todos estaban convencidos». (En el original: *«The natives of Madras have been told, that the young men who yearly arrive there, in the service of the Company, are caught in Europe in a wild state and sent to India for the purpose of being tamed, which*

*declaration seems to be very generally believed»*. James Cordiner, *A voyage to India*, 1820).

*El Jardín Botánico de Calcuta*

La mansión Roxburgh a orillas del río Hugli en la que Wallich residía sigue todavía hoy en pie, aunque se encuentra en estado ruinoso. Supuestamente va ser restaurada próximamente.

También existe todavía el Great Banyan del Jardín Botánico que Wallich menciona con orgullo. En la actualidad tiene más de 250 años de edad y se ha convertido en un denso bosque (ocupa aproximadamente tres hectáreas) que está rodeado por una carretera. Aparece en el *Libro Guinness de los récords* como el árbol que ocupa mayor extensión.

*La fiebre del Terai*

En el caso de la fiebre del Terai, que aparece todavía hoy en la zona fronteriza entre India y Nepal, se trata supuestamente de la encefalitis japonesa, una enfermedad con síntomas similares a los de la gripe que se transmite a través de la picadura de mosquito.

Kumar Singh, el desafortunado compañero de viaje de Avery que murió a causa de la fiebre del Terai, no existió en realidad, pero sí Robert Stuart, el ayudante del embajador británico Edward Gardner. Stuart salió al encuentro del grupo de Wallich para acompañarlos hasta la capital nepalí. Contrajo la fiebre del Terai en los terrenos pantanosos del río Terai y falleció poco después de llegar a Katmandú.

*Rhododendron y Cornus capitata*

Aunque en esta novela Avery y Wallich recogen (y luego pierden) las semillas de rododendro, el famoso botánico y cazador de plantas Joseph D. Hooker fue el primero en viajar a la India y llegar hasta el Himalaya en 1847-1851. Los rododendros que llevó hasta Inglaterra desataron una auténtica euforia por esta planta. Muchos de los

rododendros que se pueden ver todavía hoy en Heligan proceden originalmente de Hooker.

En cambio, sí fue Anthony Buller el que a su regreso llevó el *Cornus capitata* de flores amarillas a Heligan, donde enseguida se plantaría en el nuevo camino de acceso. Aparece mencionado en numerosas publicaciones botánicas del siglo XIX. Así, por ejemplo, en *Gardner's Chronicle* se describe en 1896 la entrada de Heligan como «una de las más bellas del país».

# Para más información

En mis investigaciones he recurrido a los siguientes títulos:

Tim Smit, *Lost Gardens of Heligan. Die Wiederentdeckung eines gartenparadieses in Cornwall*, Editorial Ulmer Eugen, 2016.

Philip McMillan Browse, *Heligan Survivors: An Introduction to Some of the Historic Plantstock Discovered in the Lost Gardens of Heligan*, Alison Hodge Publishers, 2007.

Tom Petherick, *Helian: A Portrait of the Lost Gardens*, Weidenfled & Nicholson, 2004.

Martin Krieger, *Nathaniel Wallich. Ein Botaniker zwischen Kopenhagen und Kalkutta*, Editorial Wachholtz, 2017.

También me han servido de inspiración algunos escritos de aquella época, entre otros:

Charles Allen, *The Prisoner of Kathmandu: Brian Hodgson in Nepal 1820-43*, Haus Publishing, 2015.

William Hickey, *Memoirs of William Hickey, Vol. II*, Hurst & Blackett, Limited, 1782.

James Cordiner, *A Voyage to India*, Aberdeen, 1820.

Lady Maria Collcot, *Journal of a Residence in India*, 1813.

William Kirkpatrick, *An Account of the Kingdom of Nepal*, Londres, 1811.

# Agradecimientos

Muchas gracias a:

mis editoras Gerke Haffner y a la doctora Ulrike BrandtSchwarze, así como a todo el equipo de Lübbe;

mis maravillosos lectores y lectoras editoriales, cuyas críticas siempre han sido especialmente bienvenidas;

Charlotte, mi pequeña inspiración diaria;

Stefan, mi marido, al que se le ocurrió el sonoro nombre de «Kumpuradjani». Y muchas cosas más.

## Una saga familiar llena de pasiones y misterio. Un viaje a tierras lejanas.

El aniversario de los jardines de Heligan está cada vez más cerca y Lexi, junto con Ben, trabaja sin descanso en una gran exposición para celebrar el acontecimiento. La muestra constará de tres partes: la primera, dedicada al origen de los jardines y a la vida de su fundador Henry Tremayne ya está lista, pero la segunda parte, centrada en los cazadores de plantas exóticas que en el siglo XVIII aportaron numerosos ejemplares procedentes de lugares tan lejanos como la India y Nepal, y la tercera, destinada a los años de la Primera Guerra Mundial y a los jardineros que participaron en la contienda, están todavía sin desarrollar. En los archivos centrales de Cornualles Lexi descubre información valiosa sobre la procedencia de las plantas exóticas que se encuentran en Heligan y la misteriosa historia de un joven que se vio obligado a abandonar Heligan precipitadamente en 1815.

Avery Harrington, el hijo del administrador de la propiedad, huye a la India después de un trágico duelo. Su espíritu aventurero le lleva a unirse a una expedición con la que llega a Nepal, donde descubre la belleza de las montañas y un paraíso para los botánicos. Se convierte en cazador de plantas y logra recolectar tesoros vegetales en

territorios prohibidos, a los que accede gracias a su capacidad para mezclarse con la gente y su habilidad para comunicarse en las distintas lenguas locales. Hasta que el encuentro inesperado con una joven que dice ser hija de un príncipe hindú cambia su destino para siempre.

Desde muy joven, **Inez Corbi** supo que quería ser escritora. Sin embargo, tras sus estudios de Filología Alemana e Inglesa, trabajó algunos años como asistente de la gerencia en servicios de salud. Sus éxitos en concursos de relatos cortos la animaron a escribir su primera novela, *Die irische Rebellin*. Desde entonces, ha publicado cinco novelas y un libro de literatura juvenil. Inez Corbi vive con su familia en Frankfurt.

Título original: *Die Gärten von Heligan. Ruf der Fremde*

Primera edición: febrero de 2023

© 2022, by Bastei Lübbe AG, Köln
Autora representada por Ute Korner Literary Agent S.L.U.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carmen Bas, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / David Ayuso
Imagen de portada: composición digital a partir de imágenes de: © Trevillion, Shutterstock y iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7351-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

Flores de otros mundos

Personajes

1. Lexi

2. Lexi

3. Lexi

4. Allie

5. Avery

6. Allie

7. Allie

8. Allie

9. Avery

10. Lexi

11. Lexi

12. Lexi

13. Allie

14. Avery

15. Avery

16. Allie

17. Avery

18. Avery

19. Avery

20. Allie

21. Lexi

22. Lexi

23. Lexi

24. Avery

25. Avery

26. Avery

27. Avery

28. Allie

29. Avery

30. Lexi

31. Lexi

32. Lexi

33. Allie

34. Avery

35. Avery

36. Avery

37. Allie

38. Lexi

39. Lexi

Epílogo. Naveen

Nota final: El trasfondo histórico

Para más información

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Inez Corbi

Créditos